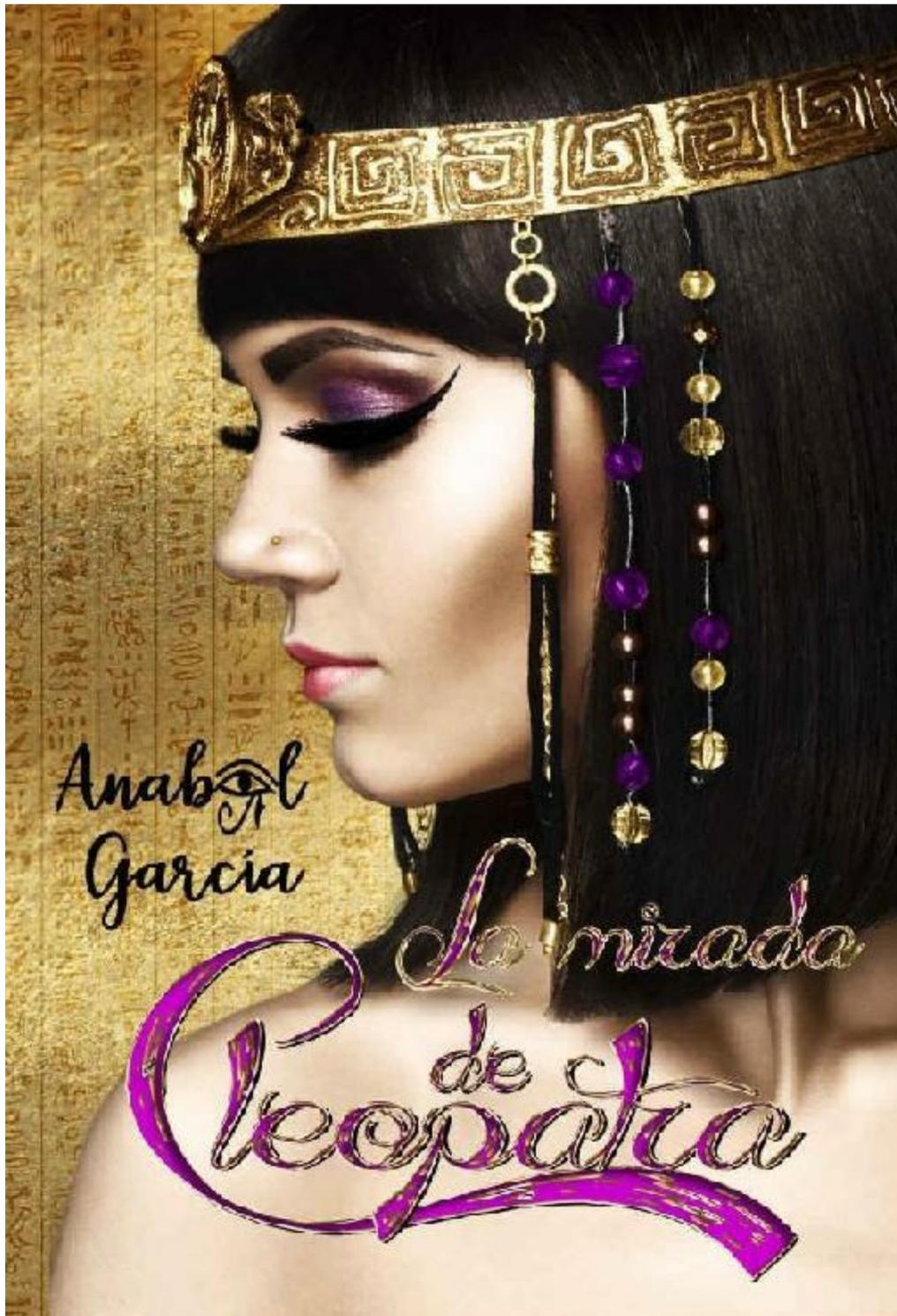


Anabel
Garcia

La mirada
de
Leopolda



*El verdadero amor
nunca tiene un final feliz*

porque no hay final

para el amor verdadero.

Alejandro Magno.

La Mirada de Cleopatra.

Anabel García.



Prólogo.

Cuando alguien nos pregunta qué sabemos sobre la historia de amor entre

Cleopatra y Marco Antonio cada uno podría contestar infinidad de cosas, de lo que estoy

completamente segura es que, en mayor o menor medida, todos sabemos quiénes son.

Yo, sin ir más lejos, diría que es la historia de amor más grande jamás contada, que

no solo llena capítulos infinitos de los anales de la humanidad, sino que además se caracteriza por la irrefrenable pasión que hubo entre ellos, esa locura que hizo posible lo que no consiguieron ni los políticos, ni los mejores guerreros: doblegar a Roma.

Proeza que logró una mujer con un solo batir de sus pestañas. A pesar de las tramas

familiares y las sanguinarias luchas por el poder que tuvo que vivir, su más que famosa sensualidad y el arte de seducción de aquella singular mujer, fueron capaces de desestabilizar al mismísimo imperio romano, que hasta aquel momento dominaba el mundo.

Como todos ya sabréis, Cleopatra fue la última reina de Egipto, distinguida en su dinastía como Cleopatra VII, con ella terminó la era Helenística en ese país. Dicha era comenzaba dos siglos atrás con uno de los dos generales de Alejandro Magno, Ptolomeo I

Sóter. Varias generaciones griegas gobernaron Egipto desde entonces, por lo que el país entero hablaba ambas lenguas a la perfección, pero solamente Cleopatra se tomó la

molestia de fundirse con la cultura egipcia, pues quería comprender las necesidades de su pueblo, de hecho se decía que *era más egipcia que los propios egipcios*.

La crueldad que vivió desde niña la marcó para siempre, ya que la convirtió en una

mujer desconfiada y terriblemente suspicaz, pues tuvo que huir hacia el desierto para escapar de su hermanastra, que había matado a su propia madre y a su marido con la intención de arrebatar el trono al padre de ambas.

Estuvo un año entero vagando por el desierto sirio, exiliada, a solas con su orgullo herido, urdiendo un vengativo plan mientras se escondía de las garras de su esposo-hermano, que la buscaba sin descanso para acabar con ella, porque él quería gobernar en

solitario. Lo malo es que se enfrentaba a un rey protegido por un gran ejército con una única arma: ella misma, su cuerpo y su espíritu.

Cleopatra era alta de miras, hasta la última célula de su cuerpo pertenecía a la realeza, por ello estuvo siempre decidida a ostentar el poder para devolverle a

Egipto su antiguo esplendor. Nunca le tembló el pulso a la hora de utilizar su inteligencia y sus infalibles armas de mujer para buscar los mejores aliados en dicha causa.

Probablemente hubiese podido conquistar a algún hombre adinerado de una ciudad

cercana, incluso a algún rey africano, pero no, ella fijó su objetivo en el mismísimo Julio César, el hombre más poderoso del mundo y el primero en caer en sus sagaces redes.

Se enteró de que el general romano estaba en Egipto y viajó a escondidas para poner

en marcha su maquiavélico plan. Y ahí fue cuando tuvo lugar uno de los encuentros más

célebres de la historia, porque cuenta la leyenda que nuestra astuta Cleopatra entró en el palacio del César envuelta en una alfombra para no ser vista. Su único objetivo era ganarse la simpatía del romano para poder recuperar el trono de Egipto, pero César cayó

rendido ante sus encantos, que no solo eran físicos.

Aunque su belleza no se pudiese comparar con nada que él hubiese visto antes, también era una mujer muy culta, que dominaba nueve idiomas, entre ellos la propia lengua del general, el latín, por lo que ambos se comunicaron a la perfección. Pronto se embarcaron en una conversación que duraría toda la noche y que a César, que era uno de

los hombres más cultos de Roma, le conquistaría sin lugar a dudas, pues le sorprendió sobremanera que aquella jovencita tuviese conocimientos sobre astronomía, economía, leyes... y la explicación es que era amante de cada uno de los libros que llenaban la inmensa Biblioteca de Alejandría.

Tras pasar aquella noche juntos, César lo arriesgó todo para emprender una guerra

civil en Egipto y colocar a Cleopatra en el trono como reina única, cosa que sucedía por primera vez en la historia. Y así comienza la leyenda de la mujer más importante del mundo, un mundo dominado hasta el momento por hombres.

Cleopatra tuvo un hijo con César, llamado Cesarión, confiaba en que sería su glorioso

sucesor y gobernaría después de ella, por este motivo se marcharon a vivir a la capital de Italia los tres. Pero lamentablemente Julio César no pudo compartir con ella el esplendor del reino porque esta acción fue desaprobada por Roma, que no reconocía como reina a una extranjera y en cuanto volvió, el propio Senado que había jurado protegerle, acabó con su vida.

Consideraron que se había vuelto loco por amor, gastando recursos a mansalva en una causa ajena a ellos y no podían permitirselo, Roma era mucho más importante que las

historias de amor, por muy bellas que estas fuesen.

Cleopatra se vio obligada a volver a Egipto con su hijo y a tejer otro nuevo plan para

intentar dominar el mundo. Yo muchas veces me la imagino sentada en su famoso trono de

oro, maquinando mil maneras de manipular a la gente con su sonrisa, de atar cabos con sus palabras, de mover hilos con su sensualidad... y es algo que me apasiona.

Pero justo en medio de la tormenta apareció el apuesto general Marco Antonio, el único hombre que realmente fue capaz de conquistar el frío corazón de aquella mujer.

Marco Antonio era muy atractivo, un militar y político romano mundialmente reconocido al servicio de su tío Julio César. Por aquellos entonces luchaba con Octavio Augusto, el nuevo César, y ganaba todas las batallas. No tenía

rival, sus hazañas eran famosas por todo el mundo. Además no estaba nada conforme con el comportamiento de

la reina de Egipto, que lejos de rendirle pleitesía, como hacían todas las mujeres, le exigía cada vez más derechos.

Marco Antonio hizo llamar a Cleopatra para reprocharle que no actuaba con Roma como un fiel aliado en las batallas, su verdadera intención era humillarla y que le pidiese perdón de rodillas por su mal hacer. Pero Cleopatra, inteligente como la que más, decidió acudir a la cita después de darle varios plantones, con una intención completamente distinta a la esperada, ella quería repetir su exitosa artimaña de seducción con el general romano y confiaba en conseguirlo, ya que esta vez, a sus veintiocho años, era mucho más

madura en todos los aspectos y manejaba plenamente sus armas.

Cleopatra le consideraba el auténtico sucesor de Julio César, aunque el que ostentase

realmente el cargo fuese Octavio, al que nunca tuvo en cuenta para nada. Tampoco le

importó que Marco Antonio ya estuviese casado en Roma para presentarse a su cita con él en Tarso vestida como la gran diosa romana del amor.

Ella iba totalmente decidida a conquistarle.

Plutarco narra que *remontó el río Cydnos en un barco con la popa de oro, las velas*

púrpura y los remos de plata. El movimiento del barco seguía la cadencia del sonido de las flautas, liras y caramillos que tocaban los niños disfrazados de Cupido. Ella misma tocada como Afrodita, tendida bajo una tienda de oro.

Podemos suponer que Marco Antonio cuando la vio aparecer en medio de las aguas

del gran río alucinó de tal manera que no pudo si no caer arrodillado a sus

pies para siempre, pues la imagen del mismísimo amor reencarnado en mujer se encontraba ante sus

ojos.

Cuando se encontraron, ella le contó al romano que era una diosa en la tierra, Isis, que se presentaba ante el gran conquistador, el dios Osiris, que era él. Marco Antonio estaba embobado, el pobre no sería capaz ni de cerrar la boca. Le prometió que juntos serían capaces de resucitar la edad de oro y hacer renacer un Egipto digno de la grandeza y el esplendor del pasado.

Su inigualable belleza, acompañada de su firme presencia, su sensual voz y sus palabras, consiguieron que el general ni pudiera ni quisiera resistirse a aquella diosa carnal, dispuesta a todo por conservar el poder.

Las negociaciones duraron cuatro días, con sus respectivas noches incluidas, por cierto, cuentan que allí se hizo de todo, pues los romanos no estaban acostumbrados al libertinaje de las mujeres egipcias en cuanto al sexo se refiere, ya que sus mujeres eran castas y sumisas.

Finalmente un Marco Antonio locamente enamorado, acompañó a Cleopatra de

regreso a Egipto para no separarse nunca más de ella y vivir en el palacio de Alejandría

durante catorce años de pura pasión, excesos y desenfreno.

Marco Antonio renunció por ella a sus obligaciones familiares, políticas y militares

para vivir rodeado de amor y lujo junto a su amada Cleopatra. Se dice que él parecía estar bajo los efectos de la brujería, pues solo pensaba en *su reina*, como él mismo la llamaba, a todas horas del día y de la noche. Juntos eran imparables en todos los sentidos, ella sacaba de él su inexistente sentido del humor y él de ella su indecisa ternura.

Fue entonces declarado enemigo de Roma, repitiéndose así la misma historia

que con

Julio César y para colmo de males por culpa de la misma mujer. Los romanos la apodaron

« *la reina de las bestias*», incluso contaban que Marco Antonio iba vestido de mujer y que era ella quien llevaba la armadura... De cualquier manera, se había convertido en la mayor

enemiga de Octavio, por lo que él no descansó hasta destruir a ambos.

Cleopatra en realidad nunca contó con caer rendida a los encantos de Marco Antonio,

pero la verdad fue que ella también se enamoró ciegamente de aquel hombre fuerte y valiente que le ofreció todo lo que tenía para mantenerla al frente de su reinado y a salvo del mundo entero, incluso de ella misma.

Se casaron y tuvieron tres hijos, dos de ellos gemelos: Alejandro Helios (el sol) y Cleopatra Selene (la luna).

Pero el trágico final para una historia tan intensa no tardó en presentarse ante ellos con la misma fuerza.

Octavio Augusto, en su ciega persecución a Marco Antonio, llegó hasta Egipto donde

derrotó a las tropas del enamorado en la batalla naval de *Actium*, al abandonar este a sus propios hombres en el campo de batalla por seguir a Cleopatra. Aún así consiguió huir para refugiarse junto a ella en Alejandría y desde allí poder defenderla.

Más tarde, el despiadado ejército de Octavio tomaba Alejandría para terminar con los

amantes. En medio de la batalla Marco Antonio escuchó la falsa noticia de que Cleopatra

había muerto a manos de Octavio y entonces él se suicidó clavándose su

propia espada, pues la vida sin ella no tenía sentido.

Cleopatra quiso dejarse morir al enterarse, se quedó rota de dolor por su amor perdido. Estaba escondida en el mausoleo real para que los romanos no la encontrasen.

Pero el destino les regaló un último encuentro, ya que allí fue donde llevaron los soldados a un Marco Antonio agonizante, para que pudiese morir en los brazos de su amada.

La leyenda cuenta que el general dedicó estas últimas palabras a su reina:

« Si alguien quiere saber qué es el amor, no diga nunca que fue un sueño. Cuando todos mis otros sueños fracasaron, este existió con tanta fuerza que, al morir, lo invoco como el único dios que dirigió mis caminos... — exhaló una poderosa risotada y comenzó a convulsionar — ¡Cierra tú mis ojos, reina pendenciera! Por una vez, no podrás discutir mis palabras...».

Ella entonces juró reunirse pronto con él, de hecho se hizo varias heridas profundas

en su pecho para poder mezclarse con su sangre. Pero le quedaban varios cabos sueltos

que debía atar antes de morir.

Su instinto de supervivencia y sus ansias de poder fueron más fuertes que su dolor,

por eso se armó de valor e intentó seducir también a Octavio para conseguir su solo objetivo: salvar a su hijo Cesarión de las garras de su enemigo. Pero este se negó, ya que lo único que pretendía era llevarla a Roma como trofeo de guerra para exhibir a la gran reina por sus calles encadenada a su carro como una esclava y poder así reafirmar su poder.

La última reina de Egipto, destrozada, mandó una carta a Octavio en la que suplicaba,

cosa que hacía por primera vez en su vida, que su cuerpo fuese sepultado

junto al de Marco Antonio para poder estar toda la eternidad juntos en su tierra. Entonces, unos días después de la muerte de su marido, asumiendo por fin su derrota y únicamente esperanzada por reencontrarse con su amor en la siguiente vida, se vistió con sus mejores galas y se quitó la vida haciéndose morder por un áspid. Al menos eso cuentan los historiadores de la época.

Ambos murieron por amor, ambos cumplieron su juramento de seguir al otro en su camino y ambos se espera que estén juntos para toda la eternidad.

Con la muerte de los amantes, Octavio se convirtió en el hombre más poderoso del

mundo, el que ostentaba por primera vez todo el poder de Roma en sus manos, el primer

emperador: Augusto. Y con ello Roma se convierte a su vez en un Imperio.

La muerte de ambos también fue el fin del sueño de Cleopatra. Un sueño que logró

mantener más de veinte años en el poder a una única mujer y extender su imperio tanto como en épocas de sus más gloriosos antepasados. Fue la reina más importante de Egipto,

por no hablar de la mujer más famosa de todas las épocas, pues todavía hoy en día nos envuelve su misterio.

Y con su muerte también murió la era del esplendor del Antiguo Egipto, ya que este

país fue tratado como una provincia más del imperio romano, un mero granero para sus soldados, terminando así con más de tres mil años de historia en tierra de Faraones.



Capítulo 1

«No hay nada más bello en el mundo que un amanecer», pienso al desperezarme

tranquilamente en mi cama.

Al contrario que la mayoría de la gente, que suele pensar que es más hermoso el atardecer, yo opino así porque el simple hecho de que el sol emerja cada mañana por la ventana para despertarme con sus cálidos rayos me parece un acto extraordinario de fe.

Convirtiendo mis tinieblas en resplandor. Para mí implica una nueva oportunidad de ser feliz, de cambiar las cosas... y también una manera de darme cuenta de que se me pasa la

vida sin hacer nada, tan solo viendo desfilan los minutos, las horas y los días.

Y así he llegado a la maravillosa edad de veintinueve años, cada uno de ellos sin nada

en especial que reseñar, aunque es probable que mis amigas no opinasen lo mismo al respecto, ya que, según ellas, soy la salsa de todos los guisos.

Yo discrepo bastante, ya que no creo que sea la salsa precisamente, más bien diría que

soy la pimienta, pues resulta que soy un tanto peculiar y es por ese motivo por lo que me suceden cosas... peculiares.

¿Qué ponga un ejemplo?

Bien. Un día me dirigía a comprar una barra de pan a la tienda de chinos que hay debajo

de mi casa, iba en pijama y pantuflas porque, en efecto, estaba debajo de mi casa, con lo

cual, lo más lógico es que solo pudiera verme de aquella lamentable guisa algún vecino que otro y el mencionado chino.

Bajé en el ascensor hasta el portal sin mayor inconveniente.

He de añadir en mi defensa que tenía una jaqueca tremenda y por eso no me molesté en

vestirme, no es que acostumbre a bajar a la calle en plan cutre, como si fuese una loca solitaria que vive con cien gatos.

Pues qué casualidad que aquella misma mañana se destapase que una famosa *celebritie*

se había enrollado con el chico que vivía pegando a mi casa, mi vecino. Al abrir la puerta del ascensor y caminar de manera autómata hacia la puerta de hierro negro que me separaba de la calle, iba descubriendo que toda la prensa del corazón, tanto nacional como internacional, estaba allí agolpada, supongo que esperando a que ella saliese.

En cuanto descubrí la desbordante aglomeración de cámaras y micrófonos que se

expandía ante mí, abrí los ojos de manera descomunal y me quedé pálida, está grabado, se

puede comprobar. Me di la vuelta para darles la espalda, intentando huir hacia el ascensor a toda prisa, pero un par de intrépidas reporteras me interceptaron para hacerme un aluvión de preguntas sobre dicho vecino, al que jamás había visto, por cierto, y fue entonces cuando el resto de sus compañeros se abalanzaron sobre mí imitando a las primeras.

Resumiendo, que salí en noticias y programas de cotilleo de todas las cadenas habidas y

por haber durante días, meses, años... De hecho, creo que todavía salgo en algún *zapping* que otro, con mi moño de *Choni* mal peinado en lo alto de la coronilla y mi pijama de Snoopy descolorido y lleno de bolas... Por no hablar de las ojeras que tenía debido a no

haber pegado ojo la noche anterior. Aunque es indudable que lo mejor siempre fue la cara

de mema que puse cuando los descubrí y que en los montajes de los *zapping* repiten a cámara lenta hasta la saciedad, acompañada de un estruendoso grito de terror.

¡Memorable!

Así que desde aquel día bajo a tirar la basura en tacones, peinada y maquillada a la perfección, además de vestida con mis mejores galas, no vaya a ser que a alguno de mis

vecinos le dé por volver a liarse con alguna modelo famosa y a mí me vuelvan a pillar *in fraganti*.

Aunque mis vecinos me llamen estirada no me importa, antes muerta que sencilla.

Mientras termino de peinarme frente al espejo, o lo que también podemos denominar

como *intentar con desesperación sujetar mis rizos con esta pinza infernal como sea*, pienso en qué vestido voy a ponerme para la fiesta de Gabriel.

Me observo por última vez, orgullosa de mí misma. Ojos pintados a la perfección con

rímel y raya negra incluida, a pesar de que me entre el Párkinson cada vez que lo intento.

Labios color rosa *nude*, porque al tenerlos tan carnosos siempre intento no resaltarlos demasiado. Y pelo recogido en una gran cola de caballo alta. Lo he estirado tanto que hasta parece que se han achinado mis ojos. Los mini rizos que tanto me caracterizan se despliegan salvajes a partir de la pinza que los aprisiona, simulando una especie de pompón loco y acariciando mi espalda de manera sutil con cada movimiento.

Al final he decidido ponerme un vestido largo, rojo, de corte sirena, de tirantes, espalda al aire y escote de pico que me regaló mi madre hace tiempo. Ahora que lo recuerdo, fue

para la graduación de fin de carrera, y el pobre lleva guardado en el fondo del armario desde entonces.

«Con lo bonito que eres, creo que ya te merecías ver la luz de nuevo», pienso al acariciarlo una vez puesto sobre mi cuerpo.

Remato mi atuendo con unas finísimas sandalias plateadas de tacón de aguja de Jimmy

Choo, adornadas con unos sutiles brillantitos y un bolso de mano a juego.

—¡Madre de Dios bendito, estás buenísima, Cleo! —La voz de Gabriel a mi espalda hace que dé un respingo.

Le sonrío algo abrumada por su enfático comentario. Pronto lo tengo a mi lado contemplando mi figura en el único espejo de cuerpo entero que hay en la casa y que se

encuentra en medio del pasillo.

—Gracias, amor. Tú tampoco estás nada mal —le respondo al verlo vestido con un impoluto traje de chaqueta azul marino de Roberto Torreta.

—¿Por fin admites que hacemos buena pareja? ¿Accederás entonces a echarme un

polvito? Aunque sea por pena, me da igual. —Sonríe malévolamente haciendo aparecer sus hoyuelos perversos en el reflejo del espejo.

Pongo los ojos en blanco intentando evitar la risa.

—Si no te gustasen todas las mujeres del universo, me lo pensaría; es una pena que no

me apetezca nada que me rompas el corazón —bromeo al colocarme los pendientes de diamantes que también me regaló mi madre.

—Tú te lo pierdes, porque ese culazo mulato y yo podríamos hacer grandes cosas

juntos. —Guiña un ojo mientras se dirige hacia la puerta de la entrada negando con la cabeza.

No le hago el menor caso, Gabriel es un hombre muy atractivo, demasiado para mi gusto, digamos que nunca me ha ido la belleza tan obvia. Es el típico musculitos que vive por y para su cuerpo, nunca bebe alcohol, no se acuesta tarde, ni siquiera come cosas que no sean arroz con pollo. Tiene un precioso y tupido pelo negro, acompañado de unos ojos

azules de infarto.

Las mujeres mueren al verlo y si él les responde con una de sus embaucadoras sonrisas,

ya ni te cuento, pero ninguna le gusta lo suficiente como para pasar más de una noche con ella. No resulta fácil de entender, pero se aburre, lo lleva impreso en su ADN. Es más, creo que en cuanto le dicen que sí, pierde automáticamente el interés.

Por eso a mí me asedia día y noche desde hace cuatro años, que fue cuando nos conocimos, porque me he negado siempre a tener algo más allá de una

amistad; deberé estar loca, pero no siento la más mínima atracción por él. Y fue por este mismo motivo por lo que decidimos irnos a vivir juntos.

Ambos estudiábamos en la universidad Complutense de Madrid: él arquitectura y yo medicina. Nos conocimos en una de las tantas fiestas a las que asistíamos ambos, y tras coincidir varias veces e intercambiar teléfonos, terminamos haciéndonos grandes amigos,

hasta el punto de compartir piso.

He de admitir que al principio tuve mis dudas, pues imaginaba que aquello sería un continuo desfile de mujeres desnudas, pero Gabri me prometió que eso no sucedería nunca, que practicaría el sexo en casa de ellas, o si no en un hotel, en el coche, en la calle... Todavía recuerdo que me dejó boquiabierta con la infinidad de lugares insólitos que enumeró para hacerlo. En definitiva, prometió que su hogar sería una especie de templo sagrado que solo compartiría conmigo. Y entonces acepté su propuesta.

La verdad es que ha cumplido su palabra en estos tres años que llevamos viviendo juntos, ya que nunca ha traído ni una sola mujer, ¡y, obviamente, virgen no es! Bueno, miento, solo ha traído a una, su cocinera/niñera/ama de llaves. Por eso nuestra convivencia marcha viento en popa, es un excelente amo de casa y me consiente demasiado, incluso más de lo que lo hacía mi madre.

Cuando llego tarde del trabajo, me espera con la comida recién hecha para que no se enfríe; hace la colada cuando libra su sirvienta; me plancha la ropa delicada y la coloca en los cajones; hace la compra por los dos, cogiendo mis caprichitos... No sé qué más podría

pedir.

Él, por mi parte, tampoco tiene problema porque estoy centrada de manera exclusiva en

mi trabajo y no tengo ni un segundo libre para la vida amorosa. Soy la jefa de pediatría en el Hospital 12 de Octubre y mi trabajo absorbe cada parte de mí.

Vivo por los niños, son mi debilidad, por eso hago horas extras sin ni siquiera darme cuenta; no soy capaz de cerrar la consulta a la hora que corresponde y decirles que vuelvan otro día. Por eso todos los enanos adoran a la tía Cleo, y los padres más, claro. Me apasiona mi trabajo.

—Espero que esta noche tampoco encuentres al hombre de tu vida —me susurra

Gabriel sujetando, como un auténtico caballero, la puerta trasera del taxi que nos llevará al hotel Palace.

Le echo un mal de ojos.

—El hombre de mi vida ya lo encontraré a la siguiente, en esta vida me debo a los demás. De todos modos, ya sabes lo que opino sobre los hombres —le contesto al abrocharnos el cinturón de seguridad del asiento trasero del vehículo.

Él suelta una sonora carcajada.

—¿Crees que todos somos iguales? Venga ya, Cleo. Me conoces desde hace tres años,

mejor incluso que mi madre, y creo que te he demostrado con creces que no todos somos

de la misma calaña, *darling*. —Aprieta mi rodilla con su gran mano. Yo muevo la pierna haciéndole ver con ello que ese gesto me incomoda, y la retira de inmediato.

—Da igual, no necesito a nadie a mi lado, contigo me sobra —añado molesta.

—Vaya, gracias. Ahora me siento peor que el escombros —musita.

Yo pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza. Es una sensación muy extraña, me

siento con él tan cómoda como con un hermano o una amiga. Incluso creo que, en lo más

profundo de su corazón, Gabri es gay, aunque él aún no lo sepa. Si no, ¿cuál sería el motivo por el que todavía no se ha casado y tenido hijos para que su padre le deje en paz con el tema herederos?

Vivimos en una sociedad que piensa que si no tienes a un hombre al lado no eres feliz, y

a mí eso me pone de muy mal genio, porque una mujer puede ser dichosa perfectamente

estando sola, sin necesidad de aguantar a nadie, o de hacerlo tan solo por el qué dirán. Es indignante.

Tengo mi carrera, tengo mi trabajo, un buen sueldo y un gran piso en plena calle Velázquez de Madrid, ¿por qué complicarme la vida?

En cuanto entramos por las puertas del lujoso hotel de cinco estrellas, Gabriel me ofrece su brazo y nos dirigimos hacia el jardín de invierno, que no es un jardín como tal, sino un espacio de planta circular cubierto por una gran cúpula de vidrieras de colores sostenida por columnas dobles, y podría decirse que una de las partes más características del hotel.

Entonces, dos arpías muy bien vestidas se abalanzan sobre nosotros.

—¡Oye, tía! Con el sueldazo que ganas, ¿no tenías un vestido que no hubiese sido usado

en una graduación? —Corín hace gala de su desfachatez una vez más para soltar lindezas

por su boca. Va vestida con un Armani largo azul que le combina a la perfección con su

melena pelirroja.

—¿Qué pasa, te da envidia porque todavía me sirve? —respondo moviendo mi trasero

de una manera muy sexi.

—¡Te odio, bruja! —me increpa.

Los cuatro nos reímos y él me suelta para permitir que salude a Clarita, la única amiga

que conservo desde la infancia. Ella es todo lo contrario a mí, es apacible, serena, tranquila, pacífica y sosegada, o lo que es lo mismo, aburrida. Aunque siempre ha sido la que me ha dado los mejores consejos y la que ha estado a mi lado en los peores momentos.

Es una especie de ángel protector; además, su pelo rubio y su tez clara, acompañada de sus ojos azules, lo confirman.

Cuando yo saltaba en paracaídas, ella me esperaba en tierra con el SAMUR. Cada vez que

llegaba demasiado bebida a casa, ella le decía a mi madre que me había sentado mal la cena. Si suspendía algún examen, ella me explicaba todo el temario durante horas hasta que lo entendía y así podía aprobarlo después. En definitiva, ha sido como una hermana

para mí. No lo somos en el sentido estricto de la palabra, pero lo somos de espíritu.

—Estás radiante, Cleo —dice dándome dos besos.

—Tú sí que lo estás —respondo admirando su esbelta figura adornada con un vestido

verde precioso de Gucci, también largo.

—Gabriel no merece menos —espeto tímida para que él la escuche.

—Y por eso le daré luego lo suyo —la interrumpe Corín tirando de la corbata de él para

que este le dé un beso en los labios.

Mi compañero de piso sonrío con picardía y levanta ambas manos en señal de

rendición,

gesto que ellas aprovechan para colocarse cada una en uno de sus costados.

—Chicas, tranquilas, sabéis que tengo amor para todas. Hoy es mi cumpleaños, estoy a

diez de convertirme en un cuarentón y sentar la cabeza, así que tenemos tiempo de sobra.

—Aprieta contra sí las caderas de cada una.

Yo los observo alejarse entre risas para entrar en el salón donde lo esperan todos sus invitados.

Gabriel Roca es el hijo único de un famoso empresario multimillonario catalán, además

de ser uno de los arquitectos más codiciados en la actualidad por haber diseñado la mansión de Miami de una de las hermanas Koplowitz. Desde entonces, se lo rifan.

Decidió venirse a vivir conmigo porque estando solo se aburría como una ostra, no por

necesidad, está claro; además, el alquiler que me obliga a aceptar es mucho más alto que

la propia hipoteca, pero dice que me lo merezco por aguantarle cada día. A mí me viene

muy bien porque así puedo destinar una gran cantidad de mi sueldo a causas benéficas.

Me quedo helada en la puerta de la sala al ver tantísima gente; tardo tan solo un instante en entrar, pero uno eterno.

A veces invade mi mente una terrible sensación de no entender en qué se basa la vida y

es entonces cuando recuerdo imágenes de aquel verano que pasé en Ruanda, la tierra de

mis orígenes, hace ya seis años.

Allí hay niños que mueren de hambre a cada minuto y el canibalismo no está mal visto,

ya que si tú has de salvar a tu hijo, te importa muy poco de dónde proceda el alimento, todo vale con tal de tenerlo entre tus brazos un día más. Y esas cosas no se olvidan nunca, se quedan grabadas a fuego en el alma.

Hubo noches, mientras escuchaba sus llantos desgarrados por el hambre y la sed, en las

que me planteé quitarme la vida para poder servirles de algo, pues las medicinas que llevábamos eran insuficientes y poca ayuda económica recibían de las famosas ONG.

No obstante, no fui capaz de hacer nada, al menos nada para cambiar sus vidas, todo lo

que intentaba resultaba inútil y, al final, volví a mi país avergonzada de la humanidad por permitir que sucediesen aquellas atrocidades cuando a otros nos sobra de todo.

Me juré a mí misma que intentaría cambiar el mundo, pero en aquel momento era demasiado joven y soñadora. Conseguí mi actual trabajo y olvidé mis fantasías de heroína.

Es algo que con los años nos pasa a todos. De niños queremos ser princesas para servir al pueblo o guerreras para luchar contra el mal, pero de adultos nos limitamos a dejar pasar

los días, acumulando dinero para después gastarlo en cosas innecesarias, sin más.

De pronto, soy consciente de que mis tres amigos me observan incrédulos varados delante de mí.

—Nena, ¿vas a quedarte ahí pasmada toda la noche o entras en la fiesta? —
me pregunta

Gabri un tanto molesto por interrumpir su particular día siendo el centro del
universo.

—Mírala, parece que ha visto al fantasma de la ópera —se burla Corín.

—Cleo, ¿estás bien? —Clara me observa algo preocupada.

—¡Voy! Solo me he mareado un poco —miento a modo de excusa y corro a
reunirme

con ellos.



Capítulo 2

La sala en la que entramos es espectacularmente lujosa, decorada en un estilo neoclásico impecable. Está dividida en varias zonas. La de la cena está compuesta por varias mesas redondas, de ocho comensales cada una, colocadas formando un gran círculo.

La del baile tiene un escenario de madera con una batería, un micrófono y una pequeña pista enfrente. Y, por último, está la zona de la subasta, que consta de varias sillas dispuestas en filas de diez, todas ellas situadas delante de un atril.

Sé que va a haber una subasta porque Gabriel lleva todo el mes emocionado con ella,

aunque no me ha querido contar de qué se trata.

Recuerdo el día que le pregunté...

—Es alto secreto de Estado, querida —me increpó cuando intenté sonsacarle información valiosa—. Lo único que te pido es que participes.

—Viniendo de ti, seguro que se trata de rodar una escena con un actor porno o algo por el estilo —lo provoqué.

—¿Eso te gustaría? ¿Podría mirar mientras rodáis? —respondió con las pupilas dilatadas—, ¿o incluso participar?

—¡Ni lo sueñes!

Busco nuestros nombres en la lista de invitados, recorriendo de un vistazo todo el círculo que forman las mesas y, de repente, miro hacia la única que se encuentra en pleno centro, aparece en mi campo de visión como algo demasiado obvio. Me acerco lentamente

hasta allí, pasando de la lista, y en efecto compruebo que mi nombre está escrito en una

exquisita tarjeta de color marfil, junto a la copa de champán.

Enarco una ceja pensativa. Está claro que Gabri sabe que lo odiaré por ello, por eso lo

ha hecho, para poder pasar «totalmente desapercibida», como le pedí, claro que sí.

Poco a poco los invitados se van acomodando en sus mesas. Todo es de color marfil y

melocotón, una decoración muy fina.

Clara y Corín toman asiento juntas, pero a mí me han situado en medio de cinco hombres trajeados, a cada cual más apuesto, que no me quitan los ojos de encima mientras

se van sentando. Y cómo no, se hacen los valientes entre ellos.

«¿Acaso se piensan que esta pava se va a amedrentar entre tanto gallito?». Qué ilusos.

Rodeo la mesa contoneando mis caderas de una forma exagerada, con la cabeza alta y

sin ni siquiera mirarlos. La estratégica abertura de mi vestido les permite admirar mi escultural pierna al caminar y esto, señores, les deja a todos babeando cual adolescentes lerdos.

Me coloco delante de mi silla y carraspeo altanera. Entonces, tres de ellos se alzan para apartarla de la mesa y facilitarme el tomar asiento, chocándose unos contra otros mientras yo permanezco impassible. Niego con la cabeza una vez que me he sentado, por cierto, retirando la silla por mí misma, mientras ellos permanecen aún en pie y algo descolocados.

—Lamentable escena, caballeros —espeto con una mirada reprobatoria digna

de la más

arpía de las soberanas.

—Lo siento, señorita.

—Ha sido mi culpa.

Se disculpan muy torpes unos y otros.

—¡Silencio! —exclamo dándoles un susto de muerte al dar un golpe sobre la mesa.

Clavo mis ojos muy seria en uno de los dos sujetos que se han levantado para ayudarme

—. Ya es suficiente espectáculo, tomad asiento y manteneos calladitos, que estáis más guapos... —protesto indignada—. ¡Hombres! —bufo enojada.

Todo esto bajo la *ojiplática* mirada de mis dos amigas, que no saben si llorar o hacerme la ola.

—¡Esta tía es mi ídolo! —admite Corín, boquiabierta, señalándome con la palma de su

mano.

—Y el mío —balbucea uno de ellos, haciendo reír a todos los demás comensales, excepto a mí.

Y es que he de admitir que me encanta hacer sufrir al género masculino. Ellos se piensan que son superiores a nosotras, pero en realidad son lo más simple y vulgar que ha existido desde que el mundo gira. Comer, beber, follar y dormir, no les pidas más porque

no te lo van a dar. Y si te lo dan, es para conseguir alguna de las opciones anteriores.

Esa es la conclusión a la que he llegado después de años interactuando con

ellos.

Hay mujeres que piensan que están gordas, otras que están demasiado delgadas, algunas

creen que tienen poco pecho, otras que mucho, las hay que se ven bajas y otras altas...

Pero yo sé que estoy buenísima, no voy a negarlo, tengo un cuerpo espectacular, o al menos a mí me lo parece. Además, mi genética por parte de madre biológica, que era mulata, aporta a mi piel una tersura extraordinaria, con lo cual, mi cuerpo es duro como

una piedra.

Mido un metro y setenta centímetros, peso sesenta kilos, es decir, que delgada no estoy,

pero gorda menos. Tengo las curvas donde deben estar y, por cierto, muy bien definidas.

Lo que más me gusta de mi físico son mis piernas y lo que menos, mis indomables rizos,

aunque tampoco los odio. Hay que ser feliz por cómo uno es, que las desgracias vienen solas, no hay que buscarle penas añadidas a la vida.

¿Para qué voy a perder el tiempo odiándome? Además, viviendo en un mundo

dominado por hombres, quererte a ti misma es fundamental para dominarlos. Si sabes jugar con eso, los tendrás a todos comiendo de tu mano. Se trata del juego más antiguo del mundo, el de la seducción, y a mí me han tocado unas cartas muy buenas.

—Señorita, ¿sería tan amable de concederme el primer baile? —El hombre trajeado que

está a mi lado izquierdo me está haciendo una pregunta, pero yo sigo

comiendo tranquilamente, sin ni siquiera mirarlo.

—Tiene todos los bailes reservados para mí, Rodrigo. Lo siento —le responde el hombre trajeado que está sentado a mi derecha.

Corín, a la que tengo justo en frente, me observa atenta, con una sonrisa triunfal, esperando impaciente mi reacción.

—Yo creo que os estáis equivocando, esta joven ha sido creada para mí —les indica un

tercer hombre trajeado.

Entonces me levanto de mi sitio, todos me observan.

—Señores, me gustaría decirles que me siento agasajada ante tanto halago —pongo ambas manos sobre mi corazón teatralmente—, pero no es el caso, la realidad es que me

están incomodando... y mucho. No voy a bailar con ninguno de ustedes, y mucho menos

si me lo piden como si fuese un trozo de ternera. Bailaré con quien a mí me dé la real gana, y siento informaos que no se encuentra sentado en esta mesa. Y ahora, si dejan de

comportarse como adolescentes hormonados y lo hacen como los caballeros que se supone

que deberían ser, lo agradecería soberanamente, yo y su reputación. Gracias.

Corín y Clara aplauden tronchadas de la risa mientras vuelvo a tomar asiento. Y nadie

se atreve a añadir ni una sola palabra más en toda la noche. Creo que todos los presentes en la sala están aguantando la risa, incluido el anfitrión, que me observa con atención.

«No haberme puesto aquí», le reprocho en mi cabeza.

—Los has asustado, han huido despavoridos en cuanto hemos terminado de cenar, eres

muy egoísta —me regaña Corín—. El que tú quieras convertirte en monja no implica que

las demás también lo pretendamos. —No creo que vaya en serio, aunque tampoco me importa, pues no es precisamente la falta de pretendientes su mayor problema en esta vida.

Bailamos al ritmo de la música de los años sesenta que toca un grupo en vivo sobre el

escenario. Lo estamos pasando en grande.

—¿Tú no estabas enamoradísima de Gabriel? ¿Qué te importan esos banqueros

estirados? —contraataco inventando un paso de baile absurdo para que se rían.

—Todas estamos enamoradas de Gabriel, pero él solo tiene ojos para ti —me reprocha

ella.

—Ya estamos otra vez con lo mismo —me quejo, dejando el baile.

—¿Acaso vas a decir que no lo sabes? ¡Venga ya! —insiste, deteniéndose ella también.

—Voy a atribuir esa tontería a que vas borracha —alego.

—¡Pues los borrachos siempre decimos la verdad! La única que no lo ve eres tú. Díselo Clarita, que a ti sí que te creerá —le increpa a mi dulce amiga, que intenta pasar desapercibida, como siempre.

Miro a Clara con gesto divertido, ya que es innegable que Corín me está tomando el pelo, para variar, pero la cara de mi amiga del alma me hace

presagiar la tormenta que se avecina.

—¡Dime que tú no piensas así también! —le pido.

—Es obvio, Cleo —admite encogiéndose de hombros.

—No es cierto —insisto.

Busco a mi amigo con la mirada por toda la sala para que les explique a estas dos brujas

borrachas que solo me ve como a una amiga, pero no hay ni rastro de él. De pronto las luces se apagan y comienza a sonar una canción lenta. Alguien me coge suavemente por la

cintura, girándome con delicadeza para colocarme contra su pecho.

—¿Me buscabas, princesa? —susurra.

Hasta hace tan solo un momento me hubiese sentido muy afortunada, pero ahora mismo

estoy demasiado confusa. No quiero hacerle daño, pero tampoco quiero que piense algo que no es.

Se me vienen a la cabeza la multitud de escenas que hemos compartido, películas tirados en el sofá, las noches de lluvia, días de compras, visitas a museos, viajes...

—¿Por eso nunca llevabas chicas a casa? —le pregunto mirándolo a los ojos.

Él se encoje de hombros y me mira con dulzura, como nunca lo había hecho, o mejor

dicho, como nunca me había dado cuenta que lo hacía. No hace falta que le dé más explicaciones, sabe a qué me refiero.

—Siempre fuiste tú... y solo tú.

Entonces me separo de él de una manera muy brusca, como si de pronto su cuerpo ardiese.

—¡Dime que todo esto es una broma! —le suplico con miles de lágrimas en los ojos.

Él no sabe muy bien qué hacer, pues todos nos observan.

—Te amo, Cleo. Esa es la única verdad —sentencia.

Retrocedo un par de pasos, atemorizada, mientras él avanza hacia mí para intentar

retenerme, así que me giro y salgo corriendo a toda prisa.

—¡Cleopatra, espera! —me suplica su voz desgarrada, pero ya es demasiado tarde.



Capítulo 3

Llevo un rato merodeando por mi habitación. Nerviosa.

Por un lado pienso que debo estar tranquila. «No pasa nada del otro mundo, solo que un

hombre que estaba enamorado de mí desde hace tiempo me ha mentado para poder vivir

conmigo, ¿dónde está el problema?», me digo a mí misma en un tono sarcástico.

¡Necesito destrozar cosas!

Pero, de repente, se escucha la puerta, sacándome así de mi estado de cabreo extremo.

Está claro que alguien ha entrado porque oigo pasos. Salgo a toda prisa hacia el salón para ver de quién se trata, aunque más bien me apresuro a cometer un asesinato, pues doy por

sentado que será mi «enamorado».

Casi me da un infarto al comprobar que se trata de tres hombres trajeados, a cada cual

más corpulento. Son los tres iguales; si no son trillizos, muy cerca deben andar.

«¡Ay, Dios!». Me detengo en seco.

Busco nerviosa con la mirada algo punzante a mi alrededor, o al menos algo sustancioso

con lo que poder golpear en la cabeza a alguno de esos gorilas de dos metros, aunque supongo que antes debería buscar una escalera.

—¿Quiénes sois y qué hacéis en mi casa?! —pregunto acojonada por completo.

—Venimos a buscarla, señorita O´Pry. Ha de acompañarnos —me informa uno de los

clones *in black* con un acento muy raro.

—¡Y una mierda! —Salgo corriendo hacia mi habitación para encerrarme y poder

llamar a la policía desde el móvil, pero uno de los matones me coge al instante por la cintura para llevarme sin el menor esfuerzo hasta el sofá e inmovilizarme allí, mientras yo pataleo salvaje e infructuosamente.

—Lo único que conseguirá resistiéndose será lastimarse —me advierte el clon número

tres desde la puerta de entrada que está custodiando para que no entre ni salga nadie.

En un descuido de mi captor, salgo huyendo de nuevo hacia mi cuarto, pero esta vez no

logro salir ni del salón, pues me atrapa enseguida. Ahora, en vez de patalear contra el aire, consigo asestar un buen rodillazo en las partes nobles del clon número uno. Este se agacha para lamentarse y es cuando me deja escapar sin querer.

Corro por el pasillo con toda la rapidez de la que soy capaz, cuando el clon número dos

me apresa como a un insignificante conejo, rodeando con su inmenso brazo mi garganta,

lo cual me deja prácticamente sin oxígeno. Intento arañarlo, pero ni se inmuta, así que le muerdo con todas mis fuerzas y eso hace que me suelte ipso facto, exclamando algo en otro idioma.

Lo último que recuerdo es ver su zarpa abalanzarse sobre mi cara, acompañada de una

expresión para nada amigable de su rostro, que se podría definir como algo similar al odio mortal.

Me despierto sobresaltada para comprobar aterrada que estoy atada de pies y manos, además de amordazada, aunque me tranquiliza descubrir que me hallo

en una espectacular

suite y no en algún garaje de mala muerte a las afueras de la ciudad. Hecho curioso, pero cierto.

—Nunca pensé que diría esto, pero ¡bienvenida a Alejandría, Cleopatra! — anuncia ceremoniosamente una voz de hombre a mis espaldas.

Tiene el mismo acento que los tres *men in black* de mi piso, aunque deduzco que no es ninguno de ellos porque su tono es mucho más elegante y sereno.

No puedo contestarle por la mordaza, lo cual me pone más nerviosa aún. Siento mi corazón palpitar desbocado y estoy temblando. Tengo mucho miedo.

—Tranquila, no vamos a hacerte daño, te doy mi palabra. —Su voz suena más próxima.

Entonces se planta ante mis ojos un hombre de mediana edad, yo diría que tiene unos

cincuenta años, aunque los lleva muy bien. Su pelo es canoso y tiene unos ojos grises

demasiado misteriosos. También va trajeado, pero, a diferencia de los trillizos, su ropa es de alta costura, es decir, de la cara. Lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón y parece estar bastante relajado.

—¿Quieres saber qué haces aquí? —me pregunta.

Yo asiento con la cabeza.

—¿Prometes no gritar? Estamos en un hotel muy lujoso, aquí no se admiten escándalos.

—Posa su dedo índice delante de sus labios, indicando silencio.

Vuelvo a asentir de nuevo.

Hace un gesto con los dedos y uno de sus secuaces se presenta para arrancarme, literalmente, la mordaza de la boca.

—¡Me cago en tu...! —escupo por el daño causado mientras él ahoga una sonrisa.

—Has dado tu palabra, recuérdalo —me interrumpe «Corleone», tomando asiento

frente a mí en un elegantísimo sillón blanco.

Aprieto mis labios para no insultar al trillizo capullo y permanezco en silencio, muy a

mi pesar.

—¿Ha dicho que estamos en... ¡Alejandría!? —pregunto alucinada.

—Efectivamente, nos hallamos en la cuna de las dinastías faraónicas.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? Todo el mundo me estará buscando... ¡Mis

padres! —De pronto vuelvo a tener taquicardia.

—Debido a tu agresividad con mis hombres —hace alusión al brazo vendado de uno de

ellos—, nos hemos visto obligados a sedarte para viajar hasta aquí.

—¡Qué exagerado, ni que fuese una niña! —Señalo el vendaje y el tipo traga saliva para

no protestar.

—Y con respecto a tus seres queridos, no te preocupes, están al tanto de todo, no se alarmarán —añade.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que están al tanto de que me habéis secuestrado?

—No salgo

de mi asombro ante su respuesta, vamos, que no se lo cree ni él, pues ya me imagino a mi

madre llamando a la Interpol desquiciada, como cuando llegaba cinco minutos tarde a casa.

—Cleopatra O'Pry, eres la última descendiente de una familia muy importante de

Egipto, por ese motivo nuestro agente especial, al que tú conoces como Gabriel Roca, ha estado custodiándote durante cuatro años, justo después de que lo hicieran tus padres adoptivos. Pero esta noche el agente ha desaparecido cuando volvía al piso franco, no se

sabe nada de él desde hace horas y por eso hemos preferido traerte aquí para mantenerte a salvo.

Mi cerebro se ha detenido.

—¿Qué?! —Parpadeo varias veces, a ver si con ello vuelve el riego sanguíneo a mi cabeza—. ¿Gabri? ¿Te refieres a mi compañero de piso? ¿Agente secreto? ¿Y mis padres?

¿Piso franco? ¡Estáis de coña! —Se me escapa un bufido de incredulidad.

—En realidad no se llama Gabriel, ni es el heredero de la familia Roca, su verdadero nombre es Giulio Campinni y es uno de nuestros mejores agentes, está especializado en caracterización e infiltración, como habrás podido comprobar en estos años, ya que por lo visto no has sospechado de él en ningún momento.

—Si eso es verdad... —gruño.

—Es cierto, Cleopatra. —Asiente él.

—¡Será capullo! ¡Voy a matarlo!

—Ojalá puedas hacerlo, eso significaría que lo hemos encontrado con vida —
alega.

—¡Pero no entiendo nada! —Ahora ya no sé si me importa que le haya
pasado algo o

no, pues se supone que ya no es mi amigo, que nunca lo ha sido—. ¿Qué
tengo yo que ver

con todo esto?

—Tú eres la fuente. Debemos protegerte hasta que demos con el enemigo.
Sabíamos que iban a ir a buscarte anoche, pero algo les detuvo y se llevaron a
Giulio en tu lugar.

—¿Y eso qué quiere decir? —inquiero.

—Que no deben encontrarte bajo ningún concepto. A partir de ahora, no
debes hablar

con nadie sobre tu vida anterior, te recomiendo que ni siquiera pienses en
ella, puede haber cámaras y micrófonos por cualquier sitio.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que he estudiado ocho putos años de mi vida
para que lo

borréis en dos minutos? —Me va a dar algo y por eso hablo con palabrotas,
ya que no es

propio de mí.

—Exacto, serás una excelente bailarina de danza oriental y trabajarás en este
hotel.

No puedo evitarlo, suelto una carcajada.

—¡Es la tontería más grande que he oído nunca! —exclamo partiéndome de
la risa—.

Venga, decidme ya dónde está la cámara oculta. La broma ha estado genial, casi me lo creo.

—No es ninguna broma. Tu vida y la de muchas personas, incluidos tus padres y amigos, dependen del éxito de esta misión. A lo largo de la semana te explicaremos qué

debes hacer. Hasta entonces, solo tienes que limitarte a obedecer lo que te indique tu instructor, él es quien manda, nosotros tan solo seguimos sus órdenes.

—¿Qué instructor?

—Él sabrá ponerse en contacto contigo. Tienes varias tarjetas de crédito a tu disposición y un móvil clandestino para que nadie pueda pincharlo ni ubicarlo. Todo lo que necesites

lo encontrarás en la maleta que hay sobre la cama.

—¿Y ahora dónde voy? ¿Qué hago? —Porque quiero llamar a mi madre y llorar

desconsoladamente.

Él se levanta de la silla para mover un dedo de manera suave. Al instante uno de sus matones viene con una navaja y corta las cuerdas que me mantenían inmóvil. El señor mayor coge mi mano con delicadeza y la besa.

—Cleopatra, sigues siendo la misma, pero con un maravilloso y prometedor horizonte

expandiéndose ante tus ojos. —Señala con un amplio giro de su mano toda la pared de la

suite, que no es sino una infinita cristalera desde la que se aprecia el exterior —.

Disfrútalo.

Y ni corto ni perezoso se marcha, seguido de sus tres gorilas y dejándome sola en medio

de esta inmensa estancia.

¿Estaré soñando?



Capítulo 4

He estado flipando durante unas cuantas horas. No he sido capaz de levantarme del

sofá donde me había dejado caer después de que esos extraños señores se marchasen.

En el escaso tiempo que llevo investigando, he descubierto que estoy en la planta dieciocho del lujoso hotel Four Seasons de Alejandría.

—¡Estoy en la maldita Alejandría de verdad! —grito tapando mi boca al escucharme.

Mi para nada modesta habitación consta de unos cuatrocientos metros cuadrados, tres baños inmensos de mármol blanco, con *spa* y todo incluido.

El mobiliario de la *suite* Royal al completo es de estilo clásico y me recuerda al diseño francés, eso sí, con guiños a la calidad mediterránea. Todo ello combinado con exquisitos toques egipcios clásicos. Su decoración es una perfecta combinación entre el azul y el amarillo, y dicha mezcla evoca las vistas de la ciudad con el mar, que se pueden admirar a través de los ventanales que delimitan la estancia.

Ya ha anochecido y desde la terraza principal del ático, que es donde me encuentro en

este momento, descubro anonadada las increíbles vistas panorámicas del *skyline* iluminado y reflejado en el mar frente a mí. Nunca antes había contemplado semejante belleza

urbana. La terraza está dotada con varios sofás y mesas bajas, todo muy bohemio. Aquí se respira sencillez y glamur a partes iguales, una gran paradoja, teniendo en cuenta que ahora mismo carezco de libertad.

Solo de pensar en la época de Alejandro Magno me entran escalofríos. Inspiro

profundamente el olor a sal que transporta la brisa marina, embargada por tan diversas emociones...

Me siento como una auténtica reina. La verdad es que me podría acostumbrar a esta nueva vida sin problema. Suponiendo que fuese así, claro está.

El repentino y estruendoso sonido de un timbre me hace dar un salto. Pongo la mano sobre mi pecho para intentar calmarme. Busco con rapidez la procedencia del molesto pitido mientras continúa sonando, llevándome este hasta la maleta que hay sobre la cama.

Abro la cremallera y compruebo aliviada que se trata del móvil.

Nota mental: cambiar la melodía de este cacharro.

«¿Qué hago? ¿Lo cojo?», me pregunto insegura, observando el aparato como si se tratase del fin del mundo. En la pantalla aparecen las palabras «número

oculto» y no me

da buena espina. Decido no contestar la llamada, a ver si van a ser los malos y me localizan.

De pronto se queda en silencio y puedo respirar tranquila. «El señor mayor de antes me

dijo que este móvil era clandestino y que nadie podía rastrearlo. Se supone que si alguien llama, será de mi bando, ¿no?», me animo a mí misma.

Pero al instante el aparato vuelve a taladrarme el oído, asustándome de nuevo. Suena tantas veces que decido responder, aunque solo sea por no oírlo más.

—¿Diga? —Mi voz temblorosa es más aguda de lo normal, creo que es bastante posible

que se deba a que estoy muerta de miedo.

—No tenemos tiempo para tus tonterías de niña mimada. —Al otro lado de la línea una

voz ronca de hombre me hace estremecer, denota poder y seguridad, es como un maldito

locutor de radio, pero uno muy cabreado—. En cinco minutos te espero en el *lobby* —

ruge.

—Pe-pe-pero... —balbuceo.

Y me cuelga.

Permanezco paralizada por completo, contemplando el aparato que tengo entre mis

manos como si fuese una granada a punto de estallar.

Inspiro hondo e intento serenarme.

Observo apenada lo que antes era un vestido rojo precioso y ahora es un acordeón de

tela sucia, aunque no me preguntéis el motivo de tal catástrofe, yo he estado drogada. «No puedo salir de la habitación así vestida, llamaría la atención enseguida», pienso. Supongo que los clientes que ocupen este hotel «de humildes» tendrán más bien poco.

Decido no bajar al *lobby*, desobedeciendo deliberadamente al señor de la voz grave que me ha ordenado que lo haga.

No tardan en aporrear la puerta. Varias veces.

Otra vez me sobresalto.

—¡Joder! No me han dado tantos sustos en toda mi vida —me quejo.

Me apresuro hasta la entrada a la *suite*, pero antes de darme tiempo a comprobar por la mirilla de quién se trata, esa voz atronadora me hace estremecer de nuevo, esta vez desde el otro lado de la puerta.

—¡Abre de una maldita vez! —ruge asestando fuertes golpes de manera convulsiva en

la madera.

—¡No pienso abrir, no sé quién eres! —le respondo aturdida.

—Si no abres, tiraré la puerta abajo —exclama cabreado.

—Pues títala...

Dicho y hecho.

En un segundo la puerta desaparece ante mis ojos y, tras ella, emerge victorioso el hombre más atractivo que jamás haya visto.

Es muy alto y fibroso, tiene el pelo de color castaño, más largo de lo habitual y despeinado a lo loco. Está frente a mí, impertérrito, penetrándome con dos preciosos ojos castaños envueltos por una oscura e intimidante mirada. Tanto es así que mi boca no puede cerrarse, creo que mi mandíbula está rozando el suelo. Solo hace falta que asciendan querubines cantando con arpas a su alrededor.

—No pienses que vas a salirte con la tuya como hacías con el pobre Giulio —me amenaza con el dedo al traspasar el umbral de dos zancadas—, ¡yo no soy ningún calzonazos!

No soy capaz de articular palabra, tengo la misma sensación que si me hubiesen metido papeles arrugados en la boca, es decir, que está completamente seca. Y mi sangre hace un

instante que dejó de recorrer las venas de mi cuerpo.

¡Qué pedazo de tío, es guapísimo!

Lleva un pantalón de traje negro, se ha debido quitar la chaqueta en algún sitio, junto

con la corbata, porque lleva el cuello descolocado de la camisa blanca de manga larga remangada hasta los codos.

—¿Quiere hacer su majestad el favor de mover su real culo y bajar al maldito vestíbulo

de una puta vez? —ordena el energúmeno trajeado de metro noventa que tengo delante.

Es entonces cuando por fin reacciono, y lo hago como si todo esto no me estuviese ocurriendo en realidad, como si fuese la misma de siempre haciendo frente a cualquier idiota en la calle, sin importarme lo más mínimo quién demonios sea el hombre que tengo

delante ni el hecho de que esté tan bueno.

—¿Tú eres gilipollas o te lo haces? —espeto furiosa con los brazos en jarras.

Él ahoga un amago de furia, aunque lo contiene enseguida. Estoy segura de que ha sido

una involuntaria mueca de fastidio ante mi reacción, pues seguramente no esté

acostumbrado a que le lleven la contraria, tiene toda la pinta.

Levanta una de sus manos para pasarla por su sedoso y perfecto pelo ondulado, mientras su otra mano descansa sobre su cadera. Clava sus más que impresionantes ojos

trigueños en mí, y la verdad es que impresiona.

—¿Quieres que te muestre cómo tratamos aquí a las mujeres como tú? —
Ahora parece

algo más sereno.

—Lo que quiero es que te vayas a tomar por...

No me da tiempo a terminar la frase porque se agacha y me carga sobre su hombro para

sacarme de allí como a un saco de patatas, ignorando las miles de maldiciones en todos los idiomas que hablo y los puñetazos improductivos que le asesto en sus marmóreos lumbares.

Una vez que entramos en el ascensor, me deja en el suelo porque no le queda más remedio. Intento pegarle un buen puñetazo, pero atrapa mis muñecas entre sus fuertes manos antes siquiera de lograr levantar el brazo. Nos miramos el uno al otro reflejando un odio mortal.

El ascensorista, o encargado de llevar a los clientes al piso que deseen, nos observa con una cara muy rara; estoy convencida de que le damos miedo. Entonces, «Destroyer Man»

me suelta de mala gana y le dice algo en árabe que hace que el empleado me

mire y sonría.

—Intenta comportarte como una dama, aunque te resulte difícil. Las mujeres egipcias no son tan inelegantes como tú —refunfuña entre dientes.

¿Inelegante dice el imbécil?!

Yo respiro con dificultad y aprieto con rabia mis puños mientras me esfuerzo en no contestar a semejante insulto, o no asestarle un buen guantazo en su perfecto rostro, para ello centro mi atención en contemplar cómo se van iluminando los numeritos en la pantalla digital del elevador al descender las plantas.

Intento no mirar al ser sin escrúpulos ni educación que tengo a mi lado, pero me resulta

muy difícil porque él no aparta su mirada de mí y me está poniendo muy nerviosa.

Llegamos a la planta baja. Las puertas doradas del ascensor se abren y él sale primero,

pero yo no lo sigo, como fijo que se supone que debo hacer. Se detiene para girarse despacio. Nos miramos, retándonos. Hace un leve gesto con la cabeza para indicarme que

vaya, pero no obedezco, lejos de eso, levanto el dedo corazón de mi mano derecha y le digo, solo moviendo mis labios, «que te jodan».

—Tú lo has querido —dice viniendo hacia mí de nuevo.

—¡No, no, no, no! —exclamo, retrocediendo y negando con ambas manos—. Iré

contigo, pero no me cojas más —le suplico.

Él se gira triunfante y camina con paso seguro, elegante y grácil a través del *lobby* del hotel, sorteando a la multitud de personas que caminan por aquí y seguido de cerca por mí, hasta que entra en un Starbucks.

Esto es lo más surrealista que me ha sucedido en la vida, en serio, y mira que tengo historias surrealistas para contar, pero esta supera a todas con creces.



Capítulo 5

—¿En serio has tirado una puerta abajo para invitarme a tomar un café? —

pregunto al tomar asiento al lado de una ventana desde la que se podrá ver el mar cuando

sea de día.

Me observa impertérrito y coge aire.

—Solo tenías que pedirlo —me burlo.

—Mira, Cleopatra —que me llame por mi nombre completo con esa voz me resulta tan

raro como sensual—, no estamos aquí para andar con jueguecitos de seducción barata, no

pienso dejarme embaucar por ese pelo salvaje y tus ojos de pantera, lo siento, no me van

las morenas.

—¿En serio eres así de imbécil siempre? —Estoy alucinando con el colega.

Me cruzo de brazos y lo miro con incredulidad.

—Aunque no lo creas, esta misión es muy peligrosa, de hecho, dudo mucho que vayas a

ser capaz de llevarla a cabo...

—Vaya, gracias, no esperaba menos de ti —lo interrumpo.

Me echa una maldición por burlarme de él, se coloca hacia atrás su pelo rebelde de

manera chulesca para que no se le meta en los ojos y me observa de nuevo envuelto en misterio. Ya vuelve a la carga.

—¿Sabes algo sobre tus antepasados? ¿Te han puesto al día tus padres? —
enfatisa esta

última palabra haciendo la señal de las comillas con los dedos.

—No —respondo malhumorada.

—¿Al menos una sencilla historia para tu minúsculo cerebro de mujer caprichosa?

—¡¿Minúscu...?! —exclamo frunciendo el ceño dispuesta a clavarle un tenedor en el ojo.

Pero en ese preciso momento aparece la camarera para salvarlo con la excusa de traer

los cafés que a él le ha dado la gana de pedir al entrar. Para mi sorpresa, a mí me sirve un café *latte* con hielo y doble ración de azúcar moreno, como lo suelo tomar siempre.

Mi acompañante le comenta algo en inglés a la chica con una gran sonrisa que ella devuelve más que encantada. Hablan un inglés tan fluido que no me da tiempo a entenderlos.

Lo miro extrañada.

—¿Por qué sabes cómo tomo el café? —le pregunto muy intrigada. Además debe saber

también que la cafeína de noche no me altera el sueño y que por eso antes de acostarme

suelo beberme uno.

Él se recuesta sobre el respaldo de su silla, pasando el brazo por encima de este, y me

observa como si fuese una mosca.

—Sé hasta tu talla de bragas —suelta.

¡¿Qué?!

Yo escupo el café que acabo de tomarme, llenando así su impoluto traje de leche con babas. Se aparta de golpe de la mesa, echándome un mal de ojos, y se apresura a limpiar

con las manos las manchas de la camisa, y como no desaparecen, coge una servilleta de

tela que hay sobre la mesa.

—¡Joder, qué asco! —protesta moviendo la servilleta enérgicamente sobre la tela de su

carísima ropa.

—¡Oh!, lo siento, pero mi minúsculo cerebro de mujer no ha dado para aguantar la bebida en mi boca. —Poso la mano de una forma teatral sobre mi

corazón, aguantando la

risa que amenaza con salir disparada de mi garganta.

Se detiene para contemplarme furioso, la vena de su poderoso cuello de toro se ha inflamado y tiene cada músculo de su inmenso cuerpo en tensión. La verdad es que da bastante miedo, aunque como es tan guapo, me confunde, pues mi persona no tiene temor

en absoluto, más bien le gustaría acercarse a él.

—Bueno, así estaremos en igualdad de condiciones, mugrientos los dos —
espeta

cabreadísimo, lanzando con muy mal genio la servilleta con la que se ha
limpiado contra

la mesa.

—¡Mugrienta será tu madre! —le contesto tirándole dicha servilleta a la cara,
que después de impactar en su rostro cae al suelo.

Se levanta de la mesa sin mediar palabra, pero aniquilándome con la mirada.

—¡Que te follen! —brama entre dientes pisoteando con saña la pobre
servilleta que no

tiene culpa de nada.

Y se larga por donde ha venido.

No doy crédito a lo que está aconteciendo en mi vida. Por más que intento

concentrarme y sacar algo en claro de todo esto, no me resulta posible. Todo
va demasiado rápido y no entiendo nada.

Hasta hace un rato, estaba en mi casa preparándome para una fiesta, y ahora
mismo me

encuentro a miles de kilómetros de allí, rodeada de extraños que aseguran conocerme y que quieren cambiar mi identidad. A grandes rasgos, ese es el resumen... No voy a entrar

en detalles.

Cuando he perdido toda esperanza de que el hombre desquiciado vuelva para pedirme

disculpas y explicarme todo este asunto con calma y serenidad, me levanto para volver a

mi habitación, debe ser tarde y la verdad es que estoy bastante cansada.

De vuelta hacia la *suite* observo maravillada el hotel, esta vez con más detenimiento.

No sabría expresar con palabras la grandeza que encierran sus muros. Han sabido mezclar

a la perfección el diseño árabe con el europeo, además del clásico egipcio con el moderno francés. Todo refleja lujo y exceso, pero a la vez divinidad y misticismo. Podría calificarlo como algo sumamente mágico a la par que elegante.

Cuando llego a la gran habitación ya está colocada la puerta.

«Esto es efectividad y lo demás son tonterías», pienso al poner la huella dactilar en el

lector para poder entrar.

La puerta se abre y cuál es mi sorpresa que el tío insufrible, que momentos antes me certificaba que todos los hombres del mundo son tontos, sale frente a mí ataviado solo con una escueta toalla blanca rodeando su musculosa cadera, mientras con otra toalla se seca el pelo.

—¿Se puede saber qué diablos haces duchándote en MI —enfático— habitación? —

También gesticulo nerviosa con las manos, más de lo normal.

No se detiene ni siquiera a mirarme.

—Perdona, pero eres tú la que está en MI —enfatisa con voz de pito, imitándome—

habitación. Si tienes algún problema, pon una hoja de reclamaciones.

Se mete en una de las habitaciones y desaparece de mi vista pegando un portazo.

Yo permanezco en medio del salón, boquiabierta, paralizada, aunque todavía no sé muy

bien si debido a que este cernícalo esté tan cerca de mí o por las gotas de agua que resbalaban por sus abdominales.

«¡Oh, *my God!* ¡Vaya cuerpo! Si lo viese Corín, lo violaba aquí mismo... — pienso acalorada—. Eso era una tableta de chocolate y no las de Milka, por Dios Santo, nunca había visto un hombre así».

Me obligo a salir de la calenturienta ensoñación que me ha provocado el detestable ser

para ir a tomar una ducha yo también, a ver si así me despejo un poco y logro pensar con

claridad.

Ya había comprobado anteriormente que la *suite* está formada por tres habitaciones y tres baños, así que tampoco me sulfuro demasiado por tener que compartir nada con él, hay espacio de sobra para los dos.

Lleno la espléndida bañera de mármol blanco del baño principal con agua templada, pues estamos en mayo y aquí hace bastante calor, por eso no me apetece nada el agua caliente; ya la caliento yo si eso, que creo que hasta me ha subido la fiebre.

Descubro junto a la bañera una bandejita con varios frascos de cristal que contienen perfume, lo sé porque junto a los símbolos árabes pone lo que hay en cada uno escrito también en inglés. Vierto un pequeño frasco de aroma de azahar en el agua y enseguida aromatiza todo el baño. La intensa fragancia hace que cierre los ojos para sumergirme en

un inmenso jardín andaluz.

Me acerco hasta el interruptor para bajar la intensidad de la luz, dejando todo en

penumbra. El ambiente recuerda a la luz de las velas, qué bonito se ve ahora el conjunto del baño, parece incluso otro, ya que los dorados danzan junto a los blancos y nacarados

gracias al reflejo del agua.

Me desnudo para subir las escaleras de mármol y las bajo entrando despacio en la colosal bañera, acostumbrándome poco a poco a la nueva temperatura, degustando la sensualidad que me rodea, hasta que por fin me tumbo poniendo mi cabeza sobre el almohadón reservado para ello. Cierro los ojos y me relajo, dejando escapar un gemido de

placer. Ahora mismo estoy en otro mundo.

Pienso en que hacía tiempo que un hombre no provocaba esto en mí, de hecho, creo que

nunca he sentido una atracción física tan fuerte por nadie. Todo en él es puro magnetismo que me atrae sin remedio. La pena es que tiene que ser con el hombre más insoportable del planeta...

Lo mío no tiene precio.

Pasa un rato y mi cerebro ha decidido desconectar para relajarse. Como solía hacer cuando estudiaba, si tenía un examen importante, en vez de agobiarme y estresarme, lo que hacía era descansar y meditar. Una vez que el cerebro estaba despejado, era cuando tomaba las decisiones importantes y solo

entonces actuaba. Siempre me ha ido muy bien este método y así lo haré esta vez también.

—No pareces tan peligrosa cuando estás tranquilita. —Su voz susurrando en mi oído provoca que dé un grito y me incorpore de un salto, apresurándome a tapar mis partes íntimas con una mano y mis pechos con la otra.

Él sonríe abiertamente. Mostrándome unos cautivadores hoyuelos y unos más que

perfectos dientes blanquísimos que le hacen asemejarse a alguien adorable, pero sé de sobra que no es más que una burda fachada de niño bueno y no pienso permitir que me embelese, ¡ni loca!

Tiene el pelo recogido en un moño sobre la parte alta de la cabeza que, junto con su barba de tres días, le da un aspecto demasiado sexi. Lo único que lleva puesto es un bóxer negro muy corto.

—¡Lárgate de aquí, depravado! —exclamo.

Se sorprende.

—¿Depravado? La depravada eres tú por mirarme como lo haces.

—¡Eso será en tus sueños! ¡No te miraría ni aunque fueses de oro! —le contesto

indignada.

Él suelta una sonora carcajada y me sorprende a mí misma admirando su risa.

—Mientes muy mal, Cleopatra, aunque en algo tienes razón, te gusta el oro, algo lógico

por otra parte, porque descienes de una familia muy avariciosa que disfrutaba viviendo rodeada de él.

—¿A mi familia le gustaba vivir rodeada de oro? ¿Qué me estás contando?

¡Qué sabrás

tú de mi familia! —La curiosidad me puede y no lo echo del baño, que sería lo que tendría que hacer, aunque todavía no sé muy bien cómo.

—Mucho más de lo que imaginas, sin embargo, este no es ni el momento ni el lugar para contártelo. Solo venía a informarte de que mañana a las ocho en punto debes haber

desayunado y estar preparada en la puerta de salida...

—¡Ja! —lo interrumpo—. ¿Y no podías haber esperado a que terminase mi baño, era de

vital importancia entrar para mirarme?

Se encoje de hombros.

—Eso demuestra que, efectivamente, ¡eres un depravado!

Él niega con la cabeza y continúa hablando como si nada.

—Iremos a hacer turismo y a comprarte algo de ropa, no puedes andar con esos harapos

por Alejandría, estás en tierra de faraones. —Se gira para marcharse.

—¡No pienso ir a ningún sitio y menos contigo!

—Suplicarás, Cleopatra, juro que lo harás —murmura desapareciendo de mi vista con

paso felino.



Capítulo 6

Es difícil no dormir bien en una cama semejante, es como si me hubiera envuelto

una nube gigante y hubiese estado flotando toda la noche. La sensación de mi cuerpo desnudo entre las sábanas de algodón egipcio es maravillosa. Por eso me despierto dulcemente, estirándome relajada y con una leve sonrisa en mi rostro mientras me iluminan los rayos del sol que entran por el gran ventanal.

La sonrisa se borra de repente de mi rostro en cuanto descubro frente a mí a un hombre

observándome muy enfadado y de brazos cruzados. Me cubro al instante con las sábanas

hasta el cuello.

—¡Oh! No te molestes en taparte, no tienes nada que no haya visto ya mil veces, no eres

tan espectacular —protesta.

—¡Eres un auténtico imbécil, déjame en paz! —le grito lanzándole un cojín.

—¿Ha descansado bien la señora? —ruge entre dientes, esquivando mi ataque sin el menor esfuerzo.

—Muy bien, gracias, puedes retirarte... para siempre —contesto con un gesto despectivo de mi mano.

Se ha puesto un fino pantalón de lino beis y un polo de color azul que resalta su piel morena y sus ojos intensamente brillantes. Lleva el pelo engominado a la perfección hacia atrás y esto le hace parecer algo más inofensivo que cuando lo lleva a lo loco.

—Me alegro de que hayas descansado, porque son las doce del mediodía y creo

recordar que habíamos quedado hace cuatro horas —me reprocha molesto, dando

toquecitos sobre su Rolex negro.

—Yo no he quedado con nadie, tú fuiste quien quedó solo; que yo sepa, mis palabras fueron muy claras, en ningún momento pensaba acudir —lo reprendo.

Entonces cierra los ojos con fuerza y cuando los abre, avanza hasta la cama a pasos agigantados para cogerme por las muñecas y ponérmelas por encima de la cabeza, sin que

me dé tiempo a huir. El movimiento ha provocado que la sábana que me cubría se baje hasta mi cintura y mis pechos queden al descubierto, aunque ni siquiera los mira. No sé

cómo, pero se ha subido a horcajadas sobre mí y ahora estamos frente a frente... Todo esto

me hace estremecer, y no precisamente de miedo.

Ahora que lo tengo tan cerca, descubro que sus ojos no son de un marrón normal, forman una estrella verdosa alrededor de la pupila y eso hace que el

efecto del color sea todavía más intenso. Se asemejan a dos malditos cristales de Swarovsky.

—Vas a obedecerme a la voz de ya, ¿lo entiendes? —intento contestarle, pero no me permite hablar—. Y lo vas a hacer porque estamos todos pringados de mierda hasta el cuello por tu culpa, así que déjate de chiquilladas y compórtate como una mujer adulta.

Puedes mirar tutoriales en Youtube de cómo hacerlo si lo precisas.

—¿Y cómo quieres que me comporte con un tío que no deja de insultarme? ¡Eres insoportable! Que me envíen a otro. —Intento zafarme de sus garras sin obtener resultado.

—¡Ya lo hicieron! —brama furioso—. Y lo más probable es que ahora esté muerto por

haberse enamorado de ti, maldita seas. —Está realmente dolido.

Nos miramos el uno al otro durante un breve instante, por un momento me da la sensación de que me va a besar, pero no lo hace. Me suelta de manera brusca y se incorpora de la cama.

—Tienes sobre el cambiador la ropa que debes ponerte. En veinte minutos estaré donde

te indiqué ayer; si quieres, vienes, y si no, haz lo que te dé la gana, pero no volverás a verme, estarás sola —me amenaza con el dedo.

Se marcha dando un portazo, cosa a la que comienzo a acostumbrarme.

Cuando todo queda en el más absoluto de los silencios, me levanto, algo aturdida por el

ímpetu de este hombre, aunque no niego que me guste que me desafíe, pues nunca nadie

lo había hecho antes. He sentido algo inexplicable cuando lo he tenido tan cerca, una conexión demasiado especial como para ser real. Deseaba que

admirase mi pecho, que lo

acariciase... pero no le ha prestado la menor atención.

«Déjate de rollos, Cleo, y céntrate. No hay que cabrear más al instructor desquiciado que, por lo visto, ahora vive contigo... ¡Ropa!», me aconsejo a mí misma.

Me apresuro para ver la vestimenta que me ha traído. Tengo mucha curiosidad, pues creo que dice bastante de un hombre su forma de vestir, y por lo que he podido comprobar

en el poco tiempo de trato, este tiene un gusto exquisito.

Me detengo en seco en cuanto advierto que se trata de un caftán de gasa, es de color azul turquesa, de tirantes y adornado con pedrería blanca por el pecho. Tiene un fajín del mismo color, pero en un tono más oscuro, que complementa a la perfección esta joya.

Una vez puesta sobre mi cuerpo, acaricio embelesada la prenda que me llega hasta las

rodillas a la vez que me sigo admirando en el espejo con asombro. De repente, he pasado

de ser una chica normal y corriente a convertirme en una auténtica diosa, me siento tan increíblemente bella que hasta rezumo poder. Este vestido, ni ajustado ni suelto, resalta mis curvas como ningún otro. Por último, me pongo unas sandalias de pedrería blancas que descubro junto al espejo.

—¡Qué pasada! —exclamo atónita.

Pero mi pelo se ha convertido en un gran pompón alrededor de mi cara. Debo hacer algo con él, este atuendo merece algo más sofisticado que miles de bucles enloquecidos alrededor de mi cabeza. Corro al baño y me lo mojo un poco para quitarle algo de volumen, entonces consigo hacerme un semi recogido estilo medieval bastante mono para

no tener pinzas ni horquillas.

Tampoco dispongo de maquillaje, aunque después de haber dormido tantas horas, tengo

la piel tersa y con un color precioso. Es lo bueno de ser mulata, no necesito color añadido.

El maquillaje de los ojos que llevaba ayer permanece intacto, a pesar del baño, la noche y los disgustos, así que el resultado final es una verdadera obra de arte.

Salgo del ascensor a toda prisa, creo que no han pasado todavía los veinte minutos de

rigor, porque olvidé mirar la hora en el móvil para ir calculando, pero supongo que debo

andar bien de tiempo.

En cuanto atravieso la puerta que conduce a la calle, siento el impacto que le produce

verme. Se ha quedado paralizado, ahora sí, mirándome sin tapujos.

—He acertado con la talla —murmura con un tono más ronco de lo normal.

—La única pega es que no me has comprado bragas —contesto para provocarlo

deliberadamente.

Su gesto de sorpresa me hace soltar una risa inesperada.

—¿Vas...? —inquire algo nervioso, señalando mis partes íntimas con su mano.

Le guiño un ojo.

—Nunca lo sabrás.

Comienzo a caminar por la calle con la cabeza alta y contoneando las caderas, rezando

para que sea esta la dirección que debemos tomar y no la contraria, porque si no mi escenificación no sería tan espectacular. Pero resulto victoriosa al comprobar que él me viene siguiendo para situarse a mi lado enseguida. Creo que está flipando, no aparta su mirada de mí.

—Los hombres se giran a mirarte —indica mientras caminamos por el paseo marítimo.

—Normal, este caftán es precioso —bromeo.

—Los dos sabemos que no es por el caftán —me dice.

—Serán las sandalias entonces.

Suelta un bufido y sonrío.

—Eres una mujer bastante singular, ahora comprendo que mi hermano se enamora perdidamente de ti —suelta—, hasta a mí me pones cachondo.

Me detengo para mirarlo con incredulidad.

—¿Gabri...? Perdón. ¿Giulio es tu hermano? —Decido obviar la parte en que confiesa

que le pongo cachondo, aunque no puedo evitar sentirme halagada.

Asiente.

—Es mi hermano pequeño, pero eso en este momento no importa.

—¿Y cuándo van a empezar a importar las cosas? Llevas veinticuatro horas diciéndome

que me contarás todo, pero no me cuentas nada porque no es el momento o no importa, y

yo no hago más que acumular preguntas. ¡Ni siquiera sé tu nombre! —le increpo.

—Marco Antonio —me informa.

Lo miro con cara de chiste.

—Es una broma. —Ladeo la cabeza para examinar su respuesta.

—No es broma —asegura muy serio, retomando el camino.

—¿Cleopatra y Marco Antonio? ¡Venga, hombre, no me jodas! —exclamo tras él.

Sigue andando. Se encoge de hombros sin añadir nada más y tengo que correr para alcanzarlo.

Caminamos durante unos minutos sin decirnos nada.

—¿Y qué leches hago en Alejandría, Marco Antonio? —El simple hecho de formular esta pregunta me pone el vello de punta, teniendo en cuenta las connotaciones históricas

que ello conllevaría de encontrarnos varios siglos atrás.

Él mete las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Egipto siempre ha sido, a lo largo de la historia, la llave del mundo y Alejandría, su

mayor joya —me cuenta—. Ahora mismo nos encontramos sobre el paseo marítimo más

antiguo de la Tierra, desde el que se puede admirar la mejor puesta de sol de nuestro planeta. Aunque en la actualidad tiene lo mismo de mediterráneo que yo de oriental.

Señala indignado la fachada de los edificios que nos rodean, parecen los típicos franceses de la costa azul, aunque mucho más descuidados. Puedo leer

en uno de los letreros que reza La Corniche.

—¿Por qué lo dices con ese tono, no te gusta el arte europeo? —pregunto.

—Esta ciudad se levantó sobre la antigua y no tiene nada que ver con el esplendor alejandrino de otros tiempos, el verdadero sueño de Alejandro Magno descansa varios metros debajo de nuestros pies. Esto es tan solo una copia barata que subsiste gracias a los sueños de los extranjeros que vienen a visitarlo y que cada vez son menos.

—¿No queda nada de la ciudad original?

—Vestigios nada más. Alejandría era conocida como la Ciudad de los Mil Palacios.

Desapareció bajo el mar víctima de su propia grandeza, pues el suelo no soportó el peso de sus impresionantes edificios, incluido el palacio de Cleopatra en el Portus Magnus, que era el mayor instrumento de poder que había en el mundo en aquel momento. Una verdadera

lástima, teniendo en cuenta que nunca se encontraron los restos del templo, se los tragó la furia del mar.

—A veces la naturaleza juega un papel fundamental en la historia —comento.

Él me observa pensativo.

—Están sopesando crear un museo bajo el mar con túneles submarinos el día de mañana, si se encontrase al fin el palacio de Cleopatra, aunque de momento es solo otro

sueño alejandrino más.

Me sorprende gratamente descubrirlo en esta faceta, ahora me resulta mucho más interesante que siendo un bárbaro, y además me tiene fascinada con su manera de contar

las cosas, ni que él fuese el mismísimo Alejandro decepcionado de ver en lo que se ha convertido su ciudad.

—Parece que sabes demasiado sobre todo esto. —Señalo a mi alrededor.

—Nunca se sabe demasiado sobre nada, Cleopatra, pero sí que es cierto que me ha interesado mucho la historia, y más concretamente la de Egipto, puesto que siempre ha estado envuelto en un halo de misterio que no ha dejado lugar a dudas sobre la existencia de lo divino y su interacción con lo humano.

Se detiene en frente de una pequeña puerta azul que reza Fish Market y que se asemeja

a una pescadería antigua. Abre la puerta y me indica que pase, esta vez le obedezco.

—¿Ves como por las buenas soy un angelito? —le digo al pasar a su lado.

Pone los ojos en blanco y pasa de contestarme.

En cuanto entramos, el metre se apresura a recibirnos, ellos se saludan como si ya se conociesen y el empleado del restaurante nos acompaña hasta la planta de arriba, a un reservado desde el que podemos prácticamente tocar el mar. Es alucinante.

—Las vistas son preciosas —admito al tomar asiento.

Me da la sensación de que va a añadir algo, pero al final se queda en silencio y coge la

carta para disimular.

—Espero que te guste la cerveza —sugiere.

—¡Me chifla! —exclamo dejándome llevar demasiado por la emoción del momento.

Le ordena al metre algo en árabe y este asiente y se marcha sonriente, dándole una palmada en el hombro a mi acompañante.

—¿Cuántos idiomas hablas, Marco Antonio?

—Bastantes —responde restándole importancia y sin dejar de mirar la carta.

Entonces dejo caer un cuchillo al suelo a propósito y él se agacha para recogerlo.

Cuando está a la altura adecuada, abro mis piernas deliberadamente para que se conteste él mismo a la pregunta que se lleva haciendo desde que salimos del hotel, y es que, efectivamente, no llevo ropa interior.

No sé muy bien por qué lo he hecho, supongo que me fastidia demasiado que no me preste atención.

Se incorpora despacio, sin haber recogido el cuchillo y mirándome con los ojos oscuros

embargados de lascivia, conteniendo como puede su instinto depredador y con un fulgor

de erotismo que me vuelve loca. Este hombre debe ser puro fuego, cada poro de su piel así lo deja intuir.

—¿Con bastantes te refieres a dos, tres, diez? —insisto, haciendo como que aquí no ha

pasado nada.

—¿De verdad te importa? —Enarca una ceja, siguiéndome el juego y tragando saliva para serenarse.

—Tienes un acento castellano perfecto, uno inglés perfecto y el árabe también... sí, la

curiosidad me corroe.

Sonríe con ironía, imagino que intentando borrar de su mente la imagen de mis partes

intimas rasuradas a la perfección, y acaricia con rudeza su incipiente barba.

—El italiano es mi lengua materna.

—No sé por qué no me sorprende —ironizo poniendo los ojos en blanco—.
¡Marco Antonio de Roma, esto mejora por momentos!

Sonríe.

—Hablo veinte idiomas, incluidos el hebreo, sumerio, chino y arameo.

—¡¿Veinte?!

Asiente divertido cuando una atractiva camarera trae nuestras cervezas y coquetea descaradamente con él mientras las sirve.

—¿Y se puede saber para qué quieres hablar arameo o sumerio?

—Para descifrar jeroglíficos y escritos antiguos.

Y lo dice tan pancho, como si fuese normal que un hombre de su edad, que debe rondar los treinta y cinco años, y tan follable, hable a la perfección esos idiomas precisamente.

—No sé, los hombres suelen hablar un idioma para ligar con las extranjeras, no para leer lo que pone en mensajes ancestrales escondidos en catacumbas.

Suelta una sonora carcajada que hace que los demás comensales lo miren. Él levanta las

manos hacia la gente en señal de disculpa.

—Serán los hombres que hayas conocido tú —sentencia mojando sus carnosos labios con la lengua.

—¡Oh, mira, ahí te pareces a tu hermano, siempre me dice lo mismo!

Su expresión se torna seria de nuevo, como si de pronto hubiese recordado que soy su

enemigo y que no debe ser amable conmigo.



Capítulo 7

Llevo más de una hora degustando toda clase de mariscos y pescados como salmón,

vieiras, langosta, ostras, bogavante... Todo fresco y de una exquisita calidad, y no puedo

parar de comer. Esto ya es pura gula, aunque hace rato que paré de beber porque aquí la

cerveza tiene demasiada graduación y empezaba a ver las mesas moverse.

—Todavía no has contestado a mi pregunta —le recuerdo—, ¿qué hago yo aquí?

—¿Quieres que te cuente cuál va a ser tu tapadera hasta que demos con el enemigo? —

me cuestiona así, sin más, en medio de mi estado de embriaguez.

—¿Mi tapadera? —murmuro chupándome los dedos.

Sus ojos se clavan en ellos mientras entran y salen de mi boca, pero

enseguida se obliga

a mirarme a los ojos.

—El hotel ofrece cada noche una sesión de raks sharki en su sala de artes escénicas, tú

lo conocerás como la danza del vientre. Su bailarina se va a romper la rodilla, accidentalmente —enfatisa.

—¿Se va a romper la rodilla? —lo interrumpo con el ceño fruncido.

—En cuanto haga una llamada —me explica, guiñándome un ojo—, y tú serás la nueva estrella del espectáculo —canturrea con alegría.

—¡Oh, sí, claro! Todo es muy fácil. Solo hay una pequeña pega. —Sonrío con

sarcasmo.

—¿Cuál?

—Que no he bailado la danza del vientre en mi vida, así que estoy a años luz de ser una

gran estrella, como mucho podría bailar una jota cutre —bromeo.

Él parece pensativo.

—Recibirás clases en estos días, en una semana podremos salir del paso.

—Pero ¿por qué tengo que bailar? ¿No hay otra actividad que pase más inadvertida? —

me quejo—. El padre de los trillizos me dijo que pretendíais que no me encontrasen.

Él se ríe por mi expresión de agobio.

—No es el padre de los trillizos, solo es su jefe —me aclara—. Y sí, pretendíamos eso

hasta hace unos minutos, ahora lo que vamos a tratar es que llames la atención —me informa.

—¿Hasta hace unos minutos? ¿Y se puede saber el motivo por el que acabas de cambiar

de opinión? —me muero de curiosidad.

—No voy a decírtelo, corremos el riesgo de que te creas demasiado importante —me provoca.

Yo suelto un bufido.

—A ver, a ver, Marco Antonio, no vayas tan rápido ni te andes por las ramas. ¿Quieres

decir que voy a ejercer de señuelo cuando creía que me estabais escondiendo de los malos? —De repente no entiendo nada.

—No sabemos quiénes son —me explica—. Tenemos algunas sospechas, pero no

podemos confirmar ni desmentir nada. Desde la desaparición de Giulio no se han pronunciado, estamos a la espera de que muevan ficha —susurra para que nadie nos oiga

—, y cuanto antes te descubran, antes lo harán.

—¿Y dicho movimiento consiste en matarme?

—Esperemos que no. —Sonríe.

—Querido Marco Antonio, vuelvo a preguntarte, por última vez, ¡¿qué coño pinto yo

aquí?! —Ahora estoy algo más enfadada que antes, ya que si nadie me

explica las cosas, no podré saber qué debo hacer ni cómo—. ¿No creerás que voy a subirme a un escenario

para bailar delante de un montón de personas, sin saber ni siquiera el motivo?

—Sinceramente, sí, lo esperaba —protesta.

—¡Pues me subestimas! —Lo amenazo con el dedo.

—Por cierto... te has equivocado, serán hombres —añade como si nada.

—¿Qué? —le pregunto, porque no sé a qué se refiere.

—Bailarás delante de un montón de hombres —me corrige.

Lo miro con cara de desprecio.

—Perdona, pero creo que esto ha empezado a no gustarme ni un pelo. Me habéis traído

drogada desde mi casa hasta un país que no conozco. Pretendéis que no llame a nadie, ni a mi familia ni a mis amigos, con la excusa de que será lo mejor para ellos, ¿y ahora me dices que debo bailar la danza del vientre como pueda para poner cachondos a unos cuantos cerdos? ¡Voy a ir a la policía!

—¿Quieres hablar con tu madre? ¿Así me creerás? —pregunta muy serio.

—¡Sí!

La verdad es que me ayudaría bastante hablar con ella, en realidad, creo que es lo único

que necesito en estos momentos, llorar en su hombro, desconsoladamente.

Saca su móvil del bolsillo del polo y me lo pasa.

—Su número está guardado en la agenda, busca Inés —me indica.

—¿Inés? Mi madre se llama Carmen —le corrijo.

—Hazme caso, busca Inés.

No me detengo en llevarle la contraria y en cuanto sale ese nombre en la pantalla, le doy a la tecla de llamada, pero soy más astuta, pulso la opción de videollamada, así no habrá lugar a dudas ni opciones de que alguna otra mujer se haga pasar por ella o me pongan una voz grabada.

Doy un brinco de mi silla en cuanto mi madre aparece en la pantalla, ella también me ve

y sonrío, pero no es la sonrisa de siempre, a la que estoy acostumbrada, es mucho más distante. Miles de lágrimas recorren a borbotones mis mejillas sin poder evitarlo.

—Cleo, mi amor, no llores.

—¡Mamá!

—Cariño, ¿estás bien? —Su voz es tan dulce como siempre y eso me alivia.

—Mamá, ¿sabes dónde estoy? —le pregunto para comprobar si es cierto que está

informada.

—Sí, nena, sé que estás con ellos, donde debías haber estado siempre, en tu tierra. No te preocupes por nada, ahora estarás a salvo, aquí ya no estabas segura, mi niña. Es lo mejor para todos. Te echaré de menos, pero siempre supimos cuál era nuestro deber, desde que

eras una niña. Promete venir a vernos alguna vez.

—¿Alguna vez? ¿A qué te refieres, mamá? —De repente siento miedo, tengo la

sensación de estar al borde de un precipicio.

—Cleo, escúchame bien, eres una mujer fuerte, de raza, no te detengas nunca, debes cumplir tu destino. Ellos sabrán qué hacer. Yo siempre te querré, y tu

padre también, recuérdalo.

—Mamá, pero ¿qué ocurre?!

—No podemos hablar más tiempo, tienen mi línea pinchada. Besos.

Y la pantalla se queda en negro.

Devuelvo el móvil al hombre que está sentado frente a mí y que, de pronto, se acaba de

convertir en mi ser más allegado.

—No entiendo nada —me sincero indiferente—, siento como si me hubiesen vaciado por dentro.

Él se levanta de la silla y rodea la mesa para retirar la mía. Me levanto y me señala el

camino de salida. Una vez en la calle, me contempla durante un instante.

—No debería hacer esto, pero voy a llevarte a un sitio —me cuenta.

Si me hubiese dicho que íbamos a Marte, me hubiese dado igual. Ahora mismo tengo

un agujero negro en mi corazón, mi madre se acaba de despedir de mí para siempre y no

entiendo el motivo.

Tomamos un taxi y en el corto trayecto que dura el viaje ninguno de los dos articula palabra alguna. El vehículo nos deja en un puente muy bello, con dos torres, una a cada

lado.

—Estamos en el puente de Stanley, desde aquí me gusta contemplar el ocaso, la gente

paga mucho dinero por poder observar estas espectaculares vistas.

—Muy bonito —le contesto por educación, la verdad es que lo último que me apetece

es visitar monumentos.

Caminamos hasta un banco y nos sentamos. Los dos miramos hacia el mar, pensativos,

pero al final es él quien se gira para pasar una pierna por encima del banco para sentarse a horcajadas sobre él y así poder mirarme de frente. He de admitir que me intimida la gran

seguridad que tiene en sí mismo.

—¿Sabes quién era Plutarco? —pregunta.

—Creo recordar que era un historiador griego —le contesto sin ganas.

Él asiente.

—Así es, él fue quien escribió la biografía de Alejandro Magno y de varios personajes

de la antigüedad.

—Ahora mismo me importa muy poco Plutarco —me quejo dejando caer algunas

lágrimas.

Él prosigue sin hacerme caso.

—Plutarco cuenta en sus escritos que Alejandro tuvo un sueño en el que un anciano le

recitaba sin cesar un pasaje de La Odisea: «Hay a continuación una isla en el mar turbulento, delante de Egipto», le decía el señor todas las noches.

Cuando se decidió a visitar dicha isla, se dio cuenta de la situación privilegiada de esta tierra y que si la unía a la costa mediante un dique, sería una ciudad próspera capaz de proveer alimento a medio

mundo. Su sueño fue hermanar Oriente con Occidente, tuvo la ambición de unificar el mundo creando un estado universal, una ciudad que fuese la capital fusión de culturas y

razas. Entonces comenzó a forjarse la leyenda de un capitán hábil, poderoso y generoso, al que por su grandeza la historia ha otorgado el apelativo de Magno.

—Lo que no vio Alejandro fue la devastación que asolaría su adorada ciudad una vez

tras otra, un imperio tras otro, hasta nuestros días. Los seres humanos no respetamos nada, somos la mayor escoria que ha poblado la Tierra —lamento en mi estado pesimista.

Su mirada me hace comprender enseguida que pensamos igual.

—En el año 332 antes de Cristo, Egipto estaba dominado por los persas, pero, ese año,

Alejandro Magno venció a su rey, Darío III, y los egipcios lo aclamaron como a su liberador. Poco después fundó la ciudad que hoy lleva su nombre, Alejandría, situada en el

delta del Nilo, pero al abrigo de las variaciones que pudiese sufrir este, porque ya sabes que crece y decrece dependiendo de la estación del año. Alejandría fue una ciudad muy próspera por su puerto, uno de los más importantes del mundo, cuyo faro, todavía hoy, encierra leyendas prodigiosas. —Estoy absorta en sus palabras, parece que lo vive—. Esta

ciudad pronto se convirtió en el centro de la cultura griega en la época helenística, lo que contribuyó a que todo Egipto fuese bilingüe. Alejandría era una atalaya cultural, un hito liberador en una ciudad que palpitaba con el pensamiento más avanzado. Alejandro fue un

auténtico visionario, por eso, después de su muerte y hasta el día de hoy, se ha pensado que era un dios en la tierra, alimentando con ello su mito.

—«No hay que temer a una manada de leones gobernada por una oveja, a lo que realmente hay que temer es a un rebaño de ovejas gobernadas por un león» —recito una

de las míticas frases que más me gustan de él.

Marco Antonio sonrío ante mis palabras.

—Mi cita preferida —comenta.

—¿Por qué me hablas ahora de Alejandro Magno?

Él hace el gesto con su mano para que aguarde un momento.

—La mayor victoria de Alejandro fue conquistar su inmortalidad, ser adorado como un

dios, querido por todos, incluso dos mil años después de su muerte. Según las costumbres

macedónicas, quien enterraba a un monarca se consideraba su sucesor, y de ahí las guerras por poseer su tumba. La búsqueda de la tumba de Alejandro podría compararse a la de Jesús, compitiendo así el cristianismo y el paganismo. Encontrar sus restos sería el Santo Grial de la arqueología moderna. Con ello se resolverían muchísimas incógnitas sobre su

muerte, incluso podría cambiar el rumbo de la historia.

—No sé dónde quieres llegar a parar —intento encontrar alguna respuesta en sus ojos.

—La tumba de Cleopatra tampoco se ha encontrado —añade con un brillo inusual en su

mirada.

Está intentando que llegue yo sola a alguna conclusión, pero no lo comprendo, hay algo

que se me escapa.

—Cleopatra, los que hasta ahora creíste tus padres no lo son —añade.

—Ya lo sé, mi verdadera madre murió al darme a luz en un centro de acogida en Ruanda, eso me lo contaron.

—Eso no es del todo cierto —musita.

—¿Cómo dices?

—Tu madre no era de Ruanda, era egipcia, más concretamente, alejandrina.

—¿De aquí, quieres decir que era de esta ciudad?! —De pronto estoy muy nerviosa.

—Sí. Y tampoco murió al dar a luz a su primogénita, murió asesinada algunos años después, ella y su segunda hija. Justo después de entregarte a nuestra organización.

—Pero mi madre adoptiva tenía fotos mías de bebé —expongo.

—Eran de otro bebé —se encoge de hombros—, tenías tres años cuando te acogieron.

Me llevo una mano a la frente y cierro los ojos para respirar hondo.

Mi vida entera ha sido una farsa.

Los abro de nuevo.

—¡Dime de una vez qué significa todo esto! ¡Estoy harta de tanto secretismo!
—grito

histérica.

Me he levantado sin darme cuenta y deambulo alterada arriba y abajo. Él se levanta y se

pone frente a mí, me sujeta firmemente por los hombros, sus ojos denotan determinación y

no le tiembla el pulso.

—Eres la última descendiente directa de la dinastía ptolemaica, fundada por un general

de Alejandro Magno —me informa.

—Pues siento decirte que esta información no me hace saltar de alegría, sigo sin entender nada.

—La sangre de Cleopatra VII corre por tus venas.

—¡Ay, Dios!



Capítulo 8

Me despierto sobresaltada, pero enseguida reconozco las suaves sábanas de la Royal

Suite. Parece ser que me reconfortan demasiado, porque es meterme entre ellas y dormir

plácidamente durante horas. Sé que han sido horas porque observo por las ventanas que ha

anochecido.

—No sabría decir si eres más bella despierta o dormida.

Su voz hace que me incorpore automáticamente de la cama, descubriendo que estoy desnuda. Clavo mis ojos acusadores en él mientras me cubro con la sábana a toda prisa.

Marco Antonio está muy cómodo sentado en el sillón orejero de piel blanca que está a

los pies de mi cama de dos metros, leyendo un periódico.

—¿Me has desnudado tú? —pregunto enojada.

—¿Tú qué crees? —responde asomando sus hoyuelos perversos por encima del diario.

—¡Que eres un cerdo!

—Perdóneme, señorita recatada, pero creo recordar que fue usted la que me mostró de

manera voluntaria, y para nada sutil, sus partes íntimas.

No sé qué contestar, me ha pillado en un renuncio y hasta siento cómo me ruborizo.

—¡Qué poca vergüenza tienes, no eres nada caballero diciendo tal cosa! —me quejo indignada.

—Nada de nada, tienes razón. —Dobla el periódico para prestarme toda su atención—.

He de admitir que te subestimé, tienes un cuerpo de infarto.

—¡Te odio! —grito lanzándole un cojín.

—Vaya, esto empieza a convertirse en un deporte nacional —bromea atrapando el cojín

con una de sus manos.

—¿Por qué tienes que estar aquí, en la misma habitación que yo?

—No había presupuesto para dos *suites*, estamos en crisis —suelta.

—¡No te lo crees ni tú!

Entonces me sorprendo al recibir un cojinazo en toda la cara. El golpe hace que me olvide de todo para concentrar todas mis fuerzas en contraatacar, es algo instintivo, por eso me levanto de la cama de un salto para abalanzarme sobre él con un cojín en cada mano y pegarle con todas mis fuerzas por todas partes.

Él se cubre la cabeza con sus manos teatralmente, ya que los golpes que le doy no le hacen ni cosquillas, pero yo estoy absorta en la batalla, no reparo en nada más, ni siquiera en que se está partiendo de la risa mientras yo le atizo con todas mis ganas.

Cuando me doy cuenta de que se está riendo, me detengo para mirarlo.

—No hay enemigo pequeño —le advierto—, no lo olvides, romano.

—No tienes tú que crecer nada para hacerme un rasguño, egipcia —alega entre risas.

La palabra egipcia hace que me detenga en seco, como si de pronto fuese consciente de

que soy otra persona. No es que crea demasiado en cuentos de hadas, pero en mi interior

me resulta algo alucinante pensar que yo tenga algo que ver con la *reina-faraón*, aunque sea una simple gota de sangre.

Nos miramos uno al otro, ambos muy serios. Yo respiro con dificultad por el esfuerzo

realizado, tengo todo el pelo revuelto, lo que probablemente me dé una apariencia más salvaje de lo normal. Él está despeinado también debido a los cojinazos y sus ojos refulgen algo que no sé explicar, pero que me hace enloquecer, querer ser una chica mala y ponerme muy *hot*.

Permanezco en pie delante de él, completamente desnuda como estoy. No pienso retirarme del campo de batalla; si quiere, que se vaya él, y si no, que sea lo que tenga que ser, pero nunca se da la espalda al enemigo.

Marco Antonio no tarda en rodear mi cintura con sus grandes manos para sentarme a horcajadas sobre sus piernas, a lo que no opongo la menor resistencia.

Me contempla embelesado, paseando su mirada por cada rincón de mi anatomía,

haciéndome sentir más desnuda de lo que estoy, pero a la vez poderosa por tenerle justo

donde quería, a mi merced.

Y es que, llegados a este punto, sé que sería capaz de regalarme un imperio, de prometerme la Luna, incluso de dar su vida por mí. Mientras yo permanezco racional en

todo momento, dominando la situación como quiero y conduciendo a mi amante por el camino deseado, por eso soy una diosa todopoderosa.

Levanta con determinación una de sus manos hasta posarla sobre uno de mis pechos, lo

acaricia con suma devoción, con un tacto seguro y sin titubeos, lo que provoca un escalofrío a lo largo de mi columna vertebral.

—Eres una deidad de la naturaleza, pero transformada en osadía —susurra sin apartar

sus ojos de los míos.

—Creo que el osado eres tú —respondo con la boca seca, señalando su mano todavía en

mi pecho.

—Tu encanto es hechicero, no puedo dejar de mirarte, Cleopatra. Eres hipnótica.

—Eso se lo dirás a todas, tienes pinta de galán de novelas —lo provoco.

—El pensamiento es libre, puedes creer lo que quieras, y por mi bien espero que sigas

creyendo eso.

Y entonces sube su mano acariciando mi cuello a su paso, rodeándolo con dulzura hasta

alcanzar la nuca y entrelazar sus dedos en mi pelo para atraer mi rostro hacia sí, mi boca hacia la suya.

Siento la fina piel de sus labios acariciar los míos y me susurra algo...

—Voy a desatar tu pasión, ¿estás lista?

—Eso espero —contesto sonriendo contra su boca.

Mi respuesta parece provocar un pistoletazo de salida hacia el deseo escondido de mi peculiar Marco Antonio, porque me coge por las caderas con ambas manos para

acercarme más hacia él y me abraza con todas sus fuerzas besándome con un apetito voraz.

El contacto con su boca lanza un impacto directo a mi entrepierna.

Nuestras lenguas se buscan para acariciarse, para sentirse y degustarse, mientras los labios, a su vez, ejercen el papel de suavizar el ardiente arrebatado de las primeras con besos aleatorios en medio de la tempestad.

Pronto baja por mi cuello, besándolo con ganas y experiencia a partes iguales, volviéndome loca al dirigirse hasta el lóbulo de mi oreja, que tortura delicadamente, pero sin piedad, con sus dientes, y que consigue hacerme exhalar un gemido.

No detiene ni un instante más su camino y baja hasta mis pechos, ahora duros por tanta

excitación, anhelantes de sus atenciones, pero, sobre todo, expectantes por saber cómo va a atenderlos.

No tardo en descubrir que dichas atenciones son más que satisfactorias, pues primero los besa con ternura, hasta que me acostumbro a su invasión, para después arremeter con

más fuerza contra ellos, devorando mis oscuros y tersos pezones, succionándolos como si

no hubiese mañana e intentando metérselos por completo en la boca. Sus gruñidos me hacen enloquecer, me enredo en su pelo ondulado y tiro de él con fuerza para volver a besarlo en la boca.

Besa tan bien que no me puedo aguantar sin hacerlo, es como si no dejase de tener sed

bebiendo agua.

Agarro la parte baja de su polo y tiro hacia arriba de él para sacarlo por encima de su

cabeza, después lo lanzo por los aires. Admiro un momento su cuerpo, acaricio su firme

pecho y su escultural abdomen, pellizco un pezón con maldad y él da un brinco. Niega con

la cabeza sonriendo y levanta sus caderas mientras se desabrocha el botón del pantalón, conmigo todavía sentada sobre sus piernas. Baja sin problema sus pantalones hasta las rodillas, que con un gesto rápido de sus pies desaparecen del mapa también.

—¿Y los bóxer? —pregunto al ver que se los ha dejado puestos.

—Quiero que me los quites tú.

No hace falta que me lo diga dos veces, me bajo de su cintura y tiro de la goma para

bajarlos a lo largo de sus piernas. Creo que se percata de mi expresión de sorpresa al descubrir al monstruo recién liberado.

—¿Decepcionada? —pregunta lascivo, elevando su cadera un poco para que la punta de

su gran miembro me amenace sin piedad.

—¡Oh, sí, bastante!

—¿Esperabas algo más grande? —pregunta fingiendo pesar.

«¡Si fuese más grande, no cabría en la “suite” !», pienso, pero decido callarme y no alimentar su ego demasiado.

—Me podría conformar, todo depende de cómo la uses. —Mojo mis labios a propósito

con la lengua mientras él me devora con los suyos.

—Pues siento decirte que yo no la uso, es ella la que me utiliza a mí, así que deberéis

entenderos entre vosotras.

Cruza sus manos sobre la parte trasera de su cabeza y permanece impertérrito, contemplándome como si nada, con su gran mástil en alto separándonos.

Me levanto bajo su atenta mirada y voy en busca de sus pantalones, no hay semental que se precie que no lleve un preservativo en la cartera. Busco en su bolsillo y ¡Eureka!

Muerdo el envoltorio para sacarlo mientras avanzo hacia él. Por su expresión diría que le falta aplaudir, pero se está conteniendo para que yo no me dé cuenta de que le he sorprendido.

Me arrodillo delante de él, apoyando mis codos en sus rodillas, y sujeto el condón entre

mis dientes. Con la punta de la lengua sujeto la punta de la goma. Él traga saliva, le va a dar algo, pero disimula. Cojo su miembro con una mano para introducirlo entre mis labios

lentamente, y a la vez que le practico una original felación, se va extendiendo el preservativo.

Sube la cadera de manera instintiva al ritmo de mi boca, pero no me permite que se lo

haga demasiado tiempo porque no aguanta más. Bufo cerrando los ojos con fuerza bajo mi

atenta mirada.

—¿Qué pretendes, Cleopatra? ¿Acabar conmigo? —murmura entre dientes.

—¿Crees que nos hemos entendido bien? —pregunto acalorada, refiriéndome a su

broma anterior.

Me alza entre sus poderosos brazos para volverme a colocar a horcajadas sobre sus piernas.

—Creo que quiere hacerte suya —ronronea al besar mi cuello con delicadeza y enreda

con mi pelo.

Cojo su gran miembro y lo introduzco de golpe en mi interior, sin demora, estoy más que mojada desde que lo vi por primera vez, no necesito más preámbulos. De nuevo le sorprende mi atrevimiento y cierra los ojos para inspirar profundo. Muevo la cadera hacia adelante y hacia atrás, exigiéndole así que quiero más, que lo necesito.

—¡Joder! —exclama clavando sus pecaminosos ojos en los míos.

Aprisiona mi cadera entre sus manos y entonces comienza la danza, yo coloco mis brazos sobre sus hombros para no perder el equilibrio. Nos movemos los dos al compás de

una música que solo nosotros escuchamos, y que suena muy similar al cálido sonido de tambores y timbales.

No puede meterse más dentro, siento su envergadura acariciar cada parte de mi interior

cuando se mueve despacio y colisionar contra mí cuando arremete con fuerza. Sea como

sea, me encanta, me vuelve loca y me hace perder la razón y olvidarme de todo.

Ahora, y por primera vez en mi vida, no conservo el raciocinio en una situación. No pensé nunca que pudiese evadirme así en un encuentro sexual, pero es que este hombre me

hace subir al cielo y tocar el sol con mis manos.

Por más que intente retenerlo, termino explotando en un orgasmo intenso y fuerte que

recorre mi cuerpo de arriba abajo, invadiéndome con sus contracciones de

placer incomparable y permitiendo que libere con ello toda la frustración que acumulaba desde

hace tiempo. Haciéndome sentir viva otra vez.

Marco Antonio se deja llevar un momento después de que yo termine de jadear, parece

que le gusta observar cómo me retuerzo de placer entre sus brazos.

Me regala un fugaz beso una vez que estamos satisfechos el uno del otro y yo enseguida

me levanto para dirigirme al baño.

—¿Tanta prisa tienes? —me pregunta.

—No, solo necesito aclarar mis ideas.

Mientras me ducho pienso en las increíbles sensaciones que me ha hecho sentir un hombre al que no conozco de nada y que se ha presentado de pronto en mi vida. Me da

pánico sentir lo que siento, así que decido tomar una decisión determinante: esto no se volverá a repetir, ha sido un calentón de una noche, nada más.

Cuando vuelvo a mi cuarto él ya no está y me siento muy aliviada por ello. De haber

estado esperándome hubiese sido demasiado incómodo. Pero descubro una nota sobre la

almohada.

«Mañana a las nueve horas te estará esperando un coche con matrícula 897GMN en la puerta del hotel. Sé puntual».

«Ya veremos», pienso.

Me meto en la cama y duermo profundamente.



Capítulo 9

Me despierta de manera violenta el estruendoso pitido de una alarma que no sé quién demonios ha puesto al lado de mi cabeza, aunque, bueno, me lo puedo imaginar. Me

levanto como una loca buscando algo que ni yo sé lo que es, con el pitido aún taladrando

mi cerebro.

—Joder, ¿dónde está? —protesto con los ojos medio cerrados por el sol.

Al fin lo encuentro, se trata de un pequeño reloj cuadrado al que no tardo en sacar las

pilas con toda mi mala leche matutina, pues no localizo el botón de apagado.

Son las ocho y media de la mañana y la nota decía que bajase en media hora, así que me

pongo unos *leggings* negros y rosas a media pierna que hay sobre mi cama y

un top olímpico a juego, dejando al aire todo mi abdomen. Unas *lonetas* fucsias completan el modelito. Continúo sin bragas, por cierto.

—Hoy querrá que haga deporte —me digo a mí misma mientras recojo mi pelo en un

moño alto.

Bajo al restaurante Kala, en la tercera planta, y me quedo un buen rato embobada admirando la elegante sala que se expande ante mí. Parece un palacio más que un

restaurante, es verdaderamente precioso. Decorado en azul y blanco, me recuerda al mar, presente en todo el entorno a cada paso.

Me siento en una mesa junto al gran ventanal. Descubro enseguida la ingente cantidad

de comida que hay en la carta, no puedo parar de babear. Desde huevos con beicon, pasando por dátiles con *hummus*, hasta *falafel*. Hay tantos platos orientales como occidentales. Voy a engordar, como poco, diez kilos, porque me gusta todo.

Me decanto por lo que conozco, porque me muero de hambre y no quiero arriesgarme a

probar, por eso lleno mi estómago con dulces de varios tipos y un buen café con leche. A

la hora de pagar me doy cuenta de que no dispongo de dinero en efectivo y tampoco me

han facilitado el pin de las tarjetas de crédito.

Cuando estoy a punto de morir de vergüenza, el metre sale a saludarme y, en un español

chapucero, me dice que tiene muchas ganas de verme bailar y que espera que mi estancia

en el hotel sea maravillosa, aparte de devorarme con la mirada. Le doy las gracias muy sonriente y me marcho. Al menos ya saben quién soy, que lo carguen a la cuenta de mi habitación.

Salgo a la calle a la hora indicada, ni un minuto más ni uno menos, busco el vehículo y

descubro que, en efecto, hay aparcado un coche negro con una matrícula muy rara, pero si

te fijas bien, debajo de los signos árabes se lee *897GMN*. Me acerco y le pregunto en inglés que si espera a alguien y el conductor me indica que a Cleopatra. Me vuelve a mirar, esta vez con más detenimiento, y sale del coche agitado para abrirme la puerta trasera con mucha educación.

Después de sortear varios coches que se nos han cruzado y saltarse algunos semáforos,

hemos llegado sanos y salvos hasta una calle que parece bastante moderna, supongo que

debe tratarse de la zona comercial de la ciudad. El conductor aparca y me informa de que

debo subir hasta la segunda planta del edificio que tengo justo en frente y que me esperará aquí mismo cuando haya terminado. Le hago el gesto de O.K. con el pulgar y me bajo del

coche.

Entro un tanto indecisa en el edificio que me ha indicado. Es bastante elegante, todo de

mármol con barandillas doradas, aunque se nota que no lo han cuidado demasiado, pues

está todo muy deteriorado. Subo por las escaleras hasta el segundo piso, ya que no me fio demasiado del ascensor que pueda haber en un lugar como este.

Cuando llego, hay solo una puerta entreabierta en la que reza *Belly Dancing Class*.

Obvio que es aquí. Llamo, pero no obtengo respuesta. Decido entrar.

—¿Hola? —pregunto asomando la cabeza por la puerta. Sonrío al imaginar que si hay alguien dentro, verá mi moño y pensará que esa maraña de pelo rizado es cualquier animal

salvaje.

Nada, no parece haber nadie aquí. Entro y avanzo con cautela, mirando con atención todo a mi alrededor y sin perder de vista en ningún momento la puerta de entrada, por si

tengo que salir corriendo.

Tras una puerta blanca cerrada, al final del pasillo, suena música. Voy hacia allí dejando a mi espalda varias salas diáfanas, vacías por completo. Llamo a esta última puerta y la música se detiene, pero no ocurre nada más, nadie sale a preguntar quién es.

—¿Hola? —Vuelvo a asomar la cabeza por la puerta.

—Vamos, querida, te estaba esperando. —Una voz masculina a mi lado hace que dé un

fuerte grito y un gran brinco por el susto.

—¡Vaya!, no soy tan feo para que grites así —bromea en un español con un claro acento

extranjero, que ahora comienzo a reconocer como egipcio.

Delante de mí hay un hombre negro, muy alto y delgado que viste con un maillot rojo y

unas zapatillas de ballet del mismo color. Casi he de aguantar la risa al verlo,

porque el gran paquetón que tiene entre sus peludas piernas resulta demasiado obvio para mi gusto.

De cara es bastante guapo, yo diría que incluso tiene rasgos femeninos, pero su anatomía

es varonil al cien por cien.

—Perdone, no le había visto —me disculpo.

—No te preocupes, Cleopatra. Yo soy Akiiki —me tiende la mano y se la estrecho—.

No hace justicia la descripción que me habían hecho de tu belleza, chica, qué hermosura

de cabello. —Lo acaricia con sumo cuidado—. Podremos hacer maravillas con él.

—¿Akikiki? —repito apurada. «Vaya nombre más raro».

—Se pronuncia Akiiki, pero llámame como quieras. —Hace un gesto con la mano de despreocupación.

—Intentaré que lo que te llame se parezca a tu nombre. —Sonrío.

—Te lo agradezco, ya es más de lo que hacen muchas, las hay que incluso me llaman

Belly —susurra a modo de secreto.

—¡Uf, pues creo que te vas a quedar con Belly! —Aprieto los dientes para ver su reacción.

—¡Me encanta! No sabía cómo pedirte que me llamasas así. —Me guiña un ojo y da pequeñas palmaditas.

Nos reímos y me relajo un poco más.

—¿Sabes por qué estás aquí, Cleopatra? —quiere saber.

—Tú puedes llamarme Cleo, y no sé qué hago aquí, la verdad. —Me refiero a las clases

y a mi vida en general, pero no creo que a él le importe demasiado.

—Me han pagado una descomunal cantidad de dinero para que te enseñe a bailar raks

sharki.

—No te ofendas, pero ¿sabes por qué precisamente a ti? —Me muero de curiosidad, porque este hombre es un personaje muy original que no pega para nada con el ambiente

serio y de alto secreto de mis nuevos amigos.

—Supongo que no por ser el mejor —se encoje de hombros avergonzado—, pero sí por

hablar tu idioma y tener las clases disponibles, o más bien vacías. En los tiempos que corren, la gente no gasta dinero en aprender a bailar.

—Nunca sabemos cuándo nos resultará beneficioso un hecho a nuestra vista insignificante —lo animo.

Me estudia intrigado un momento.

—Tienes razón, muchacha. Eres joven y guapa, pero además inteligente, ¡y eso me gusta!

—Gracias.

—Y bien, cuéntame, Cleo, ¿qué sabes de nuestra danza oriental?

—Nada.

Me lleva hasta una barra horizontal que me llega a la altura de la cintura y me señala el espejo que tengo enfrente y que ocupa la pared entera.

—A partir de ahora el espejo será tu mejor amigo, no lo pierdas de vista.

Asiento.

—¿No sabes nada de verdad? ¿No has visto nunca bailar a Shakira?

—¡Claro, me encanta! —contesto entusiasmada, pues soy su fan número uno.

—Bien, entonces, ya sabes algo... Resulta que tus amiguitos quieren que en siete días

bailes mejor que ella, ¿qué te parece?

Nos miramos los dos.

—¡Ni de coña! —contesto, al fin.

Él suspira y sonrío.

—Yo pienso lo mismo, pero vamos a intentar que los demás no se den cuenta, ¿de acuerdo? —Me guiña un ojo.

—Lo intentaré.

—Cleo, te daré una clase magistral y exprés sobre el raks sharki o danza oriental. Debes

saber que nació como un acto religioso, lo practicaban las sacerdotisas del antiguo Egipto para invocar al dios de la fecundidad. Solían hacerlo en las noches de luna llena, porque era cuando la mujer era más fértil.

—Interesante.

—Con el paso de los tiempos se ha ido convirtiendo en lo que hoy día conocemos, un

baile sensual y sexi. Es muy importante que te sientas segura de tu cuerpo y tengas buen

tono muscular, y creo que se dan ambas condiciones de sobra, ¿o me equivoco?

Asiento segura de mí misma.

—Así me gusta, cuanto más te quieras a ti misma, más lo harán los demás. Este baile

requiere de mucha osadía y descarado. Creo que las armas las tienes, ahora veamos cómo las

utilizas.

Pulsa un botón de un pequeño llavero que hace las veces de mando a distancia y que cuelga de su muñeca. Comienza a sonar la música y él me indica que baile.

La verdad es que es un ritmo muy pegadizo, enseguida te lleva consigo y no me cuesta

demasiado mover la cadera al ritmo de los tambores, lo que me da más vergüenza es hacerlo delante de un completo desconocido, y estando los dos a solas, pero bueno, al fin y al cabo, mi vida depende de ello, así que me animo a bailar un poco.

La música se detiene de repente.

—Vale, no vas mal, ritmo tienes, pero ese movimiento de pelvis parece el de una vaca

coja y no el de una gatita sexi. Veamos.

Me coloca delante del espejo y me observa desde atrás.

—A partir de ahora eres una diosa, ¿de acuerdo? Eres superior a toda esa gente que te

está mirando, debes observarlos como si no fuesen nada, solo son una mísera insignificancia comparados con tu poder; en cuanto chasques los dedos, puedes tener a quien quieras arrodillado ante ti, y lo sabes. Esta es la danza que les demuestra a todos los hombres tu superioridad. Ellos solo pueden optar a admirarte embelesados y a soñar contigo, nada más.

Me entran ganas de comerme el mundo con sus palabras.

—La música del Medio Oriente tiene un fuerte ritmo del *doumbek*, que es un tambor tradicional típico de aquí; si te centras en escucharlo, te resultará más fácil seguir el ritmo con la cadera. Debes mantener tu abdomen bien sustentado y no hacer hincapié en tu columna vertebral. —Aprieta mi estómago con su mano—. Mantén una postura erguida,

asegurándote de que tu espalda esté recta y tu pecho esté bien fuera. No te encorves. Tira de tus hombros hacia atrás para tener una pose de atención. —Me echa los hombros hacia

atrás, levanta mi barbilla y dobla mis rodillas con las tuyas—. Dobla ligeramente las rodillas y no las bloques mientras bailes; si lo haces, es muy difícil estar cómoda realizando movimientos de torso suaves y ondulados.

—Ahora mismo no tengo nada de diosa —me quejo manteniendo la postura absurda

que me ha obligado a poner.

Hace un movimiento con su cadera que me deja alucinada, pues hasta este momento creía que estaba de broma.

—Cuando empieces a bailar, alinea tu cadera bajo tu cuerpo, se lanza y se hace rebotar.

Lo hace él para que lo vea, y lo fácil que le resulta me anima a hacerlo también.

—Comenzamos con el *Shimmy*. —Hace una vibración con la cadera cada vez más rápida y reconozco enseguida que esto es lo que he visto en los vídeos de

Shakira—.

Suave, así —me muestra con su ejemplo—. Cuando sepas realizar el movimiento, lo podrás hacer más rápido. Nos concentramos en practicarlo de una manera sexi, no rápida.

Ensayamos un ratito el *Shimmy* y me gusta, parece fácil.

—Se doblan las rodillas un poco más, estira una pierna, usando este movimiento para

levantar un lado de tu cadera hacia tu cuerpo, regresa la pierna a su posición doblada mientras estiras la otra pierna. Practica este movimiento base hasta que seas capaz de seguir el ritmo de la música a un ritmo más alto, pero ahora, para ser el principio, nos valdrá así. Recuerda tener siempre el pie en el suelo por completo, nunca sobre los dedos; si te sostienes en las puntas, corres el riesgo de perder el equilibrio, y a los entendidos esta

práctica no les gusta, lo consideran vulgar.

Yo intento imitarlo, primero adelanto una pierna moviendo la cadera y luego la otra, pero me sale fatal. Son increíbles los movimientos que puede hacer con su cadera y su estómago, ¡y encima siendo un hombre!

—Mantén los brazos hacia arriba para estirar los músculos del abdomen, para que se vea más terso, aunque a ti eso no te hace falta —murmura—; después los moverás al ritmo

de la música, o incluso haciendo gestos sensuales a alguien, como por ejemplo para decir

«ven acá», o moverlos a un lado y a otro.

Levanto los brazos como me pide, pero tiendo a bailar sevillanas.

—Esto es mucho más complicado de lo que imaginaba —me quejo.

—Hay un paso que se llama La Mirada de Cleopatra, con esos ojazos tuyos estarás espectacular. Mira, estira el brazo delante de ti como si te admirases a

ti misma en un espejo de mano y manteniendo el otro brazo detrás de la cabeza, como si arreglases tu cabello, alterna los brazos al ritmo de la música y te juro que caerán rendidos a tus pies.

Yo suelto una carcajada, porque al mirarme en el espejo haciendo esto es como si estuviera bailando el *Aserejé*.

—¡Parezco un pato borracho, Akiiki, nunca lo conseguiré! —me quejo lloriqueando.

—¡Claro que lo conseguirás! Te estoy enseñando los pasos en bruto, en cuanto los pongas en práctica con la música, ya verás como te sale bien. Puedes agregar movimientos

sutiles de muñeca, ondulando tus dedos extendidos al ritmo de la música mientras giras y

balanceas tus brazos delante de ti. Todo lo que se te ocurra, no hay límites. Pero recuerda que en todo momento hay que mantener un aire coqueto y de seducción, muy sexi pero misteriosa a la vez. Sonríe de manera traviesa de vez en cuando. Guiña un ojo... Ya sabes,

artes de seducción. Las mujeres domináis eso a la perfección, y alguien como tú debe de

ser experta.

—No te creas... —Recuerdo mis años en la universidad estudiando y después en el hospital—. No he tenido demasiado tiempo para sentirme una diosa seductora.

—¡Pues este es el momento! Es un pecado desaprovechar ese cuerpo, los clientes del hotel van a suplicar clemencia, van a soñar contigo...

—¿Y qué hay de sus mujeres? ¿No será peligroso?

—Cariño, ¿y qué no lo es?

Permanezco pensativa, a lo mejor tiene razón.

Al ver mi cara de preocupación, sonrío.

—Este país es lo suficientemente machista como para que las mujeres no se quejen de

que sus maridos vayan a ver bailar a una diosa que nunca podrán tener, puedes estar tranquila por ese lado.

—No me convences —replico.

—La fama significa poder, todos te adorarán, Cleopatra, no pienses en nada más.

Pone la música a todo volumen porque dice que así ninguno de mis otros sentidos interferirá en el baile. La canción se llama *Melody of Heartbeat* y, por lo visto, es la que sonará en mi actuación. Desde que empiezan a sonar, las primeras notas me transportan muy lejos, a lugares lejanos, a otra época.

Cierro los ojos dejándome llevar por el sonido arrebatador de la melodía y cuando me

quiero dar cuenta, lo estoy dando todo, no sé si bien o mal, pero me he flipado yo sola. Se queda todo en silencio en cuanto termina la canción y abro los ojos.

Akiiki está a mi espalda con la boca abierta.

—¿Qué tal? —pregunto nerviosa mientras me repongo del esfuerzo.

—Te falta técnica, pero el duende lo tienes, y teniendo eso, estamos salvados.

—Sonrío

triumfal.

Se ha hecho tarde, Akiiki ha pedido que nos traigan comida y hemos comido los dos sentados en el suelo. Me ha explicado que allí comen con los dedos y lo que son los *ful medammes*, que es algo similar a las habas, la *molokheya*, que es una sopa con especias y pollo, y por último el *gulash*, que es un postre de hojaldre con frutos secos, riquísimo.

—Si comes así, no vas a poder bailar —me recrimina mientras me chupo los dedos.

—No te preocupes, tengo un metabolismo prodigioso —le explico orgullosa —; aunque

coma como un cerdo, no engordo.

—¡Qué envidia me das, te odio!

—Pues yo empiezo a cogerte cariño. —Le guiño un ojo, pero él parece no querer hacerme caso.

—Vamos, hay que terminar de ensayar, tenemos muy pocos días antes del gran estreno.

Y así nos pasamos el resto del día, sudando, riendo, bailando, pero, sobre todo,

aprendiendo a seducirme a mí misma.



Capítulo 10

Cuando llego al hotel, sobre las once de la noche, subo a mi habitación muy contenta. Es curioso, pero me siento fenomenal bailando este tipo de música, no sé explicarlo, es como si conectase con mi mundo interior, como si de pronto fuese poderosa

y admirada. Es algo increíble.

Lo malo serán las agujetas que tendré mañana. He practicado sexo, después de meses de

sequía, y lo he rematado con una jornada maratoniana de danza del vientre, moviendo músculos que ni yo sabía que tenía; sí, definitivamente mañana moriré.

Recorro la *suite* con algo de recelo, ya que no sé muy bien cómo reaccionar tras compartir fluidos con mi particular Marco Antonio, y lo que es peor, cómo reaccionará él.

¿Y si le da por regalarme flores y jurarme amor eterno? ¡Me muero! Aunque no estoy segura de preferir eso o que me ignore, todavía no lo tengo demasiado claro.

Me doy una ducha para no sentirme pegajosa por el sudor de todo el día y al salir me

cubro escrupulosamente para que no se me vea nada, este hombre siempre aparece cuando

menos te lo esperas de debajo de las piedras.

Descubro al llegar a mi habitación que el armario está repleto de ropa. Me acerco despacio para averiguar qué es lo que me ha comprado, suponiendo que haya sido él, claro.

De izquierda a derecha el gran ropero rebosa prendas de vestir de todas las clases, colocadas por colores. Hay caftanes maravillosos, incluso de seda transparente que acaricio embelesada. También hay vaqueros y faldas cortas, camisetas y vestidos veraniegos. Y una gran sección de modelitos varios para la playa o piscina que consiste en escuetos biquinis y glamurosos pareos. También se ha molestado en comprar una gran cantidad de zapatos: sandalias bajas y de cuña, bailarinas, y un sinfín de calzado de todos los colores que existen. No se ha olvidado tampoco de los bolsos, el más barato debe ser

uno blanco y rojo de Michael Kors que marca dos mil cuatrocientas libras egipcias en la

etiqueta que cuelga de una de sus asas, más o menos unos seiscientos euros.

Lo que no encuentro por ningún sitio es la ropa interior. No hay ni rastro de ella, es más, creo que no está por ningún sitio. Apuesto a que me va a dejar sin ella hasta que se lo pida por favor... ¡Lo lleva claro! A mí a cabezota no me gana nadie. Ha empezado un juego entre nosotros que va a perder con creces ¡como que me llamo Cleopatra!

Estoy demasiado excitada como para dormir, así que decido estrenar uno de los preciosos biquinis que tengo, exactamente uno atado al cuello de color coral combinado con turquesa que resalta mucho el tono bronceado de mi piel, con su correspondiente pareo a juego y unas sandalias de tacón del mismo color coral.

Como no tengo toalla, cojo el albornoz rosa de micro fibra que hay en el baño. Me enrolló el pareo alrededor de la cadera de tal forma que parezco una hawaiana, más que

nada para que la escueta braga brasileña del biquini no deje al aire mi trasero al recorrer los pasillos del hotel. Salgo por la puerta dispuesta a ir a la piscina a hacer unos largos, ya que he visto desde la terraza que está iluminada y vacía, toda para mí.

El chico del ascensor me deja en la planta correspondiente y en cuanto salgo a la zona

reservada, me detengo un instante para intentar asimilar tanta belleza.

Todo es precioso, nada que ver con las vistas desde arriba, que ya resultaban espectaculares. Está decorado en su totalidad con tonos azules, las hamacas, las sombrillas y los toldos, incluso el agua está iluminada con luces azules.

La piscina redonda tiene el famoso efecto infinito que parece fundirse con el mar, esto

se debe a que nos encontramos en la quinta planta y da la sensación de terminar en el horizonte. Al lado derecho de la increíble piscina hay dos yacuis enormes y junto a ellos

se encuentra la zona del *spa*. Pero lo que me resulta más llamativo es que hay velas estratégicamente repartidas por el suelo, dotando el ambiente de un conmovedor aire romántico.

Suelto mis cosas sobre una de las hamacas que se encuentran más próximas a la piscina

y entonces me doy cuenta de que a los pies de cada hamaca hay una toalla azul enrollada... y yo trayéndome el albornoz. ¡Seré paleta!

No me pienso demasiado si meterme en el agua o no, pues me llama a voces, y lo hago

lanzándome de cabeza. Hago unos cuantos largos nadando, aunque no demasiado rápido

porque llevo todo el día haciendo ejercicio y estoy algo cansada. Me quedo un rato flotando bocarriba para contemplar las estrellas. Esto es un verdadero paraíso.

—¿Admirando las estrellas alejandrinas, Cleopatra?

Su voz hace que pierda la paz en la que estaba sumida, además del equilibrio, y que con

ello me sumerja sin querer, tragando agua. Saco la cabeza a la superficie

tosiendo sin parar y buscando el bordillo para poder sujetarme a algo y respirar, puesto que no hago pie donde estoy.

Pero él ni se inmuta, ahí sigue sentado en la hamaca que está junto a la mía, tan tranquilo. Lleva un pantalón de algodón azul muy corto y una camiseta blanca con cuello

de pico, lo que me deja apreciar su atlética anatomía.

—¿No deberías correr a socorrerme? —lo reprendo indignada por su falta de preocupación ante mi agónica asfixia.

—¿Por qué debería hacerlo? —pregunta recostándose en el respaldo de la hamaca y subiendo sus pies para cruzarlos sobre ella.

—¿No se supone que eres una especie de guardaespaldas o algo así?

—Podría aguantar que me llamasen guardaespaldas si te hiciera feliz, pero no soy tu niñera.

—¿Qué niñera ni qué leches?! ¡Debes mantenerme con vida!

—¡Oh! —Se hace el sorprendido—. ¿Acaso tu vida ha peligrado en algún momento?

Lo siento, pero no me he dado cuenta —suelta como si nada.

—¡Casi me ahogo por tu culpa, insensato!

Suelta una falsa risotada.

—¡Ese truco ya está muy trillado, cariño! Me has visto aparecer y has hecho como que

te ahogabas para que saltase corriendo a socorrerte, y si además te hubiese hecho el boca a boca, te hubieses salido la jugada redonda. Creías que tu plan era perfecto, ¿eh? Pues lamento informarte de que no volveré a caer en tus redes, lo de anoche solo fue un gran

error, me pillaste bajo de defensas.

Por un momento dudo si salir del agua para estrangularlo, si esperar a que esté dormido

para asfixiarlo con la almohada, o si tirarle algo contundente a la cabeza con todas mis fuerzas.

Voy a ser más inteligente, si me ve enojada se dará cuenta de que me ha molestado su

comentario y eso significaría que me afecta... ¡Y es obvio que no me importa!

—¡Gracias al cielo! —exclamo por fin, levantando un brazo hacia arriba de manera muy teatral.

Él me observa consternado.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunta intrigado.

—Que me has quitado un gran peso de encima. —Sonrío ampliamente—. No sabía

cómo explicarte lo que sentía, pero tú lo acabas de hacer a la perfección, bueno, yo lo habría hecho de una manera menos vulgar, eso sí, con un poco más de tacto por si te hubieses enamorado de mí, pero te estoy muy agradecida por quitarme el marrón de encima.

Él parpadea confuso y no añade nada, y aunque parece realmente sorprendido, lo intenta

disimular. Estará acostumbrado a quitarse a las mujeres de encima y conmigo va listo, este no sabe con quién se juega los cuartos.

Yo continúo nadando como si nada bajo su atenta mirada.

—¿No has tenido bastante deporte por hoy? ¿Acaso ese mariposón negro no te ha enseñado nada? —inquire.

—Ese mariposón es más hombre que tú —lo reprendo—, y me ha enseñado muchas

cosas, gracias por tu interés.

De nuevo se queda mudo.

Salgo de la piscina, subiendo las escaleras a cámara lenta y sin dejar de mirarlo a los ojos mientras avanzo hacia él contoneando mis caderas con el agua resbalando por mi cuerpo y manteniendo el paso firme para acercarme hasta mi hamaca.

Creo que se le ha detenido el corazón, aunque intente mirar hacia otro sitio, lo estoy

descolocando y los dos lo sabemos.

Me agacho cuando llego a su altura para susurrarle al oído con una voz muy sensual.

—El asno no osa jamás soñar con catar un manjar, cuanto menos hacerlo dos veces. Y

ahora puedes seguir babeando por mí, romano.

Recojo el pareo de mi hamaca y las sandalias sin detenerme, para salir de aquí decidida

a no mirar atrás, mostrándole a propósito mi terso pompis al caminar.

¡Toma ya, capullo!

Cuando estoy ya metida en la cama a punto de dormirme, se abre la puerta de mi cuarto

de repente para dejar emerger la silueta a contra luz del que ya comienza a ser mi mayor

dolor de cabeza.

—¿Quién te crees que eres para venir a desmoronar mi mundo perfecto? —
ruge con signos de evidente embriaguez.

Enciendo la luz y lo veo todo despeinado.

—¡Lárgate de aquí inmediatamente, borracho! —lo increpo, tirándole un
cojín que no

llega ni a rozarle, como ya se ha convertido en costumbre.

—No pienso irme a ninguna parte.

—Pues llamaré a los de seguridad —le amenazo.

—Llámalos. Son todos colegas míos, me encantará saber qué haces después
de que se

larguen.

—No me provoques o te arrepentirás, te juro que desapareceré del mapa y no
me encontrarás ni debajo de las piedras.

—Disfrutas fastidiándome, ¿verdad? —Me observa con los ojos entornados.

—¡Oh, me has pillado! —me burlo al verlo cada vez más enojado.

—Te encanta provocarme para luego pasar de mí, te crees superior y piensas
que me tienes en tus redes. Pues vengo a advertirte que la próxima vez que lo
hagas tendrá serias consecuencias, no pienso dejarme embaucar por los besos
de una bruja, ni aunque me vuelvan loco. Distas mucho de merecer mi
amor...

¿Qué significa todo lo que acaba de escupir?

Desaparece pegando un gran portazo sin darme opción a réplica, después
suenan las puertas de entrada a la *suite*. Seguramente se vaya a recorrer los
burdeles de Alejandría,

quién sabe.

«¿Y a mí qué me importa dónde vaya ese idiota?».



Capítulo 11

Ha pasado la semana sin mayores inconvenientes, del hotel a las clases y de estas al

hotel. Cada día llegaba antes de tiempo a las clases de Belly, ya que no quería ni cruzarme con mi guardaespaldas/psicópata por la *suite*, ni por el hotel, ni por el mundo. Es que como lo vea, soy capaz de matarlo.

Y hoy es el último día de ensayo antes del gran estreno.

Mi nuevo amigo, ataviado con el mismo modelito de cada día, pero el de hoy de color

amarillo, se alegra mucho al verme tan temprano aquí y corre a darme dos besos, cosa que

me sorprende porque los hombres de esta ciudad intentan por todos los medios no rozarme. Por lo visto toda mujer que tenga ojos y no sea de su familia representa una gran tentación, aunque es obvio que Belly no es como la mayoría.

— *As-salam-u-alaikum* —me dice.

—Yo también te quiero —le respondo sin prestarle atención.

Él pone los ojos en blanco.

—Cleo, debes aprender algunas cosas básicas si vas a vivir aquí, como mínimo a saludar, ¿no crees?

—La verdad, no creo que vaya a vivir demasiado tiempo aquí, Belly. En cuanto termine

un asunto que tengo entre manos, volveré a mi casa... o al menos eso espero.

Ni siquiera he terminado la frase cuando me doy cuenta de que lo más probable es que

eso no pueda ser así, pues ya no tengo padres ni amigos, ni siquiera tengo casa ni acceso a mis cuentas bancarias para tirar de mis ahorros. He desaparecido del mapa, así de claro, y pensar en ello me entristece mucho, porque me resulta patético darme cuenta de que a mi

edad pueda dejar de existir sin que nadie me eche de menos, por eso no me permito reparar en este tema demasiado tiempo.

—No te preocupes —me anima al ver mi cara—, ya verás como todo saldrá bien, confía

en mí.

Pobrecillo, se piensa que he venido a bailar en el hotel y poco más. Aunque si lo pienso

bien, en realidad es para lo único que sé que he venido...

—Ven, Cleo. He preparado una pequeña coreografía con unos pasos sencillos, así te resultará más fácil que improvisar.

—¡Genial!

Pone la música a todo volumen de nuevo y comenzamos a ensayar, pero hoy a un ritmo

mucho más rápido que ayer, y parece que mi cerebro asimila los pasos a la velocidad de la luz.

—¡Cleo, nunca he trabajado con nadie a la que se le diese tan bien esto!

—Eres un adulator, no te creo.

—¡Te lo juro, me tienes fascinado!

Después de comer, bailamos otro par de veces la coreografía juntos.

—¡Estás preparada! ¡Mañana triunfarás! —sentencia contemplándome con orgullo.

Esta frase me pone el vello de punta, pues hasta ahora mismo no soy consciente de que

voy a bailar delante de un montón de personas, perdón, de hombres.

—Belly, ¿has ido alguna vez a ver la actuación del Four Seasons? —le pregunto, con la

esperanza de que me dé alguna pista de lo que me espera mañana.

—Yo no soy bien recibido en lugares públicos, Cleo —me dice apenado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Eres una chica inteligente, te habrás dado cuenta de que no encajo demasiado en esta

ciudad, incluso me atrevería a decir que en este mundo.

Apoyo mi mano sobre su hombro.

—No digas eso, Belly, eres una persona muy especial.

—Todos dicen que soy un monstruo, algunos vecinos hasta piden mi cabeza... —Las lágrimas asoman a sus ojos y me doy cuenta del infierno en el que tiene que vivir alguien como él.

—Estoy segura de que en España triunfarías, tienes mucho arte y eso es admirable, a mí

me has cautivado en solo unos días. No hagas caso de lo que digan esos cromañones egipcios.

—Gracias, Cleo.

Nos damos un gran abrazo y llora desconsoladamente sobre mi hombro mientras le intento animar como puedo.

—Tengo una sorpresa para ti —me dice una vez que se siente mejor.

—¿Una sorpresa? ¿Pasas del llanto a las sorpresas así, de repente? —le tomo el pelo para que sonría y termina haciéndolo.

—También soy un poco bipolar. —Ríe—. Vamos a un sitio.

—Pero no sé si puedo.

—¡Claro que puedes! ¿Tienes pies?

—Sí.

—¿Y ojos?

—Sí. —Me río.

—¡Pues andando!

Sale por la puerta de la academia, dejándolo todo abierto y con paso glamuroso, y yo lo

sigo intrigadísima. Sé que Marco Idiota se va a enfadar, pero me da igual.

Vamos los dos por la avenida Sharia Salah Salem, donde se conserva todavía la atmósfera peculiar de un pasado lejano y que reúne hermosas tiendas tradicionales típicas egipcias, nada de grandes franquicias. Hay muchísimas joyerías, me quedo atónita ante

tantas joyas que exhiben sus vitrinas, sobre todo por ser tan coloridas. Son auténticas obras de arte.

Pasamos por delante de una pastelería llamada Délices, su fachada es muy bonita, es como si estuviera enmarcada en un pequeño jardín y el olor que sale de allí hace que me

pare en seco.

—Necesito azúcar, Belly —le pido sonriente.

—Te vas a poner como una ballena como sigas comiendo así —me regaña.

—Venga, solo uno. —Le pongo cara de angelito y no me lo puede negar.

—Podrías haber elegido una pastelería menos cara, ¡tienes gustos de diosa!

Yo me río, pues resulta que puede tener razón.

Entramos y salimos del establecimiento con tres pasteles cada uno. La pastelería tiene

un claro estilo griego por dentro y por lo visto tiene más de cien años, pero los pasteles son de alta cocina moderna y están exquisitos.

Enseguida llegamos a una pequeña tienda oscura en la que Belly entra y yo lo sigo a regañadientes. Todo lo que hay a mi alrededor son cacharros de barro, sartenes y cosas de alfarería, parece una especie de mercadillo pequeño lleno de baratijas.

Belly saluda a una mujer muy mayor, podrá rondar los doscientos años bien a gusto, ella le sonrío y le indica en otro idioma la planta de arriba. Mi profesor

de baile me señala el techo y que lo siga, yo me limito a obedecerlo.

Abre una puertecilla secreta para subir por unas escaleras estrechas y oscuras, ahora mismo me pregunto por qué me fío de él, podría estar llevándome a algún sitio peligroso y yo sin darme cuenta ni oponer resistencia.

En cuanto estamos arriba descubro una gran sala muy amplia, resulta obvio que se trata

de algo clandestino. Belly da la luz y me quedo boquiabierta en cuanto descubro lo que tengo ante mis ojos.

—¡Oh, *my God!* —exclamo tapándome la boca con ambas manos.

—¡Me moría de ganas por enseñártelo! —Da palmadas, emocionado.

Miles de vestidos para bailar la danza oriental colgados en inmensas barras metálicas se

expanden ante mí. Los hay de todas las formas y colores, mis ojos no dan crédito.

Me paseo entre ellos, deteniéndome delante de los que más llaman mi atención. ¡Son

alucinantes!

—Son todos hechos a mano, las bailarinas profesionales y maestras de todos los países

los encargan aquí, incluso desde Estados Unidos. No existe nada que se le parezca ni de

lejos, cada uno es una auténtica obra de arte —me explica.

—Son tan suaves. —Deslizo mi mano sobre una falda azul y el tejido se resbala por ella,

como si volase.

—Es seda natural, una auténtica delicia para los sentidos.

Belly me deja que merodee tranquila entre los miles o millones de vestidos que me rodean, hasta que lo miro.

—¿Y bien? ¿Me compro uno, o me has traído solo para ponerme los dientes largos? —

Le muestro sonriente mi Visa Oro.

—¿Uno? ¡Vamos a arruinar a esa panda de estirados!

No sé hasta qué punto sabrá Belly lo que ocurre conmigo, pero habla sobre ellos como

si los conociese bien, y no suelta precisamente lindezas.

Me prueba por encima de mi ropa uno de los sujetadores.

—Noventa y cinco B —musita para sí mientras busca entre los trajes.

—Qué buen ojo tienes —exclamo sorprendida porque haya clavado mi talla de sostén.

—Son años de experiencia, *lady*.

Escojo cinco modelitos, a cada cual más espectacular, asesorada en todo momento por

el maestro, que me indica cual me favorecerá más teniendo en cuenta mi cuerpo y mi color

de piel.

Uno de ellos es negro con los adornos en plateado. Otro violeta con los adornos en negro. Otro verde con los adornos en dorado. Otro amarillo con adornos en azul, y el último fucsia con adornos en blanco. Con adornos me refiero al velo y al pañuelo que se

ata a la cadera, ese que lleva las moneditas colgando.

Una señora joven ataviada con un *hijab* negro para cubrir su cabello aparece de la nada para coger los vestidos seleccionados y yo la sigo, pero mi amigo me agarra por el brazo y me detiene, lo observo intrigada y me dice con una gran sonrisa:

—Espera, que todavía no has visto la joya de la corona. Lo he encargado especialmente

para ti y lo trajeron esta mañana mismo desde El Cairo.

—¿Qué dices, loca? —bromeo con él. Siento como si nos conociésemos de toda la vida.

Akiiki pone los ojos en blanco y ahoga una sonrisa por la gracia que le causa que me

refiera a él en femenino, pues creo que nadie lo ha tratado con tanta naturalidad nunca.

Me coge de la mano y me conduce hasta un probador que tiene las cortinas echadas, se

coloca a mi espalda y me tapa los ojos.

—Mantenlos cerrados —me ordena.

Escucho que descorre las cortinas del probador.

—¿Preparada? —pregunta, de nuevo a mi lado.

—¡Venga, que no me aguanto! —contesto nerviosa.

Entonces me indica que abra los ojos y casi pierdo el equilibrio al descubrir lo que tengo delante. Un precioso maniquí lleva el vestido más bonito que haya visto en mi vida.

Se trata de una falda de pura seda hasta los pies de color rojo sangre, es muy

transparente, tiene varias capas y dos aperturas a cada lado para que se vean las piernas.

De la cintura sale un *caderín*, todo de pedrería, que llega hasta la mitad de la cadera formando bellas figuras geométricas de donde salen a su vez unos delicados flecos formados por finas hileras de piedras brillantes negras.

—Son diamantes negros —me informa tan tranquilo dejándome a mí al borde del

infarto—. Tú eres muy especial, Cleopatra, te mereces algo a tu altura.

—Dia-man-tes —repito atónita.

El sujetador es del mismo color rojo, pero forrado casi por completo por la misma pedrería que el *caderín*, la diferencia es que este lleva adornos en forma de círculo y rematados por esmeraldas. Cubriendo uno de los hombros cae una cinta con la misma forma geométrica que lo anterior y también completamente compuesto por diamantes negros, algunos de ellos enormes.

No doy crédito.

No sé qué decir.

Me he quedado muda.

—¿Te gusta? —pregunta ante mi silencio.

—Gustarme se queda muy corto, creo que acabo de tener un maldito orgasmo —susurro

embelesada.

Él suelta una sonora carcajada.

—¡No es para menos! —grita radiante—. ¿Sabes que los diamantes negros son piedras

extraterrestres?

—¿Extraterrestres, a qué te refieres? —Arrugo la nariz.

—No son diamantes al uso, como los demás, son mucho más originales, yo diría que espectaculares, y poseen una luminiscencia sin igual. Solamente se encuentran en dos puntos en todo el planeta. Los científicos aseguran que son segmentos que se

desprendieron de la explosión de una supernova y que después de viajar durante un tiempo

desconocido, llegaron a parar a nuestro planeta. Y ahora los tendrás tú sobre tu cuerpo,

¿no es alucinante?

—Belly, no podré bailar tranquila con esto. Si se me cae un diamante, me moriré —le

explico aterrada al pensar que voy a llevar encima de mí fragmentos de una estrella fugaz.

—Cleo, el diamante eres tú. Lo demás son simples adornos, un mero complemento, muy caro, sí, pero no te mereces menos. Ve acostumbrándote a estos excesos, porque si las cosas van como creo que lo harán, serás agasajada con las mejores joyas del mundo. Esa

gente no se anda con chiquitas, como dicen los mejicanos.

—¡¿Qué?! ¡Yo no soy ninguna puta, no pienso aceptar nada! —De repente empiezo a

comprender a lo que quieren que me dedique y siento que el pánico se apodera de mí.

—¡No digas bobadas! ¿De dónde has deducido eso? —me reprende molesto.

—Has dicho que me van a agasajar, y los hombres no regalan cosas a cambio de nada,

está claro lo que me van a pedirme a cambio de esas joyas. —Me cruzo de brazos delante

de él.

—¡Ay, bendita inocencia! —Niega con la cabeza—. Cleo, eres una mujer adulta,

soltera, con un cuerpo y una cara de escándalo, no tienes que hacer nada para que los hombres quieran morir por ti, tan solo debes sacarle partido a eso, nena.

—Eso se llama prostitución —le reprocho.

—¡De eso nada! No estás obligada a darles nada a cambio, puedes negarte a aceptar sus

regalos, pero debes saber que en nuestra cultura se vería como una ofensa. Aquí no se regalan cosas por recibir una contraprestación, se hace porque sí.

—No me convences.

—Ellos estarán agradecidos por el simple hecho de hacerles soñar contigo durante unos

minutos, de evocar otra época, de trasportarles al antiguo Egipto, a la época de los faraones y a la grandeza de Alejandría.

—¿Estás seguro?

—Una *belly dancer* de tu categoría sabe lo que quiere y cómo conseguirlo, su corazón es más rebelde que una infinidad de huracanes, ella es más inteligente que un sinfín de dioses y más hábil que todos los espíritus, pero si no te lo crees tú misma, nadie lo hará.

Déjate de recatos y vive la vida, que lo tienes todo para disfrutar... ¡Ojalá yo pudiese abandonarme a los placeres de la carne!

—Te prometo que algún día lo harás —lo animo.

—Pero mientras tanto, hazlo tú por mí, por favor.

Nuevamente me entran ganas de comerme el mundo.

—¡Venga, que me envuelvan el traje de los diamantes negros en papel de regalo, que me lo llevo! —exclamo chascando los dedos y él se ríe.

—Solo nos quedan los complementos —alega satisfecho.

—¡¿Más complementos?!

Coge unos cuantos brazaletes y collares, a cada cual más estrambótico, pero todos preciosos. Adornos para el pelo, para los pies... Vamos, que voy a ir más emperifollada que un árbol de navidad.

—A los árabes les gustan los excesos en todos los sentidos, pero se desviven para que

los demás crean lo contrario —me comenta a modo de secreto una vez que estamos en la

planta de abajo, mientras esperamos que nos cobre la anciana milenaria.

Cuando nos informa de la suma a la que asciende el total no me desmayo porque estoy

agarrada al brazo de Belly, de lo contrario me hubiese caído redonda al suelo.

—¡¿Cuatro millones de libras egipcias?! —repito boquiabierta como si esa cantidad no

fuese posible.

—Paga y calla —me dice Belly riendo.

Ni siquiera creo que disponga de tal cantidad en la tarjeta de crédito, esto es de locos, pero aun así le doy mi tarjeta a la señora, que está aguardando con paciencia a que le pague.

Esperando a que la entrañable ancianita cobre la escandalosa compra, pienso en

posibles excusas que darle cuando me diga que no hay saldo suficiente, como que no recuerdo el pin, pero ella me devuelve la tarjeta muy sonriente, sin ni siquiera pedirme dicho pin, y le informa a Belly de que esta noche su mayordomo me llevará los trajes al

hotel.

Nos despedimos amablemente de la dueña y salimos a la calle emocionadísimos,

aunque la emoción me dura poco...



Capítulo 12

Unos ojos oscuros, aunque ahora teñidos de rojo por la ira, se clavan en mí nada

más pisar el suelo de la calle.

—¿Dónde cojones te habías metido? —brama.

Belly no es capaz de moverse.

—Tú mismo lo estás viendo. —Señalo con gran lentitud la tienda de la que acabamos

de salir, como si fuese una explicación para tontos.

—¡Déjate de gilipolleces! ¿Para qué quieres el móvil? —ladra cada vez más enojado.

A mí no me la da, este es más español que yo, usando esas expresiones al estar enfadado

se ha delatado él solito, pues alguna palabra debería haberle salido en italiano, de serlo.

Pero no voy a destapar esto ahora.

—Se me ha olvidado en el hotel. —Me encojo de hombros tan tranquila, mientras mi profesor de baile está a punto de ponerse a llorar de los nervios y el pánico que lo han atrapado.

—¡Yo te enseñaré a no olvidarte de las cosas! —me amenaza con el dedo muy cerca de

mi nariz.

—¡Tú no me vas a enseñar nada, hago lo que me da la gana y cuando me da la gana, no tengo que darte explicaciones! —Me cruzo de brazos para dotar de más dramatismo a mis

palabras.

Se acerca más todavía a mí para hablarme muy cerca, casi rozándome los labios.

—Llevo toda la puta tarde buscándote... —Desvía la mirada hacia mi amigo —. ¡Tú!

Belly no sabe qué decir, está paralizado por el miedo.

—¡Oh, venga ya, no seas tan catastrofista! —Lo agarro de su camiseta azul para redirigir su completa atención de nuevo sobre mí—. Mañana es la actuación y hemos venido a comprar los trajes, ¿dónde está el problema?

—¿A una tienda de sartenes? —inquire.

Nos miramos uno al otro, ya lo voy conociendo y sé que no da puntada sin hilo.

—Sabes de sobra que no es una tienda de sartenes —afirmo.

Parece que esta frase lo tranquiliza un poco, pero solo un poco.

—No debías salir de la academia, esa era la orden —se revuelve el pelo nervioso—, y si

lo hacías, al menos podrías haber avisado, ¿sabes lo peligroso que es que andes por ahí sola? —Señala hacia la ciudad.

—No iba sola —respondo.

Él suelta un bufido por no insultar a Belly en la cara.

—Por cierto, he pagado cuatro millones de libras egipcias por los trajes, es solo para que lo sepas.

—¡¿Que has pagado qué?! —ruge *ojiplático*.

Comienzo a caminar calle abajo y él me sigue a pasos agigantados.

—Cuatro millones —repito.

—¿Y qué diablos has comprado para que cueste eso? —me detiene en seco tirándome

del brazo para situarme frente a él y que lo mire.

—Ya te lo he dicho, los trajes para el baile, uno para cada día —le explico.

—¡Será uno para cada día durante cuatro años! —Está flipando—. ¡Joder, Cleopatra!

—Me disteis tarjetas de crédito sin ponerme límites —lo tanteo—, ¿qué pretendías que

hiciésemos mi insignificante cerebro y yo con ellas?

Él cierra los ojos un instante para tomar aire, recapacitar e intentar no estrangularme.

Los vuelve a abrir.

—Vamos a devolverlo todo ahora mismo, no hace falta que lleves trajes de alta costura

para bailar. Lo que importa eres tú y no los adornos —pretende parecer sereno.

—¡Vale! Entonces bailaré desnuda, creo haber escuchado que las antiguas egipcias lo hacían así.

Él no sabe qué hacer. Esa idea no le gusta demasiado.

—Monta en el coche —me indica la localización del coche negro que me lleva cada día

a las clases—, yo me encargaré de esto.

—¡Y una mierda! ¡No soy tu prisionera!

Comienzo a correr en dirección opuesta al coche. Aunque mi gozo en un pozo, porque

enseguida estoy volando por los aires, o lo que es lo mismo, colgada del hombro del italiano salvaje.

—¡Suéltame, capullo! —grito aporreando sus lumbares con saña.

—Lo haré cuando me demuestres que no estás histérica. —Camina conmigo cargada

mientras la gente que pasa a nuestro lado nos observa atónita.

—¡No estoy histérica! —grito con todas mis fuerzas, con la cabeza bocabajo, los pelos

en la cara y completamente fuera de mis casillas aún asestándole puñetazos.

—¡Pues cualquiera lo diría! —se burla.

—¡Tú me haces ponerme así! ¡Eres inaguantable!

Entonces, como si hubiese pulsado un botón secreto, me suelta en medio de la calle y

con sus manos me agarra las muñecas por encima de la cabeza para empotrarme contra la

pared que tengo a mi espalda y hablarme muy cerca con esa increíble voz que lo caracteriza.

—Me importa una mierda si te parezco insoportable o no, lo único que pretendo es encontrar al tío que quiere matarte para poder, al fin, vivir tranquilo. Follarte ha sido un grave error, lo admito, pero no creas que eso te da derecho a tratarme como a un maldito

imbécil. Vas a obedecerme y punto, de lo contrario terminarás tirada por cualquier callejón de Alejandría en menos que canta un gallo. Tú decides, niñata.

Me suelta y se larga dando zancadas, mientras observo el perfecto trasero que le hacen

esos vaqueros gastados con las botas desabrochadas que lleva por encima de estos.

Permanezco impávida, apoyada todavía contra la pared, intentando reponerme a su impetuosidad, a su olor y a su autoridad.

Consigo reaccionar y salgo corriendo tras él, pero cuando llego a su altura se detiene para montarse en la increíble Harley Davidson que está aparcada sobre la acera bajo mi atónita mirada. Creo que en realidad debo parecer algo lela.

Permanece ahí sentado, con su pelo castaño enmarañado y esos ojazos de color oscuro

mirándome con desprecio y con esa pedazo de moto entre sus piernas.
Semejante imagen

bien podría haberme valido para un póster en la pared de mi cuarto cuando tenía quince

años.

Creo que intenta esconder algo debajo de sus manos, pues está tapando deliberadamente

lo que sea que haya sobre el depósito de combustible de la moto, estoy casi segura.

—Voy contigo —le digo, esperando que se ponga contento por mi concesión.

—He dicho que te vayas al coche —ordena—, en mi moto no monta nadie.

—De verdad que no dejas de sorprenderme. Justo cuando pienso que no se puede ser más imbécil, vas y consigues superarte.

Me giro y me dirijo hacia el coche donde me espera el chófer con cara de pocos amigos.

Estoy segura de que a él también le ha caído una buena bronca, y todo por mi culpa.

De camino al hotel voy observando por la ventanilla las calles de Alejandría,

la mayoría

de los edificios están sucios y cochambrosos, solo los que dan a las calles principales dan la impresión de ser algo más esplendorosos, y ni siquiera. Imagino que de cara a la galería quieren aparentar la grandeza que ostentasen otrora, pero en realidad dista bastante de eso.

También medito sobre las palabras que me acaba de soltar este energúmeno sin tacto.

Por lo que he podido deducir, es un cazafortunas, nada de heroico guardaespaldas, eso

se lo ha montado mi imaginación solita, porque la realidad es que solo está cerca de mí para atrapar al tío que supuestamente intenta matarme y así poder seguir con los negocios sucios que le ocupasen antes, y no para protegerme.

A menudo creo que soy una mujer inteligente y astuta, pero hay veces que mi enorme

estupidez me sorprende demasiado.

Ha anochecido una vez que estoy en el hotel y no tardo en quedarme dormida después

de ducharme.

¡Ah! Miento, me quedo dormida después de colocar con sumo cuidado mis maravillosos trajes de *belly dancer* en el gran armario.



Capítulo 13

Hoy es el gran día.

Por todo el hotel han pegado carteles anunciando el regreso del estelar espectáculo y en

todas las emisoras de radio y televisión lo anuncian también: «Cleopatra, la última reina de Egipto» dicen en árabe y después en inglés.

Gente de todas partes vendrá a ver mi debut, la primera noche será una gala abierta a

todos los públicos y las demás solo bailaré para un selecto número de hombres que paguen

una ingente cantidad de dinero por hacerlo.

Todavía no asimilo cómo mi vida ha cambiado de una manera tan drástica en tan poco

tiempo. He pasado de estar en mi consulta rodeada de niños en Madrid a ser la estrella de un espectáculo de danza oriental en Alejandría. De ser una completa desconocida a ser la

última descendiente de Cleopatra a la que alguien busca para ¿matar? Flipo en colores, de verdad.

—¿Cleopatra? —Una voz femenina resuena por mi habitación asustándome.

—¿Sí? —contesto mirando hacia el techo.

—Ya puede bajar a su sesión de belleza —me informa en un español muy bueno.

—¿Dónde?

—Estamos en el salón principal del *spa*.

—¡Ah, vale, gracias!

Para ir al *spa* me pongo uno de los biquinis nuevos, esta vez opto por uno de color amarillo, algo más recatado que el de ayer. Me cubro con una túnica muy escotada, amarilla también, que me llega hasta las rodillas, para bajar a desayunar.

Creo que el mar me da ganas de comer, porque devoro como si se fuese a acabar el mundo, tengo un hambre voraz.

Hoy me ha apetecido ir al Starbucks, donde me he zampado seis pasteles, a cada cual

más delicioso, y un café con leche.

Una vez con el estómago lleno, me voy hasta el *spa*.

Al entrar me reciben de una manera muy amable tres chicas morenas y un chico rubio,

deben de tener unos veinticinco años, no más. Me indica una de ellas dónde está el cambiador y mi taquilla, además de lo que debo hacer después de cambiarme.

Obedezco cual cordero manso y espero únicamente ataviada con una toalla

tras la puerta número siete a que llegue otra chica. Cuando aparece, me acompaña hasta una puerta blanca donde reza «baño turco» en varios idiomas, me pide que pase y se va.

Entro yo sola a una sala nublada por el vapor, no veo nada, pero toco algo duro, pongo

la toalla sobre ello y me tumbo para degustar la experiencia. Siempre me ha fascinado el

olor a limpio de los baños turcos, saborear cómo la humedad dilata todos los poros de la

piel y se apodera de cada órgano de mi cuerpo, purificándolo.

Cuando ha pasado un buen rato, una voz me llama para que salga. Lo hago y me encuentro a otra de las chicas del *spa* esperándome. Me pregunta qué tal y le comento que muy bien. Recoge mi toalla usada y me da una nueva. La acompaño hasta otra puerta blanca, ahora la seis. La abre con una llave y me invita a entrar, después se marcha para dejarme sola.

La estancia está tan solo iluminada con velas, todo es de mármol blanco, como casi todo

el hotel, y en el centro de la sala descubro una gran tina sobre cuatro patas de león de oro.

«Supongo que tengo que meterme aquí», me digo a mí misma.

Toco el líquido blanco con la mano, está templado. Lo huelo... ¡es leche! Leo en un cartelito que, en efecto, pone en varios idiomas «leche de burra de Cleopatra». Dejo la toalla sobre una de las sillas que hay alrededor de la bañera. Entro con delicadeza en la tina y me acomodo, apoyando mi cabeza sobre un almohadón de cuero que hay en un borde.

Poco a poco me voy relajando y comienzo a percibir el olor a flores del ambiente, la tenue música clásica que emana del techo, acompañada del cantar de los pájaros y del sonido del agua cayendo. También siento cómo mi

piel comienza a absorber los nutrientes

de la leche. Es una experiencia casi mágica.

No sé si me he quedado dormida o he alcanzado el nirvana, el caso es que cuando escucho la suave voz de una de las chicas al llamarme, siento que me cuesta volver a esta dimensión.

—Señorita, cuando esté preparada, la espero aquí —me indica.

Me levanto soñolienta, me envuelvo en la toalla y me convengo a mí misma de que no

estoy en otra dimensión. He descubierto que la leche de burra tiene unos efectos muy relajantes.

Salgo medio drogada de mi particular paraíso para seguir a una de las chicas del *spa* por un largo pasillo hasta que llegamos a otra puerta, esta vez la cinco, que vuelve a abrir con llave y me deja entrar, no sin antes darme otra toalla.

—Vaya acomodándose, por favor —me pide.

Menos mal que todos aquí hablan mi idioma.

Me siento en una hamaca verde de bambú. Esta habitación está decorada con un claro

estilo asiático; todo en tonos oscuros, orquídeas fucsias y palos de bambú. La música es la misma de antes y el olor también, huele a jazmín.

Entra una mujer china que me saluda con las palmas de las manos juntas y agachando la

cabeza, yo la imito sonriendo al suponer que no habla mi idioma.

Me da el mejor masaje de pies que se haya dado en la historia, con aceite y cremas por

doquier. Después me hace una pedicura y me pinta las uñas de un color rojo precioso. No

puedo dejar de mirarlos.

Más tarde mete sus manos en una especie de vapor desinfectante, las seca y procede de

la misma manera con mis manos. Masaje, exfoliantes, cremas y termina con una manicura

francesa preciosa.

—¡Madre mía, no parecen mis manos ni mis pies! —exclamo asombrada por el gran trabajo. Ella me sonrío y se marcha.

De nuevo viene la chica del *spa* para llevarme a otra sala, esta vez la número cuatro.

Repite todo el proceso y me deja en otro sitio, decorado como si fuese una sala romana.

De la nada emerge una mujer disfrazada de griega, me saluda de una manera similar a la china y me invita a echarme sobre una camilla bocarriba.

Me depila el cuerpo de arriba abajo y viceversa, bueno, lo poco que no tenía hecho con

la depilación láser, o sea, brazos y poco más. Pero el caso es que no me queda ni un solo pelo en el cuerpo que no sean cejas y cabello.

Vuelve la chica para llevarme con ella, me deja en la puerta tres, nos vamos acercando

al final, aunque yo no me canso de que me mimen así, ¡qué lujo!

Tras la puerta tres hay dos chicas esperando, esta sala es pequeña, únicamente decorada en un color rosa clarito. Una de ellas se marcha y la que se queda me pide que

me eche en una camilla de cuero blanca. Obedezco, pongo mi toalla sobre la camilla y me

tiendo bocarriba. Ella procede a ponerme miles de cremas y mascarillas en la cara mientras me masajea toda la zona de los hombros y el rostro.

Al cabo de un rato me despierto, ¡creo que incluso he roncado!

—Ya he terminado, señorita. —Sonríe.

—¿Me he dormido? ¡Es que tienes unas manos prodigiosas!

—Eso parece —dice sonrojándose.

Pone un espejo frente a mí y descubro que mi piel irradia belleza y luminosidad, es como si hubiesen añadido una capa a mi piel, porque esta nueva es aterciopelada y suave,

sin poros ni imperfecciones.

—¡No me lo puedo creer!

—Está preciosa, tiene una piel muy bonita —me indica.

La chica que me acompaña a los sitios me avisa de que ya está preparada la sala dos.

Me levanto y salgo dándole otra vez las gracias a la esteticista que le ha devuelto la luz a mi rostro.

Entro en la sala dos y reconozco un olor diferente al de los jazmines, es perfume de hombre. La estancia está iluminada también con velas, por lo que la coloración es bastante tenue.

—Buenos días, señorita. —La voz masculina a mi espalda me sobresalta.

Me giro para comprobar que es el chico que había antes en la recepción, ataviado con el

riguroso uniforme negro del hotel.

—Hola —contesto.

—Échese en la camilla bocabajo, por favor, enseguida vuelvo.

Yo hago lo que me pide, metiendo mi tersa cara en un agujero que hay en la camilla. La

toalla tapa mi trasero de milagro, así que tiro un poco de ella hacia abajo.

La puerta suena y escucho varios botes siendo destapados.

Posa una de sus manos llena de crema sobre mis hombros, son manos grandes y fuertes,

con un tacto más firme que el de una mujer. Extiende la crema sobre mis hombros y cervicales, haciendo que no me importe que me baje la toalla hasta la cintura para poder

practicar el masaje por toda mi espalda.

¡Qué delicia, por Dios!

¿Podría comprar esas manos?

Más tarde coge una crema distinta, esta huele a rosas, y empieza el masaje en las piernas. Primero masajea los tobillos, después los gemelos para ir subiendo por los muslos y volver a bajar hasta los tobillos. He de admitir que siento un poco de vergüenza, a la vez que morbo, porque un completo desconocido me toque así.

El masaje poco a poco asciende hasta una parte demasiado alta de mis muslos, me da un

ligero toque para que separe más las piernas y lo hago sin ser demasiado consciente, estoy en el limbo y no quiero que se detenga.

Al ejercer la fricción en la cara interna de uno de mis muslos, roza muy

sutilmente mi

sexo, lo que hace que dé un ligero respingo y que algo se encienda en mí.

—Lo siento —susurra muy apurado—, lo siento.

—Tranquilo —ronroneo embargada por el ambiente.

Continúa masajeando el interior de los muslos y esta vez el roce en mi sexo no es tan

sutil, es más bien una caricia. Hago el amago de levantarme para ver qué ocurre, pero posa su mano sobre mi espalda con determinación y sisea muy bajito:

—Sh, disfruta, Cleopatra.

Dudo un segundo, no porque no me apetezca, ya que estoy a mil por hora, sino porque

está mal visto hacerlo, eso me convertiría en una cualquiera. Aunque, por otro lado, no será el primer masaje con final feliz de la historia, ni el último, y solo lo sabremos este buen mozo y yo...

Al final me relajo sobre la camilla y que sea lo que Dios quiera.

—Chica mala, me gusta —susurra muy bajito en mi oído, haciéndome estremecer.

Posa de nuevo su mano sobre mi espalda, esta vez retirando por completo la toalla y quedándome así desnuda y a su merced. No emite ningún sonido, todo está en silencio, salvo el cantar de los pájaros y el agua que suena de fondo.

Recorre mi espalda desde los hombros y baja con suma delicadeza, también dedica sus

atenciones a mis nalgas, que amasa con gran maestría. El aceite con el que me ha embadurnado el cuerpo hace que sus manos se deslicen sin problema.

Poco a poco se va acercando a la zona cero, va rodeándola, aproximándose, pero sin tocar nada, y yo cada vez tengo más ganas de que llegue, así que levanto levemente el pompis para que lo sepa.

Sus dedos no tardan en obedecer mis deseos y comienzan a acariciar mis labios mayores, jugando con ellos de manera muy diestra y alejándose otra vez. Me está creando

demasiada expectativa, haciéndome sufrir a propósito, y me encanta.

De nuevo vuelve a mi sexo, pero esta vez para quedarse, pues se dirige hasta la diana:

mi clítoris, dándole unos ligeros toquecitos que me provocan unas leves convulsiones.

Escucho su respiración cada vez más fuerte, aunque intenta retenerla.

Ahora introduce uno de sus resbaladizos dedos en mi interior, muy despacio, haciendo

que se me escape un gemido involuntario. Una vez dentro, lo deja ahí para volver sobre el clítoris con la otra mano.

«¡Ay, Dios bendito, voy a morir!».

Siento cómo abre mis nalgas para echar un nuevo chorro de aceite entre ellas y lo extiende delicadamente hasta llevarlo al interior de mi ano. Esta nueva invasión es desconocida para mí, nunca he practicado sexo anal y casi opongo resistencia, pero, a decir verdad, ahora mismo no soy capaz de negarme a nada, estoy en modo disfrute carnal, y me está encantando la experiencia.

Introduce el dedo sin el menor esfuerzo en mi trasero, primero lentamente para sacarlo

de la misma manera. Vuelve a entrar... «Me gusta mucho». Estoy tan excitada que necesito más movimiento, meneo el culo arriba y abajo, a ver si se anima la cosa, y él me entiende al instante. Saca el dedo para volverlo a

introducir, esta vez algo más rápido y profundo, yo suspiro extasiada, así que él repite la operación cada vez más rápido mientras con la otra mano me acaricia sin cesar el clítoris.

«¡Oh, ya no aguanto más!».

Me agarro con fuerza a la camilla y suelto un fuerte gemido que termina en un gran y

potente orgasmo anal.

«¡Qué fuerte, ha sido demasiado bueno!», pienso tratando de recuperar el aliento.

Ha pasado un buen rato. Cuando finalmente me giro, mentalizada para fingir que no ha

sucedido nada fuera de lo normal, descubro aliviada que la sala está vacía. Ya se ha ido.

Intento reponerme de la sensación tan extraña que tengo, me tiemblan hasta las piernas

de puro placer, pero me siento culpable.

La chica que me acompaña a todas partes llama a la puerta y me pregunta si ya estoy

lista.

—Oh, sí —me levanto corriendo, recogiendo la toalla del suelo y cubriéndome

enseguida con ella, aunque la chica ya me ha visto como Dios me trajo al mundo, claro.

Me apuesto el cuello a que a ellas también les da esos masajes, no se le notaba para nada principiante en la materia, estoy segura de que los finales felices deben ser su especialidad. ¡Madre mía, qué manos!

Nos dirigimos hasta la taquilla para vestirme y recoger mis cosas. Creía que ya había

terminado, pero me avisa de que falta lo último. Cuando llegamos delante de la puerta número uno, se despide de mí muy sonriente y abre para que pueda pasar. Entro y se trata

nada más y nada menos que de la peluquería del hotel. Enseguida un hombre de unos cuarenta años se acerca hasta mí.

—Tienes el pelo más alucinante que he visto nunca —me dice en inglés arabesco, acariciando mis rizos—. Vamos a dejarlo tan radiante como tu cutis, ¡lástima que tengamos que usar peluca!

—No pienso llevar peluca —le contesto.

—Hoy no.

—Nunca —insisto.

—Eso ya lo veremos, querida —asegura.

Intento responderle algo así como «claro que lo verás», pero no me lo permite, pues pone su dedo índice sobre sus labios y esa imagen reflejada en el gran espejo que tengo

delante hace que me mantenga muda.

Tras sentarme frente al espejo que ocupa toda una pared, una de las chicas que deambula por aquí me lava la cabeza y me corta casi una cuarta, aunque no me importa

porque lo tengo muy largo, me llega por la cintura, así estará más sano.

El peluquero medita durante un buen rato qué va a hacerme y al final opta por realizar

unas pequeñas trencitas pegadas al cuero cabelludo, estas comienzan en la frente hasta la mitad de la cabeza, desde donde salen todos los rizos, que

define a la perfección con unas tenacillas.

El resultado es, sencillamente, espectacular. Da la sensación de que llevo una especie de diadema formada por trencitas que retienen mis rizos alocados.

—De esta manera resaltarán más tus ojos de gata —me explica gesticulando con las manos, mientras yo me contemplo satisfecha—. Esta tarde irá Lucy a maquillarte a tu habitación —añade—, intenta no despeinarte.

Le doy las gracias y me marcho por la puerta que me indica.

Salgo directa a la recepción del hotel, ya no estoy en el laberíntico *spa*.

Miro el reloj y veo que son las cinco de la tarde. «¡Ostras! ¿Cuántas horas habré estado

ahí metida?». Teniendo en cuenta el pedazo orgasmo que me llevo puesto, un buen rato sí

que ha sido...



Capítulo 14

No aguanto más, me va a dar un ataque de nervios, el telón no termina de

subir

y Belly está a mi lado más frenético que yo, si cabe. Va enfundado en un rocambolésco traje blanco de plumas. Desde luego ha nacido para ser una estrella, lo único malo es que lo ha hecho en el lugar y la época equivocados.

Llevamos toda la tarde preparando los pasos sobre el escenario para que me familiarice con el lugar y para que los técnicos de luz y sonido sepan dónde va cada paso según la música y qué deben hacer dependiendo de la iluminación y las órdenes de Belly.

Está todo controlado. Me lo sé de memoria.

—Cleo, han venido todos los jeques y hasta los presidentes de varias empresas multinacionales, ¡no doy crédito! —me cuenta con la cabeza entre las elegantes telas de terciopelo rojo que nos separan de las gradas.

—¿En vez de ponerme más nerviosa, no crees que sería mejor que me recordases los

pasos? ¡Me he quedado en blanco! —grito histérica.

—¿Qué blanco ni qué nada? ¡Blancos se van a quedar todos cuando te vean! Estás

espectacular —me halaga recolocando por enésima vez el collar de mi cuello, también de brillantes negros y regalo exclusivo de la dueña de la tienda para desearme suerte esta noche.

—Belly... no me convence lo de los guepardos. —En el último momento se le ha

ocurrido la fabulosa idea de alquilar dos guepardos para que los lleve con una correa.

—Míralos, si son como dos gatitos mimosos —canturrea señalándolos.

Observo con incredulidad a los preciosos animales, cada uno con su

respectivo

cuidador, parecen algo agitados, aunque sus adiestradores me han jurado que están muy acostumbrados a la gente, ya que se dedican a esto desde cachorros.

—Sí, ya, gatitos por mis coj... —protesto.

—¡No seas vulgar! —me interrumpe—. Yo soy el coreógrafo y he dicho que los

gatos salen contigo.

—Como hagan algo que me mosquee, les mandaré que te merienden —lo amenazo

con el dedo.

Nos reímos los dos, más por los nervios que por otra cosa.

El presentador por fin comienza a hablar, no entiendo nada de lo que dice, así que no

sé lo que estará contando sobre mí.

Me contemplo por última vez en el espejo. No reconozco la imagen que se refleja en

él, porque es la de una auténtica diosa. Me han maquillado con la típica raya negra egipcia y muchas sombras en tonos dorados. Llevo brazaletes y adornos hasta en los pies, ya que

voy descalza. El traje me sienta como un guante. Jamás me he visto más guapa, nunca.

Resulta increíble cómo resalta mi figura, y el brillo de los diamantes negros combinados

con el color rojo sobre mi cuerpo es colosal.

—Cleo, no existe en la tierra una mujer más bella que tú, recuérdalo. —Mi maestro

me da un beso en la frente y se marcha para dejarme sola ante el peligro.

Los adiestradores me pasan las correas de los felinos, uno en cada mano, los miro de

rejojo antes de que se marchen, para comprobar si tienen cara de miedo o están tranquilos, y parece que están serenos.

Respiro.

Se levanta el telón.

Todo está a oscuras hasta que la tenue luz de un foco ilumina solo a los guepardos,

uno de ellos ruge furioso por el destello. Dos enormes cadenas doradas enrolladas en mis manos llegan hasta sus collares.

Suena una música imitando el viento del desierto.

Comienzo a caminar por la plataforma con decisión, como me han indicado los

adiestradores, siendo la líder de la manada. Y, efectivamente, los dos felinos me siguen sin oponer resistencia. Entonces el foco va ampliándose hasta que nos descubre a los tres caminando juntos. La gente rompe en un aplauso. No veo cuántos hay, pero suenan muchas palmadas.

Un gran ventilador nos enfoca y por eso mi ropa de seda se mueve dotándome de un

efecto etéreo. Voy envuelta en un gran velo rojo, atado de una forma estratégica para cubrir mi cabeza por completo y mi cuerpo hasta la cintura, solo se me ven los pies y los ojos. Soy como una especie de capullo.

Cuando llegamos al escenario suelto a los animales, que se van caminando

con gran

elegancia hasta las cortinas, doy por sentado que los habrán llamado. Estoy sola en medio del escenario. Respiro y cierro los ojos.

Todo se queda en silencio.

Ahora comienzan unos toques de *doumbek*, abro los ojos y empiezo a mover las manos al ritmo que me ha indicado Belly y a la vez quitándome el velo de manera muy

sutil, evocando la danza de los siete velos.

La vaporosa tela se mueve y eso me hace recordar que leí hace tiempo que esta danza

tiene su origen en la relación entre la diosa babilónica del amor, Istar, y su amado, Tamuz, al que se llevó Hades al inframundo al morir. Istar cruzó los siete portales del inframundo, dejando en cada uno de ellos un velo que representaba su alma, para poder permanecer en espíritu con su amor. Por eso se dice que el velo representa lo más oculto

del alma femenina y que esta danza debe ser interpretada con gran sensualidad, emoción y

misterio. Es una extensión del cuerpo y así intento hacérselo ver al público mientras juego con él, creando un gran espectáculo de sombras y luces en la penumbra del escenario.

El velo cae al suelo.

Yo me agacho junto a él, haciéndome una pelota.

Vuelve el silencio.

Se queda todo a oscuras y, de pronto, se ilumina el espacio con dos llamaradas de

fuego que salen del fondo del escenario para comenzar los inconfundibles

tonos del *Melody of Heartbeat* a la vez que lanzo el velo por los aires y, ahora sí, me descubren todos los presentes al encenderse los focos.

Todos aplauden enloquecidos.

Yo me centro en los pasos y en sentir la música en mi interior, en vivirla. No quiero

mirar a nadie en concreto, pues hay cientos de personas y el ridículo sería espantoso, no pienso permitirlo.

Primero hago el Péndulo, balanceando suavemente la cadera de lado a lado, seguido

de una pequeña caminata. Después venía el Descaderado, como lo llama Belly, porque mueves la cadera de arriba abajo, levantando la pierna con paso-punta.

Después de unos ligeros movimientos de pelo y coqueteo con los hombros hacia el público, hago el *Paso de Marfu*, que consiste en girar rápida y alternativamente los lados de la cadera hacia adelante y atrás.

El público aplaude de nuevo y yo muevo mis manos con delicadeza mientras sigo con un *Chassée*, deslizando el pie derecho, arrastrando el izquierdo que está en punta hasta el talón del derecho, que inmediatamente se adelanta; es difícil, pero me queda bien.

En ese momento la música hace un giro y me pongo de perfil para que puedan ver mejor los dos movimientos que, según Belly, son los más complicados. Primero el *Círculo Africano*, contrayendo el vientre y los glúteos trazo un círculo de manera muy sexi. Y

segundo el *Contracamello*, que se trata de hacer una ondulación con los músculos del diafragma y del bajo vientre.

Aplausos otra vez, ¡qué subidón!

Doy la espalda al público, animada por su entrega, y luego me giro hacia atrás con

una mirada llena de intensidad y más que provocadora, desafiante, y continuó bailando con la cadera haciendo que mis brillantes flecos giren sin cesar. Bajo el trasero de golpe hasta el suelo seguido de lentas subidas lánguidas. Todos enloquecen.

Ahora se escuchan hasta silbidos y vítores entre la ola de aplausos. Sonrío traviesa al

público sin dejar de bailar y esto parece encantarles. Estoy en mi salsa, jamás pensé que me pudiese sentir así de bien.

La música se detiene para tomar un ritmo más trepidante y entonces hago círculos con la parte superior del pecho, independiente del resto del cuerpo, desplazándolo lateralmente y dibujando una línea horizontal, acompañado de un *twist* de hombros. No sé

si me sale del todo bien, pero he ido al compás, que era lo que importaba.

La música está llegando casi a su término y es cuando descubro sus dos ojos clavados

en mí. Una mirada de águila imperial que me observa muy serio desde la primera fila.

Diviso a un joven guapísimo muy cerca de donde está él sentado. Estoy embargada

por el éxito y me dejo llevar por las endorfinas que invaden mi cuerpo. Bajo del escenario de un grácil salto. Camino sin cesar mi danza hasta llegar al lado del chico guapo, que no tarda en levantarse y hacerme una reverencia al girar un par de veces a su alrededor. Los demás se vuelven locos de envidia, incluido Marco Antonio, que frunce el ceño disconforme.

Empujo al joven que estoy torturando, haciendo que caiga de culo en su asiento. El

público vuelve a aplaudir entre risas al observar que el susodicho se ha quedado sentado y embobado mientras me alejo de él.

Subo de nuevo al escenario por las escaleras, sin dejar de bailar.

Para rematar el no menos espectacular final, me sitúo en el centro y me dejo caer al

suelo de un gran salto para hacerme un ovillo. En el mismo instante en que las llamaradas de fuego vuelven a salir, yo desaparezco misteriosamente.

He aprovechado el deslumbramiento momentáneo para correr hacia las bambalinas y

así dar la sensación de que se queda el escenario vacío tras el fulgor de las llamas.

La verdad es que los increíbles efectos de luz y sonido del hotel también han ayudado

bastante al éxito.

En cuanto me encuentro tras el telón respiro tranquila.

¡Lo he hecho!

¡Lo he conseguido!



Capítulo 15

Estoy en una especie de habitación diáfana que han provisto a modo de camerino junto al escenario para que me cambie y maquille los días de actuación. Solo hay un gran espejo, una mesa y un diván. Dos chicas que no hablan mi idioma, ni tampoco

inglés, me ayudan a quitarme el traje y los complementos. Llevo el sujetador de diamantes y unas braguitas rojas de uno de mis biquinis.

Belly aparece de repente por la puerta y corre hacia mí para abrazarme embargado por la emoción.

—¡Sabía que lo ibas a conseguir, Cleo! ¡Es la mejor función que he visto en toda mi

vida, has estado brillante! —grita extasiado sin dar crédito.

—¿Has visto cuánto tiempo han estado aplaudiéndome al salir a saludar? ¡Ha sido una experiencia increíble! —exclamo con ambas manos sobre mi cabeza, todavía con la adrenalina corriendo por mis venas.

Ahora mismo me siento la reina del mundo entero.

—Además puestos en pie... ¡todos! —se sorprende—. Te los has metido en el

bolsillo, las críticas de mañana serán grandiosas. ¡A lo mejor incluso vuelvo a tener clientes en la academia!

—¡Ojalá, Belly! —le contesto esperanzada, dándole un apretón en la mano que me tiene cogida.

Me he encargado personalmente de que mi peculiar maestro salga también a saludar

al público, pues el mérito es todo suyo. Al principio la gente ha murmurado al ver su estrambótico estilo, pero después le han terminado aplaudiendo al

ver mi cariño hacia él.

—Eres un ángel, Cleo. Muchas gracias.

—No, gracias a ti —le respondo.

—Yo no he hecho nada, tú llevas este ritmo en las venas, solo tenías que sacarlo fuera.

Un carraspeo a mi espalda hace que me gire de un brinco.

Y ahí está él.

—¡Marco Antonio!

—Vengo a felicitarte —señala muy serio, con las manos metidas en el pantalón de un

impoluto traje de chaqueta negro y sin dejar de mirar mi cuerpo.

—¡Oh, gracias! No me lo esperaba de tu parte —lo provoco.

Mira con cara de pocos amigos a Belly y a las dos chicas que me acompañan para hacer un gesto con su cabeza que, por supuesto, significa «largo de aquí todo Dios».

—No está permitido visitar a una estrella después de su actuación, trae mala suerte —

lo reprende Belly poniéndose delante de mí para que no vea mi trasero, aunque temblando

de miedo.

Las dos chicas ni lo dudan y salen corriendo.

Él echa un mal de ojos a mi profesor de baile.

—Puedes decirme lo que quieras delante de él, es de confianza —le indico

desmaquillándome con calma frente al espejo. Lo cual hace que Belly saque pecho.

—Lo que tengo que decirte es privado —alega el falso italiano a mi espalda, matándome con el reflejo de su mirada en el espejo, esa especializada en fulminar mujeres.

—Belly, ¿te importa dejarnos a solas? —le pido amablemente.

Mi amigo se dirige hacia la puerta haciéndome la señal de *llámame* con la mano como si fuese un móvil y le saca la lengua a Marco Antonio cuando no lo ve. Le sonrío y

cierra la puerta tras de sí.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme y que no puede esperar?
—lo

increpo.

Él titubea unos instantes. Después clava sus ojos en los míos.

—Quiero enterrar el hacha de guerra, me he portado como un capullo contigo.

No doy crédito, me acaba de pillar *in fraganti*.

—¿Así, de repente? —Lo observo sin dar crédito a sus palabras.

—Sí.

—¡No te lo crees ni tú!

Él parece ponerse tenso de nuevo, pero intenta mantenerse sereno ante mis ojos.

—Esta noche me he dado cuenta de que eres una mujer especial.

—¿Por qué?

—No solo por bailar como una auténtica diosa, también por lo que has sido capaz de

provocar en el público. Eres una mujer de raza, tu supremacía se respiraba en el ambiente, cualquiera de los allí presentes hubiese dado su vida por tus atenciones.

—¿Incluso tú?

Nos miramos el uno al otro fijamente, pero no añade nada.

—¿Has estado preparándote el discursito, Marco? —Frunzo el ceño, no le creo nada

de nada.

—Dos no pelean si uno no quiere, no vas a conseguirlo —añade.

Suelto una risa nerviosa.

—Eres un chaquetero interesado. Has decidido hacer las paces conmigo justo ahora

que has visto que todos me veneran. ¿Y si hubiese fracasado en el intento? —quiero saber.

—Estaría a tu lado de todas formas —asegura.

—¡Mentiroso! —le recrimino—. Conozco muy bien a los hombres de tu calaña. Eres

de esa clase que necesitan mear alrededor de la hembra para que los demás sepan que tiene dueño, pero lamento informarte, romano, que esta hembra jamás tendrá dueño, así

que puedes ir a mear donde te lo permitan.

—No me conoces de nada, eres demasiado ingenua y te lo tienes demasiado creído.

No pretendo ser tu dueño, ya te he dicho que no me interesas, solo intento facilitar el trabajo lo máximo posible —comenta muy sereno.

—¿Por qué aceptaste este trabajo, Marco Antonio? Si no me soportas, no entiendo por qué no asignaron a otra persona para estar todo el día pendiente de mí, o la razón por la que no solicitaste tú mismo el cambio.

—He de concluir el trabajo que empezó mi hermano. Vinieron a buscarme única y exclusivamente para esto —se excusa.

—¿Me estás diciendo que no tienes ni idea de cómo hacerlo? ¿Solo aceptaste porque

estabas obligado a ello?

—¿Acaso pensabas que estar cuidando a una desequilibrada mental era la ilusión de

mi vida? —Suelta un bufido.

—¡Yo estaré desequilibrada, pero tú eres un gilipollas redomado!

—Tienes razón, lo soy —asume.

Esto me deja en jaque. No hay manera de que se altere, algo le sucede.

—Al menos lo admites, toda una proeza —insisto.

—Gracias.

—¿Qué tienes en contra de mí, Marco Antonio? ¿Por qué esta animadversión?

Él levanta las manos en señal de rendición.

—Cleopatra, mi hermano estaba loco por ti, te cuidó como si fueses su mujer

durante

años, creía su propia mentira, su amor era verdadero, ¿y tú ni siquiera sientes un ápice de pena por él? ¿No quieres saber dónde está? Puede, incluso, haber muerto, y no comprendo

que no te importe. Esa frialdad me hace rechazarte.

Entonces las lágrimas asoman a mis ojos.

—¡Claro que me importa! ¿Acaso piensas que no tengo sentimientos? Yo lo quería como a un hermano, él jamás me dijo que estuviese enamorado de mí, siempre nos dejamos bien claro que éramos solo amigos. Y si no pregunto por él es porque todavía me

duele que me haya engañado tan cruelmente, yo confiaba en él y él me vendió —le increpo.

—¡Jamás te vendió, ha sido la única persona que ha luchado por ti!

No quiero discutir otra vez, me estoy agobiando, necesito salir. Me dirijo hacia la puerta y la abro, no sin antes girarme para decirle:

—Gracias por arruinar lo que pensaba que iba a ser el mejor día de mi vida.

—Cierro

la puerta sin querer saber qué hace ni qué dice, no me importa.

Voy corriendo a través del hotel, descalza y medio desnuda como estoy, sorteando a

los clientes, hasta que llego a la puerta de salida. Cruzo la avenida de La Corniche por el túnel subterráneo destinado para ello y enseguida salgo frente a la playa.

Como es una playa privada, los de seguridad me piden la acreditación, pero les digo

mi nombre y no dudan en dejarme pasar, pues seguro que me conocen de

sobra.

Piso la arena fina y todavía cálida. Todo está en silencio, ya no hay nadie aquí, ya que

son las once de la noche y solo se escucha el sonido de las olas del Mediterráneo, que parece pedirme con su música acompañada que me apacigüe.

Una luz está encendida en la barra del bar, me acerco y le pido al camarero un gin tonic.

—Cárguemelo a la Royal Suite, por favor —le pido en inglés cuando me lo sirve.

Me lo llevo para ponerlo sobre una mesita baja que hay junto a la hamaca más cercana al mar. Me tumbo para poder contemplar las estrellas, beber y pensar algo más sosegada.

Cuando me he bebido tres copas me siento muchísimo mejor.

—Cleopatra —resuena su voz a mi espalda.

—¡Lárgate, romano! —me río involuntariamente.

—¿Has bebido? —Imagino que es una pregunta retórica.

—¡¿Y a ti qué te importa?! ¿Acaso si bebo no te van a pagar la recompensa?
¡Cuánto

lo siento, te fastidias! —Me vuelvo a reír.

—Por mucho que me paguen, no cubre lo que tengo que aguantar... — protesta.

—¡He dicho que te largues! ¡Ah, y llévate tu maldita hacha contigo, no quiero enterrar nada! —escupo envalentonada por el alcohol y moviendo la mano para que se retire.

Él irrumpe de repente en mi campo de visión. Lleva puesto su impoluto traje, pero se

ha quitado la chaqueta y la corbata está colgando de su cuello. Además el pelo ya no permanece engominado hacia atrás, sino bastante revuelto, y eso es señal de que se ha puesto nervioso y se lo ha descolocado, un tic muy sensual que lo caracteriza.

—Es una lástima que seas tan guapo y que folles tan bien, romano —
ronroneo

mirándolo y haciendo un brindis a la Luna—, de esta manera me resultará más complicado

pasar de ti.

Él se queda blanco ante mi afirmación, no se esperaba para nada que saltase con esas

palabras. Sé de sobra que a los hombres les perturba sobremanera que les hable de una manera tan obscena, y consigo mi cometido.

—¿A qué viene eso? —pregunta.

—Creo que si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, podríamos haber

encajado muy bien, pero tuviste que ser un maldito déspota amargado cuyo único objetivo

es cortarme las alas. —Bebo el último trago de mi copa.

—Ah, ¿eso crees? —ruge cogiendo mi copa y tirándola en una papelera que tiene al

lado—. Pues no te parecía tan déspota esta tarde, cuando inclinabas el culo para que te hiciese gemir como a una loca... Precisamente he sido yo quien te ha dado las alas para

correrte como lo has hecho.

Me levanto de la hamaca concentrada en no caerme y le asesto un fuerte bofetón en

toda la cara, lo que hace que gire la cabeza y se toque el rostro con desazón, ahora rojo por la torta.

—¡Desgraciado! —bramo indignada.

Entonces me coge en brazos y de cuatro largas zancadas nos metemos en el mar. Me

suelta en cuanto estamos en el agua y yo me apresuro a abalanzarme sobre él, quiero arañarlo, morderlo, golpearlo, matarlo...

Él agarra mis manos y las cruza por mi espalda, sujetas con las suyas. Nos miramos

en medio de la oscuridad de la noche, bañados por la inmensidad del mar y de pronto acorta sin titubeos esa pequeña distancia que separa sus labios de los míos.

Su beso salado se apodera de mi cordura y no tardo en devolvérselo de manera apasionada y cargada de promesas eternas.

Sus grandes manos cogen la parte trasera de mis muslos para que rodee su cintura con mis piernas, cosa que no dudo en hacer sin dejar de besarnos.

Poco a poco ha ido avanzando hasta llegar a la orilla, donde se deja caer conmigo encima, me desabrocha el sujetador de diamantes y, con suma delicadeza, lo deja a un lado, para besar mis pechos con ansiedad.

—Debo confesarte algo —jadeo entre sollozos.

—Adelante —ronronea contra mis pechos mientras pasea sus manos con decisión por

todo mi cuerpo.

—Toda mujer reconoce las manos de su amante cuando la tocan —le susurro al oído

—, además, tu perfume es inconfundible.

Él suelta una carcajada.

—No es cierto, pensabas que era otro —me dice.

—Nunca lo sabrás —sentencio.

Entonces me coge, retirando mi braguita para ponerme sobre su miembro erecto, pero

me detengo al ser consciente de que no se ha puesto el preservativo. Busco en el bolsillo de su pantalón empapado y saco el paquetito, lo abro y se lo pongo.

—Buena chica.

Ahora sí introduzco su gran miembro en mi interior y dejo escapar un gemido algo

más alto de lo normal para que el camarero que nos está mirando tras la barra también disfrute.

Cabalgo sobre él sin inhibiciones, dejándome llevar por las sensaciones tan increíbles

que me provoca. Es puro fuego y me arrastra hacia sus llamas sin que pueda evitarlo.

De pronto me rodea con sus brazos y nos gira a ambos para ponerse él encima y así

poder besarme y arremeter contra mi cuerpo de una manera más posesiva, como si me necesitase. Aunque también es posible que lo haya hecho para que al mirón del bar, que

ahora ha pasado a masturbarse gracias a la tórrida escena protagonizada por una servidora, no le resulte tan explícito mi cuerpo.

Poco a poco el ritmo va ascendiendo, los gemidos de ambos cada vez son más fuertes

y los movimientos de pelvis más salvajes. Hasta que rompemos juntos en un fuerte orgasmo que él se apresura a absorber con sus labios.

Es muy fuerte lo que siento estando a su lado, hace que todo a mi alrededor deje de

importarme para ser él mi epicentro.

—Irradias magnetismo, Cleopatra. Te atreves a deshojar las páginas del tiempo y del

destino, arrastrándome a mí contigo, y juro que por más que lo intento no consigo oponerte resistencia. Eres un maldito embrujo de mujer —murmura contra mis labios mientras permanecemos tendidos sobre la arena, intentando recuperar el ritmo cardiaco normal.

—¿Crees que le hubiese gustado unirse? —le pregunto señalando con la cabeza hacia

la barra del bar, más que nada para no ponerme tierna.

Él mira hacia la barra, demasiado sorprendido de que yo supiera que nos estaban mirando y, aun así, haya seguido a lo mío tan tranquila.

—¿Y a ti, te hubiese gustado que se uniera? —pregunta.

—Sí —le confieso en el oído con una voz sensual y una sonrisa perversa para ver su

reacción.

Es extraño, pero nunca antes me había sentido tan deseada, tan sensual, tan

desinhibida ni tan capaz de abrirme sexualmente. Nunca tanto como estando con él, que

me incita a hacer locuras y a experimentar cosas nuevas.

—¿Quieres que lo llame? Estará más que encantado de tocarte —me sugiere, todavía

duro en mi interior.

—¿Y qué le decimos? —pregunto haciendo un movimiento para que entre más en mí.

Él sonrío al captar mi juego.

—Podemos decirle que mientras yo te poseo, él introduzca su lengua en ese precioso

culito tuyo. Debe de estar muy rico.

Comienza a moverse de nuevo y yo cierro los ojos para imaginármelo.

—Podemos invitarle a que muerda tus increíbles pechos.

Succiona mis pezones con fuerza y me vuelve loca.

—¿Y si le ordenamos que también te toque a ti? —sugiero extasiada.

—¿Eso quieres? —Va moviéndose a un ritmo cada vez más candente.

—Sí, me gustaría que te penetrase mientras tú me penetras a mí, así podría observar

tu cara de placer —ronroneo.

Mis palabras parecen hacer más mella de la cuenta en él, porque se le escapa un jadeo

involuntario.

—Eso habría que negociarlo —termina despotricando—, nadie ha entrado ahí antes y

dudo que alguna vez lo hagan.

—Oh, vamos, Marco Antonio, no rompas la magia, déjale que te penetre, fuerte... —

Sigo concentrada en lo mío, moviéndome bajo su cuerpo, además de porque estoy a punto

de volver a tener otro fantástico orgasmo, también para pincharlo.

—Yo le pediría que te penetrase a la vez que yo, y eso sí que me gustaría de verdad,

no me estoy tirando ningún farol —asegura.

En ese momento introduce un dedo sin ninguna piedad en mi trasero, haciendo que

mi espalda se encorve por el placer repentino que me invade. Me observa con los ojos negros de lujuria.

—Ahora está detrás de ti, Cleopatra, te está haciendo suya mientras yo os miro a los

dos, haciéndote mía también. Los dos luchamos por poseerte, por darte más placer que el

otro.

Mueve al unísono su gran miembro y su dedo, ambos en mi interior, cada vez más rápido, y entonces sí que no hay vuelta atrás... ¡Me eleva más allá de los cielos! Y él se

viene conmigo.

¡Jesús!



Capítulo 16

Hemos subido a la habitación entre risas por cómo nos miraba la gente en la calle, ya que íbamos envueltos en una toalla cada uno, empapados, salados y rebozados en arena.

Nos hemos cambiado de ropa y dado una ducha. Aunque no sin antes lavar con muchísimo cuidado mi sujetador de diamantes, que también estaba empapado y lleno de arena. Casi me pongo a llorar al verlo, pero creo que ha quedado impoluto, y además he comprobado que no le falte ningún diamante.

Me he puesto unos vaqueros piratas de color claro con una camiseta de tirantes blanca y negra, y por último unas babuchas blancas. Y por fin he terminado de desmaquillarme, que parecía un panda, aunque creo que mis ojos llevarán esta raya negra

de por vida, no sé qué diablos de maquillaje habrán usado, pero no sale ni restregando.

—¿Quieres que esta noche siga siendo la mejor de tu vida, preciosa? — pregunta a mi

espalda mientras observo las vistas nocturnas apoyada sobre la barandilla de la terraza.

Resulta increíble cómo se me ha quitado la borrachera con el chapuzón.

Me giro y lo veo recostado en la puerta de cristal, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros, mirándome. Lleva un polo negro y las babuchas del mismo

color. Tiene el pelo todavía mojado y revuelto, dándole ese aire de rebelde sin causa.

Las chispas saltan entre nosotros con solo mirarnos, ahora mismo me lanzaría de nuevo a sus brazos sin dudarlo. No me sacio de su cuerpo, me enciende con el mero hecho

de estar cerca. Y creo que a él le ocurre lo mismo, es obvio.

—¿Qué lo siga siendo? —pregunto—. ¿Y qué te hace pensar que mi día lo ha sido?

No se pensará que ya he caído rendida a sus pies.

—Dijiste que había arruinado el mejor día de tu vida, así que quiero que me des la

oportunidad de redimirme. —Se encoge de hombros.

—Pensaba que lo acababas de hacer —bromeo, haciendo alusión a los dos orgasmitos que me ha regalado.

—Yo pensaba que esos dos tristes polvos de la playa habían sido *tu* —

enfatisa—

redención. Yo lo haría mucho mejor que eso.

Le echo un mal de ojos y suelta una carcajada.

—¡Estoy de broma! —Sonríe de medio lado.

—No te pases ni un pelo, romano, puedo tirarte por el balcón y que parezca un accidente.

—¿Y qué ibas a hacer tú sin mí? —se burla.

Nos miramos un instante, pero vuelvo mi rostro con brusquedad hacia la preciosa avenida alegremente iluminada con miles de colores y llena de hoteles.

Entonces sus manos aparecen de repente apoyadas en la barandilla, una a cada lado

de mi cuerpo. Me pongo muy tensa al sentir su cercanía. Apoya su barbilla sobre mi hombro e introduce su nariz entre mi pelo para inspirar profundamente su aroma.

—Cleopatra, tienes dos opciones —susurra en mi oído poniéndome el vello de punta

—: una, aceptar que me deseas tanto como yo a ti, y dos, seguir fingiendo que no sientes

lo que hay entre nosotros.

Me giro con rapidez, pero él no se aparta, con lo cual me sigue rodeando con sus brazos y mirándome con esos ojos turbadores.

—Quiero enseñarte algo —se adelanta para que no pueda protestar ni llevarle la contraria.

—¿Me llevarás en tu moto?

—Ya te he dicho...

—Entonces no hay trato. —Levanto las cejas a la espera de su respuesta.

—Está bien, tú ganas. —Niega con la cabeza—. Iremos en mi moto.

—¡Sí! —Levanto el puño y lo bajo en señal de triunfo.

—No cantes victoria antes de tiempo. —Me guiña un ojo.

Nos hemos puesto una cazadora de cuero negra cada uno, pues en plena noche, y además yendo en moto, refresca mucho.

Ha llamado por teléfono a alguien que le ha dejado la moto delante de la puerta del

hotel. Al verla me apresuro a correr hasta ella para descubrir qué era lo que tapaba ayer con sus manos y me llevo un chasco al ver que no hay nada.

—Esta no es tu moto —le increpo mosqueada.

—¿Querías ir en la mía por algún motivo en especial? —Sonríe.

—¡Oh, venga ya! Si continuas con tus secretos, nunca voy a poder confiar en ti —me

quejo mientras él se monta y arranca.

—Los dos sabemos que nunca te fiarás de mí. —Se pone el casco y me pasa otro a mí

—. A ver si te cabe con esos rizos locos.

Me lo pongo y me subo tras él.

—Agárrate bien —me dice incorporándose a la carretera.

—Lo que quieres es que me acerque, listillo —lo provoco sin agarrarme a él.

Entonces pega un fuerte acelerón que hace que casi me caiga hacia atrás de no ser porque me agarro a su cintura. Escucho su risa al fundirnos con el caótico tráfico alejandrino.

Al poco rato llegamos a una especie de castillo mezclado con mezquita y aparca.

Dejamos los cascos colgados del manillar y me coge la mano para acercarnos hasta la puerta de la fortaleza.

Mi primer impulso es el de apartar la mano inmediatamente de la suya, porque me suda por los nervios, pero él no me lo permite. Aunque ninguno comente nada al respecto

y sigamos caminando cogidos de la mano, esto implica demasiada ternura para mi gusto.

—Estamos en la ciudadela de Qaitbay —me informa mientras aguardamos en la

puerta—. La fortaleza fue construida en el siglo XV, y ha sido considerada uno de los

bastiones defensivos más importantes del Mediterráneo, y dentro está el museo naval, que seguro que te gustará.

El gran portón de madera se abre y un señor con traje de oficial nos saluda y nos deja

entrar. El señor cierra la puerta una vez que estamos dentro. Él y Marco Antonio se estrechan la mano, se hablan en árabe y después el desconocido se marcha para dejarnos

solos en medio del castillo.

—¿Conoces a todo el mundo? —pregunto asombrada.

—Digamos que casi todos me deben favores. —Vuelve a cogerme de la mano para

conducirme a través de los pasadizos amurallados del castillo.

—¿Y eso por qué?

—Todo a su debido momento, Cleopatra.

Tanto misterio comienza a cansarme, tengo tantas preguntas que se me acumulan en

el cerebro que voy a explotar.

Subimos unas escaleras de caracol muy estrechas y al llegar arriba, salimos al exterior.

—¡Ay, la madre del cordero! —exclamo alucinada.

Estamos en una de las torres del castillo, tras las almenas, desde donde se pueden admirar por un lado las vistas del mar y por el otro la ciudad iluminada. Aunque siendo de noche, del mar solo se escucha el batir de sus olas rompiendo contra los muros de piedra

bajo nuestros pies.

—¡Esto es increíble!

—¿Contenta?

—¡Ahora sí que soy la más feliz del mundo!

—Nadie puede venir aquí, y menos de noche, intenta no comentarlo —susurra.

Yo me río por la broma, porque no conozco a nadie a quien contárselo.

—Quería que la mujer más bella del mundo contemplase las vistas más bellas del mundo —musita.

—Cuéntame dónde estamos —le pido pasando de sus cumplidos.

Él se sitúa detrás de mí para rodearme con sus brazos.

—¿Has oído alguna vez hablar sobre el faro de Alejandría? —pregunta junto a mi oído.

—¡Claro, era una de las siete maravillas del mundo antiguo! El faro y los jardines colgantes de Babilonia siempre han sido mis preferidos —le cuento entusiasmada.

—Así es. Pues en este preciso momento estamos sobre las ruinas del faro.

—¿En serio? ¿Y qué pasó con él? ¿Dónde está?

—Eso le gustaría saber a todo el mundo. Se dice que lo bombardearon los ingleses en

el siglo XIV y que después terminó cayendo al mar debido a los tsunamis que asolaron el

puerto durante aquellos años. Por más que han buscados sus restos bajo el mar, no se encontró nunca nada, así que se ha supuesto que cogieron sus piedras para edificar este castillo.

—No me lo puedo creer. —Reniego nuevamente del ser humano.

—Era una obra faraónica sin igual. Tenía ciento cincuenta metros de altura y fue, durante mucho tiempo, la construcción más alta que había hecho el hombre jamás, además

sin maquinaria ni los adelantos que hay hoy en día. Cuentan las leyendas que se podía ver hasta a cincuenta kilómetros y que caballos cargados con carros llevaban la leña hasta la parte superior para mantener la gran hoguera encendida por las noches y que así los barcos supieran que estaba cercana la ciudad. Se veía incluso tres días antes de llegar al puerto. Y

por cierto, a Cleopatra le gustaba mucho mirarlo desde su ventana.

Yo respiro hondo, invadida por la nostalgia que trae la brisa marina consigo, por la grandeza que en otros tiempos existió aquí y la melancolía de no poder

volver al pasado, a esa época esplendorosa donde reinaban el misterio y los sueños.

—Me fascina que sepas tanto —le comento.

—He leído mucho, siempre me ha picado la curiosidad saber sobre aquella época —

se excusa, como si le diese vergüenza.

—Entonces ¿eres un friki de las antigüedades? —le provoco.

—Yo no diría tanto, simplemente tengo inquietudes y busco datos para apaciguar mi

inagotable ansia de saber.

—Marco Antonio, una cosa es saber y otra cosa es ser catedrático en la materia —

espeto molesta porque me subestime todo el rato.

No me pienso tragar que un buen día le picó la curiosidad y se puso a leer algo sobre

Egipto, sabe demasiados datos específicos sobre demasiadas cosas. No cuela.

—Los que se marchan no dejan testigos, pero escogen las huellas necesarias para excitar a los que amaron y dejaron aquí.

—¿A qué te refieres? —pregunto intrigada, girándome para ver sus ojos.

—Pistas para aquellos que encuentren su sepulcro, como, por ejemplo, escritos que rebelen la auténtica verdad sobre lo ocurrido. Datos sobre su muerte.

—¿Quieres decir que hasta que no se encuentra un sepulcro no se confirma la historia?

Asiente.

—Teniendo en cuenta que Cleopatra se suicidó y que fue Octavio, su gran enemigo,

quien se encargó de cumplir su último deseo, es decir, el de ser enterrada junto a su amado Marco Antonio, yo personalmente dudo mucho que dejasen ningún pergamino junto a ella, pues los romanos examinarían su cuerpo de una forma demasiado escrupulosa antes

de darle sepultura. Pero ella era sumamente inteligente, así que estoy casi seguro de que se las arreglaría para conseguir burlar a su enemigo.

—Incluso después de muerta.

—Es algo que no descubriremos hasta que se encuentre su sarcófago.

Mi cerebro va a mil por hora.

—En aquella época se enterraba a los esclavos junto a sus reyes —susurro misteriosa

—, ¿y si una de sus sirvientas hubiese guardado algún escrito revelador mientras los romanos examinaban su cuerpo, para luego devolvérselo al cadáver? ¿Y si lo hubiesen escondido entre los tesoros que se llevaban con ellos al otro mundo? ¿O inclusive se lo hubiesen tragado?

—Hay muchísimas teorías sobre ello, tantas suposiciones como estudios, resulta

fascinante, pero solo lo descubriremos cuando ella aparezca. Lo que sí que tengo claro es que algo espectacular y asombroso encontrarán cuando llegue el momento, porque

Cleopatra nunca tuvo miedo a la muerte y sí al anonimato, por lo tanto, en esos días que

transcurrieron desde que Marco Antonio murió hasta que ella decidió suicidarse, yo juraría que se dedicó a atar todos esos cabos sueltos muy bien.

Me pongo hasta nerviosa, miles de escalofríos recorren mi cuerpo y me entran ganas

de escavar ahora mismo en la inmensidad del desierto a ver si encuentro algo. Es

imposible que no se haya descubierto todavía, pues los templos de los faraones eran construcciones enormes, y en pleno siglo XXI un geo-radar debería haberlo divisado.

—¿Y qué crees que habría de contener tal papiro? —pregunto intrigada.

—No tengo ni idea, pero bien podrían ser las últimas voluntades de la reina con respecto a la dinastía de su hijo Cesarión, puesto que ella no se imaginaba que lo matarían, o al menos no lo quería ni pensar. También podría ser alguna carta de amor a Marco Antonio, una vez él muerto, ya que ella era muy dada a esas despedidas, lo hizo hasta con sus hermanos, a los que ella misma envenenó. Cualquier escrito del puño y letra de Cleopatra sería un verdadero hallazgo —alega maravillado.

—¿Por eso es por lo que se busca tan fervientemente su nicho?

—Desde el estricto punto de vista materialista, se busca por la incalculable cantidad

de valiosos tesoros que se guardaban en la sala mortuoria de un faraón. Desde el punto de vista más romántico, por fin se descubriría la verdadera causa de la muerte de ambos amantes y se daría a Cleopatra su lugar adecuado en la historia, pues los romanos se encargaron de dejarla como una simple ramera, ¡incluso dijeron que era fea! En todo caso, se dijo que era capaz de embaucar a cualquier hombre con tal de mantenerse en el poder.

—Bueno, al fin y al cabo, fue eso lo que hizo —comento—, sedujo a Julio César, después a Marco Antonio y más tarde lo intentó con Octavio, habiendo muerto ya su supuesto gran amor. ¿Y si en vez de negarse este, la hubiese correspondido también?

—Eso ya nunca lo sabremos. Pero estoy seguro de que esa versión se la

inventó el mismísimo emperador para ensuciar su nombre, ella ya había urdido su muerte y jamás osaría seducir a un hombre al que repudiaba tanto, se tenía en demasiada estima para tal

cosa.

Me gusta el fervor con el que la defiende.

—Yo creo que el único amor verdadero y limpio fue el que sintió Marco Antonio por

ella, él fue quien renunció a todo por amor, incluso a su propia vida. Ella no hizo ninguna concesión por él —despotrico indignada.

—Marco Antonio vivía loco de amor por ella, es cierto, incluso se enfrentó a la propia Roma al proclamar a su amada «reina de reyes». No veía más allá de las piernas de

su amada. Pero no se ama siempre de la misma manera, Cleopatra. A ella se le rompió el

corazón cuando él partió hacia Roma para casarse con la hermana de Octavio sin amarla,

todo cambió a raíz de aquel viaje y fue ahí donde empezó la verdadera decadencia de la

última reina de Egipto. Aunque él volviese a su lado algunos años después, su corazón egipcio nunca lo perdonó.

—Sin duda se trata de una gran historia de amor a la que envuelve un eterno halo de

misterio —musito pensativa.

—Y con un final tan trágico como incomprensible.

—¿Qué pensaría Marco Antonio en su último aliento de vida, cuando la vio viva, justo antes de morir en sus brazos? Él se había suicidado porque la

creyó muerta, qué arrepentimiento lo invadiría al verla, qué muerte tan dulce y a la vez tan amarga. Me pongo en su piel y no quiero ni imaginarlo — conjeturo.

—Son las paradojas del destino, ellos no tuvieron clemencia con la vida, la despreciaron una y mil veces, por lo tanto, la vida les devolvió el varapalo disfrazado de amor.

—Qué profundo eres cuando quieres —suspiro entusiasmada.

—Todo lo profundo que tú quieras que sea. —Se acerca más a mí, haciéndome

temblar por sus palabras y su cercanía.

—Marco Antonio, ¿quién eres?



Capítulo 17

Estamos tendidos bocarriba, uno junto al otro en lo alto de la torre contemplando las estrellas y escuchando el batir del mar contra los muros.

—Mi padre era un modesto agricultor de La Toscana, poseía una humilde

finca

donde se dedicaba a cultivar árboles frutales. Tenía un par de trabajadores a su cargo, pero no les pagaba demasiado bien ni a tiempo. Por eso, un día, uno de ellos decidió quemarlo

todo, incluida la casa.

—¡Qué desgraciado!

—Mis padres estaban durmiendo cuando el fuego los sorprendió y no pudieron

escapar.

—¡No!

—A mi hermano y a mí nos rescató el otro trabajador. Si no, tampoco hubiésemos salido vivos. Teníamos ocho y seis años, solo éramos unos críos. Hay veces que no recuerdo la cara de mi madre... —Se le quiebra un poco la voz—. No conservo nada de

ellos, todo se quemó con la finca.

—¿No teníais a nadie más?

—Una tía lejana, prima de mi madre. Vivía en Toledo, era soltera y fue la que se hizo

cargo de nosotros.

—Eso explica lo del idioma.

Asiente.

—No nos dio nunca cariño, pero lo suplía envolviéndonos en todo el dinero que queríamos. Giulio siempre estuvo más centrado que yo, él se puso a estudiar y sacó la carrera de arquitectura en cinco años.

—Al menos sus estudios no eran una tapadera también —comento todavía dolida con

mi amigo.

—Diseñó varias mansiones mientras vivíais juntos y tú las pudiste verlas, ¿cómo iba

a ser falso?

Paso de contestarle porque acabaremos enfadados de nuevo, el capullo de su hermano

es un mentiroso profesional y no pienso perdonarle nunca. Hasta dudo que sea cierto que

haya desaparecido.

—¿Y tú? —pregunto.

—Yo me dediqué a viajar y a vivir la vida.

—Cómo no. —Pongo los ojos en blanco.

—Y eso explica lo de los demás idiomas que hablo. —Sonríe con picardía—. Las mujeres no folláis sin hablar antes...

—¡Tú eres tonto!

Le doy un puñetazo en el brazo y se parte de la risa.

—Cuando me aburrí de conocer mundo, volví a Italia y allí fue donde me empecé a

sentir atraído por la historia antigua, así que decidí estudiarla. De ahí el sumerio y el hebreo, entre otros.

—¿Y cómo has terminado haciendo de niñera?

—Giulio conocía gente muy influyente en su trabajo, uno de ellos le ofreció mucho

dinero a cambio de hacerse pasar por tu amigo y, en cuanto le enseñó tu foto, aceptó sin

dudarlo. Yo le intenté convencer para que lo rechazase, pero él ya se había enamorado de

ti.

—Por eso me odiabas.

—Nadie ha dicho que haya dejado de hacerlo. —Supongo que bromea de nuevo.

—¿Y en qué momento entras tú en la historia?

—Había hecho un par de trabajos de traducción para ellos a través de mi hermano y

antes de que desapareciese contactaron conmigo.

—¿Antes de la desaparición? Entonces ¿podrían ser ellos los que lo hayan eliminado

del mapa?

—Eso es lo que quiero averiguar. Y espero estar equivocado.

Ahora empiezan a encajar las piezas del puzle.

—Esa noche tu hermano me confesó que estaba enamorado de mí y eso cambió

nuestra estabilidad, sería una buena excusa para borrarlo de la ecuación.

—Algo así supongo yo —me dice pensativo.

—Pero si lo que intentan es mantenerme a salvo, no creo que traerme aquí para convertirme en una gran estrella de danza oriental sea lo más lógico.

—Te conocen desde antes de nacer, Cleopatra, han seguido tus pasos a cada esquina.

Pero creen que ha llegado el momento en el que es más peligroso huir que enfrentar al enemigo, por eso han decidido poner un enorme señuelo, su propia protegida, para que dicho enemigo se meta de lleno en la boca del lobo. Está todo preparado.

Me incorporo para quedarme sentada con las piernas cruzadas en modo indio.

—No entiendo nada, solo espero que todo esto termine pronto y bien para poder recuperar mi... —me detengo en seco.

Nos miramos durante un instante.

Él se levanta también y se pone en cuclillas frente a mí.

—Puedes empezar de cero o seguir como estabas, tú decides — declara como si

nada.

—Toda mi vida ha sido una mentira, no tengo a nadie.

Cada vez que recuerdo a mis padres me entran unas ganas enormes de llorar, pienso

en todo ese amor que me dieron y en que fue tan solo un papel que les pagaron por representar, algo que nunca fue real... Me duele tanto que me obligo a desterrar de nuevo

ese pensamiento.

Entonces me planteo que no sé si sería mejor haber conocido a tus padres durante tan

corto espacio de tiempo, como es el caso de Marco Antonio, o haberlos disfrutado toda la

vida para después descubrir que nunca te quisieron de verdad, como es mi caso. No sabría decidir quién es menos afortunado.

—Bueno, ahora me tienes a mí —alega.

Yo suelto una falsa risotada.

—No confío en ti, Marco Antonio, pero nada. No estoy segura de que me estés contando todo esto para conseguir algún fin concreto.

—¿Quieres decir que solo me has utilizado como un objeto sexual? —se hace el ofendido y me río.

—No confío ni en mí misma. Mi mundo se ha derrumbado bajo mis pies y ni siquiera

he podido asimilarlo.

Me acaricia el pelo poniéndose muy serio.

—Te entiendo, pero el tiempo pone a cada uno en su lugar y estoy seguro de que también lo hará conmigo. Eres una mujer inteligente y muy suspicaz, sé que sabrás distinguir quién es de fiar y quién no.

—Marco Antonio, ¿por qué tanto interés en mantenerme con vida? Es decir, incluso

aunque corriese la sangre de Cleopatra por mis venas, ¿qué importancia tendría eso?

—Más de la que tú podrías llegar a imaginar, pero eso no estoy autorizado a contártelo.

—¡Qué raro! ¿Y alguna vez me contarás algo?

—Espero que sí, de momento ya te he contado más sobre mí que a nadie en el

mundo.

—Gracias —le digo de corazón.

Se pone en pie y me ofrece su mano para que me levante. Estamos uno frente a otro,

apoyados en uno de los grandes huecos que hay entre las almenas.

—Gracias a ti. No me había abierto nunca tanto, no había sentido la necesidad de hacerlo, pero ahora estoy mucho mejor. No entiendo por qué, pero contigo todo es distinto, será porque me impones respeto.

—¿Respeto?! ¡Madre mía! Si a mí me tienes respeto, no quiero ni imaginar cómo serás con las demás mujeres —bufo entre risas.

—No quieras saberlo. —Sonríe malvado.

—Puedo hacerme una idea —murmuro.

—Si me provocas, muerdo.

—¡Y si no, también! —le reprocho.

—¡Tú no te quedas corta, eres una víbora venenosa!

—¡Oh! ¿Víbora yo? Perdona, pero soy una bella persona. —Pongo teatralmente mi

mano sobre el pecho a modo de dolor infinito—. El único problema es que tú sacas lo peor

de mí. Eres capaz de convertir a una gatita mimosa en un áspid venenoso.

Él pone los ojos en blanco.

—Moriría por ver a esa gatita mimosa...

Un vuelco repentino hace palpar más fuerte a mi corazón.

—Pues no saques al áspid.

—Te encanta mi áspid, no lo niegues. —Sonríe.

—Hemos enterrado el hacha de guerra, ¿recuerdas?

Permanecemos de nuevo en silencio.

—¿Sabes qué? —digo.

—Sorpréndeme —contesta intrigado.

—Has conseguido que esta noche sea muy especial —susurro como si fuese un

secreto.

—¿Eso significa que no ha sido la mejor de tu vida? —pregunta sorprendido.

—¡Desde luego que no!

—Vaya, entonces tendré que superarme.

—Ha sido muy bonito, pero creo que puedes hacerlo mucho mejor, romano

—lo reto

con la mirada.

—Has emprendido un camino que no estoy seguro de querer recorrer, Cleopatra. —

Sus ojos refulgen algo misterioso.

—Los grandes imperios no se levantaron en una sola mañana, el tiempo será nuestro

aliado o nuestro enemigo, Marco Antonio. Todo en esta vida requiere sacrificio y constancia, pero tan solo al final se sabe si ha merecido la pena — expreso mirando hacia

el infinito, justo donde se acarician el mar y las estrellas.

—Pues que así sea.

Y entonces me atrae hacia sí bruscamente, haciéndome chocar contra su pecho para

envolverme entre sus brazos y besarme con la furia de un león mezclada con la sutil delicadeza del amor.



Capítulo 18

Ver amanecer en Alejandría es lo más bello que he presenciado hasta ahora, pero asistir a este hermoso espectáculo recostada sobre el pecho de Marco Antonio lo hace todavía más grandioso.

Cuando llegamos anoche al hotel cada uno se metió en su respectiva habitación de la

suite, pero no tardé en ir en su busca y lo encontré a mitad de camino, justo cuando él pretendía hacer lo mismo. Así que hemos pasado la noche amándonos entre las sábanas y

hace poco menos de un minuto que nos hemos quedado dormidos.

Tan solo he abierto los ojos un instante, como llamada por algo superior, para poder

ser testigo de la maravillosa escena que se presentaba ante mí. Como si alguien deseara que admirase el bello amanecer alejandrino para después abandonarme a los brazos de Morfeo.

—Cleopatra.

Un suave susurro en mi oído y una leve caricia en mi rostro hacen que abra los ojos

lentamente para descubrir su intensa mirada oscura entre los demasiado brillantes rayos

del sol.

—Son las cinco de la tarde. —Sonríe por encima de mi espalda.

—Déjame dormir un ratito más. —Me pongo la almohada sobre la cabeza para no

escucharlo.

—Hoy no tienes función, podemos ir a visitar algunos sitios, y me gustaría que conocieses a alguien. —Quita la almohada de mi cara y me quedo ciega al abrir los ojos.

—¿A quién? —pregunto cubriéndome con las manos para acostumbrarme a esta luz.

—Luego lo verás, no seas cotilla. Venga, vístete y vamos a ver si nos dan algo de comer por ahí.

Me pongo un pantalón de seda fucsia tipo Aladín y una camiseta muy ajustada, blanca, de tirantes y con formas geométricas fucsias bordadas que me vienen de perlas para que no se me marquen los pezones, pues no llevo

sujetador. Las babuchas blancas de

pedrería me fascinan, así que aprovecho la ocasión para ponérmelas.

Cuando me ve aparecer en el salón de la *suite* me mira de arriba abajo y silba.

—Creo que nunca me acostumbraré a mirarte —me suelta—, demasiada belleza para

mi cordura.

Me contoneo coqueta, pasando delante de él sin ni siquiera mirarlo.

—Y sigo sin llevar bragas —confieso al pasar a su lado.

Suelta un resoplido y me sigue embobado como un perrito hasta el ascensor. Cuando

llegamos abajo el restaurante ya está cerrado, así que decidimos comer algo rápido por el camino.

—¿De camino a dónde? —le pregunto al salir del hotel.

—Hoy te llevaré a la zona de Mansía, allí se encuentran los zocos.

—¡Me encanta! —salto emocionada.

—Pero no vas a comprar nada, tienes las tarjetas restringidas, ya bastante bronca me

han echado por haber dado el visto bueno a los cuatro millones —me regaña.

Yo me río.

—Bueno, siempre puedes regalármelo tú —bromeo.

Él niega con la cabeza.

—No pienso ceder.

—Ya lo veremos.

Llegamos hasta su moto, que está aparcada entre dos coches, muy cerca del hotel, y

me quedo paralizada al descubrir lo que tanto se esforzaba en tapar el otro día.

Mis pies no logran moverse de donde se han quedado clavados, ni mi boca cerrarse.

—¿Esa soy yo?! —Señalo la aerografía dibujada sobre el depósito de la moto,

mirándolo para que me dé una explicación lógica.

—No eras tú en un principio —dice algo incómodo, revolviéndose su melena.

—¿Y eso qué coño significa? ¡Esa mujer es igual que yo! —De pronto temo que vaya

ser alguna especie de tarado obsesionado conmigo, como su hermano.

—Cálmate, Cleopatra. —Me trata como si estuviese loca—. Cuando la mandé hacer,

le di al ilustrador un recorte de revista que tenía guardado desde hacía muchos años. Era una bella publicación que leí sobre los faraones egipcios. Se suponía que así era Cleopatra, o al menos así se la imaginó el que escribió aquel artículo.

Me fijo con más detenimiento en la imagen, y es cierto que no es exacta a mí, pero

habría que buscar las siete diferencias para darse cuenta de ello.

—Podrás entender ahora la reacción que tuve cuando descubrí cómo eras físicamente, pues ese dibujo ya llevaba años en mi moto. Fue una de las

razones que me

hizo aceptar el trabajo. Creí a ciegas que eras quien ellos afirmaban.

—No me lo creo, es imposible —reniego de su historia.

—Es lógico que no lo hagas, pero te juro por lo más sagrado que es tan cierto como

que brilla el sol. Vamos, puede que el conocer a un viejo amigo te ayude a disipar tus dudas.

Se monta sobre la moto y me observa de reojo al ponerse el casco. Dudo por un momento si subirme o no, pero lo termino haciendo. Hay alguna fuerza extraña de la naturaleza que me impulsa a confiar en él.

Conduce como un loco a través del frenético tráfico alejandrino, esquivando coches y

saltándose semáforos, pero no me causa ningún miedo, en este sentido me siento a salvo a

su lado y por eso me brindo la oportunidad de contemplar las misteriosas calles de Alejandría apoyada sobre su espalda. Esta ciudad que aspira a albergar cierto aire occidental, pero que en realidad es egipcia de corazón, cuyo poder en otras épocas llegó a

eclipsar a Roma o incluso a la mismísima Atenas.

«Qué pena que algo tan glorioso se llegue a convertir en semejante decadencia», pienso comparando la ciudad con la vejez humana.

—Esta es la Plaza Saad Saghlul, el antiguo barrio europeo donde palpitaba el corazón

de la ciudad —me informa por encima del ruido de los coches al pasar junto a la famosa

plaza.

Por fin llegamos al antiguo zoco, al oeste de Midan Tahir, en el que la nostalgia del

aire bohemio alejandrino es muy palpable.

Nos sumergimos entre la gran oleada de gente que recorre el zoco por el escueto pasillo que forman sus puestos. Marco Antonio no suelta mi mano en todo el trayecto, pero lo que más me aterra es que empiezo a acostumbrarme.

—En el zoco libio se encuentran los vestidos bordados que confeccionan los beduinos, mientras que en la zona magrebí se venden toda clase de hierbas con propiedades medicinales y joyas.

Me resulta alucinante caminar por aquí, por la ciudad que tan exquisitamente describía Lawrence Durrell en su *Cuarteto de Alejandría*, aunque por más que me esfuerce no la reconozco, es una pena que ya no exista la cosmopolita ciudad que él nos narra.

Según dicen, los musulmanes quisieron derribar sus murallas para mantener la ciudad abierta por todas partes, como la casa de una prostituta. Y con ello franceses e ingleses saquearon el país llevándose todas las riquezas que hoy conservan en sus museos.

Hemos parado a comer cuscús con los dedos en el restaurante aQua y estaba riquísimo.

—¿Estás preparada? —pregunta, de repente, después de comer.

—¿Para qué? —Cojo todas las bolsas llenas de cosas que hemos comprado, ninguna

imprescindible, pero sí muy bonitas, tipo bolsos y collares.

—Vamos a conocer a una persona muy importante para ti. —Sonríe cogiendo las

bolsas y dándoselas a uno de los camareros, ya ni pregunto.

—Ay, Dios, creo que me das demasiado miedo; viniendo de ti, podría tratarse de cualquiera...

—Espera y verás.

Volvemos a coger la moto y a sumergirnos en el caos para terminar en una especie de

paraíso verde que nada tiene que ver con el resto de la ciudad. Aquí las casas son mucho más lujosas. Nos detenemos delante de la bella escalinata de mármol de una de ellas.

Tiene varias columnas adornando sus muros y un inmenso jardín lleno de flores. Se trata

de una construcción antigua pero muy bella, de estilo clásico.

—¿Dónde estamos? —le pregunto una vez nos hemos quitado los cascos.

—En el Barrio Griego.

No me da más explicaciones, toma mi mano y subimos para llamar al timbre. Pronto

abre una señora de mediana edad, con su melena canosa recogida en un moño y vestida de

negro de arriba abajo. Al verme casi le da un infarto.

—¡Marco Antonio, ¿estás loco?! —grita una vez que ha salido de su estado de *shock*.

—Eso ya lo sabes.

Tira de mí y entramos en la gran casa, pasando olímpicamente de ella, que viene detrás de nosotros elevando al cielo lo que se asemeja a rezos en otro idioma.

Todo en el interior es mármol y muebles antiguos, aunque de muy buenas calidades.

Parece que esta familia haya vivido rodeada de esplendor en otro tiempo y ahora ya les quede lo justo. Una constante en mi nueva realidad.

Subimos una gran escalera, cubierta por una preciosa alfombra verde, hasta la planta

de arriba; por cierto, seguimos cogidos de la mano, que sigue sudándose.

Llama a la puerta de madera maciza de color roble, suenan unos ligeros pasos tras ella y al instante se abre. De nuevo una señora vestida de negro, aunque esta es más joven, podría tener treinta y seis años, nos recibe sorprendida.

—Marco, no puedes hacer esto —cuchichea en voz baja, muy enfadada y sin ni

siquiera mirarme.

Le ha llamado Marco y mi alarma celosa se ha encendido.

—Claro que puedo, de hecho, lo estoy haciendo.

La aparta con una mano y me anima a entrar en la habitación, siguiéndome y cerrando la puerta tras de sí, dejando fuera a las dos mujeres.

—¿Quiénes son esas? —pregunto recelosa.

—Sirvientas.

Echo un vistazo rápido a la inmensa estancia en la que nos encontramos. Tiene los

techos muy altos y esto le da mayor sensación de amplitud. La pared que tenemos de frente la forman dos grandes ventanales cubiertos por unas estilosas cortinas de terciopelo de color verde. Hay pocos muebles: un escritorio, alguna vitrina, un formidable armario,

sillas y dos mesitas de noche; son pocos, sí, pero muy suntuosos.

Una inmensa cama colonial es el centro de la estancia y en ella hay una persona recostada.

—Kenet —susurra Marco Antoni—, ¿estás despierto?

Un soñoliento movimiento de sábanas es la respuesta.

Avanzamos hasta llegar a su altura y descubro que se trata de un señor mayor con el

pelo blanco y que tiene puesto un gotero, además de cánulas de oxígeno en ambos orificios nasales.

Al sentir la presencia de la inesperada visita abre los ojos, azules como el cielo, aunque debido al paso de los años no tan vivos como los de Marco Antonio. Pero en cuanto me ve a mí, casi le da un ictus.

—Marco, hijo mío —murmura algo tenso en italiano, intentando en vano incorporarse.

Le dice varias cosas en otro idioma a Marco Antonio, no creo que sea en italiano porque no lo entiendo, pero se nota que está enfadado.

—Tranquilízate, abuelo —le aconseja él en español apresurándose a socorrerle y de

paso dejándome loca—, no hagas esfuerzos.

«¿¿¿Abuelo??!!».

Le coloca los almohadones en su espalda sobre el cabecero de la cama y así el ancianito queda sentado. Me mira como si fuese de oro, con una mezcla entre cariño y estupefacción.

—No iba a permitir que murieses sin verla. —Marco Antonio acaricia su rostro con

devoción mientras me miran los dos y él, por fin, hace el amago de reírse.

Yo no sé muy bien qué hacer. Me ha traído a esta casa sin decirme dónde estamos, ha

llamado abuelo a un señor cuando me había dicho que no tenía más familia que su tía y,

para colmo de males, no me han recibido nada bien. Quiero esconderme tras las cortinas y

que dejen de observarme todos como si tuviese monos en la cara.

—Hola —lo saludo finalmente, acompañado de un nervioso movimiento de mi mano.

—Cleopatra —musita asombrado en un español con un clarísimo acento italiano—, estás aquí.

—Sí, aquí estoy —contesto abriendo los brazos.

—Cleopatra, te presento a mi abuelo, Kenet Campinni. Él ha sido el encargado de mantener a salvo tu secreto, dedicando toda su existencia a tu causa. Él es mi único jefe.

Ahora mismo está muy enfadado conmigo por traerte ante su presencia sin previo aviso para que te hubiese hecho alguna ceremonia, pero como podrás

observar, no está en condiciones.

Nos miramos los dos, él como si estuviese viendo un ángel y yo buscando millones

de respuestas.

—Es un honor conocerle y aunque me gustaría darle las gracias por todo lo que ha

hecho por mi familia, en realidad no sé nada, pues su nieto es muy bueno guardando secretos.

Marco Antonio me acerca una silla y él se sienta en otra a mi lado.

—Ya veo —comenta el señor, no muy convencido—, ¿no sabes por qué estás aquí?

—¿Porque los malos quieren atraparme? —Me encojo de hombros.

Nieto y abuelo se miran.

—¿Y no sabes por qué motivo te buscan?

—No. Nada. Su nieto me ha comentado que soy la última descendiente de Cleopatra

y que mis padres y amigos eran simples infiltrados a los que pagaban para hacer su papel, que no eran reales, nada más.

—Intentaré resumirte la historia, aunque transcurre en más de dos mil años. Espero

no dejarme ningún detalle para que puedas comprenderlo.

—¡Gracias! —exclamo.

Él sonrío con amabilidad.

—Cleopatra, desde pequeña, fue educada como una reina en potencia.
Sumamente

inteligente, soñaba con ser la dueña del mundo entero, y estuvo a punto de conseguirlo, de no ser porque el destino se posicionó en su contra, pues como ya sabes, su verdadero amor se suicidó al creer su falsa muerte y todo terminó para ella cuando él muere entre sus brazos. Siempre supo que para cumplir su sueño necesitaba el dinero y el poder de los romanos, y en su inmensa ambición nunca dudó en seducir a quien lo ostentaba. Ninguna

mujer hasta entonces se había apropiado de un trono para sí misma y ella lo hizo, además gobernando durante veintidós años, que para la época era muchísimo. Su sangre, su coraje

y su valía corren por tus venas, y creo haber escuchado que te pareces demasiado. —Mira

a su nieto—. Si he de ser sincero, creo que eres la que más se asemeja a ella de todas sus descendientes, tanto físicamente como en personalidad —hace una pausa—. Nuestras familias han estado ligadas desde el día en que la diosa decidió quitarse la vida hasta hoy.

Ella no hizo las cosas tal y como cuenta la leyenda, Octavio se encargó en persona de ensuciar su figura y así se ha creído a lo largo de los tiempos, pero nosotros sabemos la auténtica verdad, tan solo aguardamos el momento justo para contarla.

Estoy tan metida en la historia que ni siquiera me he dado cuenta de que se ha detenido. Su voz hace que me embeba de ella.

Parpadeo un par de veces para volver aquí.

—¿Cuál es la verdad? —Mi tono ansioso le hace sonreír y Marco Antonio lo imita.

—Ya sabes que los faraones y reyes de Egipto eran la reencarnación de los dioses en

la tierra, Cleopatra era Isis. Su tradición ordenaba que al menos dos de sus sirvientes fuesen enterrados junto a ellos, la mayoría en vida, como podrías suponer, para ayudarlos

en el más allá. Se han encontrado incluso familias enteras enterradas, nunca en la misma

cámara secreta del faraón, porque te imaginarás lo que harían con su cuerpo los esclavos

hasta que muriesen.

—Madre mía, pero eso era una barbaridad.

—Cleopatra pensó lo mismo que tú, además tenía en alta estima a sus dos fieles sirvientes: Iras y Carmión, que llevaban a su lado desde que eran niñas. Aunque, como supondrás, también se encierra en ese hecho un interés propio, pues no fue del todo altruista. Cleopatra no dejaba nada en manos del azar. Pretendía que las sirvientes protegiesen a sus hijos de una muerte segura. Y es a partir de su muerte cuando nace nuestra organización, en agradecimiento por salvar la vida de ambas, y junto a esas vidas, nuestra libertad.

—Pero eso no puede ser, las encontraron muertas junto a Cleopatra —
conjeturo

emocionadísima.

—Eso fue lo que hizo creer a todo el mundo la reina, pero ellas solo tomaron un sedante que las dejó inertes mientras las examinaban los guardias y médicos romanos, dejándolas con un imperceptible pulso durante horas para después, una vez que se hallaran a solas, utilizasen el cuerpo de dos mujeres, muertas en extrañas circunstancias, para

vestirlas con sus ropajes. Todos creyeron que eran ellas, pero en realidad nunca lo fueron.

Ni siquiera se lo contaron a sus familiares, para que estos las llorasen de una manera real.

—¡Ostras! —Tapo mi boca con la mano para mantener a raya tanta efusividad e

intentar guardar las formas—. Me imagino la inmensa alegría que sentirían sus familias al verlas de nuevo con vida.

—Un júbilo tan grande que todavía hoy celebramos, ya que de no ser por la reina, nosotros no estaríamos hoy aquí. En aquella época lo vivieron como un auténtico milagro,

lo tomaron como una prodigiosa señal del cielo, pues la diosa devolvió a sus siervas, después de muertas, su forma humana.

—Pero todo lo había tejido Cleopatra con sumo cuidado... —supongo, cada vez más

sorprendida por las historias de aquella mujer.

—Para los faraones egipcios era primordial mantener la sangre de su estirpe viva y pura, por eso se casaban entre hermanos. Por otro lado, los esclavos eran propiedad de los faraones, pudiendo hacer con ellos y con sus descendientes lo mismo que se hace con una

escoba, es decir, que podían venderlos, alquilarlos, matarlos, violarlos, o incluso regalarlos. Ella nos concedió la libertad con su generoso acto y por eso nosotros juramos proteger dicha estirpe con nuestra propia vida, a través de los tiempos y hasta que el sol dejase de iluminar el cielo.

—Entonces ¿vosotros sois descendientes de Iras o de Carmión? —pregunto.

—Somos los descendientes de Carmión, la familia de Iras, por desgracia, ya no existe, fueron muriendo por enfermedades y guerras. Nosotros somos los últimos que quedamos, más bien Marco Antonio y Giulio, yo ya no cuento —se lamenta—. En otras

épocas fuimos muy numerosos, pero ya todo terminó. Y por eso nos hemos visto obligados a contratar los servicios de una empresa privada dedicada a tu seguridad.

—Los trillizos.

—No nos está permitido tener contacto directo con la estirpe para que nadie sospeche

quién es, puesto que nos vigilan muy de cerca desde hace tiempo. Hemos intentado darte

un anonimato introduciéndote en otro país y con otra familia, pues habían seguido los pasos de tu madre hasta que al final fue descubierta y la mataron. Eso nunca me lo perdonaré. —Se le quiebra la voz.

—¿Ellos mataron a mi madre?

—Sí —confiesa tembloroso, sin poder continuar.

Doy por supuesto que él querría a mi madre como a una hija, por la edad.

—Cleopatra, desde entonces mi abuelo no volvió a levantarse de la cama, y de eso hace ya más de veinte años, pero ya te lo contaré en otro momento, ¿de acuerdo? —me explica Marco Antonio.

Asiento con la cabeza.

—Una llamada que Giulio me hizo la noche de su cumpleaños les confirmó tu

localización, hay veces que los intereses de la familia lindan con los de la misión, interfiriendo entre ambos. Pero, gracias al cielo, nosotros actuamos más rápido que ellos.

Marco decidió traerte para tenerte lo más cerca posible, suponiendo que así sería más fácil protegerte. Mi nieto siempre se ha saltado todas las normas por sistema, y ahora no iba a ser menos —lo reprende con la mirada.

—Abuelo, Cleopatra debe saberlo todo, es demasiado rebelde para obedecerme sin

tener un motivo y no había nadie más apropiado que tú para contárselo —

señala el nieto.

—¡No soy rebelde, el problema es que tú eres una pésima autoridad! —
protesto.

—Te voy a dar yo a ti autoridad...

El abuelo nos observa a ambos y creo que capta al instante lo que hay entre
nosotros.

A buen entendedor, pocas palabras bastan.

—Ya veo que has conseguido lo que no pudo conseguir tu hermano —
comenta algo

disgustado.

Marco Antonio mira hacia otro lado disimulando.

—Lo que no comprendo es por qué me quieren encontrar esas personas.
¿Quiénes

son? ¿Qué les importa que lleve ADN de Cleopatra? —pregunto, pasando de
los

comentarios de mi esporádico amante.

—Para contestar a esa pregunta debes saber algo antes. —Toma aire—. El
mundo

clásico nunca entendió la libertad de la que disfrutaba la mujer en Egipto,
porque las suyas eran sumisas.

—¡Oh, sí, calladitas estaban más bonitas! —protesto.

«Anda que si hubiese nacido yo en aquella época... me hubiesen colgado en
cinco minutos», pienso.

—Debemos tener en cuenta que el historiador Plutarco nació setenta y cinco

años después de la muerte de Cleopatra y que tan solo se han basado en los escritos e historias

que él recopiló y nos quiso contar sobre ella. Casi todo incierto o, al menos, muy contaminado.

—Supongo que si Plutarco se hubiese querido inventar algo, hoy en día lo tendríamos

por verdadero; siempre se le ha considerado el mejor historiador del mundo —comento.

—En efecto, muchacha. Por otra parte, a Octavio le convenía demonizarla y no

permanecer en los hitos de la historia como el malo de la película, el encargado de terminar con los famosos amantes. Ni siquiera perdieron el tiempo hablando mal de Marco

Antonio, al que dejaron como el pobrecito al que ella se encargó de llevar al lado oscuro, salvaje y hedonista de la vida.

—¡Oh, claro, el pobre hombre no tuvo culpa de nada, como Adán! —me quejo por

tanto machismo acumulado en la Historia.

—Todo ello, enmarcado en el misticismo que siempre ha envuelto a Egipto, esa tierra

de sexo, llena de conjuros, sensualidad, excesos, dioses raros, ceremonias impúdicas..., hicieron que Cleopatra (una habilísima gobernante, una superviviente nata, de enorme carisma y cultura) pasase a la posteridad, escrita por sus enemigos misóginos de la época y sucesores de estos, rebajada al nivel de hechicera, derrochadora, traidora, engatusadora y puta, entre otras lindezas.

—La Historia de aquella época está escrita por hombres, pues muy pocas mujeres sabían escribir. Además, de todos es sabido que la historia la

escriben los vencedores —

comento indignada—, y si encima son vencedores hombres...

—Así es, querida, pero el que ríe el último, ríe mejor, y, afortunadamente, desde que

Marco Antonio murió en brazos de Cleopatra hasta que esta decidió quitarse la vida transcurrieron quince días, en los que ella, por supuesto, no se quedó sentada a esperar que acudiesen a matarla. Y es entonces cuando Carmión e Iras jugaron un papel fundamental,

pues fueron ellas las que ayudaron a su majestad en sus planes... En unos días tres mujeres decidieron dónde esconder lo que después se buscaría durante milenios.

—¡Su sepulcro!

Él afirma con la cabeza, sonriente por mi entusiasmo.

—Ya sabía que su gran amor había muerto y no le quedaba nada, ni siquiera el fuerte

cariño que sentía por sus hijos. Todo se había desvanecido para ella. En ese momento teje el escrupuloso plan para salvar a sus criadas de la muerte, era una mujer demasiado moderna para la época y confiaba en que ella solita se bastaría en el más allá. Por cierto,

hay dos biógrafas de Cleopatra, escrita una por Stacy Schiff y otra por Joyce Tyldesley, que se han acercado bastante a la realidad, pero no han dado en la diana del todo.

—He leído a la primera, una obra muy interesante sobre la causa de su muerte —

comento—, aunque ella defiende que fue más bien un asesinato.

—Y lo fue, pero un asesinato indirecta y vilmente tramado por Octavio desde que Julio César pisó Egipto por primera vez.

—Pero el suicidio está confirmado.

—La teoría de la cobra egipcia metida en una cesta de higos que le muerde un pecho

es muy bonita, pero para nada real; pues nadie es capaz de meter en una cesta una serpiente que mide más de dos metros y medio y, además, conseguir que se quede quietecita.

—¿Entonces?

—La picadura de esta serpiente no garantiza la muerte y ella lo sabía de sobra, era una experta en venenos, de hecho, practicaba con los condenados a muerte sus propias pócimas caseras, que ella misma fabricaba, herencia que le dejaron los grandes maestros

alejandrinos. Como curiosidad te diré que dichos maestros fueron los precursores de las vivisecciones japonesas con reos de muerte de la II Guerra Mundial.

—¡Madre mía!

—Pero volvamos a lo que nos ocupa. La ponzoña de una cobra no es nada agradable

ni rápida, y Cleopatra no iba a dejar al azar, ni mucho menos al estado de ánimo de un simple reptil, su deliberada muerte. Por otra parte, teniendo en cuenta su continua preocupación por la belleza, no se iba a ir al otro mundo hinchada, morada y con el rostro desencajado por el dolor. Además, todos cuentan que estaba más bella que nunca tendida

sobre su lecho de muerte.

—Eso tiene su lógica, a mí tampoco me gustaría que me recordasen retorcida de dolor, así que supongo que a alguien de su calibre, menos.

—Cleopatra estaba recluida en su mausoleo de oro, escondida de la guardia que Octavio le había puesto día y noche, ya que él se olía que ella iba a huir en cuanto le fuese posible. Es imposible que alguien pudiese meter semejante

serpiente allí sin ser visto y que, además, esta matase a tres personas a la vez y sin dejar expresión de sufrimiento alguna. Tampoco creo probable que la reina viese con buenos ojos que la protagonista de

su muerte fuese precisamente el propio símbolo de la realeza egipcia, la cobra.

—Claro, visto así...

—Por eso todo apunta a que, en efecto, se suicidó con veneno de cobra, pero uno que

ya estaba antes destilado y tratado por ella para que no le causase vómitos ni convulsiones y sí un efecto inmediato. Para ello se lo introdujo en una herida que se hizo ella misma en el brazo. Por eso cuenta la leyenda que Octavio mandó llamar a médicos, magos y curanderos expertos en serpientes para intentar, en vano, reanimarla.

—Pero siempre se dijo que había un áspid en la sala. —Recuerdo haberlo leído en algún sitio.

—Y también que la mordió en su pecho desnudo, pero eso son ya cuentos románticos

de Shakespeare.

—Entonces ¿Iras y Carmión contaron todo eso así, tal cual? —quiero saber.

—Ellas no sabían cómo iba a ser su muerte, Cleopatra no les desveló nada, tan solo

les ordenó lo que debían hacer una vez que despertasen.

—¿Y de qué se trataba?

—Cleopatra escribió una carta antes de morir a Octavio, pidiéndole ser enterrada junto a su gran amor, Marco Antonio, y así poder pasar al otro mundo juntos, en su forma

de dioses, Isis y Osiris. De manera oficial ya nadie supo si Octavio le concedió su último deseo o no, pues debido al odio que le profesaba el futuro emperador Augusto a la reina

egipcia, se duda bastante de ello. Como bien dijo Plutarco: «La verdad del asunto nadie la conoce».

—¿Y vosotros tampoco lo sabéis?

¡Qué intriga!

—Lamentablemente, moriré con esa duda, aunque me gustaría creer que siguieron

juntos por siempre —comenta pensativo el señor Kenet.

—Pero las criadas tuvieron que contar algo al respecto —insisto.

—Ellas no llegaron nunca a pisar el sepulcro, por eso no lo supieron, recuerda que los

cuerpos que sepultaron como criadas eran falsos. Habían jurado proteger a los cuatro hijos con sus propias vidas, por eso Cleopatra las dejó vivir, y eso fue lo que intentaron hacer con todas sus fuerzas desde que despertaron. La reina murió confiando en que Iras y Carmión huirían con sus hijos y los salvarían de una muerte segura. En eso fue un poco

ingenua, pues la ira de Octavio, por no poder llevarla a Roma como trofeo de guerra, era

obvio que recaería sobre sus hijos.

—Pero si yo estoy aquí, es que consiguieron salvarlos... al menos a uno. —
No

recuerdo haber leído nada sobre los descendientes de Cleopatra.

—Cuando ellas regresaron al Palacio ya era tarde, Cesarión había sido asesinado a manos del propio Octavio, que no podía arriesgarse a que el

único descendiente directo del César continuase con vida. Los otros tres niños, dos de ellos gemelos, fueron llevados a Roma para que los criase la esposa de Marco Antonio, así que imagínate cómo lo hizo.

Pero Carmión se las arregló para que un hermano suyo que vivía en Roma se encargase de

velar por la seguridad de aquellos niños, y este así lo hizo. Desde entonces nuestros antepasados se han ido relacionando camuflados entre el linaje real en forma de profesores, vecinos, amigos, sirvientes, guardaespaldas... Siempre desde las sombras, pero siempre protegiéndolos.

No salgo de mi asombro.

—Entonces ¿sobrevivieron los tres niños?

—No, solo sobrevivió la niña de los gemelos, Cleopatra Selene, la última que llevó

su nombre, hasta llegar a ti. Como verás, curiosamente, la sangre real de tu estirpe reside sobre todo en las mujeres. Sois las únicas descendientes, mujeres fuertes y poderosas.

—Creo que la estirpe terminará conmigo —bromeo, aunque mi broma no les hace

ninguna gracia.

—Cleopatra Selene se casó con el rey Juba II de Mauritania. Tuvieron una hija llamada Drusila, se sabe por diversas monedas y escritos donde se dice que heredó la voluntad de hierro y perseverancia de su abuela, tan características del Imperio ptolemaico. Durante unos años se le perdió la pista debido a las guerras y hambrunas que

asolaron Egipto, pero años más tarde se descubre que Zenobia, la última reina de Palmira, que vestía como Cleopatra y tuvo también una grandeza colosal, aunque fuese por poco tiempo, era descendiente directa de Drusila. Y así generación tras generación hasta a nuestros días.

—Y a nosotros —añade Marco Antonio.

Estoy obnubilada.

Lo que me recuerda a qué venía todo esto.

—Sigo sin saber por qué razón me quiere matar el enemigo, ¿es que acaso son descendientes de Octavio? —Me río yo sola por mi bromita.

—Nosotros sabemos dónde está enterrada Cleopatra —sentencia el abuelo Kenet.

—¡¿No jodas?! —se me escapa—. Lo siento, lo siento —me apresuro a añadir,

tapando mi boca con las manos, apurada, pero él suelta una carcajada y a su nieto se le ilumina la cara al verlo así de feliz.

—Es el mayor secreto de la historia de la humanidad, el santo grial de la arqueología,

algo que ha permanecido en nuestro poder desde hace más de dos mil años y que solo confiamos a nuestros sucesores en el lecho de muerte. El enemigo, como tú los llamas, te

persigue porque eres nuestro mayor tesoro, pretenden que les digamos el lugar exacto del

sepulcro a cambio de tu vida.

—¡Madre mía! Ahora sí que tengo miedo de verdad, porque es demasiado importante

lo que hay en juego —murmuro asustada.

—Demasiado, Cleopatra. Tú eres nuestra última esperanza, no podemos permitir que

nuestra historia termine contigo y que así se extinga la sangre de la mujer

más importante del mundo. No lo permitiremos, al menos no mientras yo viva.

—Incluso una vez que se encuentre el sepulcro, tu sangre servirá para verificar si es

realmente ella o no, y para otras cosas que por el momento no debo explicarte —añade mi

protector.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada, tu sola existencia es un milagro en sí misma. Para mí

ha sido un auténtico honor conocerte y tenerte cerca. Te puedo asegurar que después de esto, puedo morir tranquilo. No sé si he hecho bien desvelándote toda esta información, pero si mi nieto lo ha creído oportuno, que así sea. Él es el que está ahora a cargo de todo, confía en él, Cleopatra, es un buen muchacho.

—Lo intento, señor —sonríó—, pero me lo está poniendo bastante difícil.

El anciano me devuelve la sonrisa y acerca su mano a la mía para cogerla. Su tacto es

suave y tembloroso.

—Cleopatra, debes aprender a descubrir lo visible de lo invisible, pues cada cual es el

escultor de su propio destino.

Después de decirme estas misteriosas palabras, se queda adormilado.

—Vámonos, Cleopatra, ha hecho demasiados esfuerzos y debe descansar —susurra

Marco Antonio mientras le besa la frente a su abuelo.

Salimos de la habitación sin hacer ruido.



Capítulo 19

Hemos llegado a la Royal Suite cuando ya es de noche. Ninguno de los dos ha

dicho ni una sola palabra. Yo estoy intentando digerir todo lo que me ha contado el señor de la mansión y Marco Antonio creo que se arrepiente de haberme llevado, pues está muy

serio y pensativo.

Desaparece en su habitación y al momento vuelve a salir únicamente ataviado con unos bóxer negros de Calvin Klein. Se sirve una copa de whisky con hielo y sale a la terraza para sentarse en el sofá con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

Salgo tras él para averiguar qué ocurre.

—Así que resulta que no eres un cazafortunas como yo pensaba, todo era mentira —

lo acuso—, resulta que esa gente influyente que dijiste que os reclutó a tu hermano y a ti era vuestro propio abuelo.

Él no dice nada.

—Dijiste también que no tenías más familia que tu tía —apunto.

Niega con la cabeza al verse obligado a hablar.

—Descubrí que tenía abuelo cuando volví a Italia —me cuenta sin mirarme.

—¿Y no pensabas decírmelo?

—Te he llevado ante él, que es más de lo que mereces, ¿no crees?

—Oye, no sé por qué me hablas así, tienes unos cambios de humor preocupantes, háztelo mirar —le recrimino enfadada y me voy a mi habitación para cambiarme de ropa.

Cuando estoy poniéndome un camisón de seda y encaje aparece sin llamar a la

puerta.

—A diferencia de tu estirpe, la mía siempre fue de hombres —indica sin más.

Ahora comprendo que el destino juega con cartas trucadas.

—No has llamado a la puerta —le reprocho, obviando lo demás, aún continuo

enfadada por sus modales.

—No pienso llamar a la puerta más.

—¡¿Ah, no?! ¿Y eso por qué? —Me pongo en actitud chulesca, levantando la barbilla

y cruzándome de brazos para hacerle frente.

Entonces avanza lentamente hacia mí, sin apartar sus ojos de los míos.

—Porque a partir de ahora esta es nuestra —enfatisa— habitación, y no la tuya —

dictamina muy decidido, haciéndome contener la risa.

—Creo que para eso es necesaria la voluntad de los dos.

—Tu voluntad está más clara que el agua —gruñe.

Ha llegado hasta mí y no pienso retroceder.

—Será que te lo imaginas tú, yo no te he dado ningún indicio para que pienses que

quiero dormir contigo.

—Que tus pezones pongan las largas cada vez que me acerco podría considerarse un

indicio, ¿no crees?

—¿Las largas? ¿En serio?

Me parto de la risa ante semejante estupidez, pero él permanece muy serio.

—También podría considerarse un claro indicio el que no dejes de mirarme el paquete todo el tiempo. —Se lo recoloca con una mano.

—¿Te estás esforzando por ser idiota? Porque lo estás consiguiendo —le recrimino,

ahora obligándome a no mirar su abultada entrepierna.

Entonces coge mi trasero entre sus manos para atraerme hacia él y me roza con la extrema dureza que tiene entre las piernas justo donde debe hacerlo, encendiendo con ello cada parte de mi cuerpo. Intento oponerme, pero tiene

mucha fuerza.

—¿No te gustaría tenerme a tu merced a todas horas del día y de la noche, Cleopatra,

todo esto para ti? —pregunta con una voz ronca por el deseo mientras suspira contra mi

cuello.

—Sí, me gustaría —cierro los ojos para volver a abrirlos cargada de determinación

—, pero solo cuando yo lo quiera.

Me aparto de él dándole un ligero empujón y esto le sienta fatal, no parece estar acostumbrado a que una mujer lo rechace.

—¡Juro que hasta que no vengas suplicando de rodillas, no me tendrás! —ruge

saliendo por la puerta y pegando un golpe.

Salgo tras él a hurtadillas y veo que se dirige hacia la puerta de salida de la *suite*, pero se queda agarrando con fuerza el picaporte y mirando hacia el suelo, sin salir. Después se gira enfadado y se dirige a la terraza de nuevo, no me ha visto. Se bebe otro vaso de whisky de un solo trago y camina arriba y abajo revolviéndose el pelo.

Que se haya enfadado me pone bastante caliente, he de admitirlo, no sé por qué, pero

me gusta sacarlo de sus casillas, descolocarlo.

Entonces aparezco.

Nos miramos, él con los ojos llenos de ira y yo con los míos llenos de deseo.

—¿Sabes que Cleopatra usaba semen como mascarilla de belleza? —le suelto

tan

pancha—. Se me ha terminado la mía.

Él parpadea un par de veces para cerciorarse de que es verdad lo que está ocurriendo.

—¿Esa es tu manera de suplicarme? —espeta enojado.

—Oh, espera.

Me pongo de rodillas justo frente a él.

—¿Así te parece mejor? —le pregunto mirándolo desde abajo.

Da un paso hacia mí, dejando a propósito su rígido miembro a la altura de mi boca,

pero sin rozarme. No me lo pienso dos veces y bajo su bóxer para poder coger su paquete

entre mis manos y acariciarlo con deseo. Es muy suave, lo subo y lo bajo con lentitud y él me observa arrullando mi pelo con una de sus manos.

Yo me introduzco la punta de su sexo en mi boca y él suelta un bufido. Jugueteo con

la lengua, haciéndole pequeñas succiones y cosquillas.

—No entiendo qué cojones me has hecho, pero vas a acabar conmigo —gruñe entre

dientes cuando comienzo a lamer por completo su falo.

Intento meterlo todo en la boca, pero me resulta imposible, así que me las apaño para

que sienta lo mismo envolviendo su tronco con la lengua y esto parece volverle loco, porque de repente me levanta del suelo con un solo brazo y me

penetra así mismo.

—El preservativo, Marco —gimoteo sin querer parar, pues el tacto directo con su piel

es una sensación brutal.

—Joder —se queja sin poder parar de moverse dentro de mí.

—Un poco más y te lo pones —digo entre bote y bote.

Él devora mi cuello mientras yo subo y bajo por su sexo, sujeta a su cintura con mis

piernas, a la vez que su brazo sostiene la mía. Voy a morir. Siento el arrepentimiento invadirme, pero a la vez no quiero que se detenga nunca y creo que es precisamente este

sentimiento de estar haciendo algo prohibido lo que consigue que mi orgasmo llegue sin

esperarlo, haciéndome volar muy alto.

—¿Lista? —pregunta cuando nota que mis jadeos llegan a su punto culmen.

—Sí —respondo.

Me coge para ponerme frente a él, no quiere terminar dentro de mí sin preservativo,

pero yo me pongo de rodillas para que termine la función derramándose sobre mi rostro.

Esto le sorprende tanto que no tarda ni un segundo en correrse y yo succiono con la lengua los últimos restos mientras me extiendo con la mano el líquido blanco por la cara.

—Eres increíble, Cleopatra. Seré tu esclavo para siempre —suspira mirándome con

incredulidad.

Y esta sensación de tenerlo en mis manos y hacer lo que me plazca con él me hace

sentir sumamente poderosa.

—De momento te ordeno que te repongas pronto para el siguiente polvo, dejaré

mientras tanto mi mascarilla haciendo efecto —le digo como si nada volviendo hacia mi

habitación.

—Como desees, mi diosa —ronronea atontado.

—¡Ah! Y, Marco Antonio —agrego, deteniéndome en seco y girándome para mirarlo.

—¿Sí? —Sonríe con curiosidad.

—Te doy permiso para dormir esta noche conmigo.

—¡Eres mala! —Niega con la cabeza, sonriente.

Y así pasamos la noche, besándonos y amándonos sin censura, sabiendo quiénes

somos cada uno. Él mi aguerrido guardián y yo su última reina.



Capítulo 20

Hoy es día de baile y Belly ha venido muy temprano a buscarme al hotel.

En realidad no es demasiado pronto, pero como me paso las noches en vela, las tres

de la tarde me parece madrugar demasiado. Su aviso nos ha despertado a ambos y Marco

Antonio ha protestado bastante, aunque se ha dado la vuelta y ha seguido roncando.

Antes de salir, las chicas del *spa* me recuerdan por el megáfono de la habitación que debo asistir a las cinco de la tarde a mis dos horas de sesión de belleza para estar radiante para el baile.

«Qué pena que esta vez el masaje no tenga final feliz», pienso con una sonrisilla tonta.

Cuando llego a la recepción Belly me está esperando allí, lleva un vestido rosa tipo

chilaba, pero dotado con su toque extravagante de plumas.

—¡Cleo, tengo noticias! —grita en cuanto me ve a lo lejos, moviendo sus manos exageradamente.

—¿Ah, sí? —Sonrío bajo la atenta mirada de los clientes del hotel.

Al llegar a su altura me da dos enormes besos.

—¡Tengo cinco clientas nuevas en la academia!

—¡Eso es maravilloso! —celebro entusiasmada.

Damos pequeños saltitos de alegría los dos juntos, pero a nuestro alrededor el ambiente no es demasiado amigable, así que le propongo ir a tomar un café por aquí cerca, pues al lado del hotel hay muchas cafeterías y teterías.

Nos sentamos en la primera cafetería que nos encontramos, uno enfrente del otro junto a un gran ventanal.

—Resulta que vinieron a verte bailar, y animadas por las críticas de la prensa, se apuntaron para que les diese clase. Lo mejor de todo es que pretenden hacerlo como tú. —

Suelta un bufido de incredulidad.

—¿Qué críticas?

—¿No has visto los periódicos? ¡No puede ser!

—No he visto nada.

—Nena, ese hombre te tiene encerrada en la torre de marfil del sexo y no te deja ver

el mundo exterior... ¡qué envidia!

Nos reímos.

—¿Qué decían las críticas?

—Entre otras cosas, que la belleza y estilo de su bailarina no tiene parangón con ninguna otra en todo Egipto.

—¡Qué exagerados!

—Fue alucinante, Cleo, créeme.

—Pero no para tanto.

—Llevo desde muy joven en esto y nunca había visto a nadie bailar la danza oriental

con tanto estilo. Es que no te cuesta esfuerzo, te fundes y mimetizas con la música, y eso es lo que te hace mágica —alega.

—Vaya, qué bonito, gracias.

—No tienes que darlas.

—Oye, ¿y por qué supones que tengo relaciones con Marco Antonio?

—A ver, querida, puedo ser homosexual, pero no tonto. Viendo a ese pedazo de semental purasangre y viéndote a ti... irradiáis sexualidad, juntos debéis ser una bomba.

—¿En serio? ¿Es tan obvio? —Me sorprende.

—Pocas veces he visto a un hombre mirar a una mujer con las ganas que te mira él a

ti. —Se abanica con la mano—. Hasta me suben los calores de solo pensar lo que debe ser

tener a ese hombre entre las piernas.

Yo suelto una risa nerviosa.

—¡Belly, calla!

—Lo siento, son años de sequía —se excusa.

—¿Y por qué? ¿No te gusta ningún hombre?

—¡Oh, sí, ya lo creo, me gustan muchos!

—Entonces ¿cuál es el problema? —pregunto intrigada.

—Cleo, vivimos en una ciudad retrógrada donde hace años que dejaron de verse las

cosas como las veis la gente moderna en otros países. Aquí la homosexualidad es un tabú

y algo muy mal visto, incluso perseguido.

—Pero, Belly, tú no es que te escondas precisamente, te gusta llamar la atención y tu

tendencia sexual es obvia.

—Por eso soy repudiado en todas partes, hasta mis padres lo hicieron.

—¿De verdad?

—Mi padre me pegó una paliza al descubrirme haciéndole una felación a uno de sus

amigos.

Señala una cicatriz que tiene en su cuello.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo tapando mi boca por semejante brutalidad.

—Mi madre tuvo que decidir entre los dos y se decantó por él, claro. Así que desde

los doce años tuve que buscarme la vida como pude.

—¿Y qué hiciste?

—Vender lo único que tenía, mi cuerpo.

—Belly, no.

—Cleo, no todos hemos nacido en una familia acomodada, pero no te preocupes por

mí, ahora soy más o menos feliz, al menos lo era hasta que la academia dejó de funcionar.

—¿Antes funcionaba? ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Uno de los clientes que solía acostarse conmigo asiduamente estaba casado y tenía hijos, era un alto cargo del ayuntamiento y se enamoró de mí. Por su posición social no

podía sacarlo a la luz, pues lo perdería todo, pero se llegó a obsesionar conmigo hasta tal punto que había días que se los pasaba enteros a mi lado, bueno, a mi espalda. —Me guiña

un ojo.

—Madre mía, qué fuerte.

—Yo le dije que no podía pasar tanto tiempo con él si no me lo pagaba, pues estaba

perdiendo dinero.

—Hombre, visto de ese modo... fuiste un poco brusco.

—Ninguna puta folla gratis, bonita —bromea sonriente, pero con un halo de tristeza

en sus ojos—. A mí me encantaban las relaciones sexuales de todo tipo y con todo tipo de

hombres, incluso me pagaban para hacerlo en grupo, ¡el trenecito era de mis preferidos!

Me daba igual porque para mí era pura diversión, algo que hacía por placer y encima me

pagaban bien. Casi todos los clientes me elegían a mí por esa misma razón, yo gozaba mucho practicando el sexo, no era ninguna obligación.

—Eres un *ninfómano*. —No suelo escandalizarme, pero su testimonio logra ruborizarme.

—Son maneras de plantearse la vida, Cleo. A mí se me daba muy bien y le saqué partido mientras lo necesité; no he vuelto a hacerlo, aunque no dudaría en volver.

—Lo entiendo, pero no sé, puede deberse a la educación de cada uno, para mí eso sería un infierno.

—Lo es si no te gusta, si lo haces por obligación o por pagar a las mafias. Yo lo hacía

porque me gustaba y lo dejé cuando quise para montar la academia. Aunque de vez en cuando atendía algunas llamadas importantes —carraspea.

—¿Y qué pasó con el del ayuntamiento?

—Venía a visitarme —enfatisa— a la academia, donde fornicábamos durante horas

después de las clases, hasta que tuve demasiadas horas de danza y estaba demasiado cansado para atender sus deseos. Cuando se lo dije, se enfadó y le contó a todos mis clientes que tenía una grave enfermedad contagiosa. Y hasta hoy no había vuelto a tener

clientela.

—¡Será hijo de puta! —suelto indignada.

—Pues sí.

—¿Y no fuiste a contarle a su mujer lo que hacía su querido maridito?

—Digamos que se enteró de casualidad. —Sonríe malévolamente—. Lo preparé todo para

que nos pillase en un parque.

—¡Muy bien hecho!

Chocamos los cinco.

—Aunque eso no me devolvió los clientes —se lamenta.

—Bueno, pero ahora vamos a conseguir que las clases se llenen y que tengan que hacer cola en la puerta.

—¡Ojalá, Cleo!

Charlamos otro rato sobre nimiedades, me encanta hablar con él sobre moda o libros,

y luego me despido hasta la hora del espectáculo para acudir presta a mi sesión de belleza.

En dicha sesión no disfruto tanto como la última vez, he de admitir que al entrar a la

sala de masajes me temblaban las piernas de la emoción, pero nada, no ha habido final feliz, solo un simple masaje de espalda, muy bueno, sí, aunque no tanto como el del otro

día.

Además, el peluquero infernal me ha obligado a ponerme una maldita peluca. En su

defensa ha dicho que Cleopatra las utilizaba también, que es de pelo natural ,

blablablá.

Por mucho que lo he intentado, ha pasado de mí y ha terminado haciendo un moño de abuela con mi cabello real para poder ponérmela. Por lo tanto, he salido de allí jurándole venganza.

He de admitir que no me sienta nada mal. El pelo es moreno, liso, a la altura de los

hombros y con un flequillo recto por encima de los ojos. Me veo sexi y le proporciona a

mis facciones un toque muy refinado, pero me da miedo que se caiga en medio del baile o

algo así, y aunque el maldito peluquero me haya prometido que va sujeta a la perfección y que eso sería imposible, ya tengo demasiadas preocupaciones en la cabeza como para tener otra más, literalmente.



Capítulo 21

Mientras escucho la música y ensayo con extrema atención los pasos de la danza, deparo en que mi baile de hoy estará marcado sobre todo por los

nervios, pues no

es lo mismo bailar para un numeroso y variopinto público, lo cual me permite disfrutar de la actuación, que para un conjunto de hombres elegantemente vestidos que me observarán

con ojos golosos.

El tener a Marco Antonio sentado entre los presentes me tranquiliza bastante, es más,

creo que si él no estuviese aquí, no sería capaz de hacerlo.

Él me mira con los ojos más turbios que ningún otro, y esa oscuridad en ellos me halaga y me excita a partes iguales. No veo el momento de terminar la función para reunirme con él y meterme entre sus brazos. Tenerlo tan cerca y no poder tocarlo es un infierno.

La actuación comienza sin ningún contratiempo, los guepardos parecen estar ya

habitados a mí y viceversa. Todo marcha viento en popa, por eso consigo relajarme y bailar al son de la música, entre otras cosas porque no veo al público al tener los focos de frente.

Como sé que Marco Antonio está en su sitio habitual, decido hacerle sufrir un poquito, así que bajo del escenario bailando mientras la música sigue sonando. Sus ojos me observan con detenimiento e intriga.

Cuando llego a su altura le pongo uno de mis pies sobre su rodilla. Él acaricia mi muslo con osadía, acariciando mi sexo de manera sutil al llegar al final. Entonces lo empujo con el pie y da la sensación de que lo he apartado de mí. Todos se carcajean cuando le sonrío con picardía y él me devuelve una mirada asesina.

Al volver hacia el escenario, uno de los presentes se levanta de su silla para meter en

mi sujetador un fajo de billetes, tocándome el pecho más de la cuenta al

hacerlo. Si hubiese estado en la calle, evidentemente, le hubiese asestado un buen guantazo, pero debo continuar con la gala intentando mantener la calma.

Veo que Marco Antonio hace el ademán de levantarse para matarlo, así que cojo los

billetes y se los lanzo a la cara, haciendo que llueva dinero a nuestro alrededor, todo esto sin dejar de bailar en ningún momento. Todos los presentes aplauden entre risas y el imprudente se agacha humillado a recoger su dinero, demasiado irritado para mi gusto.

Vuelvo a subir al escenario y por fin termino la función. Cuando salgo a saludar a los

clientes, el hombre de los billetes ya no está en su sitio.

Nos encontramos en el camerino, por fin a salvo. Las dos chicas que me ayudan a vestirme me han quitado la ropa y la peluca para poder limpiarlo todo y llevarlo a mi *suite*.

Me he puesto un caftán de seda gris con pedrería turquesa. Ambas chicas se despiden y se

marchan.

—Pues a mí me ha encantado la peluca, digas lo que digas, me recordabas a la mismísima Cleopatra. A esos pobres mortales casi les da un patatús cuando has aparecido

en el escenario —comenta Belly con entusiasmo mientras me desmaquillo.

—Admito que no me sentaba mal, pero prefiero mi pelo —refunfuño atusando mis

rizos por fin liberados del moño.

—Ya tienes las típicas tonterías de diva.

No me da tiempo a responderle porque llaman a la puerta.

Belly se acerca a abrir con serenidad, supongo que ambos creemos que se trata de Marco Antonio.

—Cleo, es un hombre —me informa sujetando la puerta con cara de pánico —, dice

que quiere felicitarte por la actuación.

Mi reacción es no permitirle entrar, pero no me da tiempo a contestarle cuando ya está dentro.

El hombre que momentos antes introducía los billetes en mi sujetador es muy alto, demasiado delgado para su altura, de tez morena con unos ojos de color miel. Es más que

evidente su procedencia árabe y me observa con atención junto a la puerta.

—Cleopatra —susurra, contemplándome obnubilado.

La verdad es que es atractivo.

—¡No se puede visitar a la artista, está prohibido! —le increpa Belly, tapándome con

su cuerpo.

El susodicho le planta un fajo de billetes mucho más grande que el anterior entre sus

manos y le dice algo en otro idioma.

—Estaré fuera si me necesitas —me indica un Belly desconocido, tragándose su

orgullo.

No le replico porque sé lo que necesita ese dinero, pero acaba de partirme el corazón.

Cuando la puerta se cierra tras él, el hombre se acerca un poco más a mí.

—Ni te imaginas la cantidad de tiempo que llevo soñando con este momento

—

murmura con una voz serena.

No estoy segura si es su tono de voz, su mirada o las palabras que pronuncia lo que

me pone más en guardia, pero desde luego tengo cada músculo de mi ser en tensión.

—¿A qué ha venido, caballero? —le pregunto intentando aparentar calma, cuando en

realidad lo que hago es buscar con disimulo algo punzante por la habitación.

—A conocerte —hace una pausa para contemplar mi cuerpo y me hace sentir muy

molesta—, Cleopatra.

—Solo soy una simple bailarina, no debería tomarse la molestia —intento restarle importancia al hecho.

—Ambos sabemos que eso no es cierto —agudiza su mirada—, ni eres bailarina ni eres una más.

Un escalofrío recorre mi cuerpo a modo de advertencia.

—Me está molestando. Me gustaría que se retirase, por favor —le indico señalando la

puerta que a propósito tapa con su cuerpo.

—Antes querría proponerte una cosa, ¿podría tener el privilegio de que bailases en privado para mí, solos tú y yo?

—¡Ni hablar! Yo no hago bailes privados —retrocedo.

—Es una lástima, dado que las mejores cantantes y bailarinas del mundo conceden números privados sin ningún inconveniente. —Él avanza despacio.

—He dicho que no, de ninguna manera. —Sigo retrocediendo.

—Pide el dinero que quieras y lo tendrás.

—¡No es no! —Me choco contra la pared.

—¿Crees que puedes contonearte así de fresca delante de todos los hombres y que ninguno requiera tus favores para sí mismo? ¿Para qué piensas que bailan las mujeres? Si

quisiera pasar la noche contigo deberías acceder a ello, para eso estás aquí, y te pagaría bien —señala de manera fría y calculadora frente a mí, demasiado cerca para mi gusto.

Por un momento dudo si acceder y seguirle la corriente para escapar en cuanto tenga

la menor ocasión, o directamente mandarle a tomar por ahí, aunque no me interesa que un

hombre tan corpulento se enfade estando con él a solas.

—Siento informarle de que se equivoca, las bailarinas bailamos porque nos da la gana, no para que nos ofrezcan favores sexuales a cambio de dinero, para eso están las prostitutas —me defiendo.

—Todo tiene un precio. Soy el heredero de uno de los imperios más importantes de

Arabia y estoy dispuesto a ponerlo todo a tus pies, ¿cuál es el precio, Cleopatra? —insiste.

—¡No estoy en venta! —grito antes de que se abalance sobre mí.

En ese momento la puerta se abre de forma violenta y Marco Antonio aparece como

un vendaval en medio de la tormenta. No pregunta nada, solo se lanza sobre mi acompañante para pegarle un fuerte puñetazo, que lo tira al suelo con el impacto.

El hombre misterioso se toca el labio ensangrentado y lo amenaza en árabe con los

ojos llenos de odio al levantarse.

—¡Os arrepentiréis de esto! —Escupe sangre al suelo y se marcha.

Marco Antonio se apresura a envolverme entre sus brazos, muy fuerte, y por fin reacciono, consiguiendo volver a respirar, ahora sí me siento a salvo.

—¿Quién cojones era ese? ¿Lo conoces de algo? —me pregunta nervioso.

—¡Vámonos de aquí, puede volver! —Lo arrastro hacia la puerta.

—Como vuelva, lo mataré —ruge todavía respirando con dificultad.

Salimos del hotel a toda prisa, yo porque quiero huir y él porque quiere atrapar a ese

farsante, pero ya no hay nadie, ni rastro de él.

—Marco Antonio, tranquilízate, no va a ser tan tonto de quedarse aquí para que lo atrapes.

Pega un fuerte puñetazo contra la pared sin poner ningún gesto de dolor, aunque es

evidente que se ha hecho daño.

—¡Mierda! Se me ha escapado, joder —se reprocha a sí mismo.

—Vamos a dar un paseo, los dos necesitamos que nos dé el aire. —Esta vez

soy yo la

que coge su mano y me dirijo hacia el lado norte de La Corniche, en dirección a la gran

biblioteca.

Caminamos un buen rato sin dirigirnos la palabra, tan solo contemplando la ciudad iluminada de noche, me encanta esta avenida, siempre está muy activa y llena de gente.

Un hombre se gira para mirarme al cruzarse con nosotros y mi acompañante le

increpa en árabe.

—No me acostumbro a que te miren todos con ese descaro —protesta.

—Pues meterme a bailar *belly dance* en uno de los hoteles más lujosos de Egipto no creo que sea el mejor de los remedios para tu dolencia —me burlo.

—Supongo que no —murmura irritado, sin mirarme, mientras camina pensativo.

—Marco Antonio, no entiendo por qué estás enfadado conmigo, yo no he hecho nada

—alego, no sirvo para estarme calladita, me gusta enfrentarme a las cosas.

—No estoy enfadado contigo, lo estoy conmigo mismo por haber dejado que se

escape ese cabronazo, ¡joder!

—No ha sido tu culpa ni la mía, no puedes estar las veinticuatro horas del día vigilándome.

—Es mi único cometido en la vida, ¿no lo entiendes? Si te sucediese algo, miles de

años de sacrificio de múltiples generaciones no habrán servido para nada — explica enojado.

—¿Y qué es lo que te preocupa en realidad, ser tú el causante de tal desgracia o el

hecho en sí? —quiero saber, enfadada por su actitud.

Se detiene en seco para mirarme.

—Cleopatra, necesito que me creas, jamás te he mentado. No creo que nosotros

lleguemos a conocer a tu descendencia. —Su voz denota una gran tristeza—. Por eso te lo

he contado todo. No quiero que si me ocurriese algo, se perdiese el secreto conmigo.

Debes contar su verdad, la humanidad merece saberlo. He escondido el mapa bajo el colchón de tu cama —susurra.

—¡¿Qué?! ¿A qué te refieres?

—Giulio ha desaparecido y mi abuelo está a punto de morir, solo quedo yo, y no lo

estoy haciendo demasiado bien. —Su voz tiembla de ira.

—¡No digas eso! Lo estás haciendo más que bien, ¿crees que otro hubiese conseguido que me fiase de él a ciegas? ¡Jamás! Tú has hecho que crea en todo esto... —

señalo a mi alrededor con los brazos extendidos—, has logrado que crea en ti.

—La empresa que hemos contratado para vigilarte está pendiente de tus pasos día y

noche, confío plenamente en que ellos, velarán por tu seguridad si faltó yo.

Se refiere a los trillizos musculosos.

—Marco Antonio, yo solo me siento segura a tu lado, no quiero que nadie más me

cuide, así que intenta que no te suceda nada malo, porque iré a buscarte allá donde estés

—le regañó enfadada por su actitud derrotista—, ¡incluso al otro mundo!

Él aprieta los puños y tensa la mandíbula. Me coge por la cintura y me aprisiona contra la pared para mirarme muy de cerca, agitando mi corazón y mi entrepierna por su

repentina impetuosidad.

—Te juro que velaré por ti hasta mi último aliento, Cleopatra, pero hemos de estar preparados, ambos, por si algo no saliese bien. Eres una mujer fuerte y valiente, confío en que en tal caso harás lo correcto.

Permanecemos un instante mirándonos, perdiéndonos en la inmensidad de los ojos

del otro. Hasta que levanto la mano para agarrarlo del pelo y tirar hacia mí haciendo que su boca encuentre la mía. Me besa con un deseo contenido, aunque lo deja en libertad en

cuanto sus labios rozan los míos, con la maestría que le han concedido los infinitos besos que ha regalado a lo largo de su vida y con la arrogante ambición de hacerme suya con solo rozarme su miembro hambriento.

—Me has embrujado, Cleopatra, no controlo mis actos; si algo te sucede, moriré —

musita contra mis labios.

Nos separamos a duras penas, ya que si continuamos besándonos de esta

manera, esto

puede terminar en escándalo público y con él en la cárcel o ahorcado. Los dos respiramos

de manera agitada por el subidón de adrenalina que ha invadido nuestras venas.

Volvemos a caminar, intentando así recuperar la calma.

—Marco, quiero saber más cosas sobre ti.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo conociste a tu abuelo tan tarde? ¿Qué ocurrió con tu tía? Me gustaría saber

qué pasa con Gabriel, perdón, con Giulio...

Él no parece demasiado convencido.

—¿Recuerdas la historia que te conté sobre el incendio de la casa de mis padres? —

pregunta.

—Claro.

—Pues el trabajador que provocó el fuego era uno de ellos. Se infiltró durante años

entre nosotros para sonsacar información a mis padres y como no la obtuvo, decidieron eliminarnos a los cuatro.

—Pero la jugada les salió mal.

—¡Gracias al cielo! Mi padre era hijo único y había dejado de tener relación con mi

abuelo porque no quería que llevásemos la carga de la familia sobre nuestros hombros, deseaba que sus hijos fuesen libres.

—Entiendo. Me hago una ligera idea de lo que significa que elijan tu destino por ti...

Él pasa por alto mi comentario a propósito.

—Hay que ser muy valiente para aceptar semejante responsabilidad —añado.

Asiente.

—Al morir ellos, Giulio y yo éramos los últimos que quedaban, mi abuelo no tuvo otra opción. En cuanto supo que yo había vuelto a Italia, me mandó llamar. Por supuesto,

él ya había hablado con Giulio antes. Por eso, desde entonces, los dos te conocemos a la

perfección. Hemos seguido tus pasos en la distancia, para que ellos no sospechasen quién

eras.

—¿Y ellos, mientras tanto, aguardaban pacientemente hasta que cometieseis un fallo?

Resulta muy extraño, ¿no crees?

—A lo largo de la historia han intentado sonsacarnos la información de todas las maneras, desde torturas a engaños amorosos, pero nunca hemos cedido. Nosotros por nuestra parte hemos intentado varias cosas para mantener a la estirpe a salvo, y la que mejores resultados daba era la del camuflaje.

—¿Quieres decir que se hacían pasar por otras personas? —inquiero asombrada.

—Por amantes, padres, hermanos y muchas cosas más.

—¿Qué otras cosas?

—Amigas, por ejemplo, tus amigas Clara y Corín también estaban en el bando

enemigo, se les escapó algo en una de las tórridas noches que pasaron junto a mi hermano.

—No puede ser —balbuceo, recordando la de veces que he estado con ellas, eran como mis hermanas.

No me queda más decepción en el cuerpo.

—¿Recuerdas al ama de llaves de mi hermano, la que vivía con vosotros? — pregunta.

—¿Pilar? —No puede ser, siempre fue una mujer muy buena.

Él asiente.

—Ella fue quien te delató. Una noche espió a mi hermano cuando hablaba con mi abuelo por teléfono. Él quería declararte su amor y mi abuelo lo convenció para no hacerlo, fue todo por tu bien. Él no te engañó, Cleopatra, simplemente nunca le permitieron contarte la verdad.

Vaya, ahora sí que no sé qué más decir, bueno, sí, que Pilar es una auténtica hija de su

madre, que jamás pienso volver a tener amigas y que sigo resentida con mi amigo, el falso Gabriel.

—Bueno, todo esto a ti te ha venido de perlas... —comento para quitar hierro al asunto.

—Por una parte sí...

—Cuando tu hermano aparezca, se va a cabrear mucho contigo, lo sabes, ¿no?

—No quiero ni pensarlo —apunta.

—¿Crees que estará bien?

—Creo que sí, muerto no les sirve para nada. Todavía no se han puesto en contacto

con nosotros, pero mi instinto me dice que ese hombre que ha ido a molestarte al camerino está metido en el ajo hasta el cuello. Te han descubierto mucho antes de lo que esperábamos —comenta.

—¿En serio? ¿Por qué lo crees?

—Por lo que te dijo.

—¿Y tú cómo sabes lo que me d...? —Ni siquiera termino la frase, pues resulta obvio que estaba escuchando por algún micrófono.

—Si llegas a concederle ese baile privado, no hubiese respondido de mis actos —

gruñe con una voz grave.

Me vuelve loca que se ponga celoso en plan «tú ser mía», no parecía de esos y voy a

torturarlo un poco.

—No puedes evitar que baile para algún hombre, este no me gustaba, pero a lo mejor

otro...

—Cleopatra, lo mataré —me interrumpe bruscamente, para mirarme a los ojos con

determinación—. Ni te lo plantees, porque eso no pasará.

—¿De qué hablas? ¡Puedo hacer lo que me dé la gana con mi cuerpo, tú no

me puedes prohibir nada! —Pongo las manos en jarra.

—¡Buscaré hasta en el infierno al que ose proponértelo y le arrancaré los ojos! —

brama enojadísimo.

Entonces suelto un bufido, seguido de una carcajada, porque no me imaginaba que se

pusiera así de posesivo y no puedo evitar que me haga gracia verlo tan ofuscado.

—Tranquilízate, «Aníbal», que te va a dar algo —digo entre risas.

Por supuesto, si me da la gana de hacer un baile privado, o veinte, no me lo va a prohibir ni él ni mil como él, pero como todavía no se ha dado el caso, vamos a pasar palabra.

—Entonces ¿quieres decir que sabes cada cosa que hago y digo en todo momento? —

pregunto súper mosqueada, pues quiero pensar que lo hace en contadas ocasiones.

—Sí.

¡Toma! ¡Y lo suelta así, tan pancho!

—¡Eso no es posible! —No salgo de mi asombro.

—Sí que lo es, de hecho, toda tu vida te hemos controlado, primero mi abuelo, después Giulio y ahora yo. Eres como una especie de *Gran hermano* andante. En la antigüedad no era posible, pero hoy en día sí, y no íbamos a desaprovechar los avances de la ciencia para protegerte.

—¡Oh, Dios, estoy flipando! —Me va a estallar el cerebro.

—Es por tu seguridad, Cleopatra, eso es lo único que importa.

—Sé que es por mi seguridad, pero no me hace ninguna gracia, ¡esto es ilegal!

¡Además no es libertad! —me quejo indignada.

De pronto se me pasan por la cabeza miles de escenas bochornosas que nunca hubiese querido que nadie supiese... ¡Y menos él!

—¿Me has visto en momentos íntimos?

—Algo he escuchado, sí —admite sonriente, acariciando su nuca.

Abro los ojos desmesuradamente.

—Pero lo que más me gustaba era cuando te masturbabas.

—¡Eres un cerdo! —Le pego un puñetazo en el brazo, pero me esquivo tronchado de

la risa.

—¡Oye, pantera!, que lo mío tampoco es libertad, ¿o acaso crees que me entusiasma

tener que pasarme el día controlando a una desquiciada que a la mínima ocasión que tiene

se escapa por la ciudad con un negro gay?

Le dedico una mirada de odio mortal y se parte de la risa.

—¡Te odio! —grito impotente.

—Cleopatra, sea como fuere, nuestros caminos se han cruzado en una paradójica

artimaña del destino. Yo jamás hubiese imaginado esta situación, pero ha sido inevitable, todos los astros se han confabulado para que ahora mismo

estemos paseando bajo la inmensidad de las estrellas alejandrinas. Haciendo posible lo imposible.

Dejo que mi mente asimile sus bellas palabras justo después de querer matarlo.

Además, a un hombre con su falsa apariencia desaliñada, su chulería nata y esa expresión

de superioridad, no le pega nada hablar de una forma tan profunda.

Después de permanecer durante el largo recorrido en silencio, me giro hacia él.

—Marco Antonio, tengo miedo —le confieso.

—No debes tenerlo, todos están vigilándote. Cualquiera que se acerque a ti lo más mínimo tendrá un arma automáticamente apuntando a su cabeza y a un loco enamorado muy cabreado.

Este inofensivo comentario provoca que mi corazón palpite a un ritmo desenfrenado.

—¿Enamorado? —repito.

—No te hagas la tonta, lo sabes de sobra. —No me mira.

¿Lo sabía? ¡No lo sabía! Pensaba que era solo atracción sexual, nada de enamoramientos...

Parece que quiere obviar su comentario, como si se acabase de arrepentir de haber dicho tal cosa.

—Ese hombre logró entrar en tu camerino —explica como si nada.

—Podría haberme matado de haberlo querido.

—Bueno, eso no es del todo cierto...

Lo miro aturdida.

—¿Quieres decir que le dejaste llegar hasta mí? —Inquiero espantada.

—Quería saber qué pretendía, era una oportunidad de oro. —Se encoge de hombros.

—¡Vaya, y yo pensando que te importaba de verdad! ¡Qué ignorante soy, casi me lo

creo! —Me llevo las manos a la cabeza.

—Vamos, nena, no seas catastrofista. No quieren matarte, eres su única baza para conseguir el mapa. Si tú desaparecieras de la ecuación, se terminaría todo, ya nada tendría sentido. El protocolo dicta que si ocurriese la desgracia, habría que destruir el mapa al instante —me explica—, y ellos deben saberlo, no se van a arriesgar.

—¿Y si consiguen el mapa?

—Tendrían que descifrarlo. Ten en cuenta que lo dibujaron en un papiro hace más de

dos mil años. Para alguien que no sabe leerlo es prácticamente imposible, solo son un montón de rayas y círculos. Nosotros lo sabemos leer porque nos lo han explicado de generación en generación. Aun así, suponiendo que lo consiguiesen y encontrasen el lugar

exacto, dentro del templo hay un auténtico laberinto de túneles subterráneos que

excavaron los súbditos de la reina para despistar a expoliadores y demás invasores. En resumidas cuentas, sin nosotros les resultará imposible llegar hasta la cámara mortuoria —

expone convencido.

—Mi conclusión es que a quien necesitan es a ti y no a mí, yo solo soy un señuelo

para hacerse contigo.

—Eso no sería lógico, porque a mí me tienen fichado desde que nací, siempre han sabido quién soy, yo y toda mi familia. Y en todo ese tiempo no han actuado ni me han

matado, solo han aparecido cuando han descubierto tu identidad —me explica.

—Entonces... está claro que me quieren a mí y no sabemos para qué —concluyo

confusa.

Él no añade nada más.

—Hemos llegado a tu biblioteca —me indica.

Miro por inercia hacia donde me señala su mano y descubro que se trata de un edificio redondo moderno de hormigón.

—En la actualidad, la Unesco ha financiado el proyecto de reconstrucción de la nueva *Bibliotheca Alexandrina* justo donde estaba la antigua, evocando la forma del sol egipcio, el dios Ra. Ocupa ochenta y cinco mil metros cuadrados y atesora más de ocho

millones de libros. Cien mil manuscritos antiguos y más de diez mil libros incunables. El próximo día vendremos por la mañana para que la visites por dentro, es algo

impresionante —me cuenta emocionado.

La observo excitada y me apoyo en la barandilla que hay detrás de mí para no desmayarme por la impresión que me causa contemplarla. Mejor dicho, por imaginarme varios siglos atrás en este mismo emplazamiento.

—Pensaba que se iban a esmerar más en diseñarla. —No puedo evitar que la decepción se apodere de mí, pues soy una rata de biblioteca que siente pasión

por los libros, y la mítica biblioteca de Alejandría siempre ha sido una de mis espinitas clavadas, una de mis varias razones de peso por las que odiar a la humanidad. No quería morir sin

ver la nueva versión de tan importante edificio, y ahora que la tengo delante... es...

—Parece encajar mejor en un mundo sumido en las tinieblas que en este, ¿verdad? —

alega Marco Antonio al ver mi cara—. Han construido una romántica metáfora sobre lo que una vez fueron los anhelos del conocimiento humano. El miedo a saber lo que no se

debe y los conflictos entre creencias, en épocas donde la brutalidad se premiaba mucho

más que saber leer, permitieron que acabasen con la mayor cúspide cultural de todos los tiempos.

—Pero siempre será eso, tan solo una metáfora de la antigua biblioteca — balbuceo.

—Fue uno de los mayores horrores de la historia de la humanidad, pues sus paredes

contenían la suma del conocimiento humano. Hoy en día lo podríamos comparar con Wikipedia o Google —comenta absorto en sus muros.

—Todavía lo pienso y me entran ganas de llorar, aunque ya nunca podremos conocer

la verdadera magnitud de destrucción que alcanzó semejante incendio — murmuro

apenada.

—Efectivamente la destrucción fue incalculable. Todo manuscrito que existía, mapa

o escrito se traía por mar hasta Alejandría y se copiaba en papiros, devolviéndose la copia y guardando el original aquí. Los ptolomeos eran muy cultos y siempre invirtieron grandes sumas de dinero en la prosperidad de su biblioteca. Era la meca de la cultura. Podría haber más de novecientos mil papiros de los que no quedan ni sus cenizas. Aquí se tradujo del

hebreo al griego por primera vez el *Antiguo Testamento*.

No puedo apartar mis ojos de ella e imaginar su grandeza hace siglos. Me gustaría

tanto haber paseado por esos pasillos repletos de saber, como hacía Hipatia, o incluso la misma Cleopatra.

—Además fue la primera universidad del mundo —añado al recordar de pronto

algunos de los artículos que leí sobre ella—. Aquí se investigaban y debatían asuntos de

gran importancia médica y científica, así como filosóficas, geométricas, astronómicas o literarias. Recuerdo haber leído que algunos eruditos como Arquímedes o Apolonio estuvieron aquí enseñando a los demás.

—No te equivocas, doctora. Cleopatra gustaba de pasear por sus inmensos pasillos,

leyendo a su paso lo que caía en sus manos. Era una mujer ávida, culturalmente hablando,

incluso se rumoreaba que a veces debatía sobre ciencias frente a los grandes sabios en las diferentes salas a las que haces alusión.

—No recuerdo quién la construyó —comento intentando hacer memoria.

—Alejandro Magno había estudiado con Aristóteles y por eso aspiraba a que sus conquistas no fuesen solo un mero símbolo de destrucción, sino también de cultura para el pueblo, por eso la mandó construir. Fue todo un visionario, ya que su idea se asemejaba

más a lo que hoy en día entendemos por biblioteca que a lo que llegó a ser, ya que,

lamentablemente, el pueblo nunca tuvo acceso al saber hasta varios siglos después.

—La pena es que hay un Alejandro entre mil millones. El ser humano resulta ser una

continua decepción —añado apenada—, no es capaz nunca de proteger nada. Todo

termina desapareciendo por culpa del hombre... todo.

Él me observa con una mirada demasiado dolida por mi comentario.

—Esperemos que esta vez no tengas razón —señala abatido.

Cogemos un taxi que nos lleva de vuelta al hotel, pues lo hemos dejado bastante lejos; como veníamos charlando, ni nos hemos dado cuenta de los kilómetros recorridos.

Ahora mismo siento como si llevase una gran carga sobre mis hombros, tan triste por

ser testigo de la ruina de aquella grandiosa biblioteca que casi me cuesta asumirlo. Creo que si hubiese estado el día del incendio, hubiese muerto de pena allí mismo.



Capítulo 22

Cuando entramos por las puertas de la *suite* se encienden las luces de manera automática y pego un grito al verlo todo revuelto.

—¡Baja a la recepción, Cleopatra, allí estarás a salvo, rápido! —me ordena Marco Antonio mientras saca una pistola del tercer cajón del mueble de la entrada.

—Pero...

—¡Obedéceme por una puta vez en tu vida! —ruge sin mirarme.

Yo doy un respingo por el susto que me ha dado su grito y me apresuro a correr hasta

el ascensor, que para mi sorpresa está vacío, es la primera vez que el ascensorista no está.

«Será su día libre, aunque los viernes son los días libres aquí y hoy es jueves», pienso

dando yo misma al botón de la planta baja.

El ascensor se detiene en la cuarta planta, donde un hombre de sobra conocido me está esperando. Mi corazón deja de latir.

Intento dar a toda prisa al botón para que se cierren las puertas, pero el hombre misterioso ha puesto el pie entre ellas para que no lo consiga.

Dos hombres musculosos se plantan ante mí de repente y me cogen, uno por los brazos y otro por las piernas, mientras yo grito e intento deshacerme con desesperación de la prisión, pero es inútil, parezco una hormiga cazada por un oso, así que poco logro hacer.

Entran a toda prisa en una habitación conmigo cargada. Me ponen una mordaza para

que deje de chillar y me atan a una silla. Siento cómo mi corazón late desbocado, se me va a salir por la boca.

—¿Sabes lo que más me gusta del gas, Cleopatra? —La voz del hombre que antes me

asaltó en el camerino resuena a mi espalda—. Que ni huele ni se ve —añade.

Y entonces dejo de ver, todo se torna negro de repente.

...

Cuando me despierto ya no estoy en el hotel, esto da la impresión de ser más bien la

casa de alguien. Todo a mi alrededor resplandece antigüedad, los muebles de madera, las floreadas cortinas pasadas de moda y el suelo de porcelana gastada. Creo que estoy en una especie de salón.

—Buenos días, Cleopatra. Me hubiese gustado que nuestro encuentro fuese de otra manera, pero te negaste, por lo que no me has dejado más opciones.

—Su voz suena a mi

derecha, por lo que giro mi rostro y enseguida lo veo, sentado sobre un sofá de color burdeos, igual de antiguo que el resto de la casa.

No puedo hablar debido a la cinta que tengo pegada en la boca, así que hago un ruido

con la garganta.

—¡Oh!, disculpa mi mala educación, había olvidado la mordaza. —Se levanta de un

salto y la despega de mi rostro de un tirón. Aguanto estoicamente el insulto que le quiero dedicar, no pienso darle ese gusto.

Gira la silla del hotel donde todavía permanezco atada para situarla de frente al sofá.

Comienzo a gritar con todas mis fuerzas.

—¡Socorro! ¡Ayuda!

Él vuelve a sentarse en el sofá tan tranquilo mientras yo me desgañito.

—Puedes gritar lo que quieras, aquí no te va a escuchar nadie, estamos en medio de

la nada —me informa—. Cuando hayas terminado, hablamos.

Hace un gesto con su mano para que siga gritando, pero ya no quiero hacerlo. Lo miro con odio; si las miradas matasen, caería fulminado.

—¿Quién eres y qué es lo que quieres? —pregunto con mis ojos llenos de ira.

—Es cierto, no hemos tenido tiempo de presentarnos. Disculpa mi mala educación, no estoy acostumbrado a tener a una diosa ante mis ojos y no sé muy bien cómo actuar,

me pones nervioso —alega.

No le creo nada.

—Mi nombre es Mohamed Milah y soy el encargado oficial de contarte toda

la

verdad y de conseguir terminar con milenios de tragedias familiares.

—¿Ah, sí? ¿Y piensas que durmiéndome con gases y secuestrándome lo vas a conseguir? —espeto irritada.

—Bueno, ellos lo hicieron de la misma manera, ¿me equivoco? Confiaba en que la segunda vez también funcionase, aunque he de reconocer que yo no cuento con los increíbles ojos de tu Marco Antonio. Cada vez que lo pienso, más me sorprende lo que es

el azar.

Pues tiene razón, ellos también me drogaron para traerme hasta aquí.

—No tengas miedo, Cleopatra, no quiero hacerte daño. Aunque te hayan contado que

nosotros somos los malos y que pretendemos matarte, no es cierto. Solo les interesa que

creas eso.

—¡Ellos no tienen intereses, no los calumnies en mi presencia, no te lo consiento! —

vocifero.

—¡Oh!, mira qué curioso. Después de tantos siglos, todavía conservas los aires de reina —comenta sorprendido.

—¡Yo no tengo aires de nada, mentecato! —intento zafarme de las cuerdas, pero lo

único que consigo es hacerme daño en muñecas y tobillos.

—¿En serio crees que él hace todo esto por amor? Entonces no eres tan

inteligente como tu gran antepasada. Te ha engatusado de manera vil y rastrea para que te enamores de toda esa historia y, más concretamente, de él.

—¡Mientes!

—Te habrán contado sus típicas fábulas románticas sobre que llevan toda la vida protegiéndote, él y todas las generaciones de su familia, *blablablá*. Pero lo que no te ha desvelado es el verdadero motivo para hacerlo, ¿me equivoco?

—¡Eso no es cierto, no pienso escucharte!

—Cuando Cleopatra se recluyó en su mausoleo para que Octavio no la encontrara, se llevó consigo miles de tesoros, oro por doquier, piedras preciosas del tamaño de puños, numerosas obras de arte, coronas, anillos, sus mejores galas... ¿Te imaginas cuánto valdría eso hoy en día?

—Eso no tiene valor, pertenece al patrimonio de la humanidad.

Él niega con la cabeza, esbozando una sonrisa.

—Sabes que los tesoros que se encuentren hay que entregarlos al gobierno, ¿verdad?

No le contesto, es obvio.

—¿Sabes que el gobierno paga por entregarle dichos tesoros? Es como si los comprasen simbólicamente. Se paga la mitad del valor de tasación al que lo encuentra y la otra mitad al heredero, si lo hubiese. ¿Y sabes cuál es la cantidad que te correspondería a ti como única heredera? ¿Puedes hacerte una ligera idea?

—Eso es absurdo, no se puede demostrar que soy descendiente de Cleopatra después

de tanto tiempo.

—Te equivocas. Se podría comprobar con tu ADN. Y, señorita, serías tan rica que podrías comprarte el mundo... Tú y tu consorte —canturrea.

Clava los ojos en mí.

—¡No pienso creerte!

—¿Y, sin embargo, te crees una historia en la que ambos hermanos han caído rendidos a tus pies? ¡Vaya, qué casualidad! Lo siento, pero a mí al menos me resultaría bastante inverosímil.

No quiero escucharlo, pero no puedo evitarlo y es que me está haciendo dudar.

Añade:

—¿Cómo aseguras que el amor de una persona hacia ti es desinteresado? — me

pregunta.

Yo me contesto a mí misma que es imposible.

—Además... —hace una pausa—, ¿no te ha contado tu amado Marco Antonio que

tiene una amiguita en un poblado muy cercano a Alejandría? Cuando te encuentres de nuevo con él, pregúntale por Nasir, ya verás cómo se queda blanco —me incita.

—¡Eso es falso!

—Si no me crees, dile que te la presente. No creo que se entusiasme demasiado al respecto. —Suelta una risotada.

Un fuerte impacto golpea mi alma. Me quedo en silencio para no delatarme, pero siento cómo mi corazón se desquebraja. Es curioso cómo sientes de una manera más intensa el amor cuando estás a punto de perderlo. Y cómo crees a

pies juntillas las cosas malas y no tanto las buenas.

—Suponiendo que todo eso fuese cierto, al menos ellos se han esforzado por tener una coartada creíble, ¿cuál es la razón por la que me queréis vosotros?

—pregunto intentando sacar algo valioso de todo esto.

—Yo no te voy a contar historias de niños, ya que somos adultos. Quiero que reclames la herencia una vez que se haya encontrado el sepulcro con los tesoros, una mitad para ti y la otra para mí. Nada más.

—¿Solo quieres eso? ¿Dinero? Me contaste que eras propietario de una de las fortunas árabes más importantes. No te creo.

Su expresión denota sorpresa por mi respuesta.

—¿Qué otra cosa iba a querer? —Me examina detenidamente esperando que le cace.

—No lo sé, pero aquí hay gato encerrado. Si hubiese sido solo eso, todos mis antepasados no hubiesen muerto intentando escapar, como lo hizo mi madre, os hubiesen

cedido la herencia y punto. Todos contentos y por fin mi linaje sería libre de una vez por todas. Yo te cedo todo, no quiero ni siquiera la mitad del dinero.

—Chica lista, me gusta, pero ¿crees que tu madre murió al salvarte, eso te han contado?

—¡Sí, vosotros la matasteis!

—Ya veo que se las han arreglado para dibujar mi legado peor que el del mismísimo

Satán. Tu pobre madre vivía oculta de toda civilización, estaba obsesionada con la historia que le habían contado sobre el linaje y todas esas tonterías. Era como un perro asustado

metido en una cueva.

—Me contaron que el señor Campinni casi muere al intentar salvarla —lo tanteo.

Se lleva las manos a la cabeza.

—El para ti entrañable Kenet Campinni dejó de hablar a su único hijo debido, en exclusiva, a que no accedió a casarse con tu madre. Él quiso tener un destino distinto,

decidió ser libre. Y por eso el abuelito —enfatisa— lo está intentando ahora con sus nietos, él fue quien provocó el incendio y mandó salvar solo a los niños, asesinando a su propio hijo. Después decidió no aparecer en sus vidas hasta el momento justo.

—No puede ser posible.

—Con dinero se consigue todo, Cleopatra, incluso cambiar la realidad de las cosas,

como hicieron contigo. Tus padres ficticios te educaron de una manera determinada, haciéndote creer ciertas cosas y renegando de otras, como por ejemplo el hecho de no tener demasiados amigos, siempre rodeada de un círculo muy pequeño y manejable.

Después tomó el relevo tu compañero de piso y ahora su hermano.

Estoy alucinando, si se está inventando todo esto sobre la marcha, podría ser un buen

escritor.

—No vayas tan rápido —intento centrarme en las partes—, ¿qué sucedió con mi

madre, según tú?

—Ella creía ciegamente en toda esta gente y en sus historias. Le aconsejaron vivir como una campesina, como alguien humilde, y ellos, entretanto, disfrutaban del dinero que les habían ido dejando generación tras generación

desde tiempos de Cleopatra, precisamente para que a vosotras, las descendientes, no os faltase de nada. Pero han descubierto que pueden vivir de forma holgada con ese dinero mientras la estirpe se muere de hambre. Y así, ya de paso, los dominan mejor.

—¿Qué ocurrió con mi madre? —exijo enojadísima.

—Tu madre se quedó embarazada de ti y nunca supimos quién fue el padre, se cree

que ella no quiso involucrar a nadie en esto, solo buscaba tener descendencia. Además, contra todo pronóstico de una mujer sumisa e inculta que vive en el campo, te puso el único nombre que estaba prohibido, el único que no debía usar jamás, el de la mismísima

reina-faraón.

—¿Por qué no debía ponerme este nombre?

—Según la secta que os ha protegido —enfatisa esta palabra y hace comillas con los

dedos—, se supone que os debéis ocultar para sobrevivir, pero yo opino justo lo contrario.

Es más difícil eliminar a una celebridad que a un anónimo, ¿no crees?

—Podría ser... —No pienso darle la razón.

—Después se quedó embarazada de nuevo, y para no tener que decidir quién

ostentaría la pureza del linaje, decidió entregar a su primogénita a la secta. Siempre apostó

por ti, por algún motivo creyó que tú serías la única digna de llevar el nombre sagrado.

Además, supuso que nosotros jamás buscaríamos a una Cleopatra. Tu madre era de campo, pero no era tonta.

—No.

Niega con la cabeza.

—Ella te entregó con la única condición de que no cambiaras tu nombre y a los pocos días murió de manera misteriosa, ella y su hija de seis meses.

—¡Las matasteis vosotros, desgraciado! —lo acuso sin querer asumir la dolorosa

verdad que se destapa ante mis ojos.

—Te equivocas, la mataron ellos, en concreto, Kennet. Ya no le interesaba que siguiese habiendo más descendientes, pues te tenía a ti en su poder. Por eso el abuelo está postrado en la cama desde entonces, ¿no creerás de verdad que no se puede levantar de ahí por la enorme pena que lo embarga? Tu madre se defendió con uñas y dientes cuando él

mismo fue a envenenarla, le clavó un hacha en la pierna antes de morir, la tenía escondida bajo la mesa, ya que se temía lo peor.

Me llevo las manos a la boca.

De repente siento una gran responsabilidad, veo las cosas muy distintas y, esta vez,

mucho más claras. Mi madre murió por mí, pero antes de hacerlo dejó muchas señales escondidas en sus actos, con la esperanza de que yo supiera leerlas algún día. Quería que todo se destapase. No se fiaba de ellos.

No me he dado cuenta de que estoy llorando. No creo que esto sea del todo cierto, cada cual disfraza la verdad a su antojo y conveniencia, lo que sí que tengo claro es que no debería estar permitido manipular así la vida de las personas, jugando a ser Dios con el destino de los demás.

—Cleopatra, te ofrezco lo mismo que hemos ofrecido a todos tus antepasados, tu libertad a cambio del tesoro.

Lo observo con los ojos entrecerrados.

—¿Ni siquiera tenéis el mapa y ya os estáis repartiendo el pastel?

—Claro que lo tenemos, obra en nuestro poder el mapa y la descendiente. Marco Antonio ha sido muy iluso al contarte dónde lo escondió —baja la voz para susurrar a modo de secreto—, debajo de tu colchón.

Mis ojos se abren como platos. Es cierto. Lo tienen.

—Si ahora mismo firmas la cesión de tu parte, te dejaré libre como a los pájaros y ya

nunca más seréis perseguidos, ni tú ni tus descendientes. Además, verás cómo tu querido

Marco Antonio, una vez que no seas la heredera, no siente ese amor tan grande por ti.

—En cuanto lo firme, me matarás. No soy tonta —lo acuso.

La avaricia rompe el saco. No tiene bastante con encontrar el tesoro y cobrar su parte,

que ya de por sí sería incalculable, que encima quiere mi parte también.

A mí en realidad no me importa el dinero, podría vivir sin problema como lo he hecho hasta hoy, pero no me gustaría ser la culpable de que interrumpiesen la paz eterna

de la última reina de Egipto y su amor, después de lo que les costó conseguirlo. ¿Quién sabe si los separarían o las atrocidades que harían con sus restos? A lo mejor es una visión demasiado espiritual de los acontecimientos, pero no puedo permitirlo, me niego. Si ha muerto tanta gente por ocultarlo a lo largo de los siglos, por alguna razón será.

Si encuentran algún día el sepulcro, que sea porque el destino así lo quiso, y no por

una decisión egoísta mía.

—En el contrato de cesión está escrito que nunca más volverás a saber de nosotros y

que nos comprometemos a salvaguardar tu vida, como hemos hecho siempre, por cierto —

añade.

—¿Que habéis hecho qué?

Esto es el colmo, ahora me intenta vender la moto de que son ellos los que me han

protegido.

—Siempre hay un ying y un yang, Cleopatra. Ni los buenos son tan buenos ni los malos, tan malos, y ya deberías saber que la codicia del hombre no conoce límites. El abuelo Campinni intentó criarte a su imagen y semejanza para que terminases

enamorándote de su nieto pequeño, el menos rebelde, pues dado tu fuerte carácter sería la mejor baza. Pero falló estrepitosamente, por eso decidió eliminarlo para que, por accidente, conocieses a su última esperanza, el rebelde Marco Antonio.

A lo mejor esto explica las miradas que se echaban nieto y abuelo el otro día en su

casa.

—Con lo que no contaba el viejo es con que nosotros también estuviésemos presentes

en forma de amigas, no pudo controlarlo todo.

Me siento tan dolida con ellas... Estoy decepcionada con el mundo.

—¿Le ha ocurrido algo a Giulio? —pregunto más preocupada que nunca.

—Eso se lo deberás preguntar a tus amiguitos.

No voy a pensarlo, solo espero que no haya sido capaz de hacerle daño a su propio

nieto.

—Continúa —le ordeno para dejar de pensar en él.

—Querían que te centrases en bailar para que no pensases en otras cosas. Ese amigo

tuyo, el profesor gay, también está metido en todo.

—¿Belly?

Afirma con la cabeza.

—Apuesto a que te ha hablado maravillas de tu amado —supone.

No afirmo ni desmiento nada, todavía ando con pies de plomo. Mi cabeza ahora es un

hervidero de dudas, pero él no se sorprende.

—Cleopatra, toda tu vida ha sido una mentira manejada por los hilos de los intereses

de uno y otro bando. La diferencia es que yo no te miento, he reconocido que únicamente

te quiero por el dinero, mientras que ellos te han llenado la cabeza de historias que no llegan a ninguna parte, cuando en realidad solo te quieren por el mismo motivo.

Sigo sin creerlo, todo esto no puede ser solo por dinero.

—Si tienes el mapa, ¿por qué quieres más? —quiero saber.

—El mapa no garantiza encontrar nada, es un compendio de líneas rectas y curvas en

medio de un gran jeroglífico, tardaríamos años en descifrarlo y después deberíamos conseguir los permisos de excavación, pues no a todo el que le apetece cavar en medio del desierto le conceden la autorización para hacerlo. Contigo de nuestro lado como heredera

universal podríamos solicitar la ayuda del gobierno y aceleraríamos el proceso.

—¿Y no dudarían en la veracidad del mapa?

—Tenemos pruebas suficientes que acreditan tu identidad. Nos tomarían en serio.

—Entiendo. —Ni siquiera quiero saber de qué pruebas se tratan, ya no soporto tanta

información.

—Entonces ¿aceptas firmar? —inquire ansioso.

—¡No! —ruge la voz de Marco Antonio a mi espalda.

—¡Marco Antonio! —Mi corazón se enloquece de alegría al verlo, pero rápidamente

me obligo a volver a la calma, porque he descubierto que ya no es quien creía que era.

Todo ha sido mentira.

Mohamed se levanta y saca un revólver del bolsillo trasero de su pantalón, se sitúa a

mi espalda rodeándome con su brazo por el cuello y me apunta a la cabeza con él.

—No des un paso más, o ella morirá —lo amenaza.

Marco Antonio se detiene en seco en medio del salón al ver que me apunta con el arma.

—Está bien, dime qué quieres, pero a ella déjala —le ordena muy serio.

—¡Ja! ¿Ahora te haces el inocente? Los dos queremos lo mismo, no vayas de héroe

—gruñe Mohamed.

—Dudo mucho que los dos queramos lo mismo —responde él.

—¿No has venido a por el mapa, Marco Antonio? —le pregunta el árabe.

—El puto mapa me da igual —ruge colérico—, puedes quedártelo, solo quiero que a

ella no le ocurra nada. —Me mira con gesto de culpabilidad.

—¿No quieres la herencia de la gran Cleopatra, estás seguro? —insiste.

—¡He dicho que la quiero a ella! —exclama.

—¡Qué romántico! Estoy conmovido —se burla.

—¡Suéltala ahora mismo! —decreta.

—Lo haría con mucho gusto, pero tenemos un pequeño problema, y es que ella no puede marcharse hasta que no firme la cesión de su herencia... así que tú decides.

Aprieta más la pistola contra mi sien y hago un gesto de dolor.

—¡Está bien, que lo firme! —se apresura a pronunciar el italiano.

Mohamed suelta una risotada.

—¡Vaya!, esto sí que no me lo esperaba del gran Marco Antonio —murmura sorprendido—. ¿No me digas que has caído en sus redes? He de admitir que es la mujer

más bella que he visto nunca, pero con el dinero de la herencia tendrías muchas más como

ella.

—¡No hay ninguna como ella! —lo encara Marco Antonio.

—La historia se repite... Interesante —comenta él.

—¡Saca el puto contrato y déjala en paz!

—Como desees, pero creo que esto a tu abuelo no le va a hacer ninguna gracia —lo

provoca.

—¿Tú qué sabes de mi abuelo? ¡Lávate la boca para hablar de él, desgraciado!

Los músculos de Marco Antonio están en tensión, parece un tigre de Bengala a punto

de saltar sobre su víctima, tan solo está aguardando el momento idóneo.

—Sé mucho más de lo que tú crees y ahora tu amada también, aunque ya os pondréis

al día cuando estéis a solas, lo único que me interesa es que firme y os dejaré libres para siempre.

Ese «libres para siempre» ha sonado muy tétrico, mucho me temo que la libertad a la

que se refiere no me va a gustar nada.

Se aleja un par de pasos sin dejar de apuntarme con el arma y coge unas hojas que

hay sobre la mesa. Después rasga las cuerdas que apresan mis manos con una navaja que

saca de su bolsillo trasero, manteniendo mis pies atados.

«Este tiene un arsenal en su bolsillo», pienso.

Pone los papeles sobre mis rodillas y me pasa una pluma destapada. Yo ni siquiera me detengo a leer el contrato, ahora mismo lo único que quiero es salir de aquí cuanto antes y largarme al país más lejano que exista para desaparecer.

Una vez que está todo firmado, coge las hojas con una enorme sonrisa.

—Tantísimos años de muertes injustas y conjuras secretas para que al final se solucione todo con un simple garabato —murmura mirando mi firma.

—Cumple tu parte del trato —dictamina Marco Antonio.

—¿Acaso creíais que iba a ser tan sencillo? ¿Me marcho y os dejo felices para siempre? ¿Así, sin más? —pregunta irónico.

—¡¿Qué más quieres?! No me queda nada —grito indignada.

—Claro que sí, todavía te queda lo más valioso... tu vida.

Y ahora me doy cuenta de que también ha mentido, pues juró salvaguardar mi vida

una vez firmado el contrato.

¡No puedo fiarme ni de mi sombra!

Apunta con la pistola a mi cabeza, pero antes de que consiga apretar el gatillo, una

idea tan absurda como ilógica pasa por mi mente. No tengo nada que perder y sí mucho

que ganar, así que lo arriesgo todo a una sola carta en un arrojito de locura...

¡La mirada de Cleopatra!

Coloco una mano frente a mi rostro y la otra detrás de mi cabeza, sacando pecho y

clavando los ojos más seductores que haya tenido nunca en los de mi atacante para intentar hechizarlo... Él parece algo aturdido ante mi reacción, no entiende nada.

Entonces Marco Antonio aprovecha esa distracción para abalanzarse sobre él como un violento ciclón.

La última imagen que ven mis ojos es al árabe cayendo al suelo sin dejar de apuntarme con cara de odio y, en ese instante, resuena en mis oídos un intenso estruendo.

Un impacto muy fuerte atraviesa mi cuerpo, seguido de un dolor tan penetrante que

no lo puedo soportar, me quema.

A mi alrededor resuenan multitud de golpes, tiros y voces lejanas, pero me da la impresión de estar en otra dimensión, una muy lejana... para mí todo es paz.

Mi mundo se sume en la más absoluta oscuridad.



Capítulo 23

Abro los ojos muy despacio, soñolienta. Veo todo a mi alrededor borroso, pero lo suficientemente nítido como para distinguir que estoy en una habitación de hospital.

Levanto un poco la cabeza para descubrir que tengo una vía puesta en el brazo derecho, a la que llega el líquido de dos goteros colgados sobre un soporte metálico.

Además los tubos transparentes de una máquina de oxígeno van a parar a mi nariz. Todo

ello mientras el electrocardiógrafo no deja de pitar.

Enseguida entra una enfermera que me sonrío con amabilidad al darse cuenta de que

estoy despierta. Comprueba los datos de la molesta maquinita y examina mis ojos con una

pequeña linterna, me habla en árabe, señalando hacia la puerta de entrada, pero no la entiendo. Intento devolverle la sonrisa y me resulta imposible, los

músculos de mi cara están dormidos, no puedo moverme.

Posa su mano sobre mi hombro delicadamente y me susurra algo en un tono dulce,

aunque tampoco comprendo nada. Después se marcha.

Mis párpados pesan mucho. Vuelvo a quedarme dormida.

Sueño con mi verdadera madre, me mira con los ojos llenos de amor y ternura,

parece orgullosa de mí. A mi lado hay un delicado bebé regordete que también me sonrío.

Todo está en calma, ambas están bien. Pero algo interrumpe de pronto esa tranquilidad, un hombre moreno rompe una pared de piedra llena de jeroglíficos y tras ella se encuentran

dos relucientes sarcófagos, uno junto al otro.

Una voz susurra mi nombre.

—Cleopatra. —Su voz en mi oído provoca que abra los ojos como si me llamasen

desde otra dimensión.

Veo su hermoso rostro frente a mí, reconozco esos ojos castaños al instante, me están mirando con mucha dulzura.

—Marco... —intento pronunciar.

—Shhh —me silencia con una enorme sonrisa en sus labios, aunque sus ojos denoten tristeza—, no hagas esfuerzos, estás muy delicada.

Lleva una camiseta negra y un pantalón gris.

Acaricia mi frente con mucha ternura sin dejar de mirarme. Descubro asombrada

una lágrima traicionera asomar a sus ojos y eso me hace comprender al instante la gravedad del asunto.

—Mírate, incluso con ese camisón horroroso estás preciosa —bromea haciendo

alusión a mi indumentaria de anciana enferma.

—¿Qué ha sucedido? —intento hablar—. ¿Tú estás bien? —pregunto en voz baja,

porque casi no puedo verbalizar la cantidad de palabras que se agolpan en mi cerebro.

—Ahora ya estoy bien. —Besa mi mano, que tampoco me había percatado que tenía

entre las suyas—. Has sido muy valiente, mi Cleopatra.

—Marco, ¿qué ha pasado? —musito agotada.

—Recibiste un tiro en la pierna, no pude impedirlo. —Suena compungido—.

Intentaba hacer tiempo hasta que llegasen mis hombres y acabasen con él, pero cuando lo

hicieron ya era demasiado tarde...

Parece dolido y algo cansado, tiene una expresión extraña.

—Tú interceptaste el disparo que iba dirigido a mí —intento agradecerle que me salvase la vida—, lo vi.

—Yo no hice nada, el mérito fue solo tuyo. Gracias a tu repentina postura faraónica

lo desconcertaste y pude atacarlo, de no haber sido así, nos hubiese matado a los dos.

¡Eres una auténtica heroína! —Hay una chispa de orgullo en su mirada.

—Vaya tontería, ese paso de baile nunca me salió bien —comento como buenamente puedo, restándole importancia a la bobada que me dio por hacer justo antes de

morir.

—Pues ese paso de baile nos salvó la vida a ambos —sonríe—, así que ya lo puedes

patentar.

—La mirada de Cleopatra... —murmuro para mí, maravillada.

—Esa mirada me salvó la vida hace tiempo.

Nos observamos uno al otro un buen rato.

—¿Tú estás bien? —le repito, observando su cuerpo extrañada, ya que en principio

no tiene restos de heridas ni cicatrices.

—Han pasado casi quince días, nena, perdiste mucha sangre. Mis heridas ya se han

curado. Ese malnacido nunca más volverá a molestarte. Por fin hemos conseguido tu libertad... y la mía —murmura.

—¿Y qué hay del mapa?

—El que se llevaron no era el verdadero, solo era una trampa que les tendí, pero eso

ya te lo contaré en otro momento, ahora descansa —susurra.

Pongo los ojos en blanco. Me acabo de despertar y ya está con sus misterios.

Él me sonrío.

Quiero hablar con él sobre muchas cosas que se agolpan en mi cabeza, pero no tengo fuerzas para verbalizarlo todo, me siento demasiado débil. Además, solo con el mero hecho de que esté a mi lado, ahora mismo, me demuestra todo lo que necesito saber

por el momento.

Lo miro llena de dolor y de dudas, pero, inevitablemente, también con todo el amor

que siento por él... más vivo que nunca.

—Cleopatra, tus ojos me hablan en un lenguaje milenario del que yo no sé nada, pero que me gustaría aprender a tu lado. —Besa mi mano.

—Pues para eso tendrás que conquistarme, romano.

—Solo viviré por ello, mi diosa.

Me besa en los labios con delicadeza y parece que este beso me reanime más que todos los sueros del universo juntos.

¿Cómo aseguras que el amor de una persona hacia ti es puro? Por fin sé la

respuesta: cuando arriesga su vida por salvar la tuya sin dudarlo ni un instante.



Capítulo 24

Ya ha pasado un mes desde que me dieron el alta en el hospital. Después de haber estado haciendo rehabilitación todos los días durante cuatro horas, me siento como

nueva, ya ni siquiera cojea, y solo me queda una cicatriz en medio del muslo a modo de

recuerdo. La bala llevaba una trayectoria en diagonal y, milagrosamente, no impactó contra el hueso, fue una herida limpia.

Por lo visto, Marco Antonio, al lanzarse contra mi agresor, desvió el camino que llevaba dicha bala, de no haberlo hecho, hoy yo no estaría aquí para contarlo.

Él se llevó la peor parte, porque el tal Mohamed le clavó la navaja con la que había

cortado mis cuerdas en el costado varias veces, aunque enseguida el italiano consiguió arrebatarme la pistola tras un violento forcejeo y puso fin a una guerra que había durado siglos.

Cuando los hombres de Marco Antonio lograron encontrar la ubicación que este les

había enviado, una servidora ya había perdido muchísima sangre y él también.

Por cierto, los trillizos encontraron tal ubicación gracias al dispositivo que siempre había llevado yo encima, tipo microchip para perros, para que mi amado me tuviese localizada en todo momento.

Por todo esto y por su fuerte carácter, nuestra llegada al hospital fue, cuanto menos,

dantesca, porque se puso a dirigir a todo el mundo, incluso a los doctores, y encima, para colmo de males, no le permitieron estar a mi lado. No me lo quiero ni imaginar.

En cuanto se repuso de sus heridas, al menos lo suficiente como para poder levantarse de su cama, pidió ser trasladado a mi habitación y desde entonces no se movió

de mi lado, hasta que desperté.

Todo esto resulta muy romántico, chico salva a chica arriesgando su propia vida y

acaban felices comiendo perdices, pero no.

El hecho de descubrir que tenía un dispositivo insertado en mi oreja, en plan animal

doméstico, fue la gota que colmó el vaso de mi paciencia. Todo se me hizo demasiado grande y le pedí a Marco Antonio tiempo para dejarme decidir sobre mi propia vida, algo

que siempre se me había negado, incluso antes de nacer. Aparte de exigir la extracción de dicho dispositivo, por supuesto.

Había descubierto demasiado rápido que mis padres eran falsos, simples actores que

ni siquiera me tenían cariño. Que mi compañero de piso, y a la par mi mejor amigo, lo era simplemente por vigilarme. Que mis dos únicas amigas pertenecían al bando opuesto y solo estaban a mi lado por trabajo. Que mi verdadera madre murió por salvarme. Que el

hombre del que muy a mi pesar me he enamorado, no me conviene en absoluto porque nunca podré fiarme de él. Y por último, que no sé quién soy.

Todo esto enmarcado en una serie de acontecimientos tan vertiginosos que ni siquiera he tenido tiempo de asimilarlos.

Tomar las riendas de mi vida e intentar averiguar quién soy en realidad era tan necesario para mí como respirar, y él me lo concedió. Prometió desaparecer de mi vista hasta que estuviese preparada y llegados al día de hoy ha cumplido su palabra.

Si me he encontrado a mí misma no lo sé todavía, pero me he dado cuenta de que

me gusta pasear por la orilla de la playa descalza, que tengo una fuerte conexión con el mar, que me fascina caminar por los jardines de Montazah, a los pies del palacio de Khedive Abbas, y que cada vez que paso junto a la estatua de Cleopatra que allí se encuentra, siento algo especial recorrer mis venas.

Además, siempre creí que mi sabor preferido era el de la nata con fresas, sin embargo resulta que es el del chocolate, y, por último, he reflexionado sobre lo mucho que echo de menos a ese hombre irracional que de repente apareció en mi vida para darle un

gran vuelco, y que es el único motivo por el que todavía no me he vuelto a Madrid.

He alquilado un pequeño apartamento en Sharia Salah Salem frente a mi

pastelería

preferida del mundo, Délices, donde ya me conocen todos los trabajadores, pues soy cliente habitual. Todo lo estoy pagando con el fajo de billetes que le dio el malnacido de Mohamed Milah a Belly por dejarme sola con él en mi camerino.

Mi pobre amigo no pudo con el remordimiento cuando le conté que ese desgraciado

de Milah intentó matarme alegando que se había obsesionado conmigo y fue cuando Belly

me obligó a aceptar el dinero; además, actualmente la academia está llena de clientas gracias a mí y ya no le hace falta ese capital manchado de sangre. También sé a ciencia cierta que él no sabía nada sobre todo el entramado. Por lo tanto, no me traicionó, entre otras cosas, porque sigue sin saberlo.

Lo que más pena me da de todo es no poder bailar el raks sharki, al menos en un tiempo considerable, pues debo permanecer en reposo. Ese baile elevaba mi alma al séptimo cielo de una forma inimaginable, haciéndome estar en comunión con el cosmos.

Creo que en cuanto pueda, lo retomaré.

Ahora mismo son las nueve de la noche y me dispongo a ir a dar un paseo. Estamos

a primeros de julio y hace un calor para morir, así que me pongo un pantalón muy corto

rosa y una camiseta de tirantes blanca, con unas babuchas del mismo color.

Salgo a la calle y enseguida me azota el bochorno costero de Egipto.

Voy caminando, contemplando algunos escaparates, cuando escucho un motor a mi

espalda que se detiene. Yo me quedo paralizada.

Cierro los ojos.

Tomo aire.

—Esos pelos de loca son inconfundibles, no te hagas la tonta —me suelta.

Sonrío y me giro.

Y ahí está él.

Se ha quitado el casco y lo sostiene sobre una de sus piernas bajo el codo. Se ha puesto unos vaqueros con varios rotos y una camiseta azul. Lleva ese moño despeinado

que tanto me gusta y sus ojos castaños denotan una tristeza que al verme se borra de un plumazo, convirtiéndose en un brillo deslumbrante, junto a su blanca sonrisa acompañada

de esos hoyuelos malditos a los que no puedo resistirme.

No sé exactamente qué es lo que me impulsa a correr hasta sus brazos para besarlo,

pero lo hago, y además con tantas ganas que me duele. Lo necesito más que nada en el mundo. Al llegar hasta su altura casi lo tiro de la moto por la velocidad, pero hace fuerza con sus poderosas piernas contra el suelo para sujetarse.

Él me acoge entre sus brazos y responde a mi beso de la misma manera, sediento de

ellos.

El volver a degustar su sabor y a oler su característico perfume provocan que mi alma se llene de felicidad, de una nueva sensación para mí al tener, por primera vez en mi vida, algo conocido a lo que regresar. Descubro, de repente, que él es lo único que deseo que continúe en mi nueva vida de la antigua.

—Te he echado de menos, romano —murmuro contra su boca.

Coge mi cara entre sus manos para mirarme a los ojos.

—¿Por fin te has dado cuenta?

—Tenemos que aclarar muchas cosas.

—Pues vente conmigo. —Da dos golpecitos sobre el asiento de su moto y saca mi

casco del compartimento secreto, y es entonces cuando dudo si cogerlo.

—¿Sabías que ibas a verme? —Señalo el casco.

Eso demostraría que no ha cumplido su promesa y ha seguido vigilándome.

—Lo llevo siempre —se encoge de hombros—, por si acaso me encuentro a una

diosa de ébano de ojos verdes por el camino.

Sonrío. Le pego con el casco en el brazo y me lo pongo.

Arranca y me abrazo a él por la cintura, cruzando los dedos de mis manos sobre sus

fuertes abdominales y apoyando mi cara en su ancha espalda, como si no quisiera despegarme nunca de su cuerpo. Mientras circula entre el tráfico inspiro hondo, disfrutando de mi nueva libertad en todos los sentidos.

Llegamos al puente de Stanley, que ahora de noche es más bello si cabe. Aparca a

uno de los laterales. Desde aquí se pueden contemplar las luces encendidas de los altos edificios de La Corniche, a la vez que se escucha el vaivén de las olas del mar a nuestros

pies. Toda una delicia.

Nos bajamos de la moto y él me coge por la cintura para darme otro beso.
Después

nos sentamos en un banco, uno frente al otro. Yo con las piernas cruzadas en plan indio y él rodeándome con las suyas.

—Dicen que este puente separaba el bien del mal —comenta mirando hacia el mar

—. Por aquel lado estaba el mal, que no era sino el mar, por donde venía siempre el enemigo. El bien era la ciudad, donde se encontraban las tierras para cultivar los alimentos, los animales y el amor, bien fuese de la familia, de una mujer... El faro iluminaba el camino únicamente a los que elegían el bien, nunca a los que elegían el mal.

Muchos barcos enemigos naufragaron a la deriva por no ver la luz del famoso faro alejandrino. Se dice que Alejandro Magno eligió el mal al embarcarse en su conquista macedónica y por eso nunca más regresó. Debió haberse quedado.

—¿Eso es posible? Me refiero al faro, no tiene vida propia, no puede elegir quién vive y quién muere.

—Técnicamente sí. Cuando no conocían los navíos que se aproximaban, apagaban

la hoguera del faro y así dejaban a los barcos sin guía en plena noche. Pero las leyendas son solo eso, leyendas.

—Hace tiempo que dejé de creer en ellas y, para mi sorpresa, fue cuando vine a esta

ciudad, a un lugar forjado por leyendas.

—A mí me gusta venir aquí cuando debo meditar sobre qué camino elegir.

Mensaje captado.

—Tengo tantas cosas que contarte, Marco Antonio... —le digo— que no sé

por

dónde empezar.

—Antes de nada, yo también quiero contarte algo —me interrumpe.

—¿Qué? ¿Ocurre algo? —inquiero nerviosa.

—Mi abuelo ha muerto —me comunica.

—¡Oh!, lo siento mucho.

Finjo que su muerte me apena, aunque no lo hace, tampoco sé a ciencia cierta si lo

que me contó la rata de Milah era cierto, por eso quiero hablar con él.

—No lo sientas, está donde se merece estar, bajo tierra —sentencia.

Esta frase me pilla por sorpresa completamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué dices eso?

—Giulio ha aparecido —me anuncia sin ningún tipo de expresión en su rostro.

—¡Eso es maravilloso!

Niega con la cabeza antes de que me pueda emocionar.

—Está ingresado en el hospital de El Cairo, en la unidad de cuidados intensivos. Lo

tenían encerrado en un zulo al sur de la ciudad, bajo tierra, en medio del desierto sin agua ni comida. Está muy grave.

—¡Ay, Dios! —Me tapo la boca con una mano.

—Mi abuelo fue quien lo secuestró para que yo me viese obligado a aceptar

esta misión.

—¡No! ¿Cómo lo sabes?

Mis sospechas comienzan a hacerse realidad.

—Antes de perder el conocimiento por completo, pidió hablar conmigo por teléfono

y me lo contó. Mi abuelo ha sido el artífice de todo.

Casi no doy crédito.

—Mohamed Milah me contó cosas horribles sobre él, pero no quise creerlas
—le

confieso esta verdad a medias.

—¿Sabes quién era ese hombre?

—No.

—¿Recuerdas cuando mi abuelo te contó que la toda familia de Iras había muerto hace muchos años? —pregunta.

—¿Te refieres a Iras, la otra esclava de Cleopatra?

—Así es. Ellos han sido todo el tiempo sus descendientes. Se hicieron pasar por muertos para que no sospechásemos nada, desvinculándose así de nuestra causa, o de lo que yo creía que era nuestra causa, pues por lo visto mi abuelo ya se había independizado hacía tiempo de ella, mirando solo por su propio interés —me informa.

—¿Y qué motivo tendría para cometer todas esas atrocidades?

—No me dio explicaciones, se limitó a negarlo todo.

—Pero ¿lo viste antes de morir, pudiste aclararlo con él?

—Claro, le dio un ataque al corazón mientras estaba con él. Insistió en reafirmarse

en todo, pero no se pudo defender de ninguna manera.

—¿Murió de un infarto? —pregunto extrañada.

—Murió porque nadie llamó a la ambulancia cuando le estaba dando, se ha supuesto

que estaba solo cuando ocurrió, los servicios de emergencias llegaron demasiado tarde —

se encoje de hombros—, yo no estuve allí.

Me sorprende la sangre fría con la que me lo cuenta.

—¿Y las dos mujeres que estaban allí la última vez?

—Las mandé a dar un desafortunado paseo, también llegaron demasiado tarde.

Su frialdad sigue sorprendiéndome, lo tramó todo una vez que habló con su hermano y no le tembló el pulso para actuar. Lo que en verdad sucediese dentro de aquella habitación solo lo sabrán ellos dos.

—¿No te dio pena?

—No puedo evitar sentirme triste, al fin y al cabo, era mi abuelo, pero después me

autoconvenzo de que no era el gran abuelo que me quiso proyectar, sino un asesino sin escrúpulos capaz de matar a inocentes en su propio beneficio.

Yo no añado más, sé que se niega a sentir pena, pero también sé que su corazón no

es capaz de albergar rencor y que lo terminará perdonando... algún día.

—¿Y qué hay de la familia de Mohamed? Ahora vendrán a por ti buscando venganza. Esto no va a terminar nunca —me lamento.

—No lo creo. Mohamed era la oveja negra de su familia, digamos que le sobraba el

dinero y el tiempo y por eso se dedicó a estudiar la historia de sus antepasados, llegando a la conclusión de que eran descendientes de Iras. Después se puso a contratar gente para que diesen contigo, hasta que al final lo hizo. Por lo que he podido averiguar, su familia ha querido pasar siempre desapercibida y no han pretendido nunca saber nada sobre esta historia.

—¿Y qué hay de Corín y Clara? ¿También las contrató él? —No las perdonaré

nunca.

Marco niega con la cabeza.

—Todo fue obra de mi abuelo. Sinceramente, creo que todo esto se le fue de las manos, se engañaba a sí mismo. Es como jugar una partida de ajedrez contra tu propia persona.

—No lo comprendo.

—Mohamed Milah era asiduo a los clubes de *belly dance*, estaba encandilado con las mujeres que lo bailan, pues debido a su obsesión por Cleopatra, supuso que su descendiente lo bailarían tan bien como lo hacía la diosa. Sabíamos que en cuanto supiese

de ti, iba a aparecer, y yo contaba con atraparlo entonces, lo tenía todo dispuesto para ello, pero se escapó. Con lo que no contaba es con que él pretendiese lo mismo de ti y te secuestrara —me cuenta.

—¿Tu abuelo te contó lo que ocurrió con mi madre?

—No, eso nunca me lo dijo.

Le cuento la historia tal cual me la narró a mí el desgraciado de Mohamed Milah.

—Cleopatra, lo siento —aprieta mi mano—. Me da asco que su sangre corra por

mis venas —alega hastiado.

—¿Y lo de tus padres?

Clava sus ojos con sospecha en los míos.

—¿Qué sabes sobre mis padres? —Su pregunta irradia dolor.

—Que él fue quien ordenó su muerte, los quemó para que solo os salvaseis tu hermano y tú. Tu padre nunca quiso seguir sus pasos, solo pretendía que Giulio y tú fueseis libres.

—¡Maldito hijo de puta! —vocifera mirando al cielo.

Se levanta de manera brusca para pegar una fuerte patada a la farola y después deambula a nuestro alrededor, visiblemente alterado. Es evidente se está aguantando las ganas de destruir el mundo porque estoy yo delante.

Me levanto y me abrazo a él, que enseguida me rodea con sus brazos y llora desconsolado sobre mi hombro. Me siento muy afortunada por servirle de apoyo en estos

momentos. Yo también me dejo llevar junto a él. Es increíble cómo el hecho de compartir

estos momentos tan fuertes consigue unir a dos personas.

Pasan varios minutos y por fin levanta su rostro para besarme en la frente. Cuando

nos miramos sus ojos están rojos, tanto de furia como de pena.

—Tranquilo, ya no podrá hacerte más daño —susurro apoyándome sobre su

pecho.

—De no ser por él, este habría sido un mundo mejor —maldice—, nuestras vidas lo

hubiesen sido.

—Al final tenemos más en común de lo que pensábamos. Nuestros padres murieron

por darnos a nosotros un futuro mejor.

—Así es. Y murieron a manos del mismo hijo de perra —añade todavía más furioso

—. De haberlo sabido, lo hubiese matado con mis propias manos.

—Los dos sabemos que no, tú no eres como él.

Levanto la vista para mirarlo de frente y lo beso, él me responde con prudencia al

principio, pero poco a poco se va entregando a mí. Sus ojos ofrecen algo tan misterioso como profundo. Parece que intente decirme algo, pero no lo hace.

—Marco, Mohamed me dijo que tenías una mujer en una ciudad cercana —le revelo, pues ya no lo aguantaba más.

Él se separa un instante de mí, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Cleopatra, estoy enamorado de ti hasta los huesos, nunca he sentido nada semejante en toda mi vida, ¿crees que podría fingir todo esto?

—Quiero creer que no, pero todo a mi alrededor ha sido siempre una mentira, y no

podría soportar que esto también lo fuese. Te suplico que me digas la verdad.

Siempre he creído que las personas que suplican son débiles, pero me acabo de dar

cuenta de que debes ser muy fuerte para abrirte en canal e implorarlo a alguien que no te haga daño, y más aún cuando se trata de sentimientos.

—No voy a decírtelo con palabras, voy a demostrártelo con hechos —decreta demasiado seguro de sí mismo—, pero hasta mañana no podré mostrártelo.

—¿Qué vas a enseñarme?

—La prueba de que eres la única mujer en mi vida. —Me atrapa de nuevo entre sus

brazos.

—Entonces, esperaré hasta mañana.

Moriría por pasar la noche con él, pero no voy a empezar algo mal desde el principio. Si mañana no me convencen sus pruebas, no me lo perdonaría, ni yo ni mi corazón.

—Supongo que podré soportar un día más sin estar a tu lado —ronronea en mi oreja, enredando con su nariz entre mis rizos y provocando miles de escalofríos por mi cuerpo.

Caminamos a lo largo del puente sin decir nada, únicamente contemplando el cielo

estrellado y el reflejo de la ciudad en el agua. Creo que en realidad no estás conectado con alguien hasta que no eres capaz de hablar con esta persona en silencio, y eso es precisamente lo que hemos hecho en este paseo.

Volvemos al lugar donde nos aguarda su moto y decidimos marcharnos. Le indico la

dirección y me lleva hasta la puerta de mi nueva casa. Cuando se detiene frente a ella, se quita el casco.

—Mañana a las nueve te espero aquí —me indica.

Entonces recuerdo que le devolví el móvil que me facilitaron cuando llegué (total,

no lo usaba y no conozco a nadie para llamar), así que no tenemos forma de comunicarnos.

—Ya veremos —le contesto.

Él sonríe al recordar los tiempos en los que me mandaba estar en un sitio a una hora

yo no me presentaba.

—Si no estás, subiré a buscarte y te llevaré a rastras —bromea riendo.

Me bajo de la moto y le doy mi casco, no obstante él tira de mi muñeca para atraparme entre sus brazos cuando caigo sobre él, mientras permanece sentado con los pies apoyados en el suelo.

—¿No piensas invitarme a subir a tu templo, Cleopatra?

Hay veces que pienso que estamos protagonizando escenas de hace más de dos mil

años, pues Marco Antonio segurísimo que le diría algo muy parecido a su reina cuando la

estaba intentando conquistar. Y no conozco a más parejas que se llamen Marco Antonio y

Cleopatra, a parte de ellos.

—No.

—¿Por qué eres tan mala conmigo?

—Primero demuéstreme lo que debes y después ya hablaremos —lo provooco con

picardía.

—Cleopatra, sé de sobra que te mueres por volver a probar este cuerpo, no te hagas

la estrecha conmigo. —Se restriega contra mí y me sube la temperatura corporal de mala manera.

—Podría vivir sin ello, ya sabes que soy una experta en masturbación. —Me separo

de él con una sonrisa maquiavélica. Él se muerde el labio inferior y niega con la cabeza.

Sus ojos rebosan deseo puro y muy duro.

—Cuando te pille, te vas a enterar —declara arrancando el motor—, no querrás

volver a masturbarte en la vida.

Yo continúo mi camino hacia casa sin mirarlo, aunque contoneándome con chulería,

porque sé de sobra que me está mirando, y cuando estoy abriendo la puerta del portal, escucho la moto alejarse.

Esta noche duermo más feliz que de costumbre.



Capítulo 25

Me he puesto el despertador a las ocho horas para que me dé tiempo a ducharme y a arreglarme el pelo, pues quiero estar especialmente guapa hoy.

Me pongo un vestido rojo de algodón, muy ajustado y fresquito, tan corto que casi

se me ven las posaderas.

Cuando bajo a la calle veo que Marco Antonio ya está esperándome, montado en su

moto, y me mira a través del visor de su casco. Se ha puesto unos pantalones a la altura de las rodillas de color azul marino, con unas deportivas y una camiseta de manga corta blanca que lleva dibujada la carátula de algún grupo de rock.

Salgo, me acerco hasta él con paso felino, sin dejar de mirarlo, y cuando llego a su

altura, me monto en la parte trasera sin decirle nada. Él se gira para echarme un mal de ojos. No quiero parecer desesperada por su amor, por si acaso

ahora no me convencen sus

argumentos y me quedo con cara de tonta cuando está con la otra.

—Por lo menos podrías dar los buenos días al protagonista de tus sueños eróticos de

anoche —me recrimina pasándome el casco.

—No fuiste tú —respondo abrochándolo.

—¿Ah, no? Pues después de lo que te voy a hacer hoy, no soñarás con ningún otro

nunca más —despotrica mientras arranca la moto con brusquedad.

Yo me río por su reacción.

—De momento vamos a ver quién es esa mujer, romano.

Hemos salido de Alejandría, vamos por una carretera muy estrecha a través de las

arenas rojas del desierto. El viento me quema la piel. Seguimos esta carretera hasta que toma una salida por un camino lleno de piedras.

«Es un pecado meter semejante moto por este pedregoso camino», pienso.

Se detiene justo delante de lo que se asemeja a un asentamiento de gente. A nuestro

alrededor hay un montón de casas en ruinas.

—¿Dónde estamos? —pregunto sin bajarme.

—¿No querías pruebas? —Se quita el casco y lo deja en el manillar mientras pone la

patilla de la moto y se baja. Yo lo imito, dejando el casco y siguiéndolo.

Lo veo sacar una bolsa blanca llena de pequeñas cajas de un compartimento de la moto y se dirige hacia una puerta.

Entra en una de las casas, que da la sensación de que se vaya a caer en cualquier momento, me da miedo hasta de tocar la pared de piedra. Él habla en otro idioma, parece

que esté saludando a alguien.

Pronto un pequeño cuerpo esquelético y sucio emerge de entre los escombros, muy

sonriente.

—Este es Halem, tiene siete años y es ciego, perdió la vista en el último bombardeo

de hace un mes. Sus hermanos no tuvieron tanta suerte —me informa cuando el niño se

abraza a su pierna.

Me llevo las manos a la boca y se me caen las lágrimas sin poder evitarlo, pues el

pequeño, como buen inocente que es, no ha perdido la sonrisa. Marco Antonio le pone la

mano sobre la cabeza, le da la bolsa que ha traído y él se la lleva corriendo. Está claro que sabe lo que es.

—¿Qué le has dado?

—Son medicinas para su madre, perdió ambas piernas y no puede andar. Ven.

Me coge la mano y me indica el camino hasta que llegamos a una gran sala donde

hay muchos niños, igual de delgados, si no más, que el primero.

Una mujer joven y muy guapa está sentada entre ellos y se levanta en cuanto nos ve.

Nos mira a ambos sorprendida, pero muy sonriente también. Le dice algo a Marco Antonio que le hace reír.

—Me ha dicho que se alegra de que por fin haya encontrado a mi Cleopatra —me

traduce y yo sonrío a la amable mujer.

—¿Por qué no van a otro sitio? ¿Qué hacen aquí?

—La ciudad fue invadida y saqueada el mes pasado por los terroristas. Como en todos estos años cuidarte a ti en exclusiva me resultaba bastante aburrido, me embarqué en la aventura de oteador del ejército egipcio, compaginando ambas cosas —me explica.

—¡Vaya!, eres una caja de sorpresas, aparte de un idiota total.

—Yo también te quiero —se burla.

—¿Y qué haces exactamente de oteador?

—Resumiendo: recopilar pruebas de lo sucedido para intentar que no vuelva a

ocurrir. Una vez que evacuaron a enfermos y supervivientes, mientras estaba buscando resquicios de los ataques, me encontré a Halem. Me llevó hasta su madre y vendé sus heridas como pude. Después fueron apareciendo los demás.

—¿Y por qué no se van a la ciudad, a un hospital en condiciones? —pregunto horrorizada.

—Sus familiares han huido, los que no han muerto, y lo único que les queda

es creer

en que volverán a buscarlos. No hay manera de convencerlos. La profesora de la escuela

es la única adulta que ha sobrevivido y los cuida como puede con lo que encuentra entre

los escombros y lo que les traigo yo. —Me señala a la mujer que ha vuelto a sentarse junto a los niños y con la que ahora están cantando.

De nuevo las lágrimas recorren mis mejillas. Resulta conmovedor presenciar cómo

los niños son felices a pesar de todo y por encima de todo. Es la esencia de la infancia y algo que jamás deberíamos perder.

—Ella es Nasir —me informa.

Yo me quedo boquiabierta y de pronto me siento súper tonta. Él se da cuenta.

—No hace falta que te disculpes, me he puesto cachondo al verte celosa. —
Me

guiña un ojo y yo suelto un bufido a la vez que niego con la cabeza.

Es incorregible.

—¿Y qué harán ahora? Aquí están perdidos —musito.

—Yo les traigo comida, ropa y alimento cuando puedo, aunque últimamente he

estado demasiado ocupado por tu culpa.

Me observa levantando la ceja.

—De pronto me siento muy culpable.

Él sonrío.

—Puedes revisar las heridas de la madre de Halem, no creo que estén demasiado bien por mucho alcohol y calmante que le traiga, pero ven, te indicaré el camino del hospital.

Llegamos a una estancia que antes sería un hospital, pero que en la actualidad es un

cúmulo de camas con cuerpos moribundos.

Marco Antonio se acerca a una de las camillas y habla con una mujer para explicarle

que soy médico y que solo quiero ver sus heridas, a ella no le hace gracia pero accede por él. Cuando retiro los vendajes casi vomito, tiene toda la herida gangrenada y huele a podrido que apesta.

Me pongo unos guantes que encuentro por allí y hago lo que puedo, a pesar de los

gritos de la mujer. Lo limpio todo bien y se lo vuelvo a tapar con gasas limpias. Parece que se queda dormida después de todo el dolor soportado, no sin antes darme las gracias

con unos ojos tan sufridos que cuesta mirarlos.

—Me gustaría hacer análisis de sangre a los niños —le indico a Marco Antonio—,

pero no sé cómo, no dispongo de medios, ¿tú puedes ayudarme?

—El próximo día te llevaré al hospital de Alejandría. Te puedes presentar y ofrecerles tu ayuda; te estarán muy agradecidos, pues están desbordados. Así, de paso, les pides lo que necesites para llevarles la sangre de los niños y que la analicen.

—¿No puede ser algo más rápido? Están desnutridos...

—Cleopatra, te he traído hasta aquí con la excusa de que conocieses a Nasir, cuando

ambos sabíamos que no existe ninguna mujer capaz de interponerse entre nosotros. Sin embargo, el verdadero motivo de traerte ha sido para que descubras las miserias de lo que un día fue el gran imperio dorado egipcio, solo para eso, no para que intentases salvarlos.

De cara al turista todo es bello y cómodo, pero esta es la realidad del país, gente muriendo de hambre en cada esquina, a los que han echado de la ciudad para que no desdibujen lo

que ellos pretenden que se vea. Alejandría es una pantomima. A toda esta gente lo mejor que les podría suceder sería morir.

—¡No, de ninguna manera! —grito horrorizada por sus palabras.

—Hay gente así en cada poblado, no se puede hacer nada, es inútil —insiste.

—¡Lo que es inútil es mirar hacia otro lado! ¿Por qué los ayudas si crees que no sirve para nada?

Se queda en silencio, pensativo ante mi pregunta.

—Todos vivimos en nuestras jaulas de oro, quejándonos del poco dinero que tenemos para malgastar, cuando esa madre no tiene ni para dar de comer a su hijo, cuando

lo ve morir un poco más cada día. No sabe si a la mañana siguiente seguirá vivo o no, pensar en el futuro para ellos es un sueño imposible.

Y entonces vienen a mi mente de nuevo aquellos llantos de hambre de los bebés en

Ruanda.

—¡No voy a permitirlo! —grito.

—¿Y qué piensas hacer?

—Me dedicaré en cuerpo y alma en ayudar a esta pobre gente, a todos los que pueda, aunque sean solo dos. No pretendo salvar a la humanidad, pero si todos actuásemos

así, haciendo lo que esté en nuestra mano, al menos viviríamos en un mundo mejor.

Y es que me reconcome pensar en la de millones de personas que somos y que nadie

haga nada, que todos nos dediquemos a pensar que es una pena, pero que a los cinco minutos se nos haya olvidado. Y me remata la idea de creer que eso es justo lo que he hecho yo durante toda mi vida. Es como si el mundo me brindase una segunda

oportunidad de cambiar las cosas. Y esta vez la voy a aprovechar.

Cleopatra fue la única reina-faraón que gobernó para su pueblo y yo viviré también

para ellos, es mi naturaleza.

—¿Sabes qué? —Me contempla orgulloso.

—¿Qué? —le pregunto intrigada.

—Que no toda la luz proviene del sol. —Me mira perdiéndose en mis ojos.

—¿Y eso a qué viene, ahora te pones romántico?

—A que creo que cada día me enamoro más de ti.

Y con esta frase rompe todos mis esquemas, sacándome de repente de la nebulosa en la que acababa de sumirme y viendo un halo de esperanza entre tanta desgracia. Le sonrío ampliamente.

—¿Me ayudarás? —le pregunto.

—Si lo hago, ¿te quedarás?

—Trato hecho —claudico, ofreciéndole mi mano para sellar el pacto.

Avanza hasta mí con dos grandes pasos, tira de la mano que tenía extendida y me

choco contra su pecho, entonces me coge para elevarme por los aires mientras me da un

gran beso en los labios.

—Dicen que los sueños alejandrinos siempre se cumplen —murmura entre mis

labios—, y el mío acaba de hacerlo.



Capítulo 26

Son las diez de la noche. Se nos ha pasado el día volando, pues he obligado a

Marco Antonio a comprar comida para esos niños, para ser más exactos, veinte pizzas tamaño familiar y algunos enseres más, como por ejemplo vasos y agua potable. Ha sido

tan gratificante ver comer y beber a esos chiquillos que ahora mismo me siento la más feliz del mundo. Aunque esto no haya hecho más que empezar.

—Eres el primer hombre que entra en mi casa —anuncio encendiendo las luces del

corto pasillo y cuelgo las llaves en un gancho que hay en la pared tras la puerta de entrada, que ejerce las veces de llavero.

—Y seré el último —dictamina muy serio.

—Yo no estaría tan seguro —lo provoco.

Él me persigue acechante por el pasillo, sin dejar de mirarme a los ojos, mientras yo

retrocedo.

—¿Y vas a ser tú quién me lo impida? —Se moja los labios con la lengua y este

sugerente gesto me hace tragar saliva.

Se acerca cada vez más, cercándome, pero algo llama su atención y se detiene en seco. Entra en un cuarto que tiene la puerta abierta. No lo utilizo y por esa razón lo he destinado a usos múltiples, o lo que es lo mismo, sala acumuladora de cosas.

—Te has quedado con tus trajes —murmura contemplando los vestidos metidos en

sus fundas y colgados en un perchero.

—¿Qué iba a hacer con ellos? —Me encojo de hombros.

—¿Por qué te los has quedado? —pregunta algo molesto.

—¿Y por qué no? Son míos.

—Ya ha terminado todo, Cleopatra, no vas a volver a bailar —suelta.

—¿Y eso quién lo dice, tú?

—Exacto.

—Pues lamento informarte de que si deseo bailar, lo haré cómo y dónde me plazca.

—No lo creo —me reta.

Me cruzo de brazos y lo aniquilo con mis ojos esmeraldas.

—Marco Antonio Campinni, resulta que soy una mujer libre y como tal hago lo que

quiero y cuando me da la real gana. Si no te gusta, ahí tienes la puerta. —Le señalo el pasillo por el que acabamos de pasar.

Él no sabe muy bien qué hacer ni cómo actuar ante mi amenaza.

—Cleopatra, esto no me ha pasado nunca —ruge entre dientes y algo desubicado.

Me esquivo y se dirige hacia el salón, aunque no conozca la casa, como es tan pequeña no tiene pérdida. Lo sigo indignada.

—¡Ahora no me vas a decir que eres uno de esos neandertales controladores!

—le

reprocho.

—No soy controlador, pero me mata que otros hombres piensen que pueden tenerte,

y eso no me había pasado hasta la otra noche, cuando vi a ese malnacido poner sus zarpas

sobre ti... Algo se despertó en mi interior y desde entonces tengo la

necesidad de protegerte, de guardarte en una urna de cristal.

Veo que sus ojos denotan desesperación al confesarme todo esto, y en cierta manera

me siento aliviada, porque lo que me cuenta es algo lógico, que incluso a mí me hubiese sucedido de haber estado en su lugar.

—Tengo una idea —anuncio.

Él se sorprende por mi repentino cambio de actitud.

Cojo una silla de las cuatro que están colocadas alrededor de la mesa de madera que

hay en un rincón del salón y la acerco hasta él.

—Siéntate aquí —le ordeno—, ahora vengo.

Antes de salir del salón me acerco hasta el equipo de música y lo dejo todo preparado. En un principio iba a poner cualquiera de las canciones de *Artem Uzunov* del disco que me regaló Belly y que son con las que ensayaba en las clases, pero después mi

mente se ha iluminado y he seleccionado algo realmente apropiado para lo que quiero.

Corro hasta el cuarto de baño para darme una ducha exprés y después hasta la habitación de usos múltiples, donde me deshago de la toalla y me pongo el maravilloso vestido amarillo.

Estoy preparada.

Inspiro hondo.

Apago todas las luces de la casa, tan solo ilumina la estancia la luz de la Luna que

entra por los grandes ventanales. Pulso un botón del mando a distancia, que

me he llevado antes, y comienzan a sonar las primeras notas del *Baladi Nostalgia*.

Aparezco en el salón, avanzando a pasos muy lentos, descalza, cubierta por el sutil

velo, pero mirándolo a través de este. Él está sentado donde le he ordenado que lo haga,

me contempla fascinado, soy capaz de notar cómo traga saliva y cómo se remueve en la

silla algo nervioso ante mi seguridad.

Me detengo a un paso de distancia de él, hago unos delicados movimientos con el

velo y finalmente elevo los brazos para dejarlo caer al suelo, deslizándose por mi cuerpo.

Comienzo a mover mi cadera con dulzura, pues he seleccionado esta canción, aparte de por su significado espiritual, por su ritmo lánguido y candente, ya que mi pierna y mis caderas todavía no están al cien por cien de su potencia.

Me giro para que observe mi espalda y mi trasero moverse. Él se recoloca en la silla

una vez más. Se muere por tocarme, pero su orgullo se lo prohíbe y yo voy a esclavizar a

ese orgullo sea como sea.

Vuelvo a girarme y esta vez rodeo su silla, contoneándome y moviendo mis brazos con sensualidad. Situada a su espalda poso una mano sobre su pecho, él da un respingo por mi repentino contacto. Lo acaricio para terminar subiendo su camiseta y quitársela por encima de la cabeza. Lanzo la prenda por los aires y sus ojos persiguen divertidos el recorrido de esta.

—¿Sabes que se dice de esta melodía que una vez que la escuchas nunca más

podrás

olvidarla? —susurra.

Vuelvo a situarme frente a él para observar con lascivia su perfectísimo pecho desnudo. Bajo la cabeza y le acaricio con mi pelo al ritmo de la música, él deja escapar un suspiro. Aprovecho que estoy agachada para merodear por su entrepierna, pero no llego a

rozarlo.

—Lo que pretendo es que nunca olvides esto.

—Juro que no lo haré, ni siquiera después de la muerte, Cleopatra.

Me incorporo con energía y giro sobre mí misma con chulería, sin perder el contacto

visual en ningún momento. Cuando estoy de espaldas a él me desabrocho el sujetador con

disimulo para dejar mis pechos al aire y los descubre justo en el momento oportuno.

Él abre los ojos desmesuradamente, pero enseguida disimula.

Bailo haciendo vibrar solo la parte superior del tronco a propósito delante de sus narices y es cuando levanta sus brazos y me atrapa.

—¡A la mierda la dignidad! —brama entre dientes mientras yo río victoriosa.

Me sienta encima de sus piernas para besar mis pechos con absoluta devoción,

haciéndome exhalar un inevitable gemido al sentir su inquebrantable lengua succionar mis

pezones.

—Nena, eres un raudal de trampas envueltas en un velo —masculla
ascendiendo por

mi cuerpo.

Echo mi cabeza hacia atrás para dejarme llevar por esta increíble sensación.

—Cleopatra, haz conmigo lo que quieras —susurra devorando mi cuello.

—Quiero que me hagas el amor como nunca antes lo has hecho, Marco
Antonio —

suspiro.

Se detiene y me mira a los ojos. Le sonrío y se muerde el labio inferior.

—Eres todo aquello que siempre soñé, mi diosa —musita.

—Pues no despiertes, Marco Antonio.

—No importa lo poderoso que sea un hombre, una mujer con arrojo siempre
podrá

enamorarlo. El truco está en convertirte en su fantasía, y tú lo has
conseguido, nena —me concede—, eres mi *iighra*.

—¿Qué significa eso?

—Tentación.

—Y tú eres una mezcla entre la realidad y el misterio que me vuelve loca,
romano.

Entonces, de un solo movimiento, libera su rígido miembro, hasta ahora
preso, y lo

introduce entre mis piernas sin ningún problema, provocando que los dos
soltemos un ligero gemido. Permanecemos quietos durante unos minutos,
mirándonos, abrazados,

saboreando su invasión, pero sin ceremonia, de manera paulatina. Es como si la sola anticipación de lo que se avecina me excitase mucho más que el hecho en sí.

Comienza a mecer su cadera, hacia adelante y hacia atrás. Yo lo recibo con movimientos contrarios a los suyos, bailamos juntos, ambos seguimos el ritmo de la misma música, es algo muy especial, casi espiritual. Nos besamos con suavidad, acariciando la fina piel de los labios del otro, degustando el sabor de su lengua, saboreando el placer que me provoca el hecho de excitarle tanto.

Muevo las caderas como si estuviese bailando, pero de una manera más lenta, un *Shimmy* sensual, ondulaciones por aquí y golpecitos por allá, todo ello acompañado de besos y caricias. Se está volviendo loco, creo que no va a aguantar mucho más... ni yo tampoco.

Ni siquiera soy consciente de que se avecina un fuerte orgasmo hasta que lo siento

forjarse en el epicentro de mi ser y extenderse inevitablemente por todo mi cuerpo, sorprendiéndome como nunca.

Él, al verme jadear de esta manera, no tarda en seguirme a mi paraíso particular, derramándose en mi interior y ahogando un ronquido contra mi pecho.

Poco a poco vamos recobrando la compostura y volviendo a tener un ritmo cardíaco

normal.

—Esta canción, a partir de hoy, siempre será mi favorita —ronroneo contra su

grueso cuello.

Él sonrío, pues ya comienza a conocerme y sabe que mis halagos siempre van encubiertos por metáforas.

—Cleopatra, eres la armonía perfecta entre belleza física y espiritual.

Me lleva a la cama en brazos y allí nos quedamos dormidos, soñando con un amor

de otros tiempos, con un amor espiritual más que carnal, algo sagrado. Además, ahora no

quiero estropear la magia del momento con remordimientos de conciencia por no haber usado protección.



Capítulo 27

Me desperezo entre las suaves sábanas de mi gran cama, una de las pocas

cosas grandes que hay en mi piso, aparte de mi amante. Me descubro envuelta por uno de

sus vigorosos y bronceados brazos.

—Buenos días, preciosa. —Me sonrío.

—¿Me estabas mirando? —le pregunto extrañada.

—Me apasiona verte dormir.

Me da un toquecito con su dedo en la punta de mi nariz.

—¿Te gusta cómo ronco?

—Me encanta ver cómo resbala la baba por tu sexi barbilla —me suelta muy serio.

—¡No! —exclamo poniendo cara de asco.

Se parte de la risa el muy capullo.

—Me gusta verte así de relajada, sin problemas ni preocupaciones.

—Mi vida antes de ti era así —le suelto.

—¿Antes de mí? —Arruga la nariz.

—Sí, antes de convertirme en la última descendiente de Cleopatra.

—Siempre lo has sido.

—Pues desde que lo sé.

—¿Te gustaría no haberlo sabido nunca? —inquire con gesto compungido.

—No estoy segura. Por una parte sí que lo hubiese querido saber, porque gracias a

toda esta historia te he conocido a ti, aunque me hubiese gustado conocerte en otras circunstancias, la verdad —le confieso.

—Bueno, a lo mejor, si nos hubiésemos conocido en un bar, no te hubieses fijado en

mí —supone.

—¡Oh, seguro que no! —bromeo, ya que cualquier mujer con ojos,

obviamente, se

hubiese fijado en él.

—¿Te gustaría volver a tu vida antes de mí? —quiere saber, imitándome para quitar

hierro al asunto.

—Sí.

—Vaya, has contestado demasiado rápido para mi gusto. Esperaba que al menos

tardases un segundo en fingir que lo piensas.

Me recuesto de costado para tenerlo de frente.

—Echo de menos a los niños —le confieso.

Y en realidad es lo único que echo de menos.

—¿A tus pacientes?

Parece aliviado por mi respuesta.

—Sí, me siento realizada cuando ayudo a los demás. Los niños y los ancianos son

mi debilidad. —Me encojo de hombros.

A lo mejor soy demasiado rara.

—¡Tengo una idea! ¡Vístete! —me anima.

—¿Y ahora dónde vamos?

Viniendo de él se puede tratar de cualquier cosa.

—Ponte ropa cómoda, voy a buscar unas cosas y te espero abajo —me indica.

Me da un beso fugaz en la frente y sale de la cama a toda prisa.

Yo me quedo embobada mirando su fibroso y espectacular culo alejarse de mí.

Me levanto y enseguida noto que estoy algo mareada, pero se me pasa pronto.

Él aparece con la misma ropa que llevaba anoche, obvio.

—Dame un minuto y pronto vuelvo, preciosa.

Me da un beso rápido en los labios antes de marcharse.

Decido ir a ducharme tranquilamente. Después me pongo unos pantalones vaqueros

cortos y una camiseta malva de manga corta con unas deportivas blancas. No tengo tiempo

ni ganas de peinar mi mata de rizos, así que los ato con una goma en una coleta alta.

Suena el portero y me apresuro a responder.

—¿Sí?

—Disculpe —carraspea, —¿vive ahí la dueña de mi corazón?

Una risilla estúpida invade mis labios.

—¡Oh! ¡Qué chorrada más grande! —me burlo.

—Deja de hacerte de rogar, Cleopatra. Estás loca por mí.

Suelto una carcajada.

—Vamos, baja.

Cuelgo el interfono y obedezco.

Cuando salgo a la calle escucho un silbido a mi espalda y me giro para comprobar

que Marco Antonio se ha cambiado de ropa, ahora lleva unas bermudas de color azul marino, un polo del mismo color con finas rayas blancas y unos náuticos de lona.

—¿Dónde vas tan elegante? —pregunto al verlo—. ¿No me dijiste que me pusiera

cómoda?

—Solo tenía esto —se excusa.

—¿Dónde?

Saca un llavero de su bolsillo y apunta hacia un híbrido entre coche deportivo y nave espacial negro descapotable que se ilumina al instante y levanta unas puertas de alas de gaviota.

—En mi coche —contesta.

Nos acercamos hasta la increíble máquina del futuro. Yo alucinando.

—¿Es tuyo? —pregunto asombrada.

—Te presento al gran amor de mi vida, mi Ferrari Aperta.

No entiendo el motivo, pero de pronto me siento terriblemente ofendida al oírle decir esto.

Entramos en el coche, me acomodo y enseguida el cinturón de seguridad pasa por

delante de mi pecho para abrocharse solo.

—¡Oh, me acabo de dar cuenta de lo paleta que soy! —me digo a mí misma.

—Sí, doctora, es usted una pueblerina —se burla al sentarse a mi lado.

—¡Tú sí que eres pueblerino! —Le doy en el brazo y se ríe.

—Pero te tengo loca —indica con cara de conquistador irresistible mientras acelera.

—¡Ya quisieras!

Parece que los sillones de cuero te envuelven, es como estar sumergido en *viscoelástica*, son muy cómodos.

—Este coche debe valer una pasta —comento acariciando el cuero.

—Justo el doble que tus vestidos.

—Pues se me acaba de ocurrir una excelente idea para todos ellos —comento sonriente.

—Miedo me das.

Resulta muy sexi verlo conducir tan despreocupado, con sus gafas de aviador puestas y el pelo al viento. Es un hombre guapísimo, no cabe duda. Posa su mano sobre mi

rodilla, puesto que este coche es eléctrico y no puede acomodarla sobre el cambio de marchas.

—Quiero que escuches algo —comienza a pulsar rápidamente un botón que hay en

el volante.

—¿Con qué me vas a sorprender ahora? —Me espero cualquier cosa.

—Con una canción que me recuerda a ti.

Comienza a sonar a todo volumen, *Girl, you'll be a woman soon*, pero la versión de

Urge Overkill. Atravesamos las calles de la ciudad, y aunque todos nos miren extrañados, Marco Antonio la canta muy alto a propósito para que yo me ría con su desafíe, y vaya si lo hago, sintiéndome llena de felicidad, como si lo conociese desde siempre.

Por eso sé de sobra que aunque haga el tonto para disfrazar la letra de esta canción,

cuando pronuncia cada palabra mira a mis ojos con la misma pasión con la que hace todo

en su vida.

Cuando la música termina creo que entiendo a la perfección lo que siente estando a

mi lado. Su entorno siempre le ha hecho creer que no es digno de mí, pero ha luchado contra su propio destino, como un auténtico guerrero, tan solo por conseguir mi amor.

—Gracias —le digo, acariciando con ternura su mano sobre mi pierna.

Él asiente satisfecho por mi audacia.

Llegamos al aparcamiento privado del hospital Louran, en el número 13 Shaarawy

de San Stefano. Las puertas del bólido se abren hacia arriba y el cinturón desaparece de mi vista.

—¿Qué hacemos aquí?

No me contesta, tan solo pasa su brazo por encima de mis hombros y me indica el

camino.

—Ahora lo verás.

Entramos por unas puertas de cristal que se abren automáticamente. Marco Antonio

se despega de mí y se quita las gafas de un solo movimiento. Se acerca hasta el mostrador y la chica que está detrás casi sufre un espasmo cuando la mira. Hablan en árabe mientras ella coquetea con demasiado descaro para mi gusto, aunque él no le preste la menor atención.

Marco Antonio se gira para hacerme un gesto con su mano, indicando que me acerque, y a ella se le cambia el gesto al verme, convirtiéndose de pronto en una especie de espárrago pocho asesino.

—No tardará en llegar la directora —me informa.

—¿Para qué?

—¿No quieres ayudar a todos esos niños?

—¡Por supuesto!

—Pues vamos a chantajear a esa vieja bruja —propone con una sonrisa triunfal.

—¿La conoces?

—Conozco a casi todas las personas influyentes de Alejandría, cariño.

Pongo los ojos en blanco, paso de preguntar.

Enseguida aparece una mujer de unos cuarenta años de edad, muy esbelta y atractiva. Es morena de piel, de ojos castaños y lleva su larga melena, morena también, recogida en un moño alto. Va maquillada a la perfección y viste con un vestido blanco de

alta costura y taconazos.

—Espero que no te hayas puesto tan guapa debido a mi visita —le dice Marco

Antonio en un inglés perfecto al estrecharle la mano con falsa cordialidad.

Ella le sonríe pícaramente y posa sus ojos en mí.

—¿Es ella? —pregunta sin darle tiempo a contestar y añade—: Tienes buen gusto.

Carraspeo para que se corten un poco, pues hablo y entiendo el inglés a la perfección y no creo que ella lo sepa.

—Encantada de conocerla, señorita... —Me tiende su huesuda mano.

—O´Pry, Cleopatra O´Pry —le informo estrechando la mano tendida.

—Encantada de conocerte, Cleopatra —ha pasado a tutearme directamente—. Yo

me llamo Esmeralda y te advierto que mi tiempo vale oro. Te he concedido la visita solo

porque al señor Campinni le debo algunos favores. —Al pronunciar las últimas palabras

se miran de manera muy extraña.

Ya me imagino qué tipo de favores le querría devolver esta...

—¿Hablamos aquí? —pregunto.

—Vayamos mejor a mi despacho —señala—. Marco Antonio, tú sabes dónde está,

por favor, indícale el camino a tu amiguita, yo llegaré enseguida.

Y se marcha moviendo su trasero más de la cuenta.

Subimos por el ascensor hasta la cuarta planta y nos dirigimos hasta una puerta de

madera. Cuando entramos en el despacho nos sentamos cada uno en un sillón de cuero negro que hay frente a la gran mesa de madera que ocupa toda la estancia, pues no es demasiado lujosa, al menos no para ella.

—¿Te ocurre algo? —Me pregunta—. Creí que ibas a ponerte contenta.

—¿Contenta? ¿Por qué, por venir a ver a una de tus amantes?

—¿Amante? ¿De dónde has sacado semejante tontería? —Está aguantando la risa,

lo veo.

—¡Oh, venga ya, no soy idiota!

Esquivo su mirada de manera torpe, ya que quiero ver su reacción para comprobar si

miente.

—No digo que lo seas, pero no he tenido nada con ella.

—Pues es evidente que ella se muere por pagarte esos favores en carne —protesto.

—¡Estás celosa! —Suelta un bufido seguido de la risa contenida—.

Últimamente te

estás luciendo, ¿eh?

—¡No! ¡Ya te gustaría!

—Me pone muy cachondo verte celosa, lo admito —y va y coge mi mano para

ponérsela sobre su duro paquete.

Justo en ese momento se abre la puerta y yo retiro la mano a la velocidad de la luz,

pero estoy segura de que nos ha visto.

La señora directora toma asiento frente a nosotros.

—Disculpadme, debía atender un asunto de suma importancia. Vayamos directos al

grano, no me apetece hablar sobre el tiempo. ¿Qué os trae por aquí? — pregunta sin rodeos.

—Cleopatra quiere ayudar a los niños que se han quedado con Nasir Hissim, la profesora de la que te hablé, en el poblado de Rynkush después del ataque.

—¿Ah, sí? Qué conmovedor, un alma caritativa que quiere sentirse bien consigo

misma ayudando a cuatro pobres diablos durante dos días, ¿y después qué? ¿Sabes la de

niños que mueren de hambre cada día en Egipto, bonita? —Sus ojos me desprecian.

—¡No tiene derecho a hablarme así! —Me aguanto sobremanera para no terminar

mi frase con «vieja bruja».

Marco Antonio se sorprende de mi reacción, pero le gusta que ponga en su sitio a

esta arpía engreída. Ella levanta las manos sorprendida también.

—¿Acaso me equivoco?

—¡Sí, se equivoca del todo! —le reprocho en un impecable inglés—. Soy la mejor

pediatra de mi promoción y una de las mejores de todo Madrid. Dudo mucho que tenga a nadie en su hospital con mayores cualidades que yo, y le estoy ofreciendo mi ayuda de una manera altruista, tan solo necesito sus instalaciones para poder ayudar a esos niños —me

defiendo.

—¿No se lo has contado, Marco Antonio? Esos niños no saldrán de sus casas,

prefieren que se les caigan encima antes que abandonar sus orígenes, son sus creencias, no podrían vivir pensando que van a morir lejos de los suyos. Por otra parte, el hospital está saturado y no tenemos recursos para atender a nadie más, hay *overbooking*, querida.

—¿Si yo pago los costes, se compromete a facilitarme las herramientas que necesite? —le propongo.

Ella suelta una carcajada.

—¿Qué me vas a pagar?, ¿cuatro mil libras egipcias? Con eso no tenemos ni para un

día de hospitalización.

—¿Y qué le parecen veinticuatro millones de libras?

La doctora se queda blanca y Marco Antonio sin respiración, agarrando con fuerza

las llaves de su coche.

—Trato hecho. —Se levanta de su silla con una gran sonrisa.

—Quiero un hospital de campaña permanente en el poblado, pasaré consulta todos

los lunes, por lo que necesitaré un auxiliar de enfermería conmigo esos días y además una ambulancia.

—¿Quieres arrebatarme su popularidad al MASH? —Me vacila, pero paso de ella.

—Además te comprometerás a atender las urgencias que traiga aquí. —
¡Toma ya,

bruja! Eso de propina por la bromita.

—Emergencias de vida o muerte, ni una más —repite desconfiada.

—Vale —concedo.

Para quien no lo sepa, los MASH (acrónimo de Mobile Army Surgical Hospital, en español hospital quirúrgico militar móvil) fueron los hospitales de campaña más grandes

de la historia. Se crearon después de la Segunda Guerra Mundial para unir todos los hospitales de campaña del frente y se utilizaron por primera vez en la guerra de Corea, con un noventa y siete por ciento de éxito de supervivencia de los soldados. Se llegó a la conclusión de que debían atender a los heridos cuanto antes mejor y por eso tenían que

estar cerca del lugar de combate, pues no daba tiempo a llegar hasta los hospitales con vida. Con ello se redujo la mortalidad a la mitad.

Ella me observa indecisa, creo que está echando cuentas.

—Entonces hay trato, doctora O'Pry —confirma con rotundidad.

—Vaya, al menos ahora soy doctora —comento con retintín, aunque ella lo pasa por

alto, le interesa más el dinero que quedar por encima.

Nos estrechamos la mano y acto seguido me abalanzo sobre Marco Antonio para

darle un señor morreo, tanto es así que hasta lo dejo mareado y a ella estupefacta. Juro que exclusivamente ha sido producto de mi alegría...

bueno, un poquito también para marcar territorio y esas cosas.

...

—Acelera todo lo que puedas, romano, puede ser la última vez que conduzcas este

cacharro —le sugiero, mirándolo con una sonrisa malévolamente en mi rostro mientras recorremos las carreteras alejandrinas en su Ferrari.

Tarda en contestar.

—¿Y si me niego a venderlo? —protesta.

—¿Lo harías? —pregunto enarcando una ceja.

—No sé. Tendrás que convencerme —se muerde el labio y agudiza su mirada —,

muy insistentemente.

—¡Sabes que lo haré!

Algo en su entrepierna se mueve a modo de aprobación.

¡Adiós cochazo!



Capítulo 28

Pasamos el día visitando algunas casas de subastas para que nos tasen el coche y mis vestidos. Allí nos informan de que no había calculado mal, podremos sacar lo

acordado sin dificultad, incluso más. Marco Antonio también dispone de tierras y casas que le ha dejado su abuelo en herencia, así que no va a vivir en la pobreza por vender un coche.

Cuando anochece y después de cenar en un *burguer*, montamos en el coche con la

promesa de que me va a dar una sorpresa.

Por más que le intente sonsacar, él no hace ninguna mueca, parece estar buscando a

alguien por los retrovisores y mira hacia todas partes, nervioso. Acelera sin mediar palabra hasta que nos encontramos en una carretera solitaria por la que únicamente transitamos nosotros.

Todo permanece en silencio.

Miro el marcador de velocidad y pone cuatrocientos kilómetros por hora.

—¿Tienes prisa? ¿Llegamos tarde a algún sitio? —le pregunto—. Nos vamos a salir de la carretera.

—No, es por aprovechar los mil caballos de potencia antes de que me lo quiten —

responde muy borde.

—No te soporto —contesto altiva.

Entonces pega un volantazo y el coche derrapa de tal manera que, efectivamente, nos salimos de la carretera. Yo grito como una loca agarrándome a lo que puedo, pero no

se detiene, sigue avanzando a través de las arenas del desierto a toda prisa.

—¿Estás loco o qué te pasa? —Le doy en el brazo enfadada.

—Ya me da igual, lo voy a vender... —suelta con resentimiento.

No pasa demasiado tiempo cuando aparca en medio de la nada. Las puertas se abren

hacia arriba de nuevo y el cinturón desaparece de mi vista.

Sale del coche sin mediar palabra y se marcha.

Yo, muerta de miedo ante la posibilidad de quedarme sola en plena noche sin saber

dónde, lo sigo.

—¿Vas a decirme a dónde diablos vas? —grito intentando seguir sus pasos —. ¡Vaya

manera de dar sorpresas!

Se detiene en seco y me choco contra su espalda.

—Estamos aquí —afirma, abriendo los brazos.

—¿Dónde estamos?

—En el templo de Taposiris Magna, el secreto mejor guardado de la humanidad —

señala con una gran sonrisa.

—¿Quieres decir que este es el lugar...?

—Donde la reina Cleopatra cerró los ojos a sus sentidos —añade envuelto en misterio—. Ya está, te lo he contado. Ahora espero que ya no tengas dudas del amor que

siento por ti.

—¡Joder! —exclamo boquiabierta.

Es como si te pusieran en las manos un diamante de cinco kilos y no se lo pudieses

enseñar a nadie.

—Bajo tus pies se halla lo que todos buscan, Cleopatra, el lugar más sagrado del mundo. Han excavado varias veces muy cerca, pero nunca han llegado a encontrarlo.

Dentro del templo, a unos cuantos metros de profundidad, hay cámaras y pasadizos secretos que conducen a la gran sala de la reina y el general romano, también te enseñaré a leer el mapa. Ella decidió cómo vivir su vida y su muerte, incluso las galas con las que quería que encontrásemos su cadáver, si es que alguna vez lo hiciese alguien.

Por sus palabras deduzco que él cree que descansan juntos.

—¿Y cómo es posible que nunca lo hayan encontrado? —Siento mi cuerpo vibrar

como nunca.

—Octavio mandó momificar a los amantes y sepultarlos junto a los antepasados de

Cleopatra, en un templo del centro alejandrino. Pero los sacerdotes lo engañaron diciéndole que así lo habían hecho, cuando en realidad trajeron los restos a este templo, destinado a Isis y Osiris, para que nunca pudiesen ser profanados, según fue el último deseo de la reina.

—Como bien decía Shakespeare, «No habrá en la tierra un sepulcro que guarde a pareja más célebre» —recito. Es como vivir un sueño.

—¡Y qué razón tenía ese hombre!

—¿Y por qué precisamente aquí? —pregunto entusiasmada.

—Cleopatra era visionaria y calculadora a partes iguales, ya sabes que negoció muy

fuerte con Octavio para que este permitiese enterrar a Marco Antonio en Egipto, ya que lo más lógico sería pensar que descansaría en Roma, pero ella quería encarnar la leyenda de

Isis y Osiris, porque el verdadero significado del culto osírico es la inmortalidad, y lo que ella deseaba a toda costa era una vida eterna junto a su amado, objetivo que al final consiguió de una u otra manera, puesto que se convirtió en una de las mujeres más famosas de toda la historia de la humanidad. Si están juntos o no, nunca lo sabremos.

—Al menos mientras mantengamos el secreto a salvo —musito embobada.

—Por ello se le procuró un lugar sagrado, una tumba con una significación

espiritual donde sus restos momificados pudiesen descansar en calma junto con los de Marco Antonio y donde nadie turbase su paz eterna. Los

sacerdotes se encargaron de engañar a Octavio para cumplir el deseo de la reina, arriesgando con ello sus propias vidas.

—¿Quieres decir que momificaron cadáveres falsos?

—No, de haber sido así, hoy en día conoceríamos el lugar dónde estuviese la tumba falsa. Desaparecieron con los amantes entre las arenas del desierto.

Es fascinante.

—Pero ¿dónde estamos? —quiero saber.

—Este lugar está a cuarenta y cinco kilómetros al oeste de Alejandría. Era en su época una floreciente ciudad portuaria, donde se celebraba un gran festival en honor al dios Osiris. Se hacía en una playa donde se congregaban en todas las estaciones del año

multitud de personas en la flor de la vida. ¡Y a nadie le gustaba más un festival dinástico que a los faraones ptolomeos! Mira, para que te hagas una ligera idea, si pagásemos hoy

en día tan solo uno de sus fastos, nos costaría millones de euros.

—Sí, siempre se ha dicho que a los egipcios les sobraba el oro —comento.

Él asiente.

—Por todo ello, decidió que este sería el mejor lugar para su descanso eterno.

Un millón de escalofríos ascienden desde mis pies para recorrer por completo mi cuerpo. No soy capaz de hablar.

—Te he traído aquí para que sepas dónde se encuentra exactamente, pues el milenario mapa que conservaba mi abuelo no es demasiado legible —añade — y así rompo

con todo lo que he creído hasta este momento, y ya de paso me salto todas las normas...

¡por ti!

—¿Crees que trayéndome hasta aquí en medio de la noche voy a saber dónde está el

lugar? ¡Si me pierdo en el parquin del Corte Inglés! —bromeo abrumada.

Ahora que yo también lo sé, creo que no podría vivir con semejante responsabilidad

como han hecho ellos durante siglos.

Me está observando de una manera muy extraña, como si quisiera decirme algo

importante, pero ¿qué hay más importante que esto? Se arma de valor para hablar.

—Cleopatra, odio que me hagas sentir el hombre más especial del mundo con tan solo mirarme —protesta— y también odio que solo sea capaz de pensar en ti, a cada puta

hora del maldito día.

¡¿Qué?! ¡Esto es inaudito!

—¡¿Eres idiota?! —me quejo indignada.

—Lo admito —suelta mientras me observa con los ojos llenos de promesas —, también detesto que me pongas tan cachondo, incluso cuando estoy cabreado.

Sus palabras son hirientes, pero envueltas de una extraña manera en un mensaje romántico, y además enmarcadas por una mirada llena de amor inconfeso.

«¿Qué intentas, romano?», pienso agudizando mi mirada.

—Odio también tus curvas, tus labios, tus ojos de gata, tu piel sedosa, tus

piernas largas... porque no me permiten centrarme en nada.

«¡Te pillé!».

—Pues yo odio que me mires como si fuese la mujer más bella del mundo y que me

hagas estremecer con cada caricia. —Me cruzo de brazos haciendo como que me enfado.

Él sonríe durante un breve instante, pero enseguida su expresión se torna preocupada.

—También odio cuando me besas, porque pierdo el norte y nunca me había ocurrido. No me gusta nada sentirme perdido.

—¿Ah, sí? Y yo odio cuando parece que vas a decir algo romántico, pero después te

empeñas en disfrazarlo simplemente de sexo.

—El sexo entre nosotros no puede ir nunca acompañado de la palabra «simple» —

alega.

—Sabes de sobra a lo que me refiero, no te andes por las ramas.

—No soy romántico. —Sus ojos suplican miles de cosas.

—Yo creía que tampoco lo era, pero creo que tú has cambiado algo en mí —
repongo.

—No soy un poeta, Cleopatra, no voy a escribirte cartas de amor ni a prometerte la

Luna y las estrellas, no puedo explicar el motivo, pero desde que has irrumpido en mi vida has sido como un rayo de sol en medio de mi penumbra. Vivía aturdido, y gracias a ti he

encontrado una razón por la que levantarme cada mañana, y además con una gran sonrisa

pintada en mi cara, cosa que nunca me había sucedido. Esta sonrisa de tonto que tengo a

todas horas del maldito día —señala su rostro molesto.

—Bueno, un poquito tonto sí eres. —Hago el gesto con los dedos de algo pequeño.

Suelta un bufido y niega con la cabeza, risueño.

—¡Tengo treinta y seis años y parezco un puto crío de quince, joder! Nunca he sido tan inseguro con respecto a las mujeres, pero tú me haces dudar de todo. —Se exaspera al

hablar y esto me hace mucha gracia.

Yo suelto una carcajada al verlo tan cabreado y diciéndome cosas tan bonitas a la vez, es surrealista.

—¡Yo nunca te he visto inseguro! —Más bien todo lo contrario.

—No soy digno de ti, Cleopatra, mereces algo mucho mejor y por eso me odio a mí

mismo, porque no he sido capaz de resistirme a tus encantos y ahora no soy capaz de dejarte marchar.

—¿Y si no quiero irme?

Él clava sus ojos llenos de esperanza en los míos. No cree que no quiera volver a mi

mundo, y menos por él.

Es contradictorio que un hombre tan chulo y seguro de sí mismo dude en los momentos más cruciales. Me resulta enternecedor.

—Dicen que si de verdad amas a alguien, debes dejarlo marchar, y si vuelve, es que

te ama por encima de todo, y si no lo hace, será que no era para ti. Pero te juro que no soy capaz de enfrentarme a eso, no quiero que te vayas, Cleopatra.

Que un hombre tan seguro de sí mismo te regale su alma de una manera tan pura y

sincera no es algo que ocurra todos los días. Me siento embargada de felicidad porque yo

siento lo mismo por él, pero tenía pánico de que se diese cuenta y me hiciese daño. Ahora ese miedo ya no existe.

Me acerco hasta él para coger sus manazas, poniéndolas alrededor de mi cintura, y

yo poso las mías sobre sus hombros. Lo miro fijamente.

—Eres un cabezota, tienes mucho genio, y además no eres capaz de controlar tus impulsos, pero has derribado las sólidas murallas que rodeaban mi corazón y has hecho que sonría con tan solo pensar en ti. Marco Antonio, no hay nadie en el mundo más digno

de mi amor que tú.

De pronto postra una de sus rodillas sobre el suelo.

Rendido a mis pies.

Creo que he comenzado a temblar y mis piernas casi no me sujetan.

—No habrá mejor momento ni lugar para hacer esto, así que... —Saca una cajita

beis de su bolsillo trasero y la abre delante de mí, se trata de un enorme diamante negro engarzado en un anillo de oro blanco, es precioso—. Cleopatra, ¿me concederías el privilegio de ser mi mujer?

Tapo mi boca con ambas manos, me he quedado petrificada en esta postura y no sé

ni siquiera si continúo respirando.

—Esto es una proposición en toda regla —insiste algo nervioso, al ver que no reacciono—, creo que te toca contestar algo.

—Marco, ¿estás loco? —acierto a pronunciar, pues ahora sí que siento miedo,

mucho más que cuando me apuntaban con un arma.

—Entiendo que me digas que no. Ha sido demasiado precipitado, no te preocupes

—claudica mientras se pone en pie de nuevo, cerrando la cajita.

—¡No! —exclamo de repente.

—Tampoco hace falta que me machaques, lo he pillado.

Se gira dándome la espalda, pero yo lo agarro de la muñeca para impedirselo y que

me mire.

—No, no, no, espera —lo detengo—, quiero decir que no es eso lo que significaba

mi silencio... es solo que... ¡no lo esperaba!

Sus ojos reflejan incertidumbre, no entiende qué intento decirle, ni en realidad yo tampoco, los nervios no me permiten ser una persona cuerda.

—¿Qué intentas...?

—¡Qué sí! —lo interrumpo sobreexcitada.

Él sonrío abiertamente.

—Sí... ¿qué? —pregunta indeciso, para estar seguro.

—¡Qué sí me casaré contigo, romano! —grito emocionada.

—¡Joder! —suelta tremendamente aliviado.

Entonces no aguanta más y me coge en brazos para dar vueltas sobre nosotros

mismos mientras reímos felices. Me baja despacio y posa sus labios sobre los míos para

besarme con una dulzura hasta ahora desconocida en él. Por el momento solo conocía sus

besos arrebatadores y llenos de pasión, pero este beso tan apacible alimenta mi alma.

Nos miramos un instante. Me pierdo en su rostro, es que me vuelven loca su pelo

alocado, sus labios carnosos y sus ojos cristalinos. Tiene una cara preciosa. Además, este sitio desprende magia y misticismo, no podría haber imaginado nunca algo más bonito.

Saca el anillo que hay en la cajita y me lo pone con mucho cuidado; me queda perfecto y es una preciosidad.

—Cleopatra, estamos haciendo justamente lo que prohíben todos los códigos de mi

familia.

—¡Y eso me encanta!

Me subo a su cintura de un salto y con el impulso caemos al suelo,
partiéndonos de

la risa.

—Eres la reencarnación del mal metida en un prodigioso cuerpo de mujer —
ronronea besando mi cuello—. Creo que no he sopesado bien las
consecuencias de todo esto.

—No seas tan dramático.

Nos revolcamos por la tierra, despojándonos el uno al otro de su ropa,
haciendo la

croqueta y clavándonos piedras y lo que pillamos de camino por todas partes
del cuerpo.

Él lucha para ponerse encima y yo peleo por lo mismo.

Al cabo de un buen rato nos quedamos recostados de lado los dos a la vez
que nos

besamos, ha bajado su mano para hacer las delicias de mi zona sur con sus
ágiles dedos

mientras yo me retuerzo de placer, aunque intente hacer lo mismo con él.

Entonces me coge sin la menor dificultad para darme la vuelta y poner mi
espalda

sobre su pecho y mis rodillas sobre sus hombros, de tal modo que tengo mi
cabeza apoyada sobre sus muslos y su cabeza metida entre mis piernas.

Su tortura oral no sé si dura mucho o poco, porque he perdido hace mucho la

noción

del tiempo, solo he podido gemir y suspirar mientras hacía de las suyas con lengua y dedos por todas partes.

«¡Ay, Dios bendito!».

Estoy intentando reponerme del orgasmo tan brutal que he tenido, cuando me gira

de nuevo para colocar con un solo brazo mi cabeza sobre su regazo y así poder acariciarme cómodamente.

—Este no es un sitio demasiado placentero —murmura intentando amoldar su

espalda al suelo.

—Mmm —contesto con un ronroneo, soñolienta.

Ahora mismo como si me pone sobre cristales.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Mmm —vuelvo a responderle.

Él se ríe.

—¡Vaya, acabo de descubrir lo que debo hacer para mantener tu boquita cerrada!

—Prometo guardar silencio cada vez que lo hagas —murmuro.

Él vuelve a reírse.

Permanecemos unos minutos quietos, yo tendida sobre su cuerpo para que nada del

suelo me dañe y él enredando en mi pelo.

—¿Qué voy a hacer contigo? —susurra creyendo que me he quedado dormida.

—Mírame —contesto a la vez que levanto la cabeza y la apoyo sobre mis brazos

cruzados para poder observarlo—, ya te advertí que era una gatita mimosa.

Resulta tan guapo con su pelo revuelto y mirándome con esos ojos llenos de ternura.

—He de admitir que una vez envuelto por tu halo de amor, resultas ser una delicia

—comenta dándome un pequeño beso en la nariz—. Viviré por ello.

—Tampoco nos pasemos —bufo incrédula y él se ríe.

Y así se nos pasan las horas, contemplando, tendidos sobre el suelo del desierto, las

lágrimas de San Lorenzo y pidiendo, con cada una de ellas, mil deseos de amor.



Capítulo 29

Han pasado un par de semanas desde que Marco Antonio y yo decidiésemos unir nuestros caminos, pero no nos ha dado tiempo a hablar sobre el tema boda porque yo

he estado metida de lleno en la venta de los trajes, del coche y de mi casa de Madrid.

Sí, ese fue el trato, si él se deshacía de su queridísimo buga, yo vendía mi casa de

España, así que acepté porque me parecía un trato justo. Aun así, siempre podré vivir de

alquiler donde quiera y no hay que pagar tantos impuestos ni derramas. Él se aseguraba de que no tuviese nada que me atase allí y, por otra parte, a mí me venía bien disponer de dinero propio y no ser una mantenida.

Al final la subasta resultó ser más fructífera de lo esperado, por lo que me he quedado con un buen pellizco para lo que pueda surgir. No obstante, Marco Antonio posee

más dinero del que pueda necesitar en una vida entera debido a las herencias e inversiones de su abuelo.

Una vez con el dinero en la cuenta del banco, ordené un cheque a nombre del hospital, y cuando lo cobraron, comenzaron a montar mi ansiado MASH en el poblado de

Rynkush.

Y aquí me hallo ahora mismo, agachada frente a un armario lleno de cajones, colocando los utensilios y demás enseres quirúrgicos en su sitio correspondiente a pleno sol del mes de agosto.

—Cleo, ¿quieres que ponga esto en la estantería donde está el suero o en la

de los

jarabes? —me pregunta en un español perfecto Victoria, una enfermera malagueña que por

casualidad estaba haciendo sus prácticas en el hospital y se ha ofrecido a ayudarme, ella dice que por el idioma, pero yo creo que es por vocación. Es rubia y bajita, bastante simpática y con muy buena disposición para el trabajo.

Me incorporo de golpe para saber qué es lo que me está preguntando y de pronto me

caigo al suelo.

—¡Cleo! —Corre Victoria hacia mí para socorrerme.

—No sé qué me ha pasado —musito incorporándome con ayuda de su brazo —. Me

habré levantado demasiado rápido, o habrá sido una bajada de tensión por el calor.

—¡A ver si vas a estar embarazada! —bromea mi nueva compañera.

Clavo mis ojos asesinos en ella.

De pronto una enorme angustia se apodera de mi cuerpo aprisionando mis pulmones. Un sudor frío recorre mi frente y me siento demasiado mareada otra vez.

¡¿Embarazada?! ¡¿Yo?!

Entonces caigo en la cuenta de que ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que tuve el periodo, pero hace más de un mes, eso seguro.

—¡Cleo! ¡Cleo! —escucho en la lejanía.

Tengo la mirada perdida, creo que Victoria está moviendo la mano frente a mí para

darme aire con ella, pero no la veo, mi mente está a años luz de aquí.

Y de pronto todo se tiñe de negro.

...

Un continuo pitido suena muy cerca de mi oído, qué molesto. Abro los ojos de golpe para comprobar de qué se trata y lo primero que veo es a Marco Antonio dormido

sobre una silla junto a mí, en una postura que no debe ser nada cómoda, más bien me recuerda a un contorsionista drogado ¿abrazado a un peluche rosa gigante de *Lola Rabbit*?

Debo de estar soñando.

Me da la sensación de que estamos de nuevo en una sala de hospital y que es de

noche.

Mis ojos no pueden evitar examinar atónitos el resto de la habitación, pues está llena

de globos de colores y flores.

«¡Ay, Dios! ¡Me he muerto y reencarnado en alguien que está en una guardería!».

—Marco —susurro.

Él se despierta rápidamente, me mira asustado y se levanta de un salto, todo en uno,

lanzando a la *Rabbit* por los aires.

—¡Cleopatra! ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras? —pregunta a toda prisa acariciando mi pelo de manera convulsiva.

—Creo que bien —le aparto la mano—, aunque no estoy muy segura, ¿qué es todo

esto? —Señalo la alegre decoración que nos rodea.

—Nena... ¡vamos a ser padres! —Su cara refleja la felicidad plena que lo embarga.

«¡Ala, sin vaselina ni nada!».

—¡Y una mierda! —Suelto invadida por la ira.

Él ahora una risotada.

—¿Has dicho que vamos a ser qué?! —Mi cara, sin embargo, debe ser todo un

poema, pero un poema de los trágicos—. No. Eso no es posible... —Me revuelvo el pelo

atacada de los nervios.

—Bueno, posible sí que es... —Sonríe.

Me incorporo rápidamente, permaneciendo sentada sobre la camilla. Es una sensación muy extraña, pero de pronto siento algo especial.

—¡Marco, no puede ser! Justo ahora que he empezado con el hospital, tengo muchas cosas que hacer, me viene fatal.

—Cariño, tranquilízate, esta es la mejor noticia del mundo, lo más grande que nos

podría ocurrir, y nadie mejor que tú sabe que el estar embarazada no significa estar inválida, ¿por qué has de dejar el hospital y a los niños?

Sé que intenta tranquilizarme, pero yo soy un nido de hormonas alteradas y en mi

estado no discuro bien.

—¿Y las enfermedades? ¿Y los riesgos? No quiero que le pase nada al bebé.

—Me

detengo en seco al sorprenderme a mí misma defendiendo algo que hasta hace un minuto

no significaba nada para mí.

Él me observa con una mirada llena de ternura.

—¿Y si no soy buena para él? —Abrazo mi tripa.

Marco Antonio se sienta a mi lado, rodea mis hombros con su brazo y me atrae hacia sí para que apoye mi cabeza sobre su pecho y besar mi coronilla.

—Cleopatra, acabas de demostrarme que serás la mejor madre del mundo.

Me separo de él para mirarlo y lo beso con muchísimas ganas. En momentos así nunca he tenido un hombro en el que apoyarme, pues siempre he sido muy independiente,

nunca he contado mis penas a nadie, pero ahora mismo me doy cuenta de lo gratificante

que es.

—¿Sabes que siempre me han puesto muy cachonda los hospitales? —le susurro al

oído.

Él me mira con cara de póquer, pero no tarda en cogerme en brazos para llevarme

de dos zancadas hasta el baño. Cierra la puerta con el cerrojo y me arranca el camisón de tela blanca que tengo puesto para lanzarlo por los aires, a mí se me escapa la risa.

Devora mi cuello cuando me tiene aprisionada contra la pared. Yo me agarro fuertemente a su pelo mientras degusto sus caricias. Me agarra por el culo y me coge sin

esfuerzos para dejarme sentada sobre el mueble del lavabo, que no es sino una encimera

de mármol blanco, donde atrae mis caderas hacia las suyas y me penetra sin avisos ni preámbulos, solo con necesidad y desesperación.

Rodeo su cintura con mis piernas y apoyo ambas manos en el lavabo para poder echar la cabeza hacia atrás y así contemplar su expresión de éxtasis. Él se agarra al mármol del lavabo para tomar impulso. Entra y sale de mi interior con rotundidad, haciéndome soltar algún gemido que otro en nuestros choques, por mucho que intente ahogarlos.

El saber que en cualquier momento puede entrar cualquiera y pillarnos es una sensación contradictoria, por un lado quiero parar, pero por el otro me da morbo que nos pillen.

Marco observa nuestro reflejo en el espejo que tengo a mi espalda y compruebo que

eso le pone más caliente todavía. Acaricia mi clítoris con el dedo pulgar dibujando círculos y a mí me vuelve loca. Me abrazo a él para acelerar el proceso, no puedo más.

Entonces me coge entre sus brazos y me empotra contra la pared de una

manera salvaje,

casi agresiva, está fuera de sí, taladrándome sin compasión, haciéndome ver cómo se aproxima un universo de color rosa hacia mí.

¡Y vamos que si llega! Un orgasmo alucinante se presenta provocando una liberación inexplicable en todo mi cuerpo. Intento ahogar mis gemidos contra su hombro,

entonces él se apresura a terminar también, soltando un gruñido seco contra mi cuello mientras su simiente se vierte en mi interior.

—Señorita O'Pry, ¿se encuentra bien? —La voz de una mujer, de repente, suena al

otro lado de la puerta y yo doy un salto por el susto, poniendo cara de pánico.

—¡Sí, estoy en el baño! —Mi voz suena demasiado aguda.

—No se preocupe, espero a que salga.

Miro a Marco Antonio nerviosa, a ver ahora cómo salimos de esta...

Pero él, lejos de preocuparse, lo que hace es cogerme en brazos para ponerme de espaldas a él y frente al espejo. El reflejo que veo es mi cuerpo desnudo y su rostro desencajado, pero de placer. Echa hacia adelante mi espalda con su mano, de tal manera

que apoyo mis codos sobre el mármol, así tiene mi trasero justo donde lo quiere.

—¿No te ponían cachonda los hospitales? Pues a mí me pone cachondo tu culo —

gruñe a mi espalda.

Chupa uno de sus dedos y lo introduce muy despacio en mi orificio posterior, poniéndome bastante tensa, ya que nunca he permitido que nadie explore esa

zona y ahora

no entiendo el motivo, pero estoy descubriendo que me encanta.

Observa con atención mi expresión en el espejo mientras me retuerzo de placer, su

rostro es la viva imagen del sexo. Me está volviendo loca, su lento masaje anal está consiguiendo que vuelva a sentir arder mi sexo, sin ni siquiera haber pasado un minuto del anterior.

Aprovecha que su miembro está todavía erecto y muy resbaladizo para ponerlo en la

entrada, lo siento suave, pero demasiado grande.

—Sh, estás dilatada, tranquila, no hay prisa —susurra sin detenerse.

Llaman a la puerta de nuevo.

—Señorita O'Pry, no quiero que vuelva a marearse, ¿está bien? —pregunta la enfermera de nuevo, esta vez con un tono un poco menos amigable.

Es en ese momento cuando Marco Antonio introduce una buena parte de su miembro en mi interior y grito:

—¡Sí, muy bien!

Él ahoga la risa y yo aprieto los dientes para no soltar alguna maldición por su ataque a traición.

—No tarde, tengo que seguir haciendo la ronda —me advierte algo mosqueada.

Marco se mantiene ahí sin moverse, pues es demasiado grande para mí, por muy dilatada que esté. Comienza a acariciar mi clítoris y esto parece que también relaja mi zona trasera, así que él se introduce un poquito más cada

vez. Estoy tan excitada que lo

quiero todo dentro, quiero ritmo y lo quiero ya, no aguanto tanta expectación, voy a morir.

Echo el culo hacia atrás para indicarle que puede entrar más y lo hace, hasta el fondo...

—¡Jesús bendito! —gimo involuntariamente.

—¡Señorita O´Pry! ¿Cleopatra? —llama la enfermera nerviosa a la puerta.

Marco Antonio comienza a entrar y a salir por detrás a la vez que con sus dedos entra y sale por delante.

—Joder, no pares nunca —jadeo.

—Míranos en el espejo, Cleopatra —me ordena.

Observo la más que sugerente escena que representamos ambos. La imagen de su

fibroso cuerpo dándome candela, mirándome con sus ojos negros por el deseo; mi cara dislocada de puro placer saboreando la sensación de la doble penetración, mientras las voces desesperadas de la enfermera fuera no cesan... Todo se confabula para conseguir que me rompa en mil pedazos. Y esta vez sí que gimo como nunca.

Ha sido tan fuerte que no me he dado cuenta de que él ha terminado también hasta

que sale de mí. Me giro para mirarlo a los ojos.

—¿Te ha gustado? —pregunta con una sonrisa triunfal.

—¿No lo has visto?

—Ya lo creo.

Un sonido irrumpe nuestro particular paraíso.

—¡Cleopatra, soy Esmeralda, si no sales ahora mismo de ahí, tiraremos la puerta abajo! —amenaza la directora del hospital aporreando la puerta.

Marco Antonio se agacha para darme el camisón y me lo pongo a toda prisa. Se abrocha la bragueta de su bermuda verde y se coloca su camiseta beis, peinándose un poco

con los dedos antes de abrir la puerta.

Cuando lo hace, la cara de la directora es un poema, sus ojos oscilan de Marco a mí

y viceversa.

—Buenas noches, Esmeralda. ¿A qué viene tanto escándalo? —pregunta él como si

nada.

Ella no es capaz de pronunciar ninguna palabra, nos mira a los dos boquiabierta. Yo

no sé dónde meterme.

—Creíamos que se había desmayado de nuevo —balbucea.

—Pues no, como verás, todo está en orden. —Me señala con gran ceremonia y yo la

saludo con una sonrisa.

Ella gruñe y se marcha, seguida de su enfermera, no sin antes añadir:

—¡Esto no es un picadero! —Y pega un fuerte portazo.



Capítulo 30

Hoy es el gran día de mi primera consulta. Todo está dispuesto para hacer pruebas diagnósticas, análisis de sangre, radiografías de urgencias, etcétera.

Victoria y yo estamos sentadas tras la mesa mientras Nasir nos informa de que ya están los pequeños preparados. Menos mal que Victoria es bilingüe y ejerce de traductora, porque si no, esto sería un auténtico cuadro.

—Me fascina tu acento *malagueñárabe* —le comento entre risas sentada en mi trono.

Y es que mi amado romano me ha traído un sillón especial para embarazadas que parece más un trono que una silla de médico. Resulta que después de la bochornosa pillada el último día en el hospital nos andamos con mucho cuidado. El ginecólogo me advirtió que mi embarazo era de riesgo, tengo la placenta desprendida y con cualquier mínimo esfuerzo podría perder al bebé, incluso podría desangrarme si ocurriese la fatal desgracia. Así que Marco Antonio se niega a tocarme por más que me restriego contra él,

y eso me tiene algo irascible... pero solo con él.

Nasir me saca de mis cavilaciones al entrar e indicar a los niños que vayan

pasando

de uno en uno.

El primer niño tiene cinco años, está famélico, sucio y tiritando de miedo, normal, dos

mujeres que no conoce de nada con batas blancas, con aparatos que dan terror y agujas no inspiran demasiada confianza. Pero para eso tengo mis *Cleotrucos*.

Regla básica número uno para tratar a cualquier niño: arrodíllate frente a él para mirarlo a los ojos y que te vea de su tamaño, así te trata de igual a igual.

—Hola —pongo voz de niña pequeña y Victoria traduce.

Él no se fía demasiado. Entonces cojo uno de los numerosos peluches que decoran

el hospital gracias a mi loco prometido y se lo dejo, él enseguida lo abraza y la escena me llena de ternura. Pobrecitos, están perdidos y lo poco que tenían se lo han arrebatado de manera injusta. Cualquier gesto amoroso lo agradecen enormemente.

Le tiendo mi mano y él la coge, ahora menos desconfiado, así que lo ayudo a subirse a la camilla para el reconocimiento. Examinó sus pulsaciones, sus oídos, su estómago, ojos, boca... Todo está más o menos en orden, un poco deshidratado, pero este

es un problema generalizado. En cuanto Marco Antonio termine el pozo que está construyendo la compañía de un amigo suyo, estará solucionado.

El siguiente pequeño que entra tiene siete años y a este personajito ya no le convence un peluche, es mucho más desconfiado y tiene mucho más miedo que el pequeño, porque ha sido más consciente de todo lo ocurrido.

Le ofrezco mi mano para que la choque y no lo hace. Intento hacerle de reír poniendo una mueca rara en mi cara, pero no cambia su expresión en absoluto. Me doy cuenta de que no quiere otra cosa que largarse cuanto antes

de aquí y me limito a reconocerlo sin ningún tipo de emoción de por medio. Está bien, la tensión un poquito baja, por eso le doy un caramelo para que le suba.

El niño examina la golosina como si le estuviese ofreciendo una granada de mano,

lo que me hace comprender que no ha visto nunca algo así. Lo desenvuelvo y me lo meto

en la boca, explicándole con gestos que lo chupo, que no se mastica, lo que Victoria le traduce.

El pequeño se decide a aceptar mi regalo e imita mi gesto. Cuando saborea el gustillo del dulce sus ojos se iluminan como nunca antes había visto unos ojos encenderse... Es digno de ver y me siento una verdadera privilegiada por poder estar presente en dicho descubrimiento. Un niño comiendo un caramelo, una cosa tan habitual y

simple como esta en nuestra cultura, y sin embargo tan mágica e increíble para estas pobres criaturas.

Hassam, que así se llama el hombrecito, me mira con los ojos encharcados en lágrimas y sin previo aviso se abalanza sobre mí, abrazando mi cuello y regalándome mil

besos. No puedo evitar acogerlo en mi regazo y llorar con él.

Y es, en este preciso instante, cuando me juro a mí misma que dedicaré el resto de

mi vida a ayudar a esta gente a la que todos han abandonado. No cesaré en mi empeño.

Tienen derecho a tener una vida digna y las mismas oportunidades que cualquier otro niño

nacido en un lugar distinto del mundo.

El chiquillo sale corriendo de aquí, como si de pronto se avergonzase al ser consciente de que ha mostrado su debilidad a alguien. Observo a Victoria, que está llorando a moco tendido a mi espalda.

—Ay, qué bonito, Cleo —musita entre lágrimas.

—Victoria, esos niños dependen de nosotras, debemos intentar salvarlos.

—Pero eso es imposible, solo somos dos, y todo esto tarde o temprano terminará —

pronuncia señalando a nuestro alrededor.

Tiene razón, es mucho dinero el que hemos invertido, pero también se gasta a una

velocidad de vértigo.

—Hemos de pensar alguna solución, el agua potable en una semana será un hecho y

la sanidad la tendrán al menos durante un par de años más, después Dios dirá. Pero también precisan de educación, de una vivienda digna, de comida cada día... y eso es lo

que debemos garantizarles.

—Cleo, ¿eres consciente de que Egipto está lleno de poblados así... de que el mundo está lleno de cosas así, incluso peores? No es posible terminar con el hambre, eso

es una utopía.

—¡Victoria! No admito que pienses así, todos tenemos en nuestra mano el hacer algo al respecto, y si nadie mueve un dedo por ello, ¿qué clase de vida nos espera? ¿Qué

herencia vamos a dejar a nuestros hijos?

Ella me observa pensativa, me toma por loca y es por eso que me termina dando la

razón como a los tontos.

—Está bien, ¿y qué piensas hacer? —pregunta.

—De momento, terminar la consulta hoy, nos esperan un pelotón de niños y muchas

horas por delante. Vamos a ver qué se me ocurre después.

Y así nos dan las diez de la noche, pues nos hemos encontrado con un poco de todo: heridas, contusiones, escayolas, gastroenteritis... Con suerte no me pegarán nada.

Estoy agotada.

—¡Cleopatra! —ruge un cuerpo gigantesco mientras retira la lona de color caqui que nos separa del exterior de un manotazo.

A Victoria casi le da un soponcio, no solo por la impetuosa entrada de un desconocido de semejante tamaño en la tienda, sino también por la belleza de dicho maromo.

—¿Qué cojones haces aquí a estas horas?! —brama colérico en cuanto me ve.

—¡Hola, mi amor! —Le sonrío con ironía—. Yo también te he echado de menos

hoy.

—Déjate de gilipolleces, ¿por qué no estás en casa?

—Hoy es día de consulta. —Me encojo de hombros.

—¿Y eso significa que trabajas de sol a sol? ¡Teníamos un trato y el primer

día vas y

lo rompes!

—Yo no he roto nada, Marco Antonio, el trato lo hiciste tú contigo mismo.

—¡Un momento! —nos interrumpe Victoria, que está absorta en nuestra discusión

—. ¿Cleopatra y Marco Antonio? —pregunta alucinada, señalándonos con el dedo—, ¡¿en

serio?!

Yo me río y Marco pone los ojos en blanco, pasando de ella.

—Prometiste pasar consulta solo un día a la semana, pero eso no significa que ese

día sean las veinticuatro horas., ¡Seguro que ni has comido!

—Pues... no tuve tiempo —me excuso mirando al techo.

Podía haberle mentado, pero, conociéndolo, seguro que me preguntaría qué, cómo y

a qué hora... Vamos, que me terminaría pillando.

—¡Por el amor de Dios, Cleopatra, llevas un niño dentro! ¿Vas a cuidar a todos los

niños del mundo y al tuyo propio no?

—Eso mismo le digo yo —comenta Victoria, haciendo que la maldiga en hebreo

para mis adentros.

—¡Lo siento!, ¿vale? —me levanto rápidamente para imponer mi autoridad y

me

mareo, teniendo que sentarme de nuevo.

—Cleo, ¿estás bien? —se apresura Victoria sobre mí.

Marco Antonio se queda blanco, pero mantiene su postura.

—Sí, tranquila, es solo que llevo muchas horas sentada. —Sonrío para restarle

importancia—. Necesito que la sangre me circule por las piernas.

Él pega un golpe sobre la mesa tras la que estoy sentada, cosa que provoca que Victoria se lleve la mano al pecho asustada y exhale un grito.

—No voy a permitir que pongas en riesgo tu vida ni la de nuestro hijo, ¿me oyes? Y

si para ello he de encerrarte en casa, ¡juro que lo haré! —grita un Marco Antonio poseído por la ira.

Se da la vuelta y se marcha por donde ha venido.

Victoria se ha quedado muda.

—No te preocupes, es un gruñón inofensivo.

—Seguro, pero yo creo que me he hecho caquita encima —bromea y nos acabamos

riendo las dos—. ¡Nunca me atrevería a llevarle la contraria a ese tío!

—¡Pues a mí me encanta hacerlo! —confieso.

El conductor de la ambulancia nos deja a cada una en nuestra casa. Le hemos facilitado a Nasir un teléfono móvil para cualquier urgencia que pueda surgir a lo largo de la semana. He contratado personal que se está dedicando a desescombrar el poblado e intentar reconstruir las casas que todavía se

mantienen en pie, ya que no hay manera de que esos chicos se marchen a otro pueblo para intentar comenzar de cero.

Cuando entro en mi piso todo está a oscuras y en silencio. Ahora es nuestro piso por

decisión propia, pues debía elegir entre vivir aquí o en la casa heredada del abuelo, y eso me pareció inconcebible. Así que decidimos que Marco vendería aquella casa para que no

tuviese ni un solo recuerdo de su abuelo y cuando naciese el bebé, nos trasladaríamos a una nueva los tres, ya que por allí las casas son más grandes y la zona es mucho más tranquila.

Por un momento temo que no esté en casa, pero enseguida lo veo apoyado en la barandilla del balcón mirando las estrellas del cielo, pensativo. Me apoyo en la puerta que da a la terraza con los brazos cruzados y observo su perfecta silueta un instante.

—Hola —susurro a su espalda.

Se gira rápidamente y compruebo que sus ojos están rojos.

—Cleopatra, no pienso perderte —sentencia.

—¿Y por qué me vas a perder?

—Tienes un embarazo de riesgo, eso significa que debes cuidarte más que nunca y

no esforzarte. ¿Crees que puedo estar tranquilo si el primer día de trabajo haces esto? ¡Me lo prometiste! —Por fin deja resbalar un par de lágrimas contenidas por sus mejillas.

—Marco... —Me apresuro a abrazarlo y entonces apoya su frente en mi hombro.

—No puedo soportar la idea de que os pase algo a ti o al bebé.

—Cariño, yo tampoco quiero que eso ocurra, y te prometo que estoy bien, tan solo

un poco cansada. Si realmente estuviese mal, no dudaría en venir a acostarme.

Se aparta de mí con cuidado.

—Me entretuve en El Cairo porque fui a visitar a mi hermano, confiando en que estarías ya en casa, tranquila y descansando. ¿Te imaginas el susto que me di cuando llegué y no estabas?

—¿Cómo está Giulio? —pregunto afligida.

—Igual. Pero no cambies de tema.

—Lo siento, debí llamarte o avisarte —le concedo.

—Debiste dejarlo hace muchas horas para comer y beber —me recrimina.

—Tienes razón, pero es que los niños...

—Cleopatra, el poblado puede esperar —me interrumpe tajante.

Me separo de él.

—¡No puede esperar! Esos niños necesitan mi ayuda, no puedo anteponer mi propio

beneficio al bien común, sabes que no podría hacerlo.

Me mira a los ojos muy afligido.

—Y tú sabes que soy capaz de matar por ti, no me obligues a hacer cosas que no quiero. Me diste tu palabra y no la has cumplido.

—Marco Antonio, confía en mí, no volverá a suceder.

—De eso estoy seguro —afirma.

—¿Por qué? —Me temo lo peor, cuando está enfadado es capaz de cualquier cosa descerebrada.

—A partir del próximo día estaré allí para asegurarme de ello y si es necesario darte

de comer, lo haré.

Yo suelto un bufido y una risa involuntaria al imaginar cómo me da una papilla tipo

bebé.

No le llevo la contraria, entre otras cosas porque me sentiría mucho más segura si

tuviésemos un hombre cerca; nunca se sabe si pueden volver los terroristas, o incluso atacarnos saqueadores de poblados cercanos. Y con respecto al conductor de la

ambulancia, no se puede decir que ese hombre esté demasiado dispuesto a colaborar con la

causa, cuanto más a defendernos en caso de una agresión.

—No me voy a negar a ello —señalo.

—¿No? —pregunta sorprendido.

Niego con la cabeza y una sonrisa picarona invade mis labios.

—Me va a gustar ver este culito pasearse por allí. —Lo agarro con ganas por dicha

parte de su cuerpo, atrayéndolo hacia mí.

—No vas a conseguir sexo por mucho que me provoques, señorita. El grifo está cortado hasta nueva orden. —Sonríe contra mis labios.

Nos besamos y enseguida sube la temperatura entre nosotros. Yo necesito que me dé

lo mío, tengo las hormonas por las nubes, lo que significa que tengo más ganas de acción

que nunca, y esta ilógica abstinencia me está matando.

—Uno despacito... —Me rozo a propósito contra su abultado sexo.

—De ninguna manera.

—¡Te odio! —grito enfurecida apartándome de él.

—Ya me lo agradecerás, insensata.

Reniega a mis espaldas mientras me apresuro a encerrarme en mi cuarto.

A los pocos minutos llaman a la puerta, pero no pienso abrir.

—Cleopatra, si no abres, echo abajo la puerta —amenaza al otro lado.

No me queda más remedio, sé de sobra que lo hará, así que me levanto a regañadientes y al abrir lo veo con una bandeja llena de comida y zumos. Mi estómago de

repente ruge hambriento.

—¡Lárgate! —ordeno enojada.

—Cuando te hayas comido todo esto.

Entra en la habitación y deja sobre la cama la bandeja.

—No sé cómo te las apañas para enfadarte tú cuando el que debía estarlo era yo —

murmura.

—No pienso comer hasta que no me hagas el amor. —Me cruzo de brazos echándole un órdago.

Es una situación tan absurda que suelta una risotada.

—¿Acaso no puedes esperar unos meses?

—¿Unos meses? ¿Estás loco? ¡No!

—Comete todo esto y abriremos la negociación —sugiere.

—Fóllame y me lo comeré después. —Enarco una ceja, sabedora de que ese lenguaje sucio le pone mucho.

—Tarde o temprano vas a comer, no has pensado bien las posibilidades de victoria

de tu enemigo —me reta.

—Saber pensar es la regla de oro para ganar a las cartas, pero también hay que saber

crear, y yo creo ciegamente en mis armas de mujer. —Paseo mi lengua por mis labios con

lentitud, observando cómo sus ojos no se logran despegar de ella mientras respira con dificultad.

Me desnudo por completo, dejando caer al suelo el fino vestido de lino que llevaba

puesto. Él traga saliva e intenta hacerme creer que no le perturba lo más mínimo mi desnudez, pero yo sé que sí. Me acerco hasta la bandeja de comida y cojo un bote de crema de almendras, lo abro, dejando la tapadera sobre un plato, y me acerco hasta él para desabrochar sus pantalones con una sola mano.

Dentro de su slip su miembro aguarda erecto, lo introduzco sin titubear en el bote y

acto seguido relamo esa crema de almendras deliciosa. Suelta un bufido involuntario y aprieta la mandíbula.

—Me encanta la crema de almendras —balbuceo con la boca llena al succionar.

Él continúa su singular batalla, se niega a tocarme, pero mi tortura oral está haciendo estragos en su templanza.

Entonces me incorporo para volver a la bandeja. Suelto el bote de almendras allí y

cojo esta vez la nata.

—Todo un clásico —le digo—, pero muy visto.

Introduzco el dispensador del bote en mi boca y aprieto para que se me llene de nata.

—Riquísima —comento relamiéndome.

Me siento sobre la cama y me dispongo a comer de manera relajada, eso sí, con las

piernas bien abiertas para que pueda contemplarme desde su posición, ¡y vaya si lo hace!

Cuando estoy satisfecha, cojo un trozo de salmón ahumado y me lo pongo con sumo

cuidado sobre mi tripa, que todavía no está demasiado abultada. Después tomo un trocito

de jamón y lo pongo sobre uno de mis pechos y repito la operación con el otro. Y así sucesivamente con toda la comida hasta que me convierto en un

suculento manjar.

—¿Has cenado, Marco Antonio?

Él niega con la cabeza, muy serio.

—¿Osas regañarme a mí cuando tú haces lo mismo?

—Yo no estoy embarazado —alega.

Remato mi original ritual culinario ungiendo los escasos huecos que han quedado libres con crema de cacahuete. Y permanezco expectante, retándolo con la mirada.

—Los dos sabemos que vas a rendirte a mí, romano, no me hagas esperar más, pues

cesaré en mi empeño y caerá sobre ti la ira de los dioses —juego con las antiguas creencias que han mantenido vivas en ambas familias desde el albor de los tiempos, aunque no sin cierto aire de superioridad sobre él.

—Jura que no volverás a pedirlo. No hasta haber dado a luz a nuestro hijo —gruñe

ya perdido por completo.

No voy a jurar tal cosa, es ridículo. No hace falta tener sexo salvaje para satisfacer

las necesidades carnales, pero eso lo discutiremos más adelante, ahora voy a degustar la batalla que acabo de ganar.

—Como tú quieras, ¡pero ven de una maldita vez!

Él no duda en avanzar hasta la cama y devorar el jamón, el salmón, la crema de

cacahuete y todo lo que me he puesto por encima, haciendo las delicias de su prometida.

No deja de besarme y acariciarme, con mucho cuidado para no apoyarse y hacerme daño.

Yo me retuerzo de placer, necesitaba su contacto, lo echaba de menos demasiado. Así que

en cuanto se dispone a succionar la crema que he puesto en mi entrepierna exploto en un

orgasmo descomunal, volviéndome loca y arrastrándolo a él conmigo.

Su cara de sorpresa mientras jadeamos juntos me da la razón.

—Nunca me había corrido sin penetración —confiesa recostándose a mi lado.

—Es lo que intentaba explicarte todo este tiempo, no es necesario que hagamos daño al bebé.

Posa el antebrazo sobre su frente, pensativo.

—¡Ha sido increíble! Sabía lo cachondo que me ponías, pero nunca hubiese imaginado que pudiese tener un puto orgasmo con tan solo mirarte... ¡Es alucinante!

Yo me río por su reacción.

—El gran amante romano descubriendo su potencial sexual cuando está a punto de

convertirse en un cuarentón —me burlo risueña.

—¡Te voy a dar yo a ti cuarentón!

—Ahora que confías en mis poderes, podrías darme otras cosas...

—Te daré mi vida, te daré el mundo entero, todo lo que desees, mi Cleopatra.

Me besa en un loco arrebató de enamorado, me encanta verle tan feliz.

—Te prometo un mundo lleno de amaneceres y crepúsculos a orillas del mediterráneo, mi diosa —murmura sobre mis labios mientras nos sumimos en una prometedora noche de amor.



Capítulo 31

Esta mañana hace un calor insoportable y metidos en la tienda creo que hace más todavía. Las inagotables colas de gente a la que asistir se agolpan ante la enorme tienda de campaña que hace las veces de hospital. Victoria teme por nuestra integridad física, porque cada vez viene más gente, pero yo la animo constantemente para seguir adelante.

—No creo que en tu estado debas hacer todo esto, Cleo. Si sucediese algo, no te lo

perdonarías nunca —me dice, abusando de la amistad que se ha forjado entre nosotras en

todo este tiempo—. Esta pobre gente hace viajes de días para venir a tu consulta y no podrás detenerlos, cada vez hay más y los recursos cada vez

son menos. Debes poner un

límite.

—Cada vez te asemejas más a mi futuro marido, Vic. ¿Crees que esa pobre gente,

como tú los llamas, que camina durante días sin comer ni beber nada hasta llegar aquí, se merece que les dé la espalda?

—No se lo merecen, pero me preocupa tu estado de salud. Estás embarazada de seis

meses y casi no tienes tripa, y eso es debido a todo el estrés al que estás sometiendo al

bebé...

—¡Ya basta! —la interrumpo molesta—. Nadie va a decirme...

De pronto se escucha gritar a la gente fuera y se abre la lona de la tienda con gran

violencia para hacer aparecer frente a mí a una señora de unos cincuenta años que sostiene entre sus brazos a otra más mayor. Yo me incorporo asustada y la mujer más joven comienza a hablarme en árabe llorando, pero no le entiendo nada.

—Dice que su madre tiene una grave enfermedad y que no puede moverse, que

lleva días sin comer y teme su muerte —me traduce Victoria con preocupación.

—No atendemos a adultos, solo niños —le explico a la mujer con amabilidad mientras Victoria le traduce a mi espalda.

La mujer posa su mano sobre mi corazón y mira a mis ojos con los suyos

llenos de

lágrimas, habla muy rápido, pero solo logro entender « *min fadlik* », pues lo repite sin cesar entre sollozos.

—Te suplica que le ayudes, dice que implora la ayuda de la última diosa en la tierra

y que todos saben que eres la reina del Nilo, la sanadora de enfermos.

—¿Qué?! —vocifero incrédula.

Entonces Marco Antonio entra como un vendaval que arrasa todo a su paso y se dispone a coger a ambas mujeres para lanzarlas al exterior de la tienda.

—¡No, detente, Marco! —Me interpongo en su camino.

—¡Cleopatra, esta mujer puede tener el Ebola, aléjate inmediatamente de ella!

Por un momento mi corazón da un vuelco, ni siquiera me había parado a pensar en

eso, pero me obligo a mantener la compostura. Por cierto, Victoria, en cuanto ha escuchado el nombre de la enfermedad, ha salido corriendo.

—Marco, el cuadro clínico no coincide con el Ebola, tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? Me has engañado desde el principio, te pasas aquí metida toda la puta semana, trabajando, atendiendo no solo a los niños de esta aldea, sino a todo el que viene, sea de donde sea. ¡Hasta el hospital ha reducido su lista de espera, joder! Ese no era el maldito trato y lo sabes, ¡estoy harto de que antepongas todo a tu vida, a nuestra vida! —ruge furioso.

La mujer que hace un momento me hablaba de repente cae al suelo inconsciente y

convulsionando. Marco Antonio me detiene cuando intento socorrerla. Lo miro con

determinación.

—Si me impides ayudar a esta mujer, lo nuestro habrá terminado —amenazo muy

seria.

—Pues entonces ha terminado —contesta.

Siento romperse mi corazón y un gran dolor que oprime mi pecho, pero el deber de

socorro es mucho más importante que el deber del amor.

Me suelta con desgana, mirándome con desprecio, pero no tengo tiempo de llorar ni

lamentarme, me apresuro a auxiliar a estas dos señoras tendidas en el suelo. Poco a poco

la gente que está agolpada en la calle, observándome, comienza a ayudarme al verme tan

apurada, y finalmente, gracias a ellos, consigo colocar el gotero a mis actuales pacientes, aliviar la presión de sus ajustadas ropas y colocarles un almohadón debajo de sus cabezas.

Cuando he terminado, respiro tranquila observándolas con orgullo. Su recuperación

al menos ya no está en mi mano, he hecho todo lo que podía.

Victoria aparece a mi espalda, la miro enfadada por haber abandonado su puesto de

trabajo, pero sé que está arrepentida.

—Perdóname, Cleo, me asusté, no quiero morir...

—¡No vas a morir, Victoria, no seas tonta!

—No tengo el valor que tienes tú.

—Bueno, yo no lo llamaría valor —me ofrece su mano para incorporarme y la tomo

—, más bien es masoquismo. Mi prometido acaba de dejarme porque cree que prefiero el

trabajo a él.

—Eso es imposible, ese hombre vive por ti —alega—. Acuérdate de cómo luchó

contra los asaltantes que vinieron a robarnos el mes pasado, ¡él solo!

Es cierto, aquel día seis hombres emergieron de la nada para robar nuestra comida,

nuestra agua, las medicinas y vete tú a saber qué nos hubiesen hecho de no haber estado él a nuestro lado, se enfrentó a ellos sin armas, tan solo con un palo, y los machacó a todos.

Sé que arriesgaría su vida por mí sin dudarlo porque ya lo ha hecho varias veces, pero también sé que todo tiene un límite y que el amor no es una fuente inagotable de recursos.

—Pero se ha cansado de no ser correspondido —me siento en la silla para intentar

respirar—, y se ha ido.

—Cleo, no se ha marchado, está ahí fuera, dando patadas a un árbol, eso sí, pero a

tu lado, no te ha abandonado —me indica.

De nuevo mi corazón se llena de esperanza y alegría. Salto de la silla para ir

corriendo a buscarlo.

Lo veo a lo lejos, debajo de un tamarisco, el más grande que haya visto jamás, asestando puñetazos al pobre árbol. Me armo de valor y me dirijo hasta allí.

—Cuentan las leyendas que Osiris cayó en una trampa mortal tendida por su hermano Set, que lo encerró vivo en un cofre y lo arrojó a las aguas del Nilo. La corriente arrastró hasta el mar el féretro y este lo llevó hasta orillas fenicias. Se dice que las olas lo lanzaron contra un tamarisco, el cual comenzó a crecer muy rápido para poder

resguardarlo en su interior para siempre —recito las palabras que él pronunció un día mientras comíamos sentados a la sombra de este árbol.

Se gira bruscamente para mirarme, hay odio en sus ojos.

—¡Lárgate, Cleopatra, no quiero verte! —ruge colérico.

—También cuentan que Abraham plantó un árbol invocando el nombre de Dios para

establecer un pacto sagrado con el Creador. De aquí provino el maná, alimento que llovió

sobre el desierto cuando los israelitas abandonaron Egipto en busca de la tierra prometida, saciando el hambre de aquellos hombres para que pudiesen continuar su camino —sigo recitando.

—¡Toda esa mierda no viene al caso ahora!

—No creo que este árbol milenario y sagrado merezca ser el objetivo de tu ira, no te

ha hecho nada —lo reprendo.

—Prefiero pegarle a un árbol antes que... —se detiene.

—¿A mí?

—Sabes que jamás te tocaría, prefiero morir —suspira.

—Marco Antonio, no me hagas elegir entre tú y mi profesión, por favor.

—Tu profesión no es esta, Cleopatra, no viniste aquí a vivir en penurias, pasando hambre, calor, esforzándote al máximo por gente que ni conoces, poniendo en riesgo tu vida y la del bebé, ¿no entiendes que lo único que intento es protegeros? ¡Sois la única familia que tengo, maldita sea!

—¿Y para qué vine? ¿Qué pretendes que haga?

—Quedarte en casa, a salvo, guardando reposo, o si eso te aburre, puedes ir decorándola, faltan todavía muchas cosas que comprar. Una vez que hayas dado a luz, podrás venir a hacer lo que te plazca, pues ya no habrá tantos peligros.

—No hay tales peligros, tú lo exageras todo.

—Hepatitis, meningitis, tuberculosis, leishmaniosis, sida, Ebola... por no hablar de

saqueadores, asesinos y violadores, ¿quieres que continúe? —gruñe.

—No, no es necesario.

Tiene razón, sé que la tiene, pero necesito ayudar a toda esta gente. Desde que estamos aquí han aprendido a leer y escribir, han aprendido a coser, a cantar... Están muchísimo mejor que antes.

—Sé que quieres ayudarlos, pero ¿qué harás cuando se agote el dinero? ¿Los abandonarás, sin más?

Miro hacia el árido horizonte.

—No lo sé.

—Cleopatra, has dado a este poblado algo que nunca han tenido: esperanza.
Eso es

lo mejor que nadie ha podido regalarles nunca, pero no puedes consagrar tu vida a su bienestar, porque entonces te olvidarás del tuyo. Al menos no cuentes conmigo para eso,

por mucho que me duela decírtelo.

De pronto se escuchan voces procedentes del hospital, nos miramos uno al otro, me

temo lo peor. Corremos hacia allí y cuando llegamos todos los presentes, más de cien personas, se van arrodillando a mi paso.

«¿Qué ocurre?», me pregunto extrañada.

La gente arrodillada comienza a repetir una palabra, cada vez más alto. No entiendo

nada. Entro apresuradamente en la tienda y descubro a Victoria dando de beber a la anciana y a la que supongo que será su hija. Parece que están como nuevas.

Me acerco hasta ellas, les sonrío y tomo la muñeca de la señora mayor para comprobar su pulso, entonces la anciana centenaria comienza a hablar.

—Dice que te agradece haberle devuelto a la vida —traduce Marco Antonio —, que

te estará agradecida para toda la eternidad... —se detiene en seco.

Todos aclaman una palabra y yo miro a mi todavía prometido intrigada.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Creen que eres una chamana.

—¿Una chamana? —Ahora sí que me voy a desmayar.

—Por lo visto esta anciana es la jefa de todas las tribus de la región, una especie de

reina madre. Huyó para esconderse cuando los terroristas atacaron varios poblados, la creían muerta, pero tú la has resucitado, en todos los aspectos. Esa es la versión que se acaban de sacar de la manga tus repentinos súbditos.

—Se encoge de hombros—. Ahora

eres su diosa, pues estás por encima de la anciana.

—¿Mis súbditos? ¿Una diosa? ¡Qué tontería! Explícales que soy médico, no hay

nada de magia en mí.

—Ellos ya lo han decidido, su soberana ha hablado.

La anciana me observa con gran respeto en sus vividos ojos, toma mi mano y la aprieta para continuar hablándome. Mi cara debe de ser un poema, estoy flipando.

Después toca mi vientre y me sonrío. Marco Antonio hace un ademán para apartarla de mí,

pero hago un gesto con mi mano para que se detenga y la deje hacer.

—Presagia que tendrás una niña, que será muy hermosa y que nacerá fuerte y sana,

como su madre —traduce Victoria atónica, ya que Marco Antonio está demasiado

emocionado, o enojado, para hablar—. Te señala hacia el desierto porque asegura que deberás revelar el secreto mejor guardado para que prevalezca la paz en nuestros días, aunque si lo haces perderás a tu gran amor. Deberás elegir.

Algo se enciende en mi vientre, puede ser hambre, nervios o pánico, pero de pronto

me cuesta respirar. Marco Antonio le grita algo en un idioma que nadie entiende, solo ellos dos.

La anciana permanece impasible, pero claramente dolida, y se pone en pie para marcharse sin añadir nada más.

Todas las personas que permanecían postradas se levantan a su paso y se marchan

tras ella, dejando todo a nuestro alrededor en un desolador e inusitado silencio.

—¿Qué le has dicho, Marco? —le pregunto una vez que estamos a solas.

—Que se guarde sus falsas profecías para su pueblo, ese pueblo que pretende que tú

protejas y al que ella abandonó vilmente para salvar su pellejo.



Capítulo 32

Hoy hace un día fabuloso, soleado, como acostumbran a ser siempre los días por esta parte del mundo, pero con unos grados menos que en verano. Estamos a finales de enero y se agradece la tregua.

Marco Antonio sigue enfadado por lo ocurrido ayer en la aldea; por más que anoche

intenté obtener su perdón, no ha habido manera y ha terminado durmiendo en el sofá. Ni

siquiera mis atenciones sexuales le han hecho recapacitar.

—Aún no estamos casados y ya has dormido tu primera noche en el sofá —comento

al contemplarlo enroscado en el incómodo sillón de cuero.

Él abre los ojos, soñoliento, y me observa con una mirada triste.

—Ya no te gusto, lo sé —protesto cuando se levanta para dirigirse al baño

todavía

vestido con la ropa polvorienta de ayer.

Se detiene en seco ante mi comentario y se gira para mirarme a los ojos.

—¿Y se puede saber de dónde has sacado tan estúpida conclusión? —
pregunta sin

más.

—Estoy gorda, hinchada, cansada a todas horas del día y mis cambios de humor te repelen, no finjas.

Intenta aguantar la risa al verme por primera vez en mi vida insegura, pues debe permanecer en su papel de novio enojado.

—He de admitir que tus repentinos cambios de humor no son lo que más me atrae

de ti.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que más te atrae de mí? —lo provoco.

—Ahora mismo nada, estoy demasiado enfadado contigo.

—Pues esperemos que el enfado no dure para siempre.

—Cleopatra, mi amor por ti sobrevivirá a todos los riesgos que pueda depararnos el

azar, incluso a la violencia del olvido. Lo juro por lo más sagrado, que es nuestra hija... o hijo —se apresura a corregirse—. Pero no podrá sobrevivir si tú no quieres que lo haga.

—¿Qué estás diciendo?

—Tú has encontrado tu verdadera vocación, que es ayudar al prójimo, algo que te

hace mirar al futuro con esperanza e ilusión, pero ¿sabes qué? Que yo lo he encontrado también, y lo tengo justo delante de mis malditas narices, diciéndome que prefiere pasar

su vida junto a un atajo de desconocidos en vez de junto a mí, y eso me pone de muy mala

hostia, ¿qué pretendes que haga? —gruñe.

—Se pueden compaginar ambas cosas, Marco Antonio, tú mismo lo dijiste cuando

nos enteramos del embarazo. No quiero renunciar a ti, te amo.

Me observa inseguro.

—Bonita forma de amar. Ni siquiera te planteas renunciar a nada — refunfuña.

—¿Acaso me amas tú más a mí, haciéndome elegir entre una cosa u otra? No pienso

quedarme metida en casa todo el día como una cautiva, sin hacer nada — contraataco.

—¡Vas a criar a nuestra hija y estarás conmigo! ¿Es que eso no es suficiente para ti?

Miro por la ventana para no verme obligada a contestar semejante pregunta, entre otras cosas porque no sabría la respuesta.

—Ya veo que no.

Se gira y toma la dirección opuesta a la que llevaba, es decir, se va hacia la puerta

que da a la calle, la abre con decisión y se marcha.

—¡Marco, espera! —le suplico al ver esa expresión vacía en sus ojos.

Pero pega un portazo tras de sí, sin mirar hacia atrás, sin mostrar la más mínima clemencia ni remordimiento. Y solo entonces me dejo caer sobre el sofá donde momentos

antes dormía él y lloro desconsoladamente, estoy segura que como no lo he hecho en la vida, porque lo quiero con toda mi alma, pero también siento mi deber para con el pueblo.

Ayudar me da la vida, es mi razón para seguir adelante, lo único que hace que mi

existencia cobre sentido y que todas esas generaciones que han muerto por mi causa obtengan su recompensa.

Es lo único que justifica su muerte.

¿Tendría que ser más egoísta y disfrutar de una vida acomodada junto al hombre de

mis sueños y mi bebé, mientras todos esos niños enferman y mueren? Solo de pensarlo me

siento sucia e indigna.

Sé que él me diría que ya he hecho suficiente, les he dado una escuela, un pozo con

agua, armas para cazar y herramientas para sembrar, y un largo etcétera, en definitiva, les he dado la famosa caña de pescar para que ahora ellos se puedan autoabastecer, pero hay

muchos poblados como ellos... Demasiados.

Pasa el día sin noticias de Marco Antonio, por más que le llamo al móvil no contesta, lo ha apagado. Pero creo que sé dónde está, si no me equivoco estará debatiéndose entre el bien y el mal, y yo voy a ir a ayudarlo a decidirse.

El taxi me deja a la altura de la mitad del puente de Stanley y, efectivamente, no tardo en ver su moto aparcada junto a su banco preferido. Me acerco hasta

ahí y me siento a su lado sin decir nada.

Él me observa indeciso.

—«La heroicidad derrumba los dilemas del pasado de un pueblo y los escondrijos

que trae el futuro, porque se construye con la imbatible voluntad de aquel que tiene el valor de llevarla por bandera» —recito de memoria un artículo que he leído hace poco.

Vuelve a mirar hacia el mar.

—La heroína eres tú, todos te adoran, eres su reina.

—Estás equivocado, tú eres quien lo ha hecho posible, yo solo he sido el medio que

has utilizado. Me llevaste allí sabiendo de sobra que los ayudaría.

—Pero ya no quiero que lo hagas, he dejado de ser un héroe, ahora por lo visto soy

un cobarde.

—Marco Antonio, he venido a enterrar el hacha de guerra —apunto—, aunque ya

sabes que no se me da muy bien, tú eres el experto en enterramiento de hachas.

No puede evitar dejar escapar una sonrisa, pero el enrojecimiento de sus ojos denota

que ha estado llorando durante mucho tiempo.

—¿Por qué te has quitado la alianza? —pregunto al ver su dedo sin el anillo que le

regalé para celebrar nuestro compromiso.

—La he tirado al mar —suelta tan tranquilo.

—¿Que has hecho qué?! —grito colérica, ¡a la mierda el hacha!

—Lo nuestro no va a funcionar, Cleopatra, no quiero darte una vida de penurias, quiero que seas feliz.

Sus palabras me rompen en dos.

—Marco Antonio, ¿no ves que si no es a tu lado, no podría ser feliz?

No me mira, sigue mirando un punto fijo en el horizonte.

—He venido a prometerte algo —insisto.

—Ya no creo en tus promesas. No creo en nada.

No me hace el menor caso, parece que ya no le importo y no me gusta nada esta nueva faceta suya, la de la derrota. Prefiero mil veces que se enfade y grite, o incluso que pegue patadas y puñetazos a los árboles. Pero no pienso rendirme, por mucho que intente

fingir que ya no me quiere, no voy a permitirle que haga esto.

—No volveré al campamento hasta que nuestra hija tenga un año.

Él, de repente, se gira para examinarme y esa mirada sí que no tiene precio, pues refleja la felicidad más absoluta, aunque contenida porque no termina de creerlo, y me siento feliz por ser yo, con unas cuantas palabras, quien se la provoque.

Me encuentro fuerte, pero a la vez responsable por tener a un hombre así en mis manos, por poder destruirlo o darle la vida tan solo con un chasquido de mis dedos.

—No me mientas, Cleopatra, las cosas tienen siempre un final y hay que saber asumirlo.

Me levanto del banco de un salto.

—¡Vamos a casarnos! —exclamo.

—¿Qué? —Me mira alucinado.

—¡Sí, ahora mismo! ¡Vamos!

Él está algo desconcertado y yo tiro de sus manos para que se levante. Se hace de

rogar, pero al final se levanta para ponerse delante de mí.

—Hay una pequeña iglesia católica cerca de casa, ¿por qué no?

—¿Así, de repente?

—¡Sí! Con tu ropa llena de arena del desierto y mi pelo hecho un pompón salvaje,

no me importa, lo único que me importa es que no vuelvas a dejarme, porque no puedo respirar si me faltas.

El hecho de casarnos no impide que nos separemos o discutamos, pero es una bonita

manera de demostrarle muchas cosas.

Me acerco a su oído para confesarle un secreto.

—Además, no llevo bragas —susurro.

Él sonrío por fin, con esa picardía que le caracteriza.

—Te quiero —me besa con furor—, te quiero más que a mi propia vida.

Y entonces sí que dejo resbalar las lágrimas por mis mejillas, por fin me he quitado

la gran losa que tenía encima y que oprimía mi pecho. Junto a él me siento dichosa de nuevo.

Me coge en brazos para subirme en la moto sonriendo.

—Si lo hacemos, ya no habrá vuelta atrás, piénsatelo bien —me aconseja mientras

arranca.

—No tengo nada que pensar. ¡Llévame al cielo, romano!

Acelera y nos vamos directos hacia el altar.



Capítulo 33

—¡Mami! ¡Mami! Papi dice que me enseñes a bailar como cuando eras joven.

—Selene se abalanza sobre mí entusiasmada poniéndome ojitos suplicantes.

Miro al padre de la criatura con cara de asesina en serie y me guiña un ojo con un gesto embaucador.

—¿Como cuando era joven? —Enarco una ceja haciendo como que me

enfado y él se

parte de la risa—. Si con treinta y cinco años no soy joven, ¡tú con cuarenta eres una momia!

—Ya sabes dónde tengo la momia —contesta provocador.

Le sigo el juego con cautela ahogando la risa, porque la niña es más inteligente que los

dos juntos y las capta todas al vuelo.

—Pues más te vale portarte bien si quieres volver a meterla en el sarcófago —lo amenazo muy seria y él suelta una carcajada.

—Ya tiene edad para conocer nuestra cultura —alega Marco Antonio tirado en el sofá.

—Nuestra cultura —enfático, ya que ninguno de los dos es de aquí, ya que él es medio

italiano y yo me considero española— tiene demasiadas cosas hermosas como para

enseñarle precisamente eso —lo reprendo.

—No tiene nada de malo, a mí me encanta verte bailar y, además, mañana empieza el

colegio y allí lo hará —insiste.

—Ya veremos, es demasiado pequeña y ese baile no es adecuado para las niñas

pequeñas.

—La seguirás viendo pequeña incluso con cincuenta años —bromea mi querido

marido.

Y tiene razón, no sé qué fenómeno extraño fue exactamente el que se apoderó de mí

cuando mi hermosa hijita nació, pero todo mi mundo cambió cuando me miró con esos increíbles ojos azules. Mi vida se convirtió en un mero instrumento para cuidarla y procurarle el máximo bienestar, y todo lo demás, incluso yo misma, dejó de importarme.

Salvo él. Marco Antonio fue el único que sobrevivió a la redistribución de mi lista de

prioridades.

Es asombroso, pero mis rizos pasaron de ser uno de mis mayores quebraderos de cabeza a algo absurdo y sin importancia. El acicalado de mi cuerpo en general se esfumó

para dar paso a biberones, horarios, pañales y un larguísimo etcétera. Aunque también mi

felicidad se multiplicó por mil.

Creía que no podría ser más feliz de lo que era estando junto a mi amor y que mi corazón no sería capaz de amar a nadie tanto como lo amaba a él, pero estaba equivocada.

El corazón se expande y es capaz de amar sin límite. He descubierto que esta nueva forma

de amar es mucho más pura, sin condiciones, sin medida, sin intereses, y desde luego te

convierte en mejor persona.

—Ya sé que debe aprender cosas nuevas en el cole, pero no creo que con cinco años

necesite saber cómo seducir a los hombres —le respondo molesta.

—¿Qué significa *secudir*, mami? —pregunta sonriente retirándose torpemente sus ricitos oscuros de la cara.

Clavo mis ojos en los de su padre y él se ríe.

No deja de asombrarme la habilidad que tiene para marginar justo las palabras que no

debe escuchar de una frase completa.

—Que te lo explique tu padre, cariño.

Se lanza entonces contra el enorme cuerpo plácidamente tendido de su progenitor,

dándole un buen rodillazo en sus partes íntimas, lo que provoca que la gran masa muscular que tengo por marido se encoja al instante soltando un quejido, cual ostra al echarle limón.

Ahora soy yo la que se parte de la risa desde el otro sofá.

—Hija, eres tan delicada como tu madre —protesta entre sollozos exagerados mientras

ella trepa por su abdomen haciendo caso omiso del dolor de su padre.

—Papi, dime cómo se dice *secudir* en sumerio.

En ese momento su padre la observa con los ojos llenos de amor y orgullo y se disponen ambos a repetir las declinaciones del verbo seducir en sumerio.

—No me lo puedo creer, paso de vosotros —murmuro para mí negando con la cabeza

al levantarme del sofá—. Me voy a la cama, y vosotros no tardéis demasiado en hacerlo,

que mañana nos espera un día duro. —Bostezo antes de terminar la última palabra.

—Buenas noches, mami.

—Te quiero, mi vida.

Les doy un beso a ambos y subo las escaleras en dirección a mi cuarto. Me encantaría

pasar todo el día con ella, cada hora, cada minuto, pero al final estoy tan cansada que necesito también algo de tiempo para recuperar fuerzas, aunque no puedo evitar sentirme

culpable por ello.

No importa que me tire horas jugando con ella y dedique mi vida por completo a cuidarla, siempre me parece insuficiente y creo que podría haberle dado más. Por eso me

acuesto cada noche con la sensación de no haber disfrutado plenamente de mi hija, porque

he estado media hora haciendo algo alejada de ella y la necesito. Es una especie de droga, aunque sean cinco minutos, la echo de menos. Este pensamiento no es sano, lo sé, y me

mata, pero no puedo evitarlo.

Tengo la extraña sensación de que algo terrible va a ocurrirle y debo aprovechar cada

minuto a su lado. Imagino que esto les sucederá a todas las madres del mundo con sus hijos, pero a mí es algo que no me permite respirar, que oprime mi pecho con fuerza cada

noche, aunque me obligue a no pensarlo demasiado.

Marco Antonio me dice que parezco una gallina clueca que no quiere que

nada le suceda a su pollito, y es que él opina que lo que tenga que ocurrir, ocurrirá, por mucho que yo intente evitarlo y esconderla bajo mis alas. Pero ese no es mi pensamiento, yo no creo en el destino, creo que cada uno forja su propio camino a su libre albedrío y que nada está

decidido, por eso quiero protegerla con toda mi alma, día y noche.

Es la primera vez en mi vida que algo es mío, que me une a ella un lazo real, pues no

he conocido a nadie de mi familia nunca y a lo mejor esto hace que sea más preservadora

aún.

—Me recuerdas a una tigresa resguardando a su cría con garras y dientes de una sombra que solo tú puedes ver —me regaña Marco Antonio muchas veces.

Mañana es la primera vez que me voy a separar de ella y ya siento que me va a dar algo hasta que vuelva. Las demás mamis me han dicho que es normal que me sienta así,

pero no veo a ninguna tan preocupada como yo. Supongo que me terminaré acostumbrando a la separación y relajándome.

Por fin logro quedarme profundamente dormida.

Tengo la sensación de acabar de cerrar los ojos cuando suena la alarma del reloj, miro

por la ventana extrañada para comprobar que todavía no ha amanecido. Marco Antonio me tiene cogida por la cintura mientras gruñe molesto para que apague el despertador. Lo

cojo y veo que son las cinco de la madrugada.

«Qué raro —pienso para mí—, juraría haberlo programado para sonar a las

ocho»...

—Marco, ¿tú has cambiado el despertador de hora? —le pregunto.

—Mmm —contesta dormido.

De pronto siento cómo el viento mueve mi pelo, hay corriente y en pleno mes de diciembre no suelo dejar las ventanas abiertas...

«¡Ay, Dios mío!».

Salgo de la cama corriendo, tropezándome con todo y gritando el nombre de mi hija,

invadida por el pánico que de repente aterra mi ser.

—¡¡¡Selene!!!

Cuando llego a su cuarto descubro que su camita está vacía. Comienzo a temblar automáticamente.

—¡No! —grito con la voz desgarrada y el alma en un puño mientras me dejo caer de

rodillas, mis piernas no han soportado el peso de mi cuerpo y me he desplomado.

Marco Antonio aparece corriendo tras de mí con el rostro desencajado y cuando ve la

cama vacía de nuestra pequeña me mira buscándola entre mis brazos, pero no la encuentra

y se apresura a asomarse por la ventana abierta.

—¡Selene! —grita desesperado, pero no obtiene respuesta.

Él no reacciona de la misma manera que yo, pues en vez de gritar y llorar, pega un puñetazo a la ventana haciéndole un gran agujero, por lo que los

trozos rotos de cristal caen al suelo hechos añicos, pero su mano continúa intacta, no se hace ni un rasguño.

—Marco, ¿dónde está nuestra hija? —consigo balbucear entre sollozos.

Él se deja caer junto a mí para rodearme entre sus brazos.

—Ven aquí, preciosa, tranquilízate —me acuna—. Te juro que vamos a encontrarla, aunque sea lo último que haga.

De pronto algo se mueve entre las sábanas.

Nos miramos uno al otro, presas del pánico y del dolor. Corremos a comprobar de qué

se trata y descubrimos que es un pergamino escrito en árabe.

«Si queréis recuperar a la niña, devolvednos nuestro mapa. Estaremos esperando a la

sombra del mártir», traduce Marco Antonio.

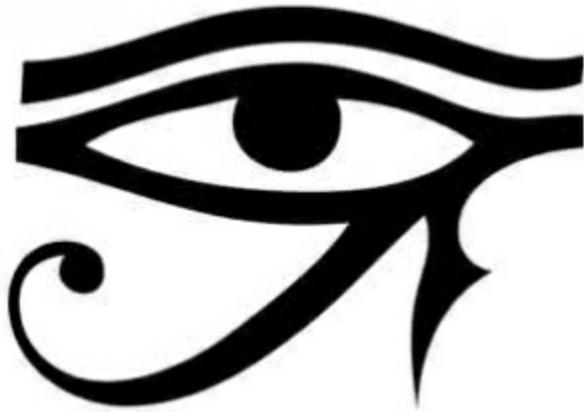
No sé si respirar tranquila sabiendo que no le ha sucedido nada, o que al menos que

sigue con vida, o si preocuparme más aún al sospechar en manos de quién podrá estar.

—¿La sombra del mártir? ¿Qué coño es eso? —pregunto.

—No lo sé... —gruñe cabreado.

Ambos sabemos quién se la ha llevado.



Capítulo 34

Marco Antonio ha llamado a medio Egipto y al otro medio no porque no le serviría de ayuda. Tiene contactos por todo el mundo, creo que ha hablado hasta con la embajada rusa.

Lo veo moverse y deambular nervioso por todas partes. Acaba de amanecer y hasta ahora nadie ha visto nada, ni los vecinos, ni las cámaras de vigilancia... nada.

No hay ni rastro de mi hija y cada minuto que pasa se me hace más largo que el anterior.

—Tarde o temprano tienen que dar alguna señal de vida y entonces los atraparemos.

Todo el servicio secreto egipcio está al tanto, tenemos controladas las carreteras, los aeropuertos, los puertos... No tardarán en devolvernos a nuestra hija sana y salva, Cleopatra —me explica.

Yo no puedo dejar de llorar, la angustia de no saber dónde estará mi pequeña me está

matando. Solo pienso que hace unas horas me mortificaba que en clase no se llevase bien

con sus nuevos amiguitos... y ahora daría mi vida porque estuviese allí.

Marco Antonio se sitúa en cuclillas frente a mí y levanta mi barbilla con un dedo para

que lo mire a los ojos; casi no puedo enfocarlos, pues las lágrimas no me lo permiten.

—Nena, te necesito fuerte, ¿de acuerdo? —me tantea—. Los dos sabemos lo que está ocurriendo y que no se van a arriesgar a que le suceda nada malo a la niña; si eso pasase estarían perdidos, lo único que buscan es dinero. Estate tranquila.

—¿Cómo quieres que esté tranquila?! ¡Se han llevado a mi hija! —grito histérica.

—¡También es mi hija, joder! —Se levanta de golpe y se pasa la mano por el pelo, desquiciado.

Entonces es cuando me doy cuenta de que él también está sufriendo, aunque intente mantener la sangre fría suficiente para encontrar soluciones y para que yo no me derrumbe.

—Lo siento, tienes razón —claudico moribunda.

Lo último que necesito ahora es discutir.

Él me observa apenado.

—Cariño, si perdemos los nervios no podremos ayudarla. Estamos juntos en esto y vamos a buscarla hasta debajo de las piedras. Te juro que todo saldrá bien, pero para eso necesito que confíes en mí.

—Lo hago.

Me da un beso tierno y rápido.

Llaman al timbre y Marco se apresura a abrir la puerta.

—He venido en cuanto me he enterado —indica Giulio dando un fuerte abrazo a su hermano.

Se dirige hasta mí y nos abrazamos sin pronunciar ni una sola palabra, solo soy capaz

de llorar desconsoladamente sobre su hombro, no sé por qué.

Desde que salió del coma, ya hace cinco años, ha sido como un hermano para mí. Para

mi sorpresa, supo aceptar nuestra relación sin objetar nunca nada, incluso se alegró por su hermano. A mí me costó más perdonarle por su engaño, pero, al fin y al cabo, fue por defenderme, y en todo este tiempo se ha ganado la redención, pues solo vive por mi hija,

dice que es su alegría. Imagino que vivir una experiencia tan cercana a la muerte te hace ver las cosas de una manera distinta. Lo que peor se tomó fue lo de Corín y Clara, creo que tiene esa espinita clavada desde entonces.

—¿Sabemos algo nuevo? —pregunta a su hermano, acariciando mi pelo todavía

conmigo entre sus brazos.

Yo niego con la cabeza al separarme de él, me sueno los mocos con el pañuelo que ya tengo empapado entre mis manos y me vuelvo a sentar en mi sitio, en un taburete junto a

la encimera de la cocina.

—No le va a suceder nada, preciosa —me anima mi cuñado—, tenemos a todo el

mundo buscando a vuestra hija. Aunque parezca que no, este cabrón sabe lo que se hace

—intenta confortarme, sin dejar de observar a su hermano, que tiene los ojos enrojecidos.

Ambos se dedican una mirada fugaz y se entienden; yo, sin embargo, no me entero de

nada.

De pronto alguien entra corriendo por la puerta del jardín, asustándome, tanto que casi

muerdo de un infarto, aunque Marco no tiene pinta de impresionarse demasiado al ver su

uniforme de soldado, seguramente hasta lo estuviese esperando. Es lo que tiene estar casada con un comandante del ejército egipcio al que ya nada le sorprende.

Recuerdo que cuando lo conocí pensaba que era un simple oteador, o al menos eso me

contó él, aunque poco a poco fui descubriendo el pastel, hasta que finalmente confesó que era un alto cargo militar.

Al principio dudé de las ventajas que tendría ser la mujer de alguien tan importante y

me planteé los inconvenientes que ello conllevaría, pero ahora mismo me alegro enormemente, de esta forma conoce las novedades antes que nadie.

—¡Señor! —Se cuadra el joven que acaba de aparecer ante nosotros—. Hemos

avistado una furgoneta en las afueras de El Cairo que conducía de forma temeraria y los

lugareños aseguran haber visto viajando con ellos a una niña que coincide con la descripción. —Habla en egipcio, pero ya entiendo casi todo.

Mis ojos se iluminan y la esperanza renace con fuerza en mi pecho. Al menos no es un

fantasma en medio de la nada, ya tenemos una primera pista.

—¡Vamos, Marco! —exclama Giulio con excitación.

«¡Está viva!», me repito sin cesar.

Marco Antonio y Giulio se ponen en marcha a toda prisa, siguiendo al chico que le acaba de dar la información, pero mi marido se gira justo antes de salir a la calle.

—Cleopatra, quédate en casa, esto será peligroso —me ordena metiendo el móvil en el

bolsillo trasero de su vaquero.

—¡Y un cuerno! —contesto una vez ya levantada y a punto de salir por la puerta tras

ellos.

El soldado se queda bizco al escuchar la irrespetuosa contestación que le doy a su superior y decide seguir su camino hasta el *jeep*.

—Nena, necesito que estés aquí por si intentan contactar con nosotros —me explica armándose de paciencia.

—¿Crees que voy a quedarme aquí sentadita mientras tú vas a buscar a Selene?

¿Acaso no sabes ya con quién te has casado? ¡Quédate tú, yo me largo!

Salgo por la puerta decidida, pasando entre su cuerpo y el marco. Él niega con la cabeza y me sigue sin añadir nada más.

Giulio se monta con el soldado en un *jeep* de color verde caza perteneciente al ejército, pero Marco y yo los seguimos detrás con la moto.

Llevamos aproximadamente dos horas de viaje cuando llegamos donde se supone que

han visto la furgoneta por última vez. Los soldados que van en el *jeep* hablan unos con otros en árabe, incluido Giulio, que les da instrucciones para continuar el camino, Dios sabe hacia dónde.

Por cierto, mi cuñado también pertenece al ejército, aunque no tiene tanto rango como

su hermano; creo que su unidad es especialista en desarticular explosivos o algo así.

Las Fuerzas Armadas de Egipto son las más grandes del continente africano, del mundo árabe y una de las más grandes del mundo entero, ya que ocupa el puesto treceavo.

El abuelo se encargó personalmente de que ambos ingresaran en cuanto los reclutó; los hombres de la familia desde tiempos ancestrales ya pertenecían al MESHÁ, que era el ejército oficial en tiempos faraónicos.

Por lo visto, no fue mi vida la única que manejó a su antojo.

Subimos por una carretera muy estrecha cercana a Guiza, desde donde se pueden adivinar las pirámides, aunque ahora mismo no tengo ánimo para admirarlas, todo me importa un bledo.

Enseguida se detiene el *jeep* para que uno de los soldados que va armado con un subfusil se acerque hasta la moto.

—Señor, aquí es donde se pierde la pista de la furgoneta, por lo que suponemos que no

deben de andar muy lejos —informa a la vez que se aleja para rastrear las marcas de la carretera.

—¿Hay algo que te recuerde a la sombra de un mártir? —me pregunta Marco Antonio, ayudándome a bajar de la moto.

Miro a mi alrededor, pero no veo nada. Solo árboles y algún que otro arbusto.

—Solo hay árboles —murmuro agobiada.

—No creo que ningún árbol sea un mártir —se queja él, buscando no sé qué.

Mi cerebro va a mil por hora.

«Árbol. Sombra. Mártir...».

—¡Osiris! —exclamo.

Clava su mirada en mí, intrigado.

—¡El mártir es Osiris! ¡Debe estar bajo un tamarisco! —deduzco emocionada.

Su expresión cambia y parece algo más contento.

—Suponiendo que eso fuese así, hay millones de tamariscos repartidos por África...

—Pero solo uno que signifique algo para nosotros...

—¡Ha sido una trampa! ¡Corre! —vocifera tirando de mi mano.

No tardamos en montarnos en la moto, Giulio nos observa boquiabierto y Marco le ordena que peinen la zona para descartar que realmente fuesen ellos los de la furgoneta.

Nosotros salimos disparados hacia el lugar donde hace tiempo estaba situado mi campamento hospitalario, ese al que nunca volví.

Rynkush.



Capítulo 35

Menos de una hora hemos tardado en llegar, ya que el poblado se encuentra a medio camino entre Guiza y Alejandría.

Marco Antonio aparca la moto donde siempre solía hacerlo, pero aquí ya no queda nada de lo que dejé el día que me despedí de ellos, prometiéndoles volver.

Cuando me marché para dar a luz a mi hija, Rynkush era un poblado con agua potable,

granjas, huertos, una escuela, un granero y varias casas construidas de ladrillo. Creí que serían lo suficientemente responsables como para mantenerlo, pero ahora mismo la decepción que se apodera de mí es absoluta. Me siento como una madre desilusionada con

su hijo.

Todo está abandonado, los pozos destruidos, la escuela desierta, las casas derruidas, ni

rastro de animales ni plantas... El poblado está reducido a escombros.

—No puedo creerlo, ¿dónde está todo el mundo?

—Se habrán marchado —supone Marco Antonio encogiéndose de hombros.

—¿Me estás intentando hacer creer que no sabes lo que ocurrió? Los dos sabemos que

eso no es cierto, sabes todo lo que ocurre en mil kilómetros a la redonda, no me vas a engañar. —Señalo los escombros de lo que un día fue una aldea próspera.

—Lo que estoy intentando es hacerte ver que hay personas que necesitan que alguien los guíe, que no saben cuidar de sí mismos.

—Pero yo les di la caña de pescar —protesto.

—No te tortures más, Cleopatra. Hay veces que ni metiéndoles la comida en la boca

salen adelante, es la ley de la naturaleza.

Se aguanta el ya te lo advertí y se lo agradezco.

—Así es. Los fuertes sobreviven y los débiles mueren —dice una voz a nuestra espalda.

Ambos nos giramos a la vez, dando un respingo, para comprobar de quién se trata.

—Cleopatra y Marco Antonio buscando a su preciosa niña, qué escena tan romántica

—musita con un extraño acento egipcio.

Una anciana, cuya cara me resulta demasiado familiar, se acerca hacia nosotros apoyada en un palo largo. Está descalza y va ataviada únicamente con una fina tela de saco enrollada en su cuerpo. En pleno invierno hace veinte grados, pero aun así no es para ir medio desnuda por el desierto.

—¿Qué coño sabe usted de nuestra hija? —pregunta Marco Antonio tensándose.

—Te dije hace tiempo que deberías renunciar a su amor para salvarla — señala la anciana mirándome fijamente y haciendo caso omiso a mi marido.

—¡Ahora la recuerdo! Le salvé la vida cuando vino al hospital. Estaba muy deshidratada y venía con su hija... —Es la famosa chamana jefa de las tribus de la región.

—Mi hija murió —me interrumpe—, como todos los demás. Murieron cuando los

abandonaste.

—¿Que yo les abandoné?! —grito indignada.

—Les pusiste la miel en los labios, para que probasen la dulzura de la modernización,

les regalaste unos sueños que nunca podrían cumplir, y cuando se hicieron débiles fue cuando vinieron y les robaron todo, no supieron defenderse porque habían perdido su tiempo aprendiendo a leer y escribir en vez de luchando. No quedó nadie, todos muertos.

Todos solos. —Según va hablando, la ira se va apoderando de su voz.

No sé si ya no me quedan más lágrimas que derramar o es que no me afectan las mentiras que está diciendo, porque sé que no fue así.

—¡Hubiesen muerto igual! —ruge Marco Antonio—. De una manera u otra. Ella solamente les hizo su estancia en la tierra un poco más feliz. No se atreva a volver a repetir semejante estupidez —la amenaza.

—Espero que sufras el mismo dolor que sufrí yo viendo morir a mi hija, sin poder hacer nada por ella —maldice señalándome— ¡por tu culpa!

—¡Yo no tuve nada que ver en la muerte de su hija, ni siquiera sé qué le

sucedió! —

me defiendo comenzando a enfadarme de verdad.

—No la escuches, Cleopatra, no tenemos tiempo —insiste Marco.

—Tiempo —repite la anciana—, tiempo fue lo que tampoco tuvo mi nieto, vosotros terminasteis con su vida demasiado pronto.

—¿A tu nieto también lo mató ella? —Sonríe Marco Antonio con ironía.

Entonces la mujer centenaria clava unos ojos oscuros y tenebrosos en él. Lo maldice.

—Él intentó hacer las cosas por las buenas, pacíficamente, pero lo matasteis como a un perro. Nuestras familias estarán siempre destinadas a no entenderse. Hasta que una de

las dos sobreviva a la otra.

—¿Quién era su nieto? —pregunto temiéndome lo peor.

—Mohamed Milah —sentencia.

Automáticamente Marco Antonio saca una pistola de la parte trasera del pantalón y apunta a la anciana a la cabeza.

Un miedo ancestral se apodera de mi cuerpo, comprendiendo todo al instante. No quieren el dinero, lo único que pretenden desde el principio es terminar con la estirpe y Selene es la última de esta.

La mujer continúa hablando, sin temer en absoluto el arma de Marco.

—Todas las tribus de África saben quién eres, me he encargado personalmente de que

cada líder te reconozca y sepa que eres peligrosa para la supervivencia de todos ellos.

Saben que eres la descendiente de Cleopatra y que intentas volver a dominarlos bajo tu yugo, como hiciste con esta pobre gente. Nunca estarás a salvo, ni tú ni tus sucesores.

—¡Mientes! —la increpo colérica.

—Mi hija no pudo superar la pena por la muerte de su único hijo; sin embargo, yo juré

vengarlo, y por eso los dos veréis morir a vuestra hija —asegura con una voz siniestra—.

Por cierto, debe quedarle muy poco tiempo. Lástima que no la enseñaseis a nadar. —Se ríe mientras destapa una especie de baúl que había junto a sus pies—. ¡Ahora decide, tu vida

o la de ella! —grita enfurecida.

Una cobra aparece de repente, reptando por el suelo rápidamente para abalanzarse sobre la pierna de Marco Antonio. Casi no nos da tiempo a reaccionar, es increíble la velocidad que lleva y todo esto a la vez que la anciana saca un cuchillo afilado para lanzarse sobre mí.

Marco Antonio aprieta el gatillo.

El cuerpo de la vieja arpía sin vida cae al suelo y el de mi amado también.

—¡Marco! —Corro a socorrerlo, lanzándome al suelo sin detenerme a comprobar si todavía anda cerca el reptil.

Cojo su cuerpo entre mis brazos, pesa como si fuese una viga de hierro. Se está poniendo demasiado blanco y suda mucho.

No puede morir a manos de una cobra. Esta serpiente encarna a la diosa Edjo y se encarga de proteger a los faraones, no de matar a su amor, es absurdo que sea este su final,

¡me niego!

—¡Mi amor, por favor, dime qué hago! —grito desesperada, por si puedo extraerle el

veneno o algo similar.

Él me mira con los ojos llenos de amor.

—Vive, Cleopatra, hazlo por mí. —Acaricia mi rostro embelesado por mis ojos.

—¡No me dejes, Marco, por favor, sin ti no podría vivir! —Un raudal de lágrimas recorre mis mejillas.

—Cleopatra, ve a salvar a nuestra hija. No pierdas más tiempo conmigo, cada segundo

cuenta —me pide cada vez más adormilado.

—¡No! —Lloro desconsoladamente sobre su pecho—. ¡No voy a dejarte morir aquí!

—Busca un tamarisco a orillas del Nilo, ella estará allí, ¡corre, mi reina! Yo siempre

estaré contigo —susurra sin fuerza.

—Marco Antonio, te amo —musito entre lágrimas.

—Siempre lo supe, desde que te vi.

Hace un enorme esfuerzo por sonreírme y señala con su mano el gran cuchillo que

portaba la vieja. Cierro los ojos con fuerza y, armándome de valor, me levanto para recogerlo y ponerlo en su mano, así pondrá fin a su agonía.

Salgo corriendo obligándome a no mirar atrás, haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedan, rota por dentro y prácticamente sin visión porque mis ojos están encharcados, pero con el único objetivo de encontrar a Selene, que

es lo único que me anima a seguir respirando.

Mientras corro por las arenas del desierto pienso en el motivo por el que renuncié a la

vigilancia de los trillizos, que fue por puro egoísmo, por no tener a tres niñeras todo el día detrás de mí, y lo que me arrepiento de no haber seguido los consejos de Marco Antonio.

«Todo esto ha sido por mi culpa».

Llevo mucho tiempo corriendo, los pulmones hace un buen rato que me arden en el pecho. Pero pronto escucho el sonido del Nilo recorriendo su camino, no debo de andar demasiado lejos. La vegetación ha comenzado a ser más verde y espesa. Me adentro entre

los arbustos, haciéndome heridas por el cuerpo que ni siquiera me duelen.

Por fin llego a la orilla, levanto la vista y ahí está el gran río Nilo frente a mí, haciendo gala de toda su inmensidad. Ahora está de color verde, y no rojo como en verano, pues varía según la época del año.

Respiro con dificultad por el esfuerzo realizado. Resulta inimaginable que semejante carrera no me haya causado el más mínimo estrago; cuando el alma está desgarrada, lo físico pasa a un plano inexistente.

Echo una ojeada rápida para cerciorarme de que no hay ningún cuerpo pequeñito flotando por el agua y me tranquilizo al no ver nada. Qué ilusa es la mente a veces.

Busco desesperadamente un tamarisco, pero no hay ninguno por aquí cerca. Camino en la dirección opuesta a la que lleva la corriente, aunque no sé por qué tomo este camino, porque estoy completamente perdida. Marcho todo lo más rápidamente que me permite la

espesa hierba y no tardo en descubrir un gran tamarisco a lo lejos.

Como si de un gran pistoletazo de salida se tratase, mis piernas comienzan a correr en

su dirección. Siento que algo me ayuda a ir más rápido, una presencia que me alienta a seguir hacia ese árbol cargada de esperanza.

Llego totalmente sin aliento, pero no me detengo ni un solo instante para recuperarme,

busco con desesperación entre las ramas, entre los matorrales que rodean al árbol, por todas partes, pero no hay ni rastro de mi hija. Sin duda, este no es el árbol indicado,

demasiado fácil hubiese sido.

—¡Selene! —grito con todas mis fuerzas sumida en un último acto de fe.

El más absoluto silencio es la única respuesta que obtengo.

Me dejo caer abatida contra el suelo, no puedo más.

Mi cabeza choca con la tierra húmeda, ni siquiera tengo fuerzas de llorar, no me queda

nada, estoy completamente vacía y decido terminar con esta agonía, no quiero una existencia en la que me falte la razón de la misma. Me niego a continuar en este mundo sin ellos, ya no hay nada que me aliente a seguir adelante.

Pienso en los últimos momentos de Cleopatra, cuando planeaba su muerte, sabedora de que su amor la esperaba ya en el otro mundo y apenada por imaginar el futuro de sus

hijos, que no tardarían en reunirse con ella.

Cuando la única esperanza se encuentra en una vida que no es la que tienes entre tus

manos, solo hay un camino.

Me incorporo decidida a dejarme caer a las caudalosas aguas del río para

terminar cuanto antes con esta agonía, para reunirme con mi amor y con mi
niña. Me adentro en el

agua hasta las rodillas, pero algo me hace girarme...

«¡Un momento! ¿Qué es eso?», me pregunto observando una de las grandes
raíces que

salen del tronco del árbol para introducirse en el furioso líquido.

Al estar en esta posición, puedo ver el árbol desde otra perspectiva.

Hay una prenda de vestir completamente embarrada enganchada en la rama.
La tomo

con rapidez entre mis manos temblorosas para comprobar que se trata de la
parte superior

del pijama de mi hija.

—¡Selene! —grito de nuevo con todas mis fuerzas.

Mi corazón comienza a palpar con ímpetu.

Me apresuro hasta la gran raíz y es cuando junto a esta descubro su pequeño
cuerpo

desnudo.

Una mezcla entre emoción y terror me aprisiona, inmovilizándome por
completo.

Dudo durante una milésima de segundo si acercarme, ya que ese paso es el
que convertiría

en realidad mi miedo más terrible: ver a mi pequeña sin vida.

Permanece inerte, atada con una soga bocabajo a la gruesa raíz, por lo que el
río cubre

su pequeña cabecita por momentos. Entonces el instinto de madre protectora renace en mí con toda su furia para hacerme correr a rescatar a mi hija, suplicando al cielo poder ver esos ojos azules mirarme una vez más.

Cuando toco su pequeño cuerpo me doy cuenta de que está congelado y comienzo a autoconvencerme de que no hay nada que hacer, sin cesar en mi empeño, arrancando las

gruesas cuerdas de su cuerpecito como si fuesen simples hilos, desgarrándome las manos.

Su pequeña anatomía se resbala y la cojo por fin entre mis brazos. Trepo con ella cargada hasta la parte alta de la orilla para alejarme lo máximo posible del río y ponerla al sol.

Compruebo rápidamente si tiene pulso y no siento nada. En ese momento mi corazón

deja de latir también, pero la pongo de costado para practicarle los primeros auxilios. No pienso darme por vencida.

Tomo aire, abro su pequeña boquita y realizo la insuflación, su pecho se hincha al recibir el oxígeno, pero no hay respuesta. Decido practicarle un masaje cardiopulmonar, comprimiendo el corazón para mantener la circulación sanguínea. Alterno la respiración boca a boca y la compresión torácica.

Sale mucho agua por su boca, pero no hay el más mínimo indicio de vida.

Me desnudo a toda prisa, quitándome la casaca y los pantalones de algodón que llevo,

quedándome únicamente con un fino jersey que escasamente cubre mi trasero. La seco presurosa con mis pantalones y después la envuelvo con la chaqueta de lana.

Una vez que la tengo entre mis brazos hecha una pelotita no puedo parar de besarla. Su

bello rostro refleja paz, es igual que un ángel dormido.

Pienso en las veces que me he imaginado cómo sería de mayor, qué estudios le gustaría realizar, cuál sería su profesión, dónde viviría, cuando me pidiese consejo sobre los chicos, cuando le diesen su primer beso, o su primera relación sexual, su boda, sus hijos... Y ahora todo será en un sueño alejandrino más.

—¡Por favor, despiértala! —me sorprendo a mí misma suplicando a Dios con rabia.

Pero no sucede nada.

El sol cada vez da menos calor, no tardará en anochecer ni yo en morir congelada, así

que es absurdo que pase más tiempo pensando.

—Selene, mi niña, no tengas miedo, mami estará contigo enseguida. Espérame, te lo

ruego —susurro en su orejita a modo de plegaria.

Me dispongo a soltarla en el suelo para proceder a poner fin a mi vida, algo que debería haber hecho antes y así me hubiese ahorrado esta horrible despedida.

«No he podido salvar a mi hija», me recrimino mientras coloco su cuerpecito con sumo cuidado sobre la hierba y contemplándola por última vez, como si pudiera hacerle una foto eterna para guardar en mis retinas llenas de dolor.

Pero antes de incorporarme me parece ver que ha movido ligeramente la cara.

—¿Selene? —la llamo desesperanzada, pues sé de sobra que es producto de las ganas

que tengo de que lo haga y para nada real.

Entonces gira su rostro bruscamente, como si me hubiese escuchado.

—¡Oh, Dios mío!

La cojo corriendo en brazos, riéndome y llorando a la vez sin poder parar, como si estuviese loca. Loca de alegría.

—¡Mi vida, mi niña! —Clamo al cielo—, ¡gracias!

Ella abre sus ojitos tan solo un segundo para mirarme.

—Mami, qué miedo he tenido —balbucea.

—¡Sh! Tranquila, cariño, mami está aquí, ya ha pasado todo. —La beso en su
pelito

rizado.

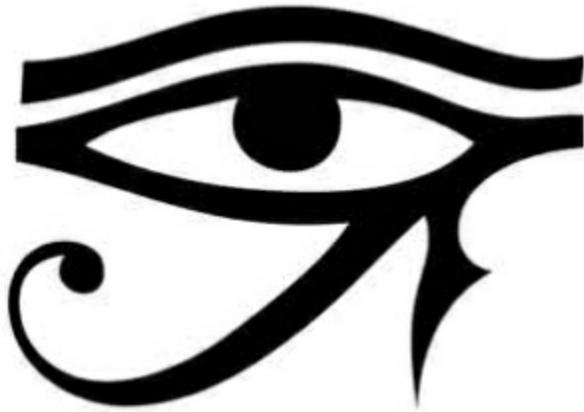
—Menos mal que has venido a salvarme... —murmura adormilada.

Vuelve a quedarse inconsciente.

Me levanto con ella en brazos y emprendo el camino de vuelta al poblado. Marco Antonio llevaba su móvil, llamaré para que alguien venga a buscarnos, aunque ahora recuerdo que no siempre había cobertura.

«Mientras vienen a rescatarnos buscaré algo de leña, a ver si puedo hacer fuego. Al menos estando allí podremos pasar la noche protegidas bajo algún techo, hasta que alguien nos encuentre», me digo a mí misma para poder soportar la idea de reencontrarme con mi

otra mitad.



Capítulo 36

El cielo se ha tornado completamente negro cuando llego a lo que un día fue Rynkush.

Todavía no sé de dónde salen mis fuerzas, porque desde aquí al Nilo puede haber cuatro kilómetros tranquilamente, pero el cuerpo humano nunca deja de sorprendernos, y

más cuando la vida de un hijo depende de ello. Creo que por ella sería, incluso, capaz de volar.

He decidido rodear la aldea para no enfrentarme tan pronto a la visión que no le permite a mi corazón seguir latiendo. Primero voy a poner a salvo a Selene y después iré a buscar el móvil, cuando me haya recuperado un poco físicamente.

Entro en una de las pocas casas que todavía se mantienen en pie. Se trata de lo que antes era el granero y compruebo que, afortunadamente, tiene todavía mucho heno en su

interior. Eso nos mantendrá calientes.

Coloco a mi pequeña en una especie de comedero de madera gigante que

rebosa de paja. Ella se acomoda en cuanto la suelto, arropándose con mi abrigo hasta el cuello. La

observo orgullosa, embargada de amor. Parece que está en una especie de cuna, y además

bastante cómoda.

Le doy un beso en la frente y me aseguro de cerrar bien la puerta para que no le entre

frío.

Una vez en el exterior respiro hondo, mirando las estrellas que tantas veces hemos contemplado Marco Antonio y yo juntos, haciéndonos promesas de amor que ahora ya no

valen nada. De nuevo mis ojos se llenan de lágrimas.

«Debo hacerlo», me obligo.

Me armo de valor para ir junto al cuerpo de mi marido, pensando que al menos cumplí

la promesa que le hice antes de morir de salvar a nuestra hija.

Camino despacio, mirando al suelo. Me horroriza pensar que esté ahí tirado en medio

de la nada, sin poder descansar como merece, y en el tiempo que transcurrirá hasta que pueda darle sepultura.

«Murió por salvarme, pudo disparar a esa maldita serpiente, pero apuntó a quien venía

a hacerme daño a mí —me repito sin cesar—. Siempre dijo que ese era su destino, desde

que me conoció: salvarme. Dedicó su vida entera a mí, rompió todas las

normas por amor

y por eso me siento una auténtica privilegiada, por haberlo tenido en mi vida y por ser la madre de su hija».

Y en efecto me salvó, en todos los sentidos que implica esa palabra.

Me juro a mí misma que Selene conocerá a su padre como si siguiese vivo y que estará

orgullosa de todo lo que hizo, como lo estoy yo.

Me topo con el cadáver de la anciana traidora tendida en el suelo y automáticamente

comienzo a hiperventilar, buscando de manera involuntaria el de Marco Antonio, pues debe encontrarse muy cerca. La cobra lo mordió justo aquí...

Pero no hay nadie.

Miro a mi alrededor, nerviosa.

«¿Dónde estás?», me pregunto.

Un ruido a mi espalda me sobresalta y mi instinto me dicta que corra a esconderme. Lo

hago en el gran baúl del que salió la cobra, que está justo a mi lado.

—No creo que ande demasiado lejos —dice una voz femenina que me resulta muy

familiar.

—Si no la encontramos antes que ellos, todos estos años de mierda no nos habrán servido para nada, Giulio —protesta otra voz de mujer.

¡Clara!

Mi corazón comienza a palpar acelerado.

Levanto la tapa del baúl levemente para comprobar con mis propios ojos que se trata

de ella.

Aunque no está sola.

—No os pongáis nerviosas, gatitas —les indica mi cuñado, que aparece en escena muy

sonriente—. Aunque nuestra querida Cleo no haya encontrado a la puta cría con las pistas

que le dimos y la pobrecilla haya muerto —se mofa, divertido—, ella volverá corriendo junto al cadáver de su amado para llorarle, la conozco demasiado bien y sé que lo hará.

Tengo que morderme la lengua con fuerza para no salir de aquí y estrangularlo con mis

propias manos. ¡Será hijo de puta!

Él es el único que tiene llaves de mi casa, ¡él secuestró a mi hija! Y después nos llevó

tras una pista equivocada, siguiendo a una furgoneta falsa para hacer tiempo y que ellas pudiesen así preparar sin prisas la trampa mortal para mi hija.

—No creo que la conozcas tan bien, nunca conseguiste tirártela —le recrimina Corín

—, y de todos es sabido que los mayores secretos de la humanidad se han desvelado en la

cama.

—Eso decía ella, ¿qué crees que hacíamos los dos solos en casa durante todo

el día?

—responde el desgraciado.

—Prefiero no saberlo —apunta ella, celosa.

—No discutáis, chicos. Mirándolo por el lado bueno, nos hemos quitado a una *faraona*

—se burla de la palabra, que por cierto, no existe — del medio, ya solo queda ella, ¿no?

—se carcajea Clara.

No puedo creer que el ser humano albergue tanta porquería en su interior, no puede ser

posible que alguien a quien tenía como una hermana, a quien veía pura y limpia, alguien

que ha sido siempre un apoyo incondicional para mí, se burle de mi dolor al perder una hija.

El daño punzante de las cuchilladas en mi pecho no se hace esperar.

—No tardará mucho en llegar, y si descubre que Marco Antonio sigue vivo no

conseguiremos nuestro cometido, así que id a esconderlo cuanto antes y poned el cuerpo

de ese otro hombre en su lugar —les ordena Giulio—. Yo voy a intentar rastrear su

dispositivo, a ver si ya ha vuelto la maldita cobertura.

¡¡¿¿¿MARCO ESTÁ VIVO???!!!

Una sonrisa enorme invade mi rostro. No sé si creerlo, pero de momento

vuelvo a ser

plenamente feliz, llena de esperanzas e ilusiones de nuevo.

—¿No nos contaste que se quitó el microchip después del episodio con el pobre Milah? —pregunta Clara.

—Coloqué otro microchip portátil en una pulsera que le regalé hace años —
le

responde el cabrón de Giulio.

—¡Qué inteligente eres, cariño! —celebra Corín dándole un repentino morreo.

«¡Voy a matarlo con mis propias manos!», me juro a mí misma desabrochando de inmediato de mi muñeca la pulsera a la que se refiere.

—¡Una vez que acabemos con esa perra, seremos los más ricos del planeta!
—augura

Clara victoriosa.

—Exacto, muñeca, y estaremos todo el día viajando por placer.

—Mmm, sí, todo sea por el placer... —aplaude Corín.

Se besan los tres juntos, produciéndome arcadas.

Desaparecen de mi vista mientras se meten mano por todas partes y se desnudan unos

a otros.

«¡La pulsera! Debo esconderla lejos de aquí», pienso.

Aprovechando el poco tiempo que están inmersos en sus orgías, que si no recuerdo mal duraban poco gracias a los gatillazos del bastardo, salgo del baúl con sumo sigilo y me escondo entre las sombras.

Rezo porque Selene no se despierte y salga a buscarme.

Salgo corriendo a toda velocidad en la dirección opuesta al río, así pensarán que no he

sabido encontrar el poblado.

Cuando creo que ya estoy a una distancia considerable, lanzo la pulsera al aire con todas mis fuerzas maldiciéndola en su vuelo y me doy la vuelta para regresar.

Una vez de vuelta en el poblado, paso junto al granero para cerciorarme de que Selene

descansa apaciblemente, quedándome mucho más tranquila cuando compruebo que así es.

Me escondo tras los restos de las casas derruidas, avanzo agachada y sigilosa, para que no me descubran, hasta llegar a una tienda de campaña iluminada. Ahí están, aunque solo

veo dos sombras en su interior, cosa que me pone bastante nerviosa, la tercera puede estar en cualquier sitio.

No tardo en descubrir dónde está esa tercera sombra, porque enseguida aparece en escena con un cuerpo cargado al hombro que deja caer al suelo sin ningún tipo de cuidado.

—Has cogido peso en estos años maritales, hermanito —murmura dando una patada al

bulto del suelo.

Ahogo las ganas que tengo de correr a auxiliar a Marco Antonio y de degollar a ese

malnacido.

—¡Giulio, este cacharro está pitando! —exclama emocionada una de ellas

desde el interior de la tienda.

—¡Ya era hora, joder!

Entra apresuradamente y salen los tres cargados con linternas y un aparato similar a una *tablet*, que imagino que será el encargado de localizar el dispositivo.

—La muy gilipollas ha pasado de largo, seguramente se ha perdido —se mofa Clara,

un ser que cada vez me resulta más irreconocible y repugnante.

—Recordad el plan, debe creer que la estamos buscando para salvarla — ordena él.

—No se lo tragaré —señala Corín.

—Pues haced lo posible para que lo haga. Si no nos dice dónde está el mapa, todo esto

no nos habrá servido para nada.

—¿Y si decimos que hemos encontrado a la niña sana y salva? —propone una.

—Creo que la mejor baza será con el marido, a la niña ya la ha visto muerta, no colará

—le contradice la otra.

Ya no logro escuchar más porque están demasiado lejos, pero debo controlar con todas

mis fuerzas los impulsos de ir tras ellos y cargármelos. Ahora mismo estoy tan enojada que bien podría hacer fuego con mi ira.

«Ojalá tuviese una metralleta», pienso.

En cuanto creo que ha pasado un tiempo prudencial para que no me pillen, corro hasta

el cuerpo de Marco Antonio. Solamente el hecho de ver su rostro de nuevo me hace la

mujer más feliz del mundo.

Compruebo que efectivamente respira, aunque muy levemente. Cojo su rostro entre las

manos y lo beso con muchísimas ganas, como nunca creí que volvería a hacer.

—Marco. —Le doy palmaditas en la cara—. He venido a buscarte, mi amor, ya estoy

contigo.

Compruebo que tiene algo atado debajo de la rodilla, ha debido hacerse un torniquete

para que no subiera el veneno del reptil. «Perderá la pierna», me lamento. Aunque eso ahora mismo es lo que menos importa.

«Cleopatra, tienes que sacar a un hombre inconsciente y a una niña pequeña del desierto con tres delincuentes persiguiéndote... Es prometedor, muy prometedor», me digo a mí misma.

De pronto se me enciende la bombilla y busco en su pantalón el móvil, con la incertidumbre de no saber si se lo han quitado. Pero pronto compruebo aliviada que, en efecto, continúa en su bolsillo trasero.

Marco el número del capitán general, que en este caso es como si marcase el número

rojo de la Casa Blanca. No tarda en contestar, aunque lo hace en árabe y lo entiendo, pero no lo hablo.

¡Mierda!

—Soy Cleopatra, la mujer del comandante Campinni —digo medio llorando, remarcando las palabras que necesita captar—. Necesito su ayuda, por favor, estamos en

Rynkush y van a matarnos, ¡por favor!

Lo repito en inglés otras dos veces, pero el capitán no responde, solo dice un par de

palabras en árabe que no alcanzo a entender y, para colmo de males, el móvil se apaga porque se ha quedado sin batería.

—¡Joder! —me quejo, indignada por mi mala suerte.

Ahora me arrepiento por no haber hecho caso a Belly en todo este tiempo y no haber

asistido a clases para aprender a hablar el idioma.

Dejo el móvil sobre la arena.

Intento arrastrar a Marco, pero me resulta imposible, estoy agotada y pesa demasiado.

De pronto veo una cantimplora, supongo que habrá agua en ella y la cojo para beber.

Una vez que he calmado mi sed, se me ocurre echarla por la cara embarrada de mi marido.

Por probar no perdemos nada.

En cuando el líquido impacta contra su rostro abre los ojos, asustadísimo. Le cuesta enfocarme, pero en cuanto lo hace su expresión se transforma del pánico a la más absoluta alegría.

—Cleopatra —le cuesta hablar—. ¿Eres tú? ¿He muerto? —Se incorpora un poco para

sentarse.

—No has muerto, soy yo de verdad. —Me río sin poder evitarlo y él hace lo mismo.

Me abalanzo sobre su cuerpo para abrazarlo y caemos los dos sobre la arena.

Besándonos con tantas ganas que hasta duele.

—Marco, Selene está a salvo —me apresuro a contarle entre sus labios.

Y es solo entonces cuando sí que permite que miles de lágrimas asomen a sus ojos y

comiencen a resbalar por sus mejillas. Me aprieta entre sus brazos sin poder pronunciar palabra.

—Está viva, cariño, pero todavía no estamos seguros. Tu hermano...

—Ya lo sé, lo recuerdo. —Tensa la mandíbula muy enojado—. Voy a matarlo con mis

propias manos —ruge furioso apretando los puños.

—No creo que estés en situación de hacerlo, tienen tu pistola y son tres. Además, tienen que estar a punto de volver, ¿puedes andar?

Intenta levantarse, pero no lo consigue, hace un gesto de dolor mezclado con rabia.

Está magullado por todas partes y la pierna que le queda bien también está llena de graves heridas. Han debido arrastrarlo por todas partes esos desgraciados.

Marco Antonio coge mi cara entre sus manos y me mira fijamente. Hasta sucio y moribundo resulta igualmente atractivo.

—Nena, debes huir con la niña, montad en la moto y marchaos de aquí ahora mismo.

Cuando llegues a casa llama al capitán, que envíe refuerzos. Yo intentaré hacerme el muerto hasta que vengan a ayudarme. Es nuestra única esperanza.

—No pienso dejarte otra vez —me niego.

—Cleopatra, en el ejército siempre debes elegir la opción donde más vidas se salven, y

esa es la que te acabo de decir. Date prisa o volverán, y entonces sí que estaremos perdidos.

—Vaya vaya, mira qué escena tan tierna. —La inconfundible voz de Giulio a nuestra espalda hace que dé un grito por el susto—. El destino permite que los enamorados se reencuentren por última vez antes de morir... Casi lloro de la emoción.

—¡Eres un maldito bastardo! —bufo protegiendo a Marco Antonio con mi cuerpo,

pues está tendido en el suelo y no puede defenderse.

—El amor siempre concede dos máximas adversidades de opuesto signo: amar a quien

no nos ama —me señala, mostrando a los presentes mi pulsera en su mano— y ser amados

por quien no podemos amar —señala a ambas mujeres.

—¡Tú no has amado a nadie en tu miserable vida!

—¿Lo veis, chicas? —Se hace el compungido—. Todos estos años intentando ser

amable con ella y esto es lo único que recibo, insultos y malas contestaciones.

Clara y Corín parecen algo impresionadas, tanto por sus palabras como por verme de

nuevo, aunque todavía dudo de si están actuando, como él les ha ordenado antes. Yo ni siquiera las miro y eso las aturde, pues estaban seguras de que correría a reunirme con ellas nada más verlas.

«Todos tenemos nuestros secretitos, zorras». Les pego un puñetazo a cada una

mentalmente.

Pero centro mi atención en el artífice de la trama.

—¿Amable? Lo que eres es una sanguijuela asquerosa, siempre actuando en tu propio

beneficio. Creía que eras mi amigo, ¡hasta creí que querías a nuestra hija! Pero todo fue una simple actuación para hacerte con el mapa —lo acuso cabreadísima.

—¡El mapa es mío! No tenéis derecho a esconderlo —gruñe enojado—. Se lo he

pedido a mi queridísimo hermano por activa y por pasiva, pero siempre se ha negado a dármelo.

—¡Y una mierda! —Nos interrumpe Marco Antonio—. Ese mapa pertenece a la

estirpe, nosotros solo debíamos mantenerla con vida y no apoderarnos de sus tesoros, y mucho menos acabar con ella. ¡Eres un traidor!

Giulio suelta una carcajada.

—Ya veo que no entendiste nada de lo que nos enseñó nuestro querido abuelo.

—¿El abuelo al que me aconsejaste que matara? —replica Marco.

—¡El mismo! Ese viejo ya no me servía para nada, sabía que ibas a tragarte la historia

del abuelo malvado y correrías a vengarme. En el fondo siempre has sido un sentimental.

Él confiaba más en mí que en ti, pero llegaste con tu aire de espíritu libre y conquistaste a la chica, y entonces decidió cambiarse de bando. No fue mi culpa, él decidió.

—¿Quieres decir que todo lo que dijo Mohamed Milah fue inventado por ti?
—

inquiero alucinada por el alcance de su maldad.

—Efectivamente. Todo obra mía. Mi queridísimo hermano siempre fue el predilecto de mi abuelo, y arrojó tantas mentiras sobre él que su pobre corazón no lo pudo soportar.

La muerte de su propio hijo, la muerte de su protegida, tu querida madre...
Pobrecito, no

tienes piedad, Marco Antonio. —Niega con la cabeza sonriendo con los ojos llenos de oscuridad.

—¡Eres un mierda! —ruge Marco Antonio, revolviéndose desesperadamente en su

sitio.

—Pero mi verdadera actuación estelar fue estando en coma. —Sigue riéndose —. ¿A que lo fingí muy bien? El doctor era amigo mío, me avisaba cada vez que venías a verme

y mientras aguardabas en la sala de espera, yo me trasladaba corriendo al hospital para meterme en la cama. Hasta tuve que alquilar una casa cercana, nunca pensé que irías a verme tan seguido. Qué pesadito... —se queja.

Siento un gran pesar por Marco Antonio, ahora mismo debe sentirse fatal por

haber dejado morir a su abuelo siendo inocente, por permitir que muriese pensando que su nieto

le estaba traicionando, por vender todos sus recuerdos... y por las burlas de su abominable hermano, pero no puedo agacharme para reconfortarlo; debo mantenerme alerta para que

no me capturen, la vida de mi hija depende de ello.

Mi cerebro va a mil por hora, buscando alguna salida en la que los tres continuemos

con vida, pero no se me ocurre ninguna. En todas muere al menos uno.

—Ya está bien de tanta charla. Por cierto —se agacha para situarse frente a su hermano y mirarlo a los ojos—, siento que tu hija se ahogase, no debí atarla con la cabeza tan metida en el agua, pero sus gritos me estaban dejando sordo y me dejé llevar por la emoción del momento. —Suelta una enorme risotada.

Sé que miente porque antes ha dicho que fueron ellas las encargadas de hacer tal cosa,

por lo tanto, está intentando provocar a Marco Antonio deliberadamente... y lo consigue.

Todo ocurre demasiado deprisa.

Marco se abalanza sobre su hermano, rodeando con sus fuertes manos el cuello de

este, y ambos caen al suelo rodando.

Corín y Clara vienen a por mí, pero esquivo a una y asesto una fuerte patada voladora

en la cara de la otra, que cae al suelo enseguida. No me preguntes cómo lo he hecho, me

sale y punto. Serán las ganas que le tenía.

—Eso por hacerte pasar por un ángel cuando en realidad eras una repugnante arpía —

escupo mientras está en el suelo.

—¡Tú siempre has sido una zorra, desde el principio! —grita Corín a mi espalda agarrándome por el pelo y tirando de él con todas sus fuerzas.

Cojo un palo que encuentro y le asesto un buen golpe en el pecho, pero esto solo provoca que se enfade más.

Me tira al suelo y al caer veo que Marco Antonio está sentado sobre el cuerpo inerte de

su hermano, propinándole puñetazos sin parar. Eso me alivia algo, pues me temía que fuese al revés. Al menos uno de los dos lleva ventaja.

Una vez en el suelo, tanto Clara como Corín se apresuran a pegarme patadas a mansalva en el estómago y en la cabeza; las primeras me duelen demasiado, pero las demás casi ni las siento. Intento cubrirme la cabeza con las manos, pero no logro evitar los golpes, tanto es así que hasta escupo sangre. Han debido dañarme algún órgano.

Justo antes de darme por vencida, pues ya hace rato que no siento nada, escucho varios

disparos a mi espalda y todo cesa.

Al fin paz.



Capítulo 37

—¡Mami, mami, cuéntame otra vez cuando te convertiste en *Súper Cleopatra* y nos salvaste a papi y a mí!

Selene sonríe, mostrándome sus increíbles hoyuelos y los diente-cillos blancos que acompañan a esos ojazos azules, enmarcados por sus ricitos morenos, como los míos pero

en versión mini.

Por supuesto, no sabe que el cabecilla de los malos a los que hace alusión era su tío, le hemos dicho que ha tenido que irse de viaje. Ella no supo en ningún momento que fue él

quien tramó todo.

—Cariño, ya es hora de dormir, te sabes la historia de memoria. —Me intento escabullir bostezando.

Mi manera de pensar ha cambiado drásticamente y ahora sé que por mucho que intente

protegerla no podré cambiar el trascurso de las cosas, y así vivo más tranquila.

—Pero me gusta que me la cuentes tú, mami —insiste y me abraza con todo su ímpetu

para que no me marche.

Hemos estado yendo durante varios meses al psicólogo, pues la niña tenía pavor a

quedarse sola, incluso cuando iba al baño. Admito que yo también lo tenía, pero nada comparado al miedo que pasé aquel fatídico día del secuestro.

Después de pasar por una experiencia tan terrible, todas las demás te parecen absurdas

y aprendes a relativizarlo todo.

Sin embargo, los niños viven sus pequeñas vidas en presente, ni el pasado les influye

con recuerdos negativos, ni el futuro les afecta con miedos innecesarios. Ellos tienen la increíble capacidad de disfrutar del momento y ser felices de nuevo.

—Había una vez una hermosa mujer —comienza Marco Antonio, acomodándose en

su camita junto a ella, de tal manera que nos tiene a cada uno a un lado—. Ella era la más bella del mundo. Se llamaba Cleopatra y vivía en un reino muy lejano, llamado Madrid.

—¿Cuándo vamos a ir a ese reino, mami? —interrumpe con la misma pregunta de

siempre y me hace sonreír.

—Algún día iremos, mi amor —le contesto con esa idea rondando en mi cabeza y ella

asiente satisfecha.

—Unos monstruos malos la estaban vigilando —continúa el padre de la criatura— y

para evitar que le hiciesen nada malo, el gran guerrero Marco Antonio ordenó que la trajesen a su lado para poder protegerla mejor.

—¡Qué bonito, papi, me encanta esa parte! —exclama emocionada.

—Cuando la bella Cleopatra tuvo en frente al apuesto y aguerrido Marco Antonio no

pudo hacer más que suspirar de amor por él...

—¡Oh, venga ya! —Lo interrumpo partiéndome de risa, pues cada vez que lo cuenta,

más muere de amor Cleopatra—. Al principio ella lo detestaba —le contrarío —, ¡era un

hombre insufrible! Menos mal que ella convirtió al ogro en una persona adorable.

—Perdona, querida —me interrumpe él a mí—, creo recordar que tenías mucho sueño

y pasabas de contar la historia a la niña, así que ahora la cuento yo y digo que Cleopatra se quedó locamente enamorada de Marco Antonio en cuanto lo vio, es más, nunca jamás pudo volver a pensar en ningún otro hombre.

Pongo los ojos en blanco y me doy por vencida.

—¿Qué pasó después, papi? —Ella está hasta nerviosa, como si no se supiera el final

de memoria.

—La reina Cleopatra tenía un secreto, y es que bailaba raks sharki como una

auténtica

diosa. Desde que Marco Antonio la vio bailar ya no pudo hacer nada más que no fuese soñar con ella, cayó rendido a sus pies.

—¡Yo también voy a bailar *rakarki*! —Aplaude.

—Cuando seas mayor... —me apresuro a persuadirla.

—¿Y cuándo seré mayor?

—Más o menos con cincuenta años —respondo.

Ellos dos se tronchan de la risa.

—¡Mami, no seas aguafiestas!

Marco Antonio continúa antes de que me queje de nuevo.

—Los dos enamorados se hicieron novios y fueron muy felices, después se casaron y

tuvieron una preciosa hijita, la princesa Selene.

—¡Sí! —Da pequeñas palmaditas y deja escapar una risilla nerviosa.

—Todos los pueblos fronterizos con el reino de Alejandría vinieron a vislumbrar semejante belleza, puesto que nunca habían visto nada igual. Enseguida la pequeña se hizo famosa por ser la princesa con el pelo y los ojos más bonitos del mundo entero. La llamaban Selene la Brillante.

Ella se pone coqueta, está locamente enamorada de su padre.

—Todo era felicidad y alegría en el reino Campinni-O'Pry, hasta que un día, un terrible monstruo asaltó a la princesa por la noche y se la llevó a su tenebroso escondrijo para que sus padres se pusieran muy tristes.

—Esa parte me da mucho miedo, mami. —Me agarra la mano con la suya y cierra sus

ojillos con fuerza.

Ojalá pudiese borrar todos esos recuerdos de su mente, y de la mía.

—Pero los padres de la princesita no se quedaron en casa quietos —me guiña un ojo

—, sobre todo Cleopatra, que en ningún momento cesó de buscar a su hija, ni siquiera pidiéndoselo Marco Antonio, que creía que las mujeres debían estar al margen de estas cosas, pues eran peligrosas. Pero ella tenía una guerrera dentro y acompañó a su marido en la búsqueda.

—Deberías saber que las niñas también podemos luchar, papi. Mira cuando Miye me

empujó en el cole y yo le tiré del pelo —le alecciona ella, satisfecha.

Marco y yo nos miramos aguantando la risa, esta niña apunta maneras, desde luego un corderito manso no va a ser.

—Claro que sí, mi pequeña. Cuando vi a mamá en acción me di cuenta de lo equivocado que estaba.

—¡Muy bien, mami! —me vitorea ella encantadísima y yo sonrío orgullosa.

—Marco Antonio y Cleopatra llegaron a la guarida de los monstruos para salvar a la

princesa, pero una serpiente malvada mordió al guerrero y no pudo continuar, así que la reina fue quien encontró y salvó a la princesa.

—Había mucha agua y no podía moverme y apareciste llena de luz. —Sus ojos, al mirarme, reflejan el amor más puro que pueda existir.

Supongo que al ponerla al sol, cuando ella abrió los ojos, me recuerda con mucha luz.

Todavía hoy se me sigue erizando el vello al recordarlo.

—Así fue, mi amor, mami siempre estará a tu lado para salvarte. —Le doy un beso en

su tierna carita mientras Marco Antonio nos contempla embelesado.

—Pues mami te escondió para mantenerte a salvo mientras rescataba a papi y juntos

derrotaron a los monstruos malvados. —Todavía lo escucho y no me lo puedo creer—. ¡Y

desde entonces vivieron felices en su castillo y nunca jamás ningún monstruo volvió a meterse con *Súper Cleopatra* ni con su familia! —aclama con una voz triunfal.

—¡Y colorín colorado este cuento se ha acabado! —añado yo para terminar la velada.

Ya está medio dormida. Le damos un beso cada uno, arropándola y levantándonos despacito de su cama para que no se despierte.

Cerramos su puerta y nos dirigimos a nuestra habitación. Una vez dentro, Marco Antonio no se lo piensa dos veces y me rodea con sus brazos para cogerme en brazos. Yo

envuelvo su cintura entre mis piernas y nos besamos.

—Ven aquí, mi heroína —gruñe contra mi boca mientras la devora.

—Yo no hice nada, si no hubiese llegado el capitán en el último momento, hubiésemos

muerto igualmente. —Él por la gangrena de su pierna y yo por la hemorragia interna que

me produjeron los golpes. Llegaron justo a tiempo con el antídoto del veneno para Marco

y la unidad móvil para mí.

—Nena, tú fuiste quien llamó en el momento preciso a la persona adecuada para que

pudiese localizar nuestra ubicación, quien se hizo entender en otro idioma pronunciando

las palabras clave y quien supo mantener a mi hermano a raya el máximo tiempo posible, pues de haber comenzado su ataque antes, no lo hubiésemos contado. Sé que no te gusta

colgarte medallas, pero estas son únicamente tuyas. —Vuelve a besarme—. Cada vez que

recuerdo la historia me entran ganas de empotrarte contra la pared y follarte duro, me pone muy cachondo que me salvases.

A mí se me escapa una risilla nerviosa.

Efectivamente, hace lo que dice y estampa mi espalda contra la pared para tener así las

manos libres y poder acariciar mis pechos y explorar mis zonas íntimas, haciéndome suspirar y tirarle con fuerza del pelo mientras besa mi cuello.

No tarda en penetrarme, pues estoy más que lista para recibirlo y el poco tiempo del

que disponemos para estar a solas, sin estar rendidos, nos obliga a aprovechar cada segundo al máximo.

Echo mi cabeza hacia atrás y saboreo sus dulces embestidas, con cada una de ellas recordándome que es el único capaz de hacerme sentir así.

Terminamos de amarnos en la cama, donde ambos nos dejamos llevar por el placer mezclado con la dulzura del momento, hasta que estallamos juntos en sendos orgasmos.

Me acurruco en su pecho y observo pensativa su pierna, esa que ahora luce una gran

cicatriz, dejando que nuestros cuerpos se recuperen del esfuerzo realizado.

Recuerdo lo mal que me sentí cuando me contó cómo se rasgó la camisa para hacerse

una especie de torniquete y evitar así que el veneno se expandiera por su cuerpo. También se hizo un corte transversal con el cuchillo que le acerqué para intentar extraer el veneno, y gracias a eso evitó su muerte, pues transcurridas seis horas ya no hubiese habido vuelta atrás, al menos su pierna no se hubiese podido salvar.

Pero gracias a Dios todo salió bien.

—Marco —susurro saboreando sus caricias en mis rizos.

—Mmm —musita adormilado.

—He tomado una determinación que no te va a gustar nada, romano.



Capítulo 38

El crítico Harold Bloom lo expresó con una frase memorable: «Cleopatra fue la

primera celebridad del mundo», pues si la historia fuese un escenario, nunca hubiese habido una actriz más versátil.

Recito estas palabras en mi cabeza junto a las de Mohamed Milah al hablarme sobre

mi madre: «Resulta mucho más complicado matar a una celebridad que a un anónimo».

Pienso en todo esto aguardando sentada en el sofá del salón, escuchando los tonos de

espera en el móvil y observando por la cristalera cómo juegan Marco Antonio y Selene tendidos sobre la hierba del jardín con un pelotón de muñecas.

Ayer mismo descubrí, buscando en Internet, que a partir del uso de nuevas tecnologías,

como la tomografía axial computarizada y los análisis de ADN, se puede certificar el origen o la causa de la muerte de un cuerpo, incluso enterrado hace miles de años.

Jamás imaginé que el ADN podría relevar tales secretos, en cuanto a arqueología se refiere, pero así es. Y así fue precisamente como Zahi Hawass, exministro de

Antigüedades en Egipto, consiguió descubrir el árbol genealógico de Tutankamón y las causas de su muerte.

Leo una vez más el periódico español que llevo guardando desde hace años y que

ahora mismo tengo entre mis manos. Habla sobre la excavación que está realizando una arqueóloga, precisamente, en el Templo de Taporisis Magna.

Cuenta que al principio ni siquiera la recibieron las autoridades egipcias, que todos los arqueólogos se burlaban de ella y que se tuvo que pagar sus propias excavaciones, pero que nunca perdió la fe en ella misma y que, debido a sus años de investigación, estaba segura de que allí se encontraba uno de los

templos más importantes de la era ptolemaica.

Al principio no se creía que allí hubiese nada, era un confín estéril que ya había sido

excavado mil veces antes, tan solo se había encontrado una pequeña torre de la época grecorromana parecida al gran faro de Alejandría. Pero hoy en día se sabe que por aquella época el lago Mareotis, en la actualidad seco, era abundantísimo, por lo que habría muchos árboles frutales y plantaciones para abastecer a los habitantes.

Ella continuó su trabajo, haciendo caso omiso a las habladurías, y así fue cómo, finalmente, encontró el primer túnel que llegaba hasta la primera cámara funeraria, y desde entonces ha encontrado en los extramuros del recinto una verdadera necrópolis con

más de dos mil cuerpos orientados en una misma dirección, lo que indicaría la existencia

cercana de uno o varios monarcas realmente importantes. Sería el mayor cementerio hallado en Egipto hasta el momento.

La localización de estas sepulturas supondría un gran hito histórico porque jamás se ha

encontrado ninguna tumba perteneciente a un rey del período griego. Se escondieron bien.

«Estamos en presencia de una zona que podría ser el equivalente al Valle de los Reyes

para la dinastía ptolemaica, si no más importante —dijo en una entrevista—. Es muy probable que los últimos faraones de la historia, que luchaban contra los romanos para lograr su permanencia en el trono, escogieran un emplazamiento seguro y apartado como

este para no ser molestados en la vida de ultratumba.

Todo apunta a que está llamada a ser la persona que encuentre a los amantes,

como le

hubiese gustado a Cleopatra, que fuese una mujer. ¿Encontraremos por fin a Cleopatra y

Marco Antonio?».

Leo una y otra vez este último párrafo, absorta en la pregunta final, como si no me lo

supiera ya de memoria.

—¿Hola? —responde una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Hola, soy Cleopatra, ¿te acuerdas de mí?

Un involuntario silencio al otro lado de la línea me certifica que efectivamente así es.

—Claro. Has tardado mucho tiempo. —Su voz es tan dulce como acostumbro a escuchar en sus entrevistas y reportajes.

—Bueno, no estaba preparada, pero ahora sí que lo estoy.

—Me alegra escuchar eso. —Sé que se está conteniendo para no hacerme mil preguntas y expresar su emoción, me respeta demasiado.

—Tengo otra cosa para ti, te la he mandado por mensajería, pronto la recibirás en casa.

Esta será la definitiva —la informo.

—¿Es el mapa? —pregunta emocionada.

—Así es.

—¿Cuento contigo para las pruebas de ADN?

—Por supuesto —contesto sin dudar.

Lo que me impulsó a llamar a esta mujer fue una entrevista suya que por casualidad vi

una noche en la televisión, donde contaba que siendo una niña escuchó en un debate académico cómo todos los intelectuales que participaban se referían en forma despectiva

hacia Cleopatra. Decidió entonces estudiarla para poder rebatirlos en el siguiente encuentro, y así la arqueóloga quedó hechizada con el estudio sobre la vida de Cleopatra

VII, declarando abiertamente su fascinación y su admiración por ella.

«La última reina de Egipto hablaba nueve idiomas, era médica, filósofa, poeta, política... en definitiva, una mujer brillante, muy respetada en el medio oriente, era una diosa y una reina guerrera —afirmaba la arqueóloga en la entrevista—, por esta razón quiero ser la abogada de Cleopatra».

Y por esta misma razón le facilité las coordenadas exactas del lugar donde debía empezar a excavar hace hoy cinco años.

Ella había estudiado el templo, creía firmemente que ese era el lugar, pero nadie confió

en ella y por eso solo le habían concedido dos meses para encontrar algo en él. ¿Y cómo

empiezas a buscar una aguja en un templo de cinco kilómetros?

Ninguna mujer había buscado antes a Cleopatra y nosotras pensamos de manera muy

distinta a los hombres. Ella supo ponerse en la piel de la reina-faraón, en otra época, con otra religión... Estaba convencida de lo que hacía, era una apasionada del mundo antiguo,

como lo es Marco Antonio, y ahora yo también. Su intuición le decía que era

allí, pero no tenía tiempo para equivocaciones y por eso decidí llamarla.

Fue la primera vez que hablé con ella por teléfono. Al principio no me creyó, como es lógico, pero poco a poco fuimos conectando, pues yo también tenía fe ciega en mí misma

y creía firmemente en lo que le estaba diciendo. La perseverancia era algo que nos unía y decidió darme la oportunidad, excavó justamente donde le aconsejé... y acertó.

Mi idea era dejar que ella sola llegase hasta el final, la admiro y sé que lo hará. Pero

todo marcha demasiado despacio y no me sirve de nada que encuentre algo dentro de cincuenta años.

Para Cleopatra, y para la cultura egipcia en general, no era tan importante la vida como

la muerte. La vida duraba un suspiro y la muerte, una eternidad. Por lo tanto, tenía muy

claro cuál debería ser su objetivo. Ella se pasó sus últimos días de vida planeando su muerte y buscando el lugar ideal para este descanso eterno junto a su amado. No tenía miedo, lo enfocó como una liberación.

—Si miras en el mapa la parte subterránea del templo, verás que es un cúmulo de túneles y pasadizos hechos a propósito para desaparecer para siempre. Se trata de un auténtico laberinto, para que resulte imposible encontrar lo que toda una vida se dedicó a esconder la gran reina —le explico—. Te he señalado el lugar exacto, ahí está Cleopatra.

—¡Gracias! —exclama emocionada.

—De nada.

—Te mantendré informada en todo momento.

Cuelgo el teléfono, algo nerviosa y con grandes remordimientos de

conciencia por haber traicionado así a mi marido, que juega con la niña sin imaginar lo que acabo de hacer, pero he de actuar por el bien de mi hija, por el futuro de toda mi familia, incluso por el suyo propio.

Me niego a vivir siempre con miedo.

Él rompió todas las reglas por mí y ahora yo lo hago por nosotros.

—¡Mami, ven! —me llama Selene.

Compruebo que ninguno de los dos está en el jardín.

Me apresuro a ver qué pasa y descubro que los dos están escondidos tras el balancín

para darme un susto. En cuanto piso la hierba, fingiendo que no los he visto, se abalanzan sobre mí los dos gritando:

—¡Susto!

Caemos sobre la hierba los tres, partiéndonos de la risa porque Marco Antonio no para de hacernos cosquillas.

Miro hacia el cielo azul con los ojos llenos de lágrimas, pero lágrimas de felicidad, rodeando con mis brazos a las dos personas que alimentan mi alma cada día y dando gracias a Dios por haberme regalado esta vida de ensueño.

Una vida digna de una auténtica reina de Egipto.

Y fin.



Epílogo.

Nunca antes había montado en un helicóptero.

El piloto hace una señal levantando su dedo pulgar y el asistente termina de comprobar

nuestros cinturones para después cerrar la puerta. El ruido de las hélices es demasiado fuerte y por eso nos han puesto auriculares en las orejas, ahora no se escucha nada.

Comienza el ascenso y no puedo evitar sentir un fuerte cosquilleo en mi estómago, aunque todavía no sé si es debido a la repentina toma de altura o a lo que me espera en

unos minutos.

Selene va sentada al lado de la ventana para verlo todo y su cara de alegría es indescriptible. A esta chica le han gustado las emociones fuertes desde que era bien pequeña.

—¡Mira, mamá! —apunta sonriente señalando hacia algún sitio ahí abajo—, desde

aquí se ve la *Uni*.

Yo asiento levemente, ya que intento no moverme demasiado, no vaya a ser

que se desequilibre este cacharro y nos estrellemos.

A mis cuarenta y ocho años no pensaba que todavía pudiese sorprenderme la vida, pues he pasado por momentos de todos los colores, pero estamos a punto de ser testigos de un acontecimiento histórico, que además para mí significa algo incluso más especial que

para el resto.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta mi hija gritando por encima del molesto ruido del

helicóptero.

Somos inseparables, yo sé lo que piensa con solo mirarla y ella me conoce a mí mejor

que yo misma. No había experimentado nunca la fuerza que une a una madre con su hija,

pero es lo más grande y sagrado que existe, algo que no se podría expresar con palabras, y por ende, intuye lo que mi cabecita va maquinando.

—Me va a dar algo —confieso.

—Tranquila, todo saldrá bien, yo voy a estar a tu lado.

Me coge de la mano y llegamos así hasta nuestro destino.

Se ha convertido en una mujer muy bella, mucho más de lo que era yo, además tiene

un carácter fuerte, es valiente y decidida, no le tiembla el pulso para nada.

«Ella sí que va a ser una buena heredera de la saga», pienso a veces divertida.

Cuando el helicóptero aterriza, siento que en cualquier momento voy a implosionar de

tanta emoción contenida.

La llamada que recibimos ayer, ya bien entrada la madrugada, me hizo no pegar ojo en

toda la noche. Nos hemos estado preparando durante horas, yo diría que durante años.

Me he puesto unos pantalones vaqueros cortos con unas deportivas para estar lo más

cómoda posible, pues es lo que nos han recomendado. Mi hija va vestida de la misma manera, aunque el suyo es mucho más corto.

Nada más poner un pie sobre la tierra rojiza siento cómo un enorme escalofrío recorre

todo mi cuerpo, estamos en Tierra Santa, en el templo de Taporisis Magna, y algo mágico

se apodera de mí.

Todos los presentes, que no son pocos, en cuanto las hélices del helicóptero se detienen, comienzan a aplaudir y a arremolinarse a nuestro alrededor hasta que una mujer

morena de pelo largo y muy sucia se abre paso entre la multitud. Nos miramos tan solo un

instante y enseguida nos fundimos en un gran abrazo.

—¡Me moría por conocerte, Cleopatra! —me dice muy emocionada—. En un momento volveré a repetir esta misma frase. —Sonríe.

—Yo también tenía muchas ganas —le contesto bastante nerviosa.

—Creo que la vida ha premiado mi perseverancia con este gran hallazgo, y sobre todo

con poder vivirlo junto a ti.

Estoy tan excitada que no me alcanzan las palabras, simplemente aprieto su brazo en señal de cariño.

Le presento a Selene y nos dirigimos las tres hacia un pequeño agujero que se adentra

en la tierra.

—Al principio resulta un poco claustrofóbico, pues la cámara está a treinta y cinco metros de profundidad, pero os acostumbrareis enseguida —nos explica.

Mi hija se lanza la primera, ni siquiera se lo piensa, la arqueóloga la sigue y finalmente voy yo.

Aquí abajo todo es muy oscuro y huele a humedad. Los túneles están iluminados con

luces de emergencia situadas en el suelo, imagino que funcionarán con potentes baterías, y además a nosotras nos han colocado un casco con linterna.

—Selene, me han comentado que estudias arqueología, ¿te gustaría formar parte de mi

equipo? —le propone de repente.

Mi hija casi sufre un colapso cerebral de la alegría y las dos se sienten unas privilegiadas por haberse conocido, dialogando sobre sus cosas mientras yo voy

observando atónita las pinturas y escrituras que hay en las paredes, aunque escuchando de vez en cuando algunas frases sueltas porque no paran de hablar.

—Manténían el cuerpo del faraón intacto tras el fallecimiento porque era necesario para que el *ka* tuviese un sitio donde habitar tras la muerte.

—¿Qué es el *ka*? —las interrumpo.

—Es la fuerza vital, el estadio físico, la materia —me contesta Selene—, junto con el

ba, que era el estadio espiritual, formaban las dos partes necesarias para llegar completos a la otra vida.

—De hecho, el Ritual de la Apertura de la Boca servía precisamente para asegurarse

de que la momia pudiese hablar y respirar en la otra vida —añade la arqueóloga—. Es muy curioso, porque creían en la inmortalidad, pero siempre muy arraigada a la vida corporal, ya que entre los pliegues de la momia se introducían amuletos mágicos para proteger el cuerpo de espíritus malignos y ayudar al alma en su viaje hacia la otra vida.

—Se imaginaban que la vida después de la muerte era parecida a esta, pero eterna —

añade mi hija.

—Así es. Todo el proceso de momificación duraba más de setenta días —continúa

explicándonos la arqueóloga— y después se procedía a su entierro. Los sacerdotes morían junto a los faraones, pues eran los encargados de sellar toda la cámara y ni comían ni bebían durante el proceso. Lo hacían voluntariamente porque confiaban en que el faraón

los protegería en su viaje, con su *Libro de los Muertos* dispondría de los hechizos e instrucciones necesarios para llevarlos a la otra vida sanos y salvos. —Selene está absorta en sus interesantes relatos y yo, sin embargo, tengo la mente en otro sitio.

No puedo borrar de mi memoria el momento en el que mi marido se enteró de lo que

había hecho. Sus ojos me miraron incrédulos, llenos de decepción, y me dijo

que no podría estar al lado de una persona que era capaz de sonreírle de frente cuando le había traicionado a la espalda. Yo le expliqué mis motivos, pero él ya no atendía a razones, se despidió de su hija y se marchó. Ellos tienen contacto y se ven muy a menudo, pero no ha

querido saber nada de mí. Ya me advirtió la adivina que debía renunciar a mi amor por el

bien de mi familia, y finalmente así tuvo que ser, se cumplió la profecía. Aunque desde entonces, hace hoy un año, no he vuelto a sonreír.

Él sabía que estaban excavando en la zona, como tantas veces antes habían hecho miles de arqueólogos sin obtener resultados, pero fue hace poco menos de un año cuando

le confesé que esta vez sí que lo iban a encontrar, y con ello le destrocé el corazón.

Continuamos descendiendo durante un buen rato, con sumo cuidado para no tocar

nada y con cierto miedo de que todo el terreno ceda y se nos caiga encima. Inciso, por lo visto el miedo lo tengo solo yo.

Por fin nos detenemos delante de una gran puerta de granito, que al ver su grandiosidad me pregunto cómo la traerían hasta aquí.

Mi corazón comienza a palpar desorbitado.

—¿Estáis preparadas? —pregunta la arqueóloga visiblemente nerviosa—. Es la

primera vez que se va a abrir esta cámara. El radar ha señalado que aquí se encuentra un

gran espacio abierto y todos los simbolismos indican que se trata de ellos, pero quiero advertiros que no sé lo que habrá ahí detrás, somos las primeras personas que van a verlo.

Más tarde fingiré que es la primera vez cuando vengan las autoridades egipcias. —Nos guiña el ojo.

—¿A qué simbolismos te refieres? —quiere saber mi hija intrigada, mientras ella rompe con una navaja afilada el precinto que asegura el gran portón.

—Junto a lo que supongo que será la cámara mortuoria, hemos encontrado doce

capillas de madera recubiertas de oro, encajadas unas en otras. —Señala a nuestra derecha

y compruebo que hay muchos pasillos más. «A mí me sueltas aquí y no salgo nunca»—.

Cubrían un sarcófago de cuarcita roja que contenía dos ataúdes de madera chapada de láminas de oro el primero y de oro macizo el segundo. Estamos esperando los resultados

del ADN, pero creo que se tratan de auténticos reyes ptolemaicos.

—¡Ostras! —exclama mi joven y fascinada hija.

Su padre ha sabido inculcarle la pasión por el Egipto Antiguo, hasta creo que lo ha superado con creces.

—Fuera de las capillas había veinte remos de oro para la barca solar, frascos de perfumes, lámparas decoradas en oro, joyas, monedas con su rostro, obras de arte, piezas

arqueológicas de incalculable valor...

—Aquí comenzó la leyenda... —murmuro para mí, maravillada.

—Y aquí terminará —sentencia una inconfundible voz de hombre a mi espalda.

Me giro de un salto y ahí está, Marco Antonio.

Nos miramos el uno al otro tan solo un instante, pero no nos hace falta más, pues con

sus ojos me lo dice todo, me ha perdonado.

—Marco, yo... —intento hablar.

—Cleopatra, he sido un idiota, siempre serás mi reina, hagas lo que hagas, y nada podrá separarnos. —Sus palabras provocan que mi corazón palpite a la velocidad de la luz

y que una sonrisa enorme se apodere de mi rostro.

Abre sus brazos.

Corro hacia él, que me acoge entre sus brazos con fuerza y nos besamos.

—Te he echado tanto de menos —le digo, llorando de alegría.

—Y yo a ti, mi amor, pero necesitaba tiempo para entenderlo.

—Lo sé, siento muchísimo habértelo ocultado —me disculpo.

—Ya nada importa, solo que nuestro amor lo ha superado.

—Te amo, Marco.

—Y yo a ti, nena, más que a nada. —Sonríe, tan enamorado de mí como el primer día.

Y yo le devuelvo esa sonrisa, igual de loca por él que siempre.

Nos besamos de nuevo.

—¿Estás nervioso? —le pregunto, pues puedo hacerme una idea de lo que significa esto para él.

—Mucho más que eso. No podía perderme esto por nada del mundo —susurra contra

mis labios.

Selene carraspea.

—Venga ya, tortolitos, ¡venid, que me va a dar algo si no entramos de una vez! —grita

la niña, histérica.

—Déjame que tome conciencia de lo que está a punto de suceder —le pido poniendo

la mano sobre mi pecho para intentar respirar, aunque aquí abajo resulta difícil.

Nos reímos los cuatro y ahora sí que estoy preparada y con mis cinco sentidos alertas y

a la espera.

La arqueóloga pone la mano sobre el gran segmento de hierro que sirve para abrir el

portón, empuja fuerte y la cámara se abre...

Miles de lágrimas recorren mi rostro de manera involuntaria al descubrir lo que ven mis ojos. Es una experiencia extracorporal, no soy capaz de asimilar que estoy ante la presencia de la gran Cleopatra y, sin embargo, algo en mi interior sabe que es ella, creo que su espíritu se palpa en el ambiente, es algo realmente mágico.

Todos nos hemos quedado petrificados, intentando asimilar las circunstancias.

Finalmente, Marco Antonio da el primer paso hacia el interior y nosotras tres lo seguimos obnubiladas.

Se trata de una sala gigantesca llena de joyas y tesoros, a cada paso hay oro. Todo a mi

alrededor resplandece. Me siento insignificante.

Selene se acerca hasta las paredes, boquiabierta.

—Las paredes están enyesadas y bañadas en oro. Solían estar adornadas con pinturas

de la procesión fúnebre del rey, pero dadas las circunstancias, no pudo haber tal procesión, por eso dibujaron en su lugar al sacerdote llevando una máscara de Anubis, la deidad asociada con la momificación y el guardián de la Necrópolis.

Se miran ellas dos y asienten, con los ojos igualmente llenos de lágrimas.

—Todas las paredes contienen escenas del Libro de los Muertos —añade la

arqueóloga—. Anubis y Hathor. —Señala a la izquierda—. Cleopatra y Marco Antonio que, seguidos por su *ka*, son llevados al reino de los muertos por Osiris. —Señala al fondo

—. Sacerdotes practicando el Ritual de la Apertura de la Boca. —Señala a la derecha—.

Isis dando la mano a Cleopatra...

Todo apunta a que estamos en el lugar más buscado por el hombre, en el santo grial de

la arqueología, pero...

—¿Son ellos? —pregunta Selene a su padre, embargada de emoción.

Ya no aguantamos más la intriga.

Marco Antonio suelta mi mano delicadamente y se acerca con cautela hasta el gran sarcófago real, situado en el centro de la sala.

«Solo hay uno», pienso temerosa.

Todos tenemos el corazón en un puño, aguardando a que Marco trepe hasta la parte superior y dicte sentencia.

Una vez arriba, destapa el gran sarcófago con toda su fuerza, pues debe pesar una barbaridad, aunque sorprendentemente lo mueve sin demasiada dificultad, por lo que supongo que no es de piedra, si no de ¿oro?

—Nos hallamos ante un gigantesco sarcófago de más de nueve metros de largo y casi

tres de altura —va narrando lo que ve con una voz misteriosa— recubierto en oro... y que

contiene dos féretros en su interior —anuncia finalmente Marco Antonio emocionado, logrando arrancar nuestros aplausos.

—¿Dos?! —pregunto excitada con las lágrimas invadiendo mi rostro.

Él asiente, dejando escapar un par de lágrimas también.

La arqueóloga se pone de cuclillas frente a un cofre de oro que contiene una vasija en

su interior y, todavía embargada por la emoción, añade:

—Estos son los vasos canopos, en ellos se guardaban las vísceras del faraón —hace un

gesto con la mano para que Selene se acerque—, el corazón siempre se dejaba intacto en

una vasija especial, ya que los egipcios creían que en él residía la esencia de la persona.

Marco se sitúa junto a mí, cogiéndome de la mano.

Mi hija comienza a leer una inscripción escrita en jeroglífico que ella le señala.

—Según esto, ambos corazones reposan juntos en la vasija sagrada —nos cuenta

alucinada—. ¡Ay, qué romántico! —exclama mientras enjuga las lágrimas de sus ojos.

—Siempre será la historia de amor más grande jamás contada —consigo murmurar al

fin.

—Siempre, después de la nuestra —añade Marco Antonio besando mi sien y haciéndome reír.

Cuánto lo he echado de menos.

—Por fin Cleopatra tendrá el lugar que le corresponde en la historia —augura Selene

con entusiasmo.

—¡Mirad, venid! —exclama la arqueóloga de nuevo.

Todos nos apresuramos a seguir con la mirada el halo de luz que enfoca su linterna, se

trata de una inscripción gigantesca grabada con letras de oro en medio del techo:

«El amor siempre vence».

« Ahora que todo está en calma y que la vida ha dejado de irradiar tu luz. Ahora que no volveré a escuchar tu risa alegrando mis mañanas. Ahora que la oscuridad se cierne sobre mi pecho desgarrando mi alma con su dolor. Ahora que tu cuerpo está frío y no responde a mi tacto. Ahora que no volveré a ver el amor reflejado en tus bellos ojos, ni a escuchar tu voz llena de promesas perennes, ni a resplandecer bañada en tu alegría perpetua. Ahora que tus manos ya no pueden protegerme de todos los males del mundo... »

Ahora que has muerto entre mis brazos, mi amor, te juro que pronto volveremos a encontrarnos, como prometimos, como tú mismo hiciste al crearme sin vida. No he sufrido jamás mayor dolor que el de presenciar cómo se apagaba tu espíritu, cómo te marchabas sin mí, sin yo poder hacer más que sollozar.

Pero no estaré sola demasiado tiempo, y eso es lo que me alienta a seguir respirando. Tan solo te pido que me concedas unos días para poder poner a salvo a nuestros hijos, para intentar que el fruto de nuestro amor no se pierda con nosotros, puesto que son demasiado jóvenes y deben sobrevivir con el fin de conservar la dinastía.

No permitiré que termine aquí mi reinado, soy Cleopatra VII y estoy llamada a ser la liberadora del pueblo. No abandonaré a mis propios hijos sin luchar. Te suplico, mi general, que me guíes con tu valentía en este arduo proceso, para mí ahora prioritario.

Marco Antonio, no creí que fuese capaz de amar como has conseguido que lo haga, y

por esa huella sagrada que has dejado en mi corazón juro aquí y ahora, sobre tu cuerpo ya inerte, que lograré que nos den sepultura a ambos en esta tierra roja que nos ha colmado de felicidad y sueños. No te preocupes por mí, ya no tengo miedo, sé cuál es mi destino y por mis dioses que voy a cumplirlo.

Aunque sea lo último que haga, aunque no me queden ya fuerzas, aunque sea a escondidas y sin los ritos sagrados, aunque me cueste todo el oro de Egipto y aunque sea a pesar de mi reputación por los siglos de los siglos, no consentiré que te alejen de mí. Mi último aliento irá destinado a nuestro descanso en paz para toda la eternidad. Porque allí nadie podrá separarnos.

No pudieron con nosotros en vida y no lo harán en la muerte. El amor está por encima de cualquier cosa, incluso del mismísimo imperio romano.

Te amaré por siempre, mi romano.

Tu reina: Cleopatra».

Finalmente ha sido la traducción que le han dado innumerables estudiosos de la cultura egipcia al papiro que portaba la momia de la reina entre sus manos. Sin duda algo prodigioso.

Pocas veces tenemos el privilegio de asistir en una vida entera a un hallazgo de semejante envergadura para la Historia de la Humanidad como el que nos ocupa, pues es

probable que sea el más importante del siglo XXI. Me refiero, nada más y nada menos, que

al descubrimiento del último enigma sin resolver de la dinastía helenística en el Antiguo Egipto, dinastía griega que comienza con Alejandro Magno y termina con Cleopatra.

Estamos hablando del secreto mejor guardado de la mismísima reina: su sepulcro.

Después de la gran oleada llegada a este país de científicos, investigadores, arqueólogos y periodistas internacionales para constatar que efectivamente se trataba de los restos del general romano y su esposa egipcia, podemos afirmar con rotundidad que,

tras la aparición del famoso papiro escrito en puño y letra por la mismísima Cleopatra, la pareja ha logrado someter al Imperio romano.

Personalmente nunca imaginé que este hecho fuese capaz de desvelar tal cantidad de

mentiras ocultas. Aunque ahora se conocerá toda la verdad gracias a su publicación para

que al fin se haga justicia.

«Demasiado moderna para su época, una auténtica visionaria, una mujer con carácter

y garra que fue capaz de devolver a Egipto el esplendor que le habían arrebatado sus antepasados», estas serían algunas de las palabras que yo

misma le dedicaría a la reina.

Ahora se hace más patente el gran esfuerzo que realizaron los romanos en su cruzada por

erigir a Cleopatra como una pérfida, tanto fue así que incluso se llegó a dudar de algo tan obvio como su belleza, hoy confirmada. Ya no hay duda de que esa fue una de las muchas

virtudes de esta gran mujer.

Pero, sorprendentemente, el azar o el destino nunca han permitido que semejantes bulos llegasen a ser tomados por ciertos, de hecho, es una de las pocas veces en toda la Historia en las que se recuerda de una manera mucho más intensa y emotiva al vencido que al vencedor.

Bajo el emblema « *el amor siempre vence*», el templo de Egipto donde se hallaron sus restos se ha convertido ya en sacro lugar de culto para todos los amantes del mundo, un

espacio de obligada visita para los enamorados, aunque también para los admiradores de

la fuerza y valentía que demostró aquella mujer hasta su último aliento. Sea como fuere, a

nadie nos ha dejado indiferente.

Su última batalla le llevó a sacrificar su vida por salvaguardar la de su estirpe, de hecho, hoy en día la sangre de la reina egipcia continúa corriendo por las venas de sus descendientes. Este hecho ha sido confirmado por el test de ADN la semana pasada.

Aprovecho para informar de que el próximo lunes las entrevistaremos en nuestro periódico para que nos cuenten de primera mano cómo han vivido esta increíble experiencia y alguna que otra curiosidad sobre Cleopatra que desconocíamos y que estoy

segura que os sorprenderá.

De momento, podemos certificar que han donado su colosal *herencia* a causas sociales, todas ellas relacionadas con los niños necesitados de África, lo que nos conduce a suponer que la reina-faraón, allá donde esté, se sentirá orgullosa de que sus tesoros vayan destinados a tan glorioso fin.

Por último, me gustaría agregar que este importante papiro, junto con otros muchos, estará expuesto de manera permanente en el museo de El Cairo con el resto de piezas de incalculable valor encontradas en el real sepulcro. «Nunca antes se había descubierto semejante cantidad de oro y piedras preciosas —declaró la arqueóloga en una de sus entrevistas—, no dejéis de visitarlo».

Marco Antonio y Cleopatra, la reina egipcia y el general romano. Ellos son el claro

ejemplo de lo que significa morir por amor, de sacrificarse por otra persona. Su leyenda nos invita a soñar con otra vida después de esta, a desear una existencia eterna para compartir con ese ser al que has amado con toda tu alma, y en definitiva, a creer en el amor.

Agradecimientos.

Juro que voy a intentar ser escueta y por favor si se me pasa alguien os suplico que

no me lo tengáis en cuenta.

A lo mejor no me creéis cuando leáis esto, pero la sensación que se tiene cuando se

termina un libro es a la par gratificante y triste. Por un lado te sientes muy feliz por haber dado vida a personajes reales, por haber creado un escenario, unas conversaciones, unos sentimientos que el lector hace suyos y vive junto a ellos. Pero por el otro lado te sientes apenado por dejarlos marchar, porque ya no estarán cada día a tu lado, porque ya no pensarás al levantarte por la mañana «¿qué harán hoy Cleopatra y Marco Antonio?», y no

puedo evitar sentir nostalgia. Aunque mi contrapunto a este sentimiento de pérdida son vuestros comentarios al leerlo, eso no tiene precio. Me llena de felicidad que os metáis en la piel de cada uno, que os enfadéis con ellos, que os enamoréis, que riáis, que lloréis...

eso es mágico y por eso os doy las GRACIAS. Pues nunca sé si la historia os gustará o no, aunque yo la escriba con todo mi corazón, nunca sabes si conseguirás que el lector conecte con los protagonistas y cuando me contáis que así ha sido yo me lleno de satisfacción y

emoción.

Por todo esto me gustaría hacer una mención especial, como siempre a mis hijos, porque ese sentimiento de amor que plasmo en todas mis historias es tan solo un ápice de

lo que siento por ellos. El otro día mi hijo mayor, que tiene 7 años, hizo una redacción en la que puso que *su madre nunca tiene tiempo para jugar con él porque siempre está pegada al ordenador escribiendo*. He de decir que se me partió el alma al leerlo, pero también sé que necesito escribir tanto como respirar, que necesito expresar todo lo que está en mi cabeza y que mi hijo algún día lo comprenderá. Y el pequeño está todavía en

esa edad en la que adora a su madre pase lo que pase y haga lo que haga, así que no me

echa nada en cara, pero muchas veces me echa de menos y me lo hace ver a su manera.

Niños os quiero más que a nada en mi vida, os prometo que sacaré tiempo de debajo de las

piedras para estar con vosotros.

A mi marido le agradezco su comprensión porque nunca tengo tiempo para él, porque

siempre estoy agotada o con millones de cosas en la mente y aún así me sigue

queriendo.

A mis padres y mi hermano, deciros que sois el gran pilar en el que me sostengo cada día,

teneros de familia es un auténtico privilegio. Un apunte especial quiero dedicar a mi mami, porque ella se dedica en cuerpo y alma a distribuir mis libros por toda España, allá donde va se lleva sus libritos, ¡es única! Me diste la vida y sigues dándomela cada día mamá, vales mucho para lo pequeñita que eres, jajaja. No me faltes nunca por favor, te quiero.

Y ahora quiero pedir perdón si me dejo a alguien, es muy difícil tener a todas en mente y mi cabeza falla demasiado a menudo.

Gracias Ana y Mónica, mis administradoras, mis amigas, mis confidentes, por todas

y cada una de las cosas que hacéis por mí, que son muchas. Por esas publicaciones locas y súper *hot* que ponéis en el grupo, por vuestros consejos y simplemente por ser como sois, mis amigas. Me debéis un achuchón cada una, a ver si pronto nos podemos juntar.

A Michi y Bernice, la salsa caribeña que me anima cada día, aunque ahora están un

poquito *out* por los huracanes, siempre os llevo en mi corazón. Gracias por vivir cada historia como si fuese vuestra, chicas, las dos tenéis una sensibilidad que poca gente tiene y que a mí me fascina porque leéis entre líneas, algo que nadie consigue. Gracias por tanto.

A mi *Sor Clau*, eres bella por dentro y por fuera, tu amistad es pura, de esas que no encuentras en una vida entera, sincera y desinteresada, siempre, desde el primer día, has estado a mi lado, a pesar de todas las cosas que han ocurrido y ya no sé cómo darte las gracias. Te quiero mucho. No cambies y por favor no me faltes nunca.

Mari y Pili gracias por quererme como soy, sin echarme nunca nada en cara, gracias

por vuestro apoyo y gracias por vuestro cariño.

Carol, mi chilena, gracias por llevar mi libro a través de las fronteras y pese a las críticas, por defenderme siempre a capa y espada, por tus consejos y por escucharme cuando estoy triste, siempre estás ahí y cuando no tengo tiempo de estar en la red te echo de menos. Mil besos mi famosa.

A mi Noe y a mi Pili ¿qué os digo a vosotras? Que os quiero mucho, sois como amigas de toda la vida, que aunque no hablemos cada día sientes que no cambia nada.

Gracias chicas por estar a mi lado y por toda la ayuda que me brindáis.

A mis mamis locas, Marieta, Lidia, Mery, Alejandra, Raquel, Mónica Y Naza, gracias

por aceptarme en vuestro grupo y hacerme sentir como una más y gracias por leer mis locas historias, me hace mucha ilusión chicas.

A mi Yiyi del alma. Una de las cosas por las que más me alegro de escribir es por haberte recuperado. Desde pequeñas siempre fuimos uña y carne y después la vida dividió

nuestros caminos. Pocas veces me ha pasado que me encuentre con alguien que hace años

que no veo y siento que no ha pasado ni un día. Gracias por estar siempre y por tu forma

de ser, mi insolente preferida. Te quiero.

Guada ¿qué te digo a ti? Que siempre has estado a mi lado, en las buenas y en las malas, que hemos vivido tantas cosas juntas que incluso eres de mi familia, te debo muchas cosas y todas ellas buenas. Aunque deberíamos vernos más, me pasa lo mismo que con Yiyi, aunque estemos separadas te quiero igual que cuando salíamos por el pueblo. Espero que no me faltes nunca. ¡Un besazo Sorbete!

A mi tío Angel, mi tía Montse y mi prima Mercedes, porque no me falláis

nunca.

Gracias.

A Flor, Pili y Lupe, Dori y Angelines ¡sois la bomba y por eso os adoro chicas! No

cambiéis nunca.

A mis morales queridas: Sara Arias, Pilar Ferrera, Sara García, Marisol Mato, Silvia

Cardador, Angelines Jiménez, Adoración Martín, Diana Hernando, Berta Izquierdo,

Marce, Isabel Ortega, Beatriz Madrigal, M^o Carmen Camacho, Teresa Pérez, M^a Ángeles

Caballero, Fernanda Buzón GRACIAS por vuestro apoyo chicas.

A Kissy, Raquel T. y Annie ese club de lectoras sexis caribeñas que me encanta, sois

muy especiales chicas y gracias por leer y sentir cada libro, me dais muchos momentos de

felicidad. Os quiero.

Tania, Cintia, Tere, Roxy, Veris y mis otras chicas mexicanas, gracias por no fallar nunca y por promover mis libros a lo largo de la geografía mexicana. Un besote chicas.

Estibaliz eres una manitas, una crack haciendo marca páginas, llaveritos... y todo lo

que te propongas, gracias por estar a mi lado en cada publicación, pues de alguna manera

siempre estás presente en cada historia. Somos unas empresarias ejemplares,

y lo sabes, jajajaja. Un beso y no cambies nena que algún día nos tocará la lotería.

China eres grande, tanto profesionalmente como personalmente, te considero una

parte fundamental de cada libro, pues tus portadas son un sello de calidad. Te quiero y sé que eres muy buena gente, no hagas caso de nadie porque al final todo se sabe. I love you.

Ceci gracias por toda tu ayuda siempre, porque nunca me has dicho que no a nada y

aunque no tengas nunca tiempo, siempre sacas un minuto para ayudarme y escucharme. Te

quiero.

Vanessa Lucas y Eve Romu (lo que me río con vosotras, gracias por ser así chicas), Ada Rodríguez, Dulce, Yanira A. Soto, Adela Pérez, Tamara Bueno (eres una gran profesional y persona), Encarna Navarro, Rocío Gómez, Inma Gómez, Mónica Dávila,

Yoli Xerez, Elena Betancort, Cris Moreno, Maryssa Cortavitarte, Eve Castillo,

Elisabet Ponce, Desiré García, Anna Sánchez y Dani Sopedra (*El secreto de Cupido*, no os perdáis esa página de facebook) gracias por todo. A Olga LB, Encarna Prieto, Sonia Molina García, Arrate Solana, Marilena Ribas, Juani Gomez, Ana Perez, Luisa Martínez Moragues, Belén Pinto, Inma Ferreres Molés, Eva Nicolás Cuevas, María

Vicente Corbalán, Mónica Davila, Brenda Álvarez, Noemi y Agus, Vane Arteaga, Toñi

Aguilar Luna, Helena Blanco, Natalia Zgza, Toñi Aguilar, Pilar Sanabria, Eli

González, Toñi Aguilar, Lau Lacampo, Dori García, Jelly Aglaed, Sara Martín, Noelia

Tejada, Esmeralda Fernández, Ana Valeria Mercado, Raquel Aparicio, Aura

Albarracín, Mariló Molero, Veris HM, Luisa Pastor, Mamen Borrega, Inma Galdeano,

Nq palm Palm, Mireia Jiménez, Mercedes Angulo, Joaky Carrasco, Montse Ferre, Pilar

Sanabria, Sara Martín, Celia Sierra, Mari Ángeles Rubio, Maria José Gallego, Yohana

Tellez, Merche Cuadros, Julia Arenas, Brenda Álvarez, Esperanza Garcés, Susi Pelaez,

Paqui Molero, Maribel Álvarez, María Camus, Presentación Ramírez, Anabel

Olivares, Elisa Martínez, M^o José Escamilla, Isa Nieto, Dili Roldan, Kuki Pontis, Vane

Arteaga, M^a Irene Citrón, Rosa Meso, Malu Parada, Clara Casejo Tejada, Andrea

Gutiérrez, Carmen RB, Lorena de la Fuente, Olga LB, Gema Sánchez Ruiz García, Desiré García, M. Carmen Romero Rubio, May Dior, Rosa Monteverde, Mercedes

Angulo, Marie García, Loli Deen, Sara García Ruiz, Floy y Pili Manzano, Silvia Cardador, Noelia Fenollar, Alejandra Alameda, Carol Álvarez, Marta Jaén, Calu Amor,

Tiaré Pearl, Guada, Olimpia, Vero Nieto (Gracias por tanto mi niña, vales mucho), Sagrario, Lorena, Isa Jaramillo, Cefi, Raquel Aparicio, Carolina Reyes, Ada

Rodríguez, Lola Ramos, Jull Dawson, Alba Jiménez, Chloe Queen, Ana María

Gernhardt, Evelyn HG, Anabel Moreno, Martita (gracias por estar a mi lado y

darne siempre buenos consejos), Nira, Tamara González, Melina Rivera, Danutza, Nuria

Pazos, Ivonne, Mariely Soo, Ana Artetxe, Ruth Sol Ferrero, Paty Flores, Araceli de la

Cruz, Yesebeth Ollarve, Lety Iniesta, Cori Zapata (women's power), Fina Vidal,

Rosario Lezma, Mary Cambra, Liliana Elizabeth Ezcurra, Laura Chavero, Michelle

Camacho, Miriam Morales, Ny Marmolejo, Yandelera G., Beky, Mónica, Yeka, Celia,

Norkys, Patry M, Cristina Pardo, Montse Cacho, María Alarcón, Marina Sevilla, Paqui

Nieto, Roxana Baudracco, Berenize Vázquez, Egarlys Rodríguez, Yissel R. Ricardo,

Yennely Pérez, Danitza, Marian Vázquez, Rosana del Río, Niyireth Urrea, Ana María Barbudo, Dory Graff y Cecilia, Nuria Fernández, Zoar Gavarrete, Tanya Martins,

Encarna Loriz, Anabel Moreno, Katia Alonso, Magaly Ramos, Lorena Di Rado, Maria

Luz Gavetti, Luz Alvarenga, Anita Tapia Soto, Patricia Buosi, Ana María Garriz, Adela Pérez Blanque, Wanda, Dori Crespo, Jacqueline Cruz, Beixy Estévez, Areli

Avah, Inma Lahuerta, Patricia Muñoz, Begoña Durán, Yenifer Ch, Yorleni, Elsa

Maximiliano, Pili Jiménez, Toñi Aguilar, Montse Ortiz, Mitera, Teresa Carou, Miriam

Cordero, Beatriz Jiménez, Elsa Castro, Saymed, Encarna Prieto, Piedad de la

Vara, Victoria Antonella Brítez, Myriam Silva, Lau Lacampo, Silvia Ferrer,
Estoy Hasta La

Chona, Campanilla Prada, Helena Blanco, Anais Ob, Marina Torres, Maria
José

Sánchez y Ainhoa, Priscilla Cornieles, Paty Álvarez, Eve Castillo (mi Eve
Hudson te quiero), Clara Díaz Benítez, Georgina Maio, Amparo Torres,
Yulia Caballero, Yube Villegas, Karol Cor, Rosalba Ferragonio, Mikita Leal,
Miriam Fretes, M^o Alejandra Suarez Novoa, Lourdes López, Ana Belén
González, Rico, Amparo Melian, Ina

Mararu, Malu Valtierra, M^a Inmaculada Vacas, Elena Panales, Karla Britany,
Ana

Monsalve, Marlys Lopez, Ana Rosa Buenaposada, M^a Teresa Mendoza, Dana
Sánchez,

M^a José Canzobre, Elisa Villafane, Elvia Madera, Afy Moreno, Olimar
Torrelles,

Lorna Gusmán, Isabel M^a Sierra, Patricia López, Alba Guillén, Arii Jiménez,
Marian Vázquez, Analia Verónica, Isabel M^a Sierra, M^a Mercedes Mitchell,
M^a Karina

Fitzsimons, Eli Pedraza, Anais Abarca, Emi Gómez, Chechu Godoy, Cinthya
Ayma,

Azahara, Diana Iglesias, Luna Azul, Eca Campello, Carol Fernández, Odessa
Oropeza,

Thania Freitas, Estibaliz Molina, Celinés Rodríguez, M^a Ángeles Teva, Gaby

Rodríguez, Mari Torres, Maribel Díaz, Vale Ponce, Gemma Riancho,
Pablina, Ariel Romero, Maribel Ponce, Emily Ramos, Magda Santaella,
Marga Moreno, Verónica

Villar, Patricia Orio, Noa Rodríguez, Enith F, Yessica Angulo, Susana
Orellana y tantísimas más...

Lo dicho, GRACIAS A TODAS MIS SOLO TUYAS ¡SOIS LAS MEJORES!